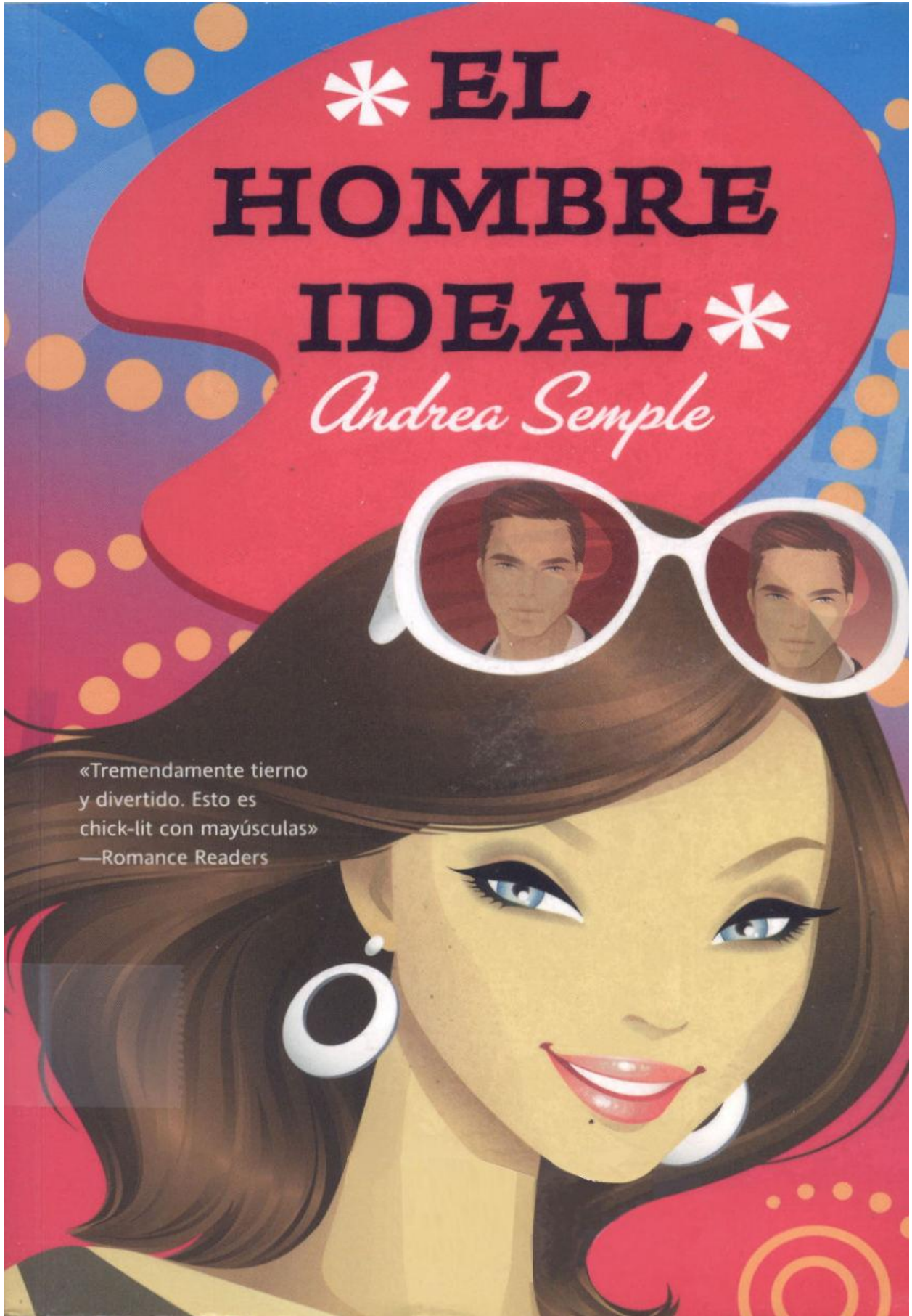




* EL HOMBRE IDEAL *

Andrea Semple

«Tremendamente tierno
y divertido. Esto es
chick-lit con mayúsculas»
—Romance Readers





ANDREA SEMPLE

El Hombre Ideal

The Man from Perfect (2005)

ARGUMENTO:

¿Qué sucede cuando el hombre con el que sueñas se convierte en el hombre que tienes a tu lado en la cama?

Después de sus experiencias con su ex novio Rob el Vago, **Ella Holt** está lista para abandonar toda esperanza de encontrar al hombre adecuado. De modo que cuando contesta un cuestionario de 50 preguntas de una revista acerca de su hombre perfecto, no tiene ni idea de que sus respuestas serán utilizadas por una nueva agencia de citas para encontrarle la pareja perfecta.

Naturalmente, Ella se burla de la sola idea de la existencia del «hombre perfecto», pero cuando el hombre de la agencia Perfect, James Master, se presenta en la puerta de su casa, parece que por fin sus expectativas se cumplen. No sólo es guapo como para caerse de espaldas, sino que en su rutina diaria comienza a formar parte viajes espontáneos a París, declaraciones de amor, gestos románticos (y sexo para gourmets).

Sin embargo, cuando la «fatiga romántica» surge, las sospechas de Ella acerca de las consecuencias de sus respuestas empiezan a amontonarse. Y cuando Rob empieza a cambiar su detestable conducta para recuperarla, Ella recuerda que pidió un hombre que hiciera cualquier cosa con tal de conservarla... y que destruyera todo aquello que se interpusiera en su camino.

SOBRE LA AUTORA:



Andrea Semple nació en el Condado de Durham en 1975 (Inglaterra) y ha vivido y trabajado en Londres e Ibiza.

Entró en el mundo de la literatura a través del periodismo freelance escribiendo artículos para The Guardian y The Independent así como para numerosas revistas. Ahora que es novelista, dedica la mayor parte de su tiempo a la ficción. Su segunda obra, "The Make-Up Girl", fue elegida libro del mes de la revista Cosmopolitan, y se ha dicho de ella que es la nueva Marian Keyes.

Actualmente vive en Leeds, en el norte de Inglaterra, muy cerca de donde las hermanas Bronte escribieron "Jane Eyre" y "Cumbres borrascosas". "El factor ex" es la primera de las tres novelas del género chick lit que ha escrito hasta ahora.



ROB EL VAGO

Descuelgo el teléfono.

—¿Qué hay, Ella? Soy yo.

Es Rob el Vago.

—Oh, hola.

—Hola.

Oigo ruido de fondo. Está viendo el fútbol.

—¿Estás bien? —le pregunto, consciente de que le tiene que estar ardiendo la cabeza para que se haya levantado del sofá, cuando están echando fútbol por la tele.

—Sí—contesta—, quiero decir, eh... no.

—¿Qué? —digo.

—He estado pensando. En, ya sabes, nosotros. Sobre por qué me dejaste.

—Ah.

—Y creo que podría... ya sabes... de alguna forma, cambiar.

—Aja —contesto del mismo modo en que lo haría si alguien me contara que ha visto un cerdo volando.

—No, podría... de verdad que podría. Podría empezar siendo un poquito más considerado. Podría comprarte flores y... cosas.

—Jamás pretendí que me compraras flores.

—Quizá podría empezar alternando los viernes. Ya sabes, ir solo al bar los viernes alternos.

—¿Y qué pasa con los miércoles, sábados y domingos?

Pausa meditativa.

—Bueno, estaba, yo qué sé, pensando en empezar poco a poco.

—Rob, no tienes por qué cambiar. Solo tienes que encontrar a una persona que te quiera tal como eres. Nosotros dos no... pegamos, eso es todo.

Al otro lado del receptor, oigo como el aliento se le corta.

—Es solo que, a veces, echo de menos tenerte por aquí.

Por un instante, el corazón se me encoge, luego vuelvo a recordar con quién estoy hablando y me lo imagino sentado en medio de su habitual apocalipsis de calzoncillos y calcetines sucios.

—A lo que te refieres a que no tienes a nadie que te haga la colada —le corrijo.

—No, qué va. No es por eso... —empieza a decir, distraído y oigo un rugido lejano del público del partido al fondo. Entonces Rob empieza a gritar—: ¡Aupa Inglaterra! ¡Aupa Inglaterra! ¡Sí! ¡Sí! ¡Vamos Rooney... tira... Síiiii! ¡Métela!

Está gritando tan alto que tengo que apartarme el teléfono un metro de la oreja.

—Eh... tengo que colgar, te llamo luego —dice, finalmente—, va a empezar la ronda de penaltis.

—Vale —contesto—, claro, los penaltis, eso es mucho más importante que tratar de enderezar tu vida...

El pitido del teléfono resuena con indiferencia.



Por supuesto, Rob el Vago no siempre ha sido Rob el Vago.

Hace solo dos meses era Rob Davis, técnico en recursos humanos y un tipo con potencial matrimonial. Desde que rompí con él, he decidido llamarle Rob el Vago por si acaso accidentalmente me da amnesia sobre nuestra relación y se me olvida exactamente por qué lo dejé.

Y, ¿por qué lo dejé?

Bueno, existen varias razones, las oficiales y las extraoficiales.

Razones oficiales:

1. Se olvidó de mi cumpleaños.
2. Jamás se perdería un viernes por la noche en el bar por una noche tranquila en casa.
3. Me tuvo jugando a la PlayStation durante tres horas la noche de San Valentín.
4. Grabó El partido de la jornada encima de mi querida cinta de chica de rosa, que yo había guardado durante quince años.
5. Se olvidó de mi cumpleaños. (¿Os lo he dicho ya?)
6. El sábado, 15 de marzo, a la una y media del mediodía estaba en el bar Cartand Horse con sus colegas, pues se había olvidado completamente de que tendría que estar en el restaurante italiano Angelo conmigo, para conocer a mi madre y mi padre, a pesar de que yo ya había visto a su padre unas cien veces.

Razones extraoficiales:

1. Se pajeaba en secreto, por debajo del edredón, cuando creía que estaba dormida.
2. La cara que ponía cuando lo hacíamos (de gorila estreñido, solo que más feo).
3. Su cara de «hoy no voy a pillar nada» (de gorila en peligro, a punto de recibir un disparo en la cabeza).
4. La manía de meterse el dedo en la nariz.
5. La manía de rascarse la entrepierna.
6. Su concepto de lo que son unas vacaciones, lo cual normalmente implica tirarse veinte días metidos en un autobús porque le da demasiado miedo montarse en un avión.
7. Su historial de navegación en Internet (todo porno).
8. Su problema con la higiene; que se convertía en mi problema con respecto a su higiene cuando me hacía un gesto optimista con la cabeza señalándose la entrepierna durante los preliminares.
9. Su odio por todas las estrellas del pop, por la mayoría de las estrellas de cine, la mayoría de los escritores y la mayoría de la gente en general que hacía que se sintiera mal por ser un vago, un borracho y un holgazán que se pasaba la vida jugando al ordenador, comiendo Pringles y soñando con montar su propio negocio, pero no haciendo nada por conseguirlo.
10. ¡Se olvidó de mi cumpleaños!



Así que sí, era un partidazo, uno entre un millón. El tipo de hombre que hace que te sientas única en la habitación, bueno, siempre que tengas en las manos un paquete de Doritos y un pack de cuatro cervezas Stella Artois.

Y, como resultado de sus muchos delitos contra el romanticismo, lo dejé.

Fue duro, lo reconozco, pero no me quedaba otra opción. Me negaba a pensar que el futuro que me esperaba fuera pasar el resto de mi vida con un saco de patatas vagamente parecido a un ser humano. Siempre había tenido la esperanza de que, algún día, se volviera como su padre (el taxista retirado más amable y cariñoso que se pueda aspirar a conocer). Puede que haya visto demasiados anuncios de Gillette, pero estaba convencida de que Rob no era lo mejor a lo que podría aspirar. Mi pareja ideal aún seguía ahí fuera, aguardando a que diera con él.

Y, dos meses después, aún sigo creyendo que el hombre ideal está ahí fuera. Tengo la misma fe en él que la que tenía en su día en Papá Noel, mi primer hombre ideal.

Pero no sé si esa fe aguantará una noche más de decepciones. Si esta noche no sale bien, me preocupa despertarme mañana con la desazón de cuando te das cuenta de la horrible distancia que hay entre la realidad y tu imaginación.

Como cuando tenía siete años y le tiré a Papá Noel de la barba postiza tan fuerte que descubrí que, en realidad, se trataba de mi tío Eric ciego de jerez, disfrazado con un traje rojo barato y una almohada atada a la barriga.



VEINTICINCO RAZONES

Toda esta estupidez ha sido idea de Maddie.

«Veinticinco hombres en una noche», me dijo. «Es la velada de citas rápidas más importante de todo Londres.»

Me dijo que me vendría bien. Que me ayudaría a superar lo de Rob el Vago. Y yo, como una idiota, le dije que iría con ella, a pesar de que siempre he odiado ese tipo de cosas. Sentarte ahí, con una plaquita con tu nombre, en una mesa, acicalada como un perro de feria, asistiendo a un carrusel de citas de tres minutos.

Me recuerda a aquel sitio al que fui una vez en el Soho. Ese bar de sushi donde la comida va pasando por delante en una cinta transportadora y, para cuando has fichado algo que tiene buena pinta, ya ha pasado, y a punto estás de caerte de la silla tratando de agarrarlo. Luego, cuando vuelve a pasar, ya ha desaparecido y ves que se lo ha zampado la mujer con reflejos de ninja que está en la otra punta del salón.

Y aquí estoy, sentada, sonriendo, con la espalda erguida, sintiéndome como una imbécil. Y ahí está Maddie, en la mesa de al lado, frotándose las manos, bebiéndose su tequila mockingbird, ilusionada como una cría en su fiesta de cumpleaños aguardando a que le den los regalos.

De repente, suena una campana y los hombres empiezan a acercarse. Tiempo, primera ronda.

1) Steve

Oh, este puede prometer. Parece medio presentable. Bueno, si quitamos el traje barato e ignoramos el hecho de que su frente tiene la misma extensión que el territorio nacional de Estonia.

—Hola —digo.

—Hola —contesta—. Soy Steve.

—Hola —repito, como si estuviera en un homenaje a Lionel Richie.

—Bueno —dice, como si estuviéramos en una entrevista o algo así—, háganme un poco de ti.

—Vale —contesto—, bueno, me llamo Ella, como puedes ver en la chapa. Ella Holt. Estoy soltera, obviamente, y vivo con mi mejor amiga, Maddie, Maddie Hatfield, que está en la mesa de al lado y está completamente chirlada, pero también es la persona más maravillosa y buena del mundo, según la lista oficial de mejores personas, ¡ija! —Oh, Dios, debo de estar nerviosa. Estoy tratando de ser graciosa—. Somos profesoras en un colegio. El Thistlemead Comp. que, en realidad, no es tan horrible como la gente dice, si quitas el olor... y a los profesores. Y a la mayoría de los alumnos. Y el grafiti de la entrada que dice: «Está usted entrando en el séptimo círculo del infierno», que escribió el profesor de informática, cinco días antes de que le diera la crisis nerviosa. Doy clases de Literatura. Shakespeare y todo eso. Solo llevo dos años, así que aún estoy aterrizando.

Se produce un silencio extraño, así que miro debajo de la mesa, me señalo los pies y digo:

—Ah, mira, ¡ya he tomado tierra! —Y trato de ignorar el hecho de que acabo de hacer el peor chiste de la historia del humor.

Le miro la cara, buscando una sonrisa, o algo. Pero no hay nada más que un leve parpadeo.

—Bueno —digo—, te toca a ti.



—Bien, pues soy informático. Trabajo como analista de sistemas en Microtech, que trabaja para varias empresas para garantizar la seguridad de sus servidores y que todos sus equipos funcionen perfectamente. En esencia, esto significa que nos encargamos de sus *firewalls, intranets, extranets* y...

Zzzzzzzzzzz.

Aún está hablando, pero no tengo ni idea de lo que significa la cantinela que me está soltando. Yo me limito a asentir con la cabeza y rezar por que suene la campana.

Y aunque continúa ahí sentado, ya se me está olvidando su cara. De verdad, si Einstein hubiera tenido alguna vez que ayudar a sus colegas físicos a darse cuenta de que el tiempo es un concepto relativo, debería haber organizado una velada de citas rápidas e invitar a Steve.

Tres minutos en su empresa empiezan a parecerme tres horas. He tenido relaciones largas que se me han hecho más cortas.

¡Dong!

Ah, la campana.

Sonrío y trato de que no se me note la cara de alivio cuando se marcha con la siguiente posibilidad de romance. La sonrisa se me evapora al segundo cuando se me sienta un desgraciado pelado al rape y vestido con ropa de camuflaje, con los ojos tan juntos que podríamos decir que es un cíclope.

2) Brendan

—Hola, Brendan —digo, leyendo su chapa.

—Hola, Ella —contesta, leyendo la mía y aprovechando para mirarme el escote.

—Bueno, ¿a qué te dedicas?

—Ejército —dice. Luego, tras una breve e insustancial conversación decide contarme un secreto—: Puedo matar a un hombre con estos dos dedos. —Y se lleva el pulgar y el índice al cuello.

—Oh —digo—. Eso es... eh... muy útil.

—Solo hay que oprimir los puntos de presión y, cinco segundos después, el corazón se detiene completamente. Muerto.

—Aja. —Miro a Maddie, que está en la mesa de al lado y que, hace tres minutos, ha padecido también a Brendan. Ella me guiña un ojo y se pone el pulgar y el índice en la garganta, haciendo como que Brendan se suicida. Suelto una carcajada.

—¿Qué te hace tanta gracia? —me pregunta Brendan.

—Nada —contesto sin perderle de vista las manos—, nada, de verdad. Estoy un poco nerviosa, eso es todo. Es la primera vez que hago esto. ¿No estás nervioso tú?

Se ríe con nerviosismo.

—¿Nervioso? Cuando has tenido una AK-47 apuntándote al cráneo, la visión de veinticinco mujeres desesperadas por un polvo no es nada.

—¡Eh! ¿Quién ha dicho nada de eso...!



¡Dong!

3) Philip

Philip es un tipo de aspecto afable, lleva una camiseta de Expediente-X y trabaja en un Blockbuster. Parece medio normal, hasta que empieza a intentar convencerme de que el mundo está dirigido por una élite mundial que desciende genéticamente de una raza extraterrestre de reptiles que llegó a la Tierra hace siglos en forma de humanos y que practica rituales en los que se bebe sangre y se sacrifican niños.

¡Dong!

4) Nicholas

Nicholas fuma tabaco de liar y tiene una larga melena rizada que le cubre las tres cuartas partes de la cara. A juzgar por el cuarto que queda visible, probablemente sea lo mejor.

—Hola, Nicholas.

Un silencio de treinta segundos. Luego:

—¿Qué te mola?

—¿Perdón?

—Música. ¿Qué te mola?

—Oh, mmm...

—Necesito saber el tipo de música que le mola a una chica antes de esforzarme, tía. Ya sabes, solo por si acaso, por si le mola esa mierda de Britney Spears o algo de eso.

—Oh, vale. Bueno, a mí me gusta mucho el último álbum de Alicia Keys —digo, y decido que lo mejor será no contarle que, entre mis discos favoritos de toda la vida, se encuentran la banda sonora de Dirty Dancing y los grandes éxitos de Kylie Minogue.

—Alma comercial, tía. Música sintética.

—Ah —digo—. Y, ¿qué música te gusta a ti?

—Joy División. The Jesús and Mary Chain, Echo and The Bunnymen. De la buena. Todo lo anterior a toda esa mierda comercial. Ya sabes, toda esa basura «buenrollera» rapera comercial.

—Vaya, lo tienes muy claro entonces.

La voz continúa, en algún lugar, detrás el humo y de todo ese pelo: —Ya ves, la música murió con Kurt, tía —dice, tirándose de la camiseta de Nirvana que lleva—. Tienes que luchar con todo ese marrón del poder y escapar de todo ese ruido falso. Es como si a nadie le importara ya, como si a nadie le importara una mierda que toda esa corriente comercial se haya llevado por delante todo, es como si no hubiera forma de escapar de ella.

—Es posible, pero la vida ya es de por sí suficientemente deprimente como para que te lo estén recordando todo el rato —le digo, para mi propia sorpresa—. Me gusta todo eso de la música «buenrollera» porque te hace sentir que la vida te puede dar lo que deseas, aun cuando sabes que realmente no puede ser.

Me mira con un gesto entre estupefacto y furioso.



La ira es contagiosa. Estoy a punto de levantarme de la silla y darle un mamporro en toda la cara al gilipollas condescendiente este, cuando, finalmente, me salva la campana.

¡Dong!

Conforme la noche va «avanzando», las veinticinco posibilidades de romance empiezan a convertirse en las veinticinco razones para cambiar de orientación sexual.

Luego viene Rav, agente financiero, que se pasa todo el rato contándome lo rico que es, bombardeándome con cantidades de seis cifras, como si yo fuera un objeto subastado. Luego viene Dave, que trata de venderme una papelina de cocaína. Luego viene Brian, el granjero, que está buscando una chacha. Peter, el mecánico, que ya tiene esposa y que está buscando una aventurilla. Tras Peter, viene Eugene, que, bueno, se llama Eugene...

Y después de eso, los nombres se me vuelven borrosos. Está el tipo con el parche en el ojo. Y ese otro al que le huele tan mal el aliento que me tiro los tres minutos con la nariz metida en la copa de vino, buceando y sumergiéndola en Chardonnay. Y luego, el enano con un cuadro depresivo, que el último trabajo que tuvo fue en la función de Blancanieves hace tres Navidades.

Luego está el estríper, que me pregunta si quiero ver el pirsin que tiene en el glande. (Por supuesto, Maddie sí que ha aceptado y se ha reído hasta las lágrimas.)

Ah, y está el salido anormal, que no puede apartar los ojos de la rubia que tiene las tetas como dos airbags, y que está en la esquina del salón.

Está el tipo que empieza a tartamudear y apenas ha terminado su primera frase cuando suena la campana; el tío con la cámara de vídeo que quiere que diga algo guarro; el hombre excepcionalmente feo, el naturista, el hipocondríaco, el jorobado, el fascista, el sexista, el que quiere hacer un trío con Maddie y conmigo (Maddie ya ha aceptado por mí) y el tío ese larguirucho que se está doctorando y que describe las citas rápidas como «el equivalente posmoderno de los bailes de la alta sociedad de la época de Jane Austen», para después estornudar y llenar toda la mesa de mocos.

Y por último y, definitivamente, el peor, el número veinticinco.

Trato de leer el nombre que pone en la chapa, pero estoy demasiado borracha.

Se me queda mirando un buen rato.

—¿Cuánto cuestas? —me pregunta finalmente, con un acento que no soy capaz de ubicar.

—¿Disculpa?

—Por chingar. ¿Cuánto? Chingar y puede que chupar también. ¿Cuánto pides?

—Eh... creo que te has equivocado de sitio.

—Lo siento, no entiendo.

—Esto no es un burdel. Esto es una velada de citas rápidas.

—Tienes unas peras bonitas. ¿Cuánto por tocar?

Estoy furiosa.

—Mi cuerpo no está en venta. —Y me doy cuenta demasiado tarde de que la música ha cesado.

—¿Por qué aquí? ¿Por qué sentadas detrás de una mesa vendiéndoos a hombres? ¿Por qué si no estáis en venta?



—He venido para conocer a un hombre con el que pueda tener algo en común. Y puede que nazca una amistad o una relación.

—Los hombres no quieren relación. Los hombres quieren chingar. ¿Cuánto?

¡Dong!

Me acomodo en el asiento de atrás del taxi de vuelta a Tooting y me quedo mirando a través de la ventanilla, mientras Maddie se mete mano con Steve el Soporífero, el analista de sistemas, al que ha decidido llevarse por la única razón de que ha sido el último hombre con el que ha hablado, y le apetece echar un polvo.

Si el número veinticinco hubiera sido el chingarín, probablemente ahora mismo estaría metiéndose mano con él y sacando unas perrillas ya de paso.

La he decepcionado. Probablemente, ella querría que yo hubiera hecho lo mismo, pillar a cualquiera, simplemente para darme un revolcón rápido con él y echar un insípido polvo. Y mañana, seguro que me viene con lo de que pongo el listón demasiado alto. Sinceramente, no es así. Eh, a una tía que se tira un año saliendo con Rob el Vago no se la puede acusar de poner el listón más alto de lo permitido legalmente.

Vale, es verdad que mi listón no es... eh... tan «democrático» como el de Maddie. Joder, tampoco hace falta bajarlo hasta el núcleo de la Tierra. También es verdad que Maddie no quiere una relación o, al menos, no una que dure más de una noche.

Continúo mirando por la ventanilla, a un mundo de hombres. Vomitando en los portales, yéndose de putas y buscando pelea. Y me pregunto, como una tonta, si entre todo ese caos de masculinidad no habrá un Romeo, un Heathcliff o un señor Darcy.

Porque ese es el problema. Por mucho que la realidad te diga otra cosa, una relación romántica es un sueño muy difícil de acallar. Y, por mucho que yo sea consciente de que el hombre ideal ni existe, ni puede existir, él sigue ahí, en mi mente, como una posibilidad abierta en el futuro.

Al llegar a casa, entro detrás de ellos y observo la extraña imagen que dan. Maddie, vestida como en torbellino tecnicolor, mide solo un metro y medio. Steve, vestido como un analista de sistemas, es más alto que una farola. No es que eso le vaya a preocupar a Maddie. Su actitud hacia los hombres es la misma que la de otras personas respecto a la dieta saludable. Cuanta más variedad, mejor. Una noche puede zamparse un colín y a la noche siguiente un pepinillo en vinagre.

—Shhhh —digo, cuando abren alborotadamente la puerta y se caen encima de la bicicleta que hay apoyada en la entrada—. Pip está dormida.

—Ah, sí —dice Maddie, con una risilla maliciosa—. Cara seria.

Doy un suspiro y la dejo con Steve el Soporífero, y con los ebrios placeres que puedan esperarles tras la puerta de su dormitorio.



EL SOBRE AMARILLO

Pip, mi otra compañera de piso, es una psicópata. Mírala.

Es miércoles por la mañana. Son las siete menos cuarto y está en medio de nuestro lóbrego salón dando puñetazos y patadas laterales con su DVD favorito de ejercicios de gimnasia, Tae Bo Extremo: Ponte cachas.

—Golpe, golpe, gancho, gancho—imita—, golpe, golpe, gancho, gancho...

Lo hace todas las mañanas antes de desayunar (medio pomelo) y de prepararse la fiambra del almuerzo (ensalada de zanahoria, sin aliñar).

—Buenos días —digo.

—Golpe, golpe, buenos días, gancho, gancho...

Me encanta la cara que pone cuando entrena. Es tan graciosa... Tan exagerada y furiosa, con esa pequeña arruga vertical en la frente...

De hecho, es solo una versión algo exagerada de su cara normal. Es el indicativo facial de que puede que tenga ciertas tendencias psicopáticas. Se le pone cuando está limpiando o preparando la clase de Geografía, o cuando se lee el contenido calórico de uno de los muchos caprichos de chocolate de Maddie, o cuando mira la báscula, o las revistas, o cuando se mira al espejo, o con cualquier otra cosa que haga.

Por supuesto, realmente no es ninguna psicópata, que yo sepa, no esconde ningún cadáver debajo de la tarima flotante tras haberle propinado uno de sus golpes fatales de Tae Bo en la barbilla. Es solo que es muy intensa. Es como si esa gran ecuación que es la vida solo la pudiera resolver consiguiendo algo de control sobre ella. Y así ha sido desde que la dejó un jefe de ventas gilipollas llamado Greg que le dijo que tenía el culo fofo, lo cual no es cierto en absoluto.

—Golpe, golpe, gancho, patada lateral... hijo... de... puta. La dejo con lo suyo y me voy a mirar el buzón.

La factura de la electricidad.

Un folleto de un nuevo local de pizzas para llevar.

Y un sobre amarillo con mi nombre mecanografiado.

Lleva un logotipo, junto al sello. Una especie de triángulo boca abajo con la palabra «Perfecto» debajo. Me fijo mejor y me doy cuenta de que el triángulo es en realidad un corazón.

*Curiorífico y curiorífico*¹...

Dentro, hay una pequeña tarjetita blanca parecida a las de las invitaciones de boda, con el logotipo del corazón en relieve.

A continuación, miro lo que hay escrito y, de repente, me encuentro leyendo en voz alta para asimilar su contenido.

*Ella Holt,
Enhorabuena*

¹ N. de la T.: En el segundo capítulo de Alicia en el país de las maravillas, la muchacha lanza esta exclamación cuando ve que sus pies se alejan al aumentar ella de tamaño. El autor afirma que «estaba tan sorprendida que por un momento se olvidó de hablar correctamente».



Has sido agraciada con la oportunidad de conocer a tu hombre ideal. Una representante de la Agencia Ideal se personará en su casa el sábado a las diez y media de la mañana. A continuación, la acompañará a nuestra sede en Londres para iniciar el proceso de selección de su pareja.

Atentamente, Dra. Lara Stein

Evidentemente, todo esto es una broma y tiene la huella de las pezuñas de Maddie Hatfield. Entro en el piso como un huracán, esquivo las patadas laterales de Pip y voy directa a la habitación de Maddie.

Maddie es una persona buena y encantadora, pero también es un incordio total. No conoce la vergüenza, ni el miedo ni el sentido común.

Puede que sea profesora (de Matemáticas, lo cual debería denotar, aunque no es así, cierto instinto para la lógica), pero tiende a ser más infantil que sus propios alumnos.

Quiere que la vida sea un carnaval interminable de música, cócteles margarita y de emparejar a sus amigos, todo sazonado con algún que otro revolcón debajo de las sábanas con completos extraños.

Pero para comprender la locura absoluta de Maddie, quizá deberíais saber algo más sobre su pasado.

Perdió a sus padres en un accidente de tráfico cuando tenía cinco años y la crió su tía Cynthia, una profesora de Historia retirada con osteoporosis crónica y alergia a cualquier forma de diversión.

Como resultado, Maddie creció en una casa sin televisor, con una radio en la que solo se podía escuchar a Beethoven, en un pueblo en el que estaban convencidos de que aún estaban en 1856.

Así que, en cuanto puso el pie en la facultad de Magisterio, estalló como una bomba, explotando con la misma energía en las clases que en las discotecas, dejado tras de sí un reguero de vodka, tinte para el pelo, y un montón de hombres exhaustos y bien follados.

Una vez, alguien del trabajo dijo que era «como un ciclón humano», lo cual resume muy bien cómo tiene el dormitorio. También ayuda a resumir a lo que te tienes que atener si estás lo suficientemente loca como para ser su amiga. Si te acercas demasiado, acabas siendo abducida a su propio país de Oz.

También es sabido que a veces me enfado con ella. Como cuando celebró una asamblea escolar dos días después de que yo hubiera roto con Rob y cantó una canción «sobre una buena amiga». La primera estrofa era:

*Ella
no tiene chorbo
ya no hay nadie
que le de morbo*



Ella
No tienes chorbo
Quizá lo mejor será
¡que te hagas bollo!

También está la vez en que nos apuntó para salir en la función escolar de Grease (yo era Sandy, Maddie hacía de Rizzo, papel con el que disfrutó increíblemente). Éramos las únicas profesoras de la función, lo cual no le importaba a Maddie porque, con su metro y medio y riéndose más que nadie, sigue siendo, en esencia, una adolescente. Pero yo, rodeada por una panda de alegres mocosos sonrosados de ocho años, llamaba más la atención que un girasol en un rosal.

Abro la puerta de su dormitorio y me la encuentro dando botes sobre Steve el Soporífero.

—Oh, Dios mío —digo, tapándome los ojos y saliendo de la habitación—. Perdón.

El cuerpo de Maddie desafía las leyes de la ciencia. Tiene el tamaño de un pimentero. Anoche se bebió por lo menos siete tequilas mockinbird. Ha dormido unas cuatro horas. Tiene que irse a trabajar. Y aun así, le queda energía para echar una cabalgada rápida a lo potro salvaje con Steve el Soporífero (que consigue parecer aburrido aun maniatado a una cama).

Transcurrido un minuto, sale al pasillo con una risilla.

—Acaba de llegar esto para mí—le digo, arrojándole la tarjeta blanca.

Empieza a leerla y, a cada palabra que lee, va abriendo más los ojos. Para cuando la ha terminado, parece que se le van a salir de las órbitas.

—¡Oh, Dios mío! —dice, saltando como un conejo—. ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!... —Y lo sigue repitiendo como un robot estropeado con un vocabulario de tres palabras.

—Oh, Dios mío, ¿qué? —le pregunto.

—¡Has ganado! —Lo dice como si con eso ya me hubiera dado una explicación comprensible.

—Maddie, por favor, di algo que tenga sentido. ¿Qué es? ¿Qué es lo que has hecho esta vez? Ya sabes lo que te dije sobre las agencias de contactos.

—Sí, sí, ya lo sé. Sí, sí. Pero esto es completamente diferente. —Entonces, el robot estropeado vuelve de nuevo—. ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

Al final, tras unos setecientos «¡Oh, Dios mío!» parece calmarse y empieza a explicarse.

¿Te acuerdas del cuestionario que te hice hace más o menos un mes? Un mes es mucho tiempo en el país de Maddie.

¿Qué cuestionario?

El de la revista *Glamour*. «Cien preguntas sobre tu hombre ideal». Te lo leí en voz alta y fui anotando tus respuestas.

Mi memoria retrocede. Fue hace casi dos meses. Algunos días después de romper con Rob, Maddie me estuvo haciendo preguntas sobre mi hombre ideal para subrayar lo odiosamente imperfecto que era Rob.

—Sí, ya me acuerdo —le contesto. —Bueno...



Oh, oh... ya me conozco yo ese «bueno». Es el mismo «bueno» que precede a una gran confesión.

Como en «Bueno, accidentalmente te he roto el alisador de pelo...» o «Bueno, te he quemado la camiseta que me prestaste con un cigarrillo...» o «Bueno, nos he apuntado a las dos a una excursión escolar a Stonehenge...»

Y ahí viene:

—Bueno, al parecer, se trataba de... un concurso, y se me ocurrió enviarlo.

—¿Qué concurso?

Me lleva al salón, donde Pip ya ha empezado a hacer una versión sadomasoquista de las abdominales y saca el último número de la revista *Glamour*.

Nos dirigimos a la cocina y da con la página que busca.

—Aquí —dice—, mira.

ANUNCIO

¡Llévate al hombre ideal!

¿Cansada de citas a ciegas? ¿Harta de la oferta de hombres que hay en el mercado? ¿Te has preguntado alguna vez cómo sería tener a un hombre que entienda lo que necesitas?

¡Deja de preguntártelo!

¿Por qué dejar el amor en manos del azar cuando puedes dejarlo en manos de la ciencia?

La Agencia Ideal es un servicio de citas sin igual.

Empleando tecnología científica y métodos psicológicos, la Agencia Ideal te ayudará a encontrar una pareja que sea literalmente ese uno entre un millón.

Por supuesto, este servicio no resultará barato. Sin embargo, le ofrecemos a una sola lectora afortunada la oportunidad de llevarse a su hombre ideal de forma gratuita.

Participa en nuestro concurso y te emparejaremos con tu propio hombre diez.

*Simplemente tienes que contestar las cien preguntas que hay a continuación y enviar tus respuestas a la revista *Glamour* para tener la oportunidad de llevarte el premio.*

Recuerda, contesta muy concienzudamente, ya que tus deseos son órdenes para mí.

Atentamente,

Dra. Lara Stein, fundadora y directora ejecutiva de la Agencia Ideal y de aperitivos bajos en carbohidratos y bajos en calorías Adelgaza y Triunfa; queremos fortuna, no cintura.

AGENCIA IDEAL. TU VIDA AMOROSA RESUELTA.



—Maddie, ¿qué narices has hecho?

—Contestar a tus plegarias, por lo que parece. Siempre dices que los hombres no alcanzan tus expectativas y ahora vas a tener a uno que lo haga.

—Yo no... yo... pero... —Esto es una pesadilla. Es la única explicación posible. Estoy sonámbula otra vez, y todo esto es una pesadilla.

Pip entra en la cocina, le brilla la piel por el sudor y saca una botella de agua mineral Evian del frigorífico.

Maddie me hace el gesto para que me calle.

—¿Fue bien la noche? —pregunta Pip, con intensidad.

—Sí—contesta Maddie, ya que yo continúo desconcertada—, fue una risa. ¿Y tú?

—Corrigiendo trabajos toda la noche. Me queda tanto para ponerme al día... es una puta pesadilla. —Le da otro trago a la botella de Evian, se lava las manos y empieza a prepararse la ensalada, atravesando con la mirada la tabla de cortar.

Maddie se pone a parlotear insustancialmente y, a los diez minutos, Pip se va a la ducha.

—Pero todo esto suena muy raro —le digo a Maddie tras oír que Pip ha abierto el grifo de la ducha.

—Lo sé —me contesta, masticando un trozo de zanahoria fresca que ha cogido del almuerzo de Pip—, pero es cien por cien efectivo, Ella Holt, cien por cien e-fec-ti-vo.

—Pero, ¿y si no funciona?

Maddie arquea el cuerpo y empieza a reírse.

—Por supuesto que va a funcionar. Será tu hombre ideal.



LA COLUMNA DE HUMO

Durante los dos días siguientes, en el colegio no soy capaz de concentrarme.

—Muy bien —digo, mirando todas esas caras inexpresivas de estudiantes quinceañeros a mi alrededor—, ¿qué creéis que nos está diciendo del personaje de Romeo?

Nada.

Ni un parpadeo que sugiera que alguien vaya a levantar la mano. De verdad, darle clases a este grupo siempre me hace sentir como si estuviera participando en un concurso de mirarse sin moverse en el que siempre estoy destinada a perder.

—Muy bien, esta vez leeré yo. —Me aclaro la garganta. Luego, empiezo a leer en voz alta:

Amor es humo aventado por el aura de un suspiro; fuego que arde y centellea en los ojos del amante. O más bien es torrente desbordado que las lágrimas acrecen. ¿Qué más podré decir de él? Diré que es locura sabia, hiel que emponzoña, dulzura embriagadora.

Alzo la vista y veo las mismas caras inexpresivas.

—Lo importante aquí —dijo— es que, incluso antes de conocer a Julieta, Romeo ya está obsesionado con la idea del amor. Al parecer, está encaprichado con otra chica, Rosalinda, pero apenas menciona su nombre. En lugar de ello, siempre habla del amor y de los enamorados. Habla expresándose con términos muy extremos, lo sublima tanto que casi no significa nada. Está obsesionado con la idea del amor y habla de él con un estilo muy afectado. Pero cuando poco después experimenta el amor real, ve cuestionada su idea del amor.

Se alza una mano. Es la última mano en el mundo que quisiera ver alzada. Es la mano manchada de tinta, con las uñas mordidas y llenas de costras de Darren Bentley, el padre adolescente, ex pirómano, esnifador de gasolina y culpable de haber activado la alarma de incendios hace dos semanas.

—¿Sí, Darren?

—¿Sabes todo eso que has dicho de que Romeo habla así con la cosa esa afectada y que no menciona el nombre de la mujer? —Sí —contesto, temiendo lo que sea que vaya a salir por su boca. —¿Es posible que fuera un poco mariposón? Un estrépito de risas resuena en todo el aula. —No, no lo creo, Darren.

—¿No crees que estaba enamorado en secreto de su colega, el tío ese, Bendovio?

—Benvolio.

—Porque como que le viene a preguntar a Bendovio que si quiere oírle gemir. —Mira a su alrededor a su receptivo público, luego lee el texto—. Dice: «¿Queréis que os lo cuente y escuchar mis gemidos?» Bueno, es un poco chungo, ¿no, tío? Quiere que gima para él.

—Darren, yo no creo que...

—Y luego como que dice: «Con toda la tristeza, primo, estoy enamorado de una mujer» como si le fastidiara querer a una mujer, porque realmente es bujarra y le mola su primo.

—Es... una... interpretación del texto bastante interesante y creativa, Darren. Sí que lo es. Pero creo que la cuestión no es que Romeo ame a un hombre o a una mujer, sino que está enamorado



del mismo amor. Él se cree que es un poco como Casanova, pero en este momento de la obra, todavía es demasiado inmaduro para entender lo que significa realmente el amor.

—Como Darren, señorita —dice Chantal Farell, masticando chicle y jugueteando con un mechón de pelo.

—Me temo que como muchos hombres, Chantal—contesto, asintiendo con la cabeza.

—No como Dobbo —replica Darren. Mark Dobson es el mejor amigo de Darren, un chaval rubio y tímido con ojos color esmeralda y una inteligencia astuta que oculta como un secreto inconfesable o como una erección involuntaria (que ha sufrido visiblemente alguna vez). Una inteligencia que se revela en los trabajos de clase, pero nunca en el aula.

—Le gusta usted, señorita —se ríe Darren.

Mark recibe tal colleja que se da en la cabeza con la mesa y la clase entera se convierte en una manada de hienas histéricas.

—Oh —exclamo, de repente desconcertada—. Estoy segura de que realmente no...

Suena la campana y me libro, pero, a juzgar por el color de las mejillas de Mark, su tormento no ha concluido. Lo observo dando trompicones como un mono avergonzado para salir de la clase, y me reprendo a mí misma por sentirme extrañamente halagada.



EL VAGÓMETRO

Esa tarde, introduzco «Agencia Ideal» en Google para ver lo que sale. Una página de noticias muestra una entrevista con la doctora Lara Stein, que explica de qué forma dieron con un millón de hombres potencialmente perfectos.

P: ¿Qué tipo de hombres estaban buscando?

R: El tipo de hombres que desean las mujeres. Hombres que hayan hecho algo con su vida. Hombres que entiendan lo que las mujeres necesitan. Por supuesto, cada mujer tiene su propio ideal, y nosotros tenemos que tener en cuenta esos diferentes ideales. Algunas los quieren jóvenes, otras los quieren mayores. Algunas los quieren creativos, otras los quieren con instinto empresarial. Algunas los quieren ricos, otras los quieren muy ricos. Todo tiene que ver con nuestra composición genética. Tenemos una gran variedad de hombres en la carta. Abogados, médicos, directores ejecutivos, deportistas de élite, músicos, pilotos, modelos, solo tienen que pedirlo. Nuestra oferta incluye una gama completa de hombres disponibles. Bueno, casi completa.

P: ¿A qué se refiere con «una gama casi completa»?

R: Bueno, las mujeres tienen gustos diferentes en cuanto a los hombres, pero, en general, hay un tipo de hombre con el que jamás fantaseamos.

P: Ah, ¿y qué tipo es ese?

R: Los vagos, todavía estoy por encontrar a una mujer que diga: «Ey, Lara, hay demasiadas caza fortunas en el mercado. Lo que yo estoy buscando es un adicto a la televisión que no se levante nunca del sofá.»

P: No, supongo que no. Y ¿cómo conseguís quitaros de en medio a los vagos?

R: Buena pregunta. Bueno, en primer lugar, tiene que ver con los lugares en los que nos anunciamos. Si hubiéramos insertado los anuncios en la revista de la PlayStation o en una revista para chicos, el vagómetro se hubiera disparado. Así que elegimos concienzudamente las revistas y periódicos. El Financial Times, Fortune, El Atleta Profesional Aerolíneas Internacionales, La Revista Espacial, Emprendedores, La Revista Jurídica, El Boletín Médico... Nosotros sabíamos que, al hacer las inserciones en este tipo de publicaciones, nos estábamos dirigiendo al macho alfa. Tras publicar los anuncios, recibimos cinco millones de respuestas, que depuramos, dejando un millón de hombres.

P: Mi marido es sagitario.

R: Oh, lo siento mucho por ti, chica.

Salgo de la página, me meto en la cama y trato de recordar el cuestionario que Maddie rellenó en mi lugar.

¿Por qué iba a estar alguno de esos hombres interesado en mí? Dudo mucho que yo sea esa persona entre un millón, ni siquiera una entre diez. Solo tienes que mirar este pelo. Y esta tez apagada. Y este culo del tamaño de Letonia. Vale, técnicamente no es del tamaño de Letonia, tampoco es que yo sepa cuánto mide su territorio. Ni dónde está.



Oh, Dios mío, no sé dónde está Letonia. ¿Y si algún superhombre con un coeficiente intelectual de doscientos cincuenta y ocho es ese hombre entre un millón y yo no sé dónde cojones está Letonia! Pero, ¿es un país, siquiera?

¿Y si es letonio? ¿Y si es el jefe de una constructora y acaba de comprar un montón de parcelas en Letonia?

Vale, me digo, vamos a calmarnos.

Lo peor que puede pasar es que no peguemos, y si eso ocurre, entonces es que no es mi hombre ideal.



EL HADA MADRINA

Sábado por la mañana.

—¡Ella! —Es la voz de Pip—. Preguntan por ti.

Le conté lo de la Agencia Ideal anoche y no pareció impresionarla demasiado.

—No creo en los cuentos de hadas —dijo—. La vida siempre tiene un final infeliz.

En la puerta, hay una mujer muy flaca con la melena alisada, y la cara aun más alisada, ataviada con un caro traje pantalón gris y una sonrisa que, probablemente, le haya costado aún más.

—Oh, hola, ¿Ella Holt? —Tiene acento americano.

—Sí —contesto.

—Oh, hola. Soy Jessica Perk. La representante de la Agencia Ideal. Enhorabuena por convertirte en la primera persona que va a conocer a su hombre ideal —enuncia, con la convicción de un robot.

—Oh —respondo, extrañamente nerviosa—, gracias.

—¿Estás lista?

—Creo que sí.

Me despido de Maddie, que me dice adiós con la mano y cruza los dedos desde el ventanal del salón.

Sigo a Jessica hacia la cálida y soleada calle y me dirijo al coche. Un Mercedes, cristales tintados. Se mete en la parte de atrás. Me pregunto quién irá a conducir, pero me percató de que hay un hombre con gorra en el asiento del conductor.

—Ahora, escucha —dice Jessica, una vez ha arrancado el coche, haciendo gestos con las manos—. Solo hay una cosita sin importancia que nos gustaría que hicieras por nosotros.

—Vale —contesto; aún no me he terminado de despertar y no soy capaz de elaborar frases completas.

—Bien, como eres la primera mujer que alguien va a hacer uso de nuestro servicio, la doctora Lara quisiera utilizarte para un estudio práctico. Ya sabes, para promocionar el servicio entre nuestras dientas. Una especie de Cenicienta que encuentra a su Príncipe Azul, conmigo como hada madrina.

No puedo asimilar tantas cosas. Ya no es solo por el hecho de que está hablando por encima de los decibelios permitidos los sábados por la mañana, o porque da la sensación de que su voz robótica parece salirle por la nariz en vez de por la boca, es también porque parece estar dando por hecho demasiadas cosas.

¿Cómo sabe que esto va a tener un final feliz de cuento de hadas? Y, ¿y de dónde ha sacado la idea esa de la Cenicienta? Vale que en la lista de las mujeres más ricas del mundo no esté en el séptimo puesto, ni siquiera en el puesto séptimo-millonésimo, pero tampoco...

Pero mi estómago aún sin desayunar está demasiado débil como para permitirme decir otra cosa que:

—Claro, faltaría más.

—Sabía que aceptarías —contesta, exultante de confianza neoyorkina.



El coche empieza a girar por un laberinto de calles hasta que desembocamos en Tooting High Street, dirigiéndonos directamente a la City. Jessica no para de parlotear a velocidad ultrasónica, pero yo solo pillo algunas cosas de lo que dice.

...genéticamente probado...

...los mejores científicos...

...conferencia de prensa...

...eficacia garantizada...

Cuando hace un punto y final, le pregunto:

—Pero, ¿y si mi hombre ideal no me gusta?

Jessica Perk cierra los ojos y niega con la cabeza. Una sonrisa falsa trata de abrirse paso entre el Botox.

—Eso no va a ocurrir, querida. Ya lo verás. Yo no soy científica ni nada de eso, pero de la manera en que yo lo entiendo, todas las pruebas están basadas en la genética; si él se siente atraído por ti, tú también te sentirás atraída por él. Al fin y al cabo, solo se alcanza la perfección si funciona en ambas direcciones.

—Ya, entiendo.

Diez minutos después, el coche entra por una entrada anónima y empieza a frenar hasta detenerse.

—Muy bien, Cenicienta —dice Jessica—, ya hemos llegado.



LA AGENCIA IDEAL

La sede de la Agencia Ideal y Adelgaza y Triunfa tiene un aspecto bastante extraño desde fuera. El edificio se alza sobre la acera como un espejo gigante, reflejando un sol primaveral.

Me bajo del coche y sigo a Jessica hacia las puertas giratorias, bajando por unos escalones blancos que conducen al piso de abajo.

Una vez allí, llegamos a un enorme espacio blanco sin ventanas. Sobre una de las paredes blancas, en letras opacas blancas, está escrito el lema de guerra de Adelgaza y Triunfa en amplias letras en relieve.

QUEREMOS FORTUNA, NO CINTURA

Aguardamos en los ascensores.

—La Agencia Ideal está en el último piso —me explica Jessica—, en el piso catorce.

Jessica tiene un rostro extraño, relleno de Botox hasta la inexpresividad. Trato de calcular su edad, pero podría encontrarse en cualquier punto entre los treinta y los sesenta. Ya se me está olvidando su cara, aunque esté todavía mirándola.

¡Ding!

Las puertas del ascensor se abren. Entramos dentro. Jessica me suelta un rollo:

—Todo el edificio pertenece al imperio de la doctora Lara: Adelgaza y Triunfa. Yo trabajaba allí, hasta que Lara me pasó a la Agencia Ideal. Yo era como tú —dice, con un matiz amargo—. Era un caso de estudio. Fui declarada la mujer a régimen del año en Adelgaza y Triunfa. Seguí la dieta de Adelgaza y Triunfa durante doce meses. Solo comía los batidos y barritas de cereales de Adelgaza y Triunfa. Perdí setenta kilos. —Su voz empieza a dispersarse—. Estaba como un buque. Comía para consolarme. Perdí a mi hermana gemela en un incidente con unos patines. Me comía las tarrinas de helado de dos en dos. Pero ahora lo tengo controlado. Controlado... controlado.

¡Ding!

Las puertas del ascensor se abren.

Sigo al trasero inexistente de Jessica por un largo pasillo, dejando a mi izquierda una pared de cristal. Londres se extiende en el horizonte.

Llegamos hasta una puerta negra con una placa dorada. La placa reza: «Dra. Lara Stean, directora ejecutiva y fundadora de Adelgaza y Triunfa/La Agencia Ideal».

Jessica llama a la puerta, pero no hay respuesta.

Nos quedamos ahí paradas, escuchando a la doctora Lara al teléfono. Tiene voz de pija. Voz británica. No sé por qué, pero había pensado que la doctora Lara Stein sería americana.

Por su tono, me da la sensación de que se trata de una conversación que yo no debería estar escuchando.

—Diles a los cabrones de los abogados que la hija de su cliente debería haber leído la letra pequeña. Dice: «Por favor, consulte a su médico antes de seguir la dieta baja en carbohidratos de Adelgaza y Triunfa». Y ¿lo hizo? ¿Consultó a su médico? No. No lo hizo. No es culpa nuestra que tuviera mal las arterias cuando empezó la dieta. ¿Es así? ¿Es así? No. No es así. Nos ofrecimos a



pagarle el funeral. Le hemos enviado a la familia cereales para un año. Ya lo sabes, ¿qué más podemos hacer? ¿Resucitar a los muertos? Tenía la talla cincuenta y ocho, por el amor de Dios. Estaba caminando por la cuerda floja. Era una bomba andante... Si quieren jugar sucio, jugaremos sucio... infórmate sobre ella... habla con todos los restaurantes de comida rápida de su barrio... Hazlo, ¿de acuerdo?

Cuelga el teléfono. Jessica vuelve a llamar a la puerta.

—¿Sí?

—La chica —contesta Jessica, desde detrás de la puerta—. Ya sabes, la que ganó el concurso.

—Ah —dice la doctora Lara, con una voz mucho más profesional—. La cara de acelga que se le ha quedado tras la llamada se convierte en una primaveral sonrisa.

—Ah, sí, claro. La chica. Nuestra Cenicienta.

La doctora Lara Stein rodea el escritorio y cruza la habitación.

No tiene aspecto de mujer de negocios. Parece sacada de *Las mujeres perfectas*². O de un club de campo. Cuello hacia arriba. Bronceado de la Riviera. Mucho pelo, muchas perlas, sonrisa aterradora.

—Hola, Ceni —dice.

—Ella —contesto.

—Sí, hola. Encantada de conocerte. —Me da la mano.

—No, Ella. Es mi nombre.

A la doctora Lara se le esfuma la sonrisa. Oigo a Jessica tragar a mi lado. Obviamente, la doctora Lara no es del tipo de mujer que está muy acostumbrada a que la corrijan.

Pero es solo una interrupción sin importancia.

La sonrisa regresa y la doctora Lara Stein exclama:

—Eres absolutamente perfecta.

—Gracias.

—Tan de andar por casa. Tan normal. Podrías ser cualquiera.

—Eh, gracias.

Se gira hacia Jessica.

—¿Le has contado lo de la conferencia de prensa?

—Sí, se lo he contado por el camino.

—¿Conferencia de prensa?

En el coche no la estaba escuchando. Lo intenté, pero era como tratar de subirse a un tiovivo que va demasiado deprisa.

—Bien —contesta la doctora Lara—. Perfecto. Empieza en veinte minutos.

Me vuelve a mirar, repasando con la mirada lo que llevo puesto.

—Debes de estar entusiasmada —dice. Por su tono, resulta difícil saber si se trata de una pregunta o una orden.

—Sí —digo—, lo estoy.

² N. de la T.: Novela satírica de horror con dos adaptaciones al cine que versa en torno a un pueblo en que las mujeres parecen como robots alineados fabricados al gusto de los hombres.



—¡Es como en Charlie y la Fábrica de Chocolate! ¡Me siento como Willy Wonka! —Mira a Jessica—. ¡Y tú puedes ser el jefe umpa-lumpa!

Cada vez tengo más claro que la doctora Lara Stein está clínicamente demente. Del mismo modo, también resulta evidente que a Jessica Perk no le hace ninguna gracia todo esto. Me ve como a una rival. Al fin y al cabo, ella también empezó como un caso de estudio. Como yo. Solo que yo no he tenido que vivir a base de barritas energéticas que vienen en tres sabores de cartón.

Una de las manos de perfecta manicura de la doctora Lara me toca el hombro. Se inclina, acercándose, y susurra:

—Esto va a ser muy grande. Muy grande. Esta agencia es lo más grande e importante que he hecho en mi vida, y no pecho de falta de modestia si te digo que he hecho unas cuantas cosas grandes e importantes. Y tú estás en el centro de todo. ¿Cómo te sientes?

—Bien —digo, aterrorizada.

—Vas a conocer a tu hombre ideal. Ninguna otra mujer en el mundo lo ha sabido con tanta certeza como tú. Y, cuando lo hayas conocido, podrás ser nuestra portavoz. Te pagaremos, por supuesto. —Veo que Jessica, que está detrás de la doctora Lara, me mira—. ¿A qué te dedicas ahora? —me pregunta Lara.

—Soy profesora.

—¡Profesora! ¡Adorable! ¡Una profesora! Es tan... tan... común. Lo cual es perfecto. Porque de eso se trata. Es genial para ti y para nosotros. Probamos el servicio y nos hace muy buena publicidad. La humilde maestra de escuela conoce a su príncipe azul. ¿Quién ha dicho que el romanticismo ha muerto? Jessica, ¿qué hora es?

—Las doce menos diez.

—Muy bien, será mejor que vayamos para allá.



LA CONFERENCIA DE PRENSA

Sigo a la doctora Lara y a Jessica a la sala.

Las cámaras destellan.

Las sillas se arrastran.

Hay una mesa larga, tras la cual hay una proyección gigante del logotipo de la Agencia Ideal.

«AGENCIA IDEAL. SU VIDA AMOROSA RESUELTA»

Jessica me acompaña hasta una silla y me susurra al oído:

—Habla solo cuando te pregunten directamente. Y da respuestas lo más cortas posibles. ¿Vale?

—Vale.

Observo a los periodistas, listos con sus libretas y grabadoras, y con sus caras serias. Odio este tipo de cosas. Por eso soy la única profesora del colegio Thistlemead que nunca ha dirigido un claustro.

Con seguridad, debe de haber una forma más fácil de encontrar un hombre decente. Diablos, ¿a quién pretendo engañar?

La doctora Lara se levanta y la sala se queda instantáneamente en silencio.

Siempre he admirado a ese tipo de gente. Esa que con solo levantarse, consigue que todo el mundo se calle. Debe de ser genial tener semejante poder.

—¡Hola a todos! —exclama, sonriendo—. Gracias por venir al lanzamiento del concepto más revolucionario en cuanto a las relaciones desde la invención del matrimonio. Señoras y caballeros, les presento la Agencia Ideal.

Presiona algo que lleva en la mano. Algo que está conectado a un cable. Entonces comienza una música. Las luces se apagan. Todos los periodistas miran a la pantalla que hay detrás de nosotros. Me giro y la veo también, sin tener ni idea de lo que estaba pasando.

—Es un vídeo promocional —me susurra Jessica al oído—. Dura unos diez minutos. Luego vendrá la ronda de preguntas.

Asiento con la cabeza.

Me giro y miro atrás, a la pantalla.

Se proyectan unas secuencias donde aparecen parejas famosas. Carlos y Diana. Brad y Jenny. Tom y Nicole. Angelina y Billy Bob. J-Lo y P. Diddy. J-Lo y Ben Affleck. J-Lo y ese otro tipo... todo animado con la gilipollez esa de canción de Roxette de *Pretty Woman*.

«*It must have been love, but it's over now...*» después, se corta y enfoca a Lara Stein con un fondo de fantasía de color melocotón.

—Son malos tiempos para los que creen en el amor verdadero —dice, todo sinceridad, mirando directamente a la cámara—. La ruptura de los matrimonios famosos es la señal más visible de una tendencia que está afectando a todo el mundo occidental.



»El amor ya no funciona. En los EE.UU. y en el Reino Unido, cada vez más gente está cuestionando el concepto de matrimonio. Al fin y al cabo, si no es para toda la vida, no sirve para nada, ¿no?

»Bueno, yo soy optimista. Puede que haya pasado por tres divorcios, pero sigo creyendo en él. Y esa es la razón por la que he decidido fundar la Agencia Ideal.

Hay más música edulcorada. Imágenes de parejas cogidas de la mano. Dándose helado. Besuqueándose en los bancos de los parques. Un hombre llevando a caballito a su novia por el campo.

Luego, un primer plano del hombre más feo del mundo. Tiene tres mechones de pelo peinados sobre la calva. La piel con más ronchas que la puerta de nuestra casa. Y lleva puesto un traje que parece llevar usando todos los días desde 1973, probablemente, el mismo año en que adquirió sus gafas de pasta. Aparece un subtítulo bajo su cara.

Dice: «Dr. Ludwig Fischer, profesor emérito de Genética, Universidad de Berna (Suiza)». Empieza a hablar con ese acento alemán cortado que usan en las comedias de guerra antiguas.

«El amor es una ciencia. Está en los genes. Lo sabemos desde hace tiempo pero, ahora, podemos llevar la teoría a la práctica. Aplicando investigaciones en el área de las matemáticas, la genética y las ciencias biomédicas, ahora es posible encontrar a su pareja ideal.»

Entonces se corta y aparece la doctora Lara.

«La especie humana ha evolucionado», afirma con un tono que cualquiera diría que le vayan a dar un Óscar. «Al igual que las relaciones. Hace cinco mil años se inventó el matrimonio. Este revolucionó las relaciones entre hombres y mujeres. Pero, al principio, el matrimonio no funcionaba precisamente a favor de la mujer. En el pueblo sumerio, que fue el que inventó el matrimonio, el "padrino" recibía ese nombre porque ayudaba al novio a secuestrar a la novia y a pegar a los familiares si trataban de rescatarla.»

Hay cuchicheos entre los periodistas mientras Lara continúa hablando en el vídeo...

«Los romanos hicieron avances trescientos años después asegurándose de que los prometidos se casaban por voluntad propia. Y, con los años, las mujeres fueron ganando cada vez más libertad en las relaciones. Desde que el orgasmo femenino fue reconocido hace un siglo, las mujeres exigen tanto como los hombres en una relación sentimental. El problema es que, con las exigencias, aumentó la presión. Las mujeres y los hombres ahora esperan mucho más el uno del otro. Buen aspecto. Buen sexo. Buenos orgasmos. Buena conversación. Comprensión. Cerca de la compatibilidad total...»

Los periodistas asienten con la cabeza mientras garabatean «compatibilidad total» en sus libretas.

«... Pero la gente tiene menos tiempo y está rodeada de tentaciones semana tras semana. Ven películas románticas. Leen libros románticos. Ven a todas esas parejas en las revistas. Y todo eso alimenta el deseo de tener una vida amorosa perfecta.»

Se inclina hacia delante. La cámara se acerca. Su bronceada cara aparece ahora gigante en la pantalla.

«Pero no les juzgo», dice, con un tono más pijo que nunca. «No soy de las que creen que no deberíamos esperar que todo sea perfecto, o que las mujeres deberían ser realistas y volver a los orgasmos fingidos y a la bendición marital hasta el fin de los tiempos». Niega con la cabeza. «No, yo creo que las mujeres y los hombres deberían cumplir sus expectativas. Deberían tener a ese



compañero que sea uno entre un millón, sin tener que padecer esa lotería de citas a ciegas, citas por Internet, o citas rápidas o, a través de las agencias de contactos tradicionales.»

Se oye música de violines mientras la doctora Lara explica sus conclusiones.

«Lo que Agencia Ideal hace es trabajar con la ciencia del amor verdadero, encontrar a la pareja ideal que, de otra forma, nos llevaría cien vidas encontrar. Así que, realmente, creo que estamos ofreciendo la mayor revolución mundial en relaciones de los últimos cinco mil años.»

Más música.

Una voz grave repite el eslogan. «Agencia Ideal. Su vida amorosa resuelta»

Entonces, vuelven las luces y se alza una mano. Jessica señala con su mano huesuda a los periodistas de rostros complacientes. Hacen preguntas amables. La doctora Lara contesta y ni sus palabras ni su sonrisa desfallecen.

A mitad de la charla, me presenta...

—...Lo que nos lleva al primer miembro de Agencia Ideal, la señorita Ella Holt. Como pueden ver, Ella no es ninguna millonaria a la que no le importe el dinero...

Para mi horror, media sala observa mi ropa y asiente con la cabeza mostrando su conformidad.

Lara continúa, leyendo las tarjetitas que Jessica le ha entregado antes de entrar a la sala.

—Es maestra. Veintinueve años. Está empezando a sentir y a oír su reloj biológico...

Ey, ¿quién ha dicho eso?

—...alguien que ha tenido tan mala fortuna en el amor. ¡Su último novio hasta se olvidó de su cumpleaños!

La sala estalla en una risa compasiva.

Analizo las diferentes formas de matar a Maddie.

—...de todas formas, su suerte está a punto de cambiar. Justo después de esta rueda de prensa, Ella va a entrar en el laboratorio del amor de Ludwig Fischer, que está en la planta de arriba de este edificio, para pasar a la siguiente fase del proceso de selección, que implica el uso de la última tecnología en compatibilidad genética.

Jessica señala a un hombre pelirrojo con chaqueta de pana que está sentado en la última fila.

Se levanta y dice:

—Me gustaría hacerle una pregunta a Ella, si es posible.

—Claro —dice Jessica, dándome con su huesudo codo—. Dispara.

—¿Qué se siente al ser un conejillo de indias humano?

Miro a Jessica, cuyos ojos se abren como diciendo «Vamos, contesta a la pregunta», así que digo:

—Me siento estupendamente. Estoy muy contenta de... formar parte de esto.

—Y, ¿le preocupa que su hombre ideal no cumpla sus expectativas? —pregunta el periodista—. Me refiero a que, si no funciona, ¿dejará de salir con hombres?

La sala se cierra en torno a mí. Tengo la boca seca. En mi cabeza se suceden las imágenes de conejillos de indias.

—Eh... yo... no...

La doctora Lara se inclina hacia el micrófono y habla con seguridad.



—Con todo el respeto, esa pregunta es irrelevante —exclama—. Agencia Ideal no lleva la palabra «ideal» en su nombre por nada. Puede estar seguro de que será un cuento de hadas con un final feliz.



UNA PAUSA RÁPIDA

Tengo media hora.

Jessica y la doctora Lara me han ofrecido un almuerzo gratuito en la cafetería de Adelgaza y Triunfa, pero no tengo hambre.

Salgo del edificio y llamo a Maddie.

—Te voy a matar —le digo.

—Estoy bien, gracias. Y tú, ¿cómo estás?

—Esto es una pesadilla. Acabo de estar en una rueda de prensa.

—¿Una rueda de prensa? ¡Eh! ¡Eres famosa!

—¿Y quién les ha hablado de Rob?

—Oh... eh... sí... te lo iba a contar.

—Está loca.

—¿Quién?

—La doctora Lara Stein. Está loca. ¡La gente obesa se muere haciendo sus dietas y no le importa! Y yo soy su conejillo de indias. Y quiere que sea su portavoz.

—¿Te van a pagar?

—Bueno, sí, pero...

—Genial.

—No, genial no. Me da miedo.

—Entonces vente para casa.

—¿Qué?

—Déjalo —contesta.

—¿Qué?

—No has firmado nada, ¿no?

—Eh... no.

—Entonces déjalo ahora, si no te gusta. Es extraño.

He llamado a Maddie para reñirla por haberme metido en todo esto y ahora me dice que lo deje.

—Se supone que me tienes que decir que continúe con esto.

—Es tu vida —contesta, saliéndose de su papel—. No soy quién para decirte lo que tienes que hacer.

—Ya lo sé. Es solo que... creía que querías que hiciera esto.

—Pensé que sería divertido, pero no tiene mucho sentido meterse en tanto follón, ¿no?

—Yo, eh... yo...

—Siempre puedes volver con Rob. Volver con Rob.

Esas palabras pesan lo suficiente como para clavarme en la tierra.

—No —le corrijo—, no podría.



—Bueno, entonces parece que vas a tener que acostumbrarte a estar sola otra vez. Nadie con quien acurrucarte. —De acuerdo, de acuerdo. Ya lo pillo. —Eh, en serio. Es cosa tuya. —Lo siento, Mad. Es demasiado. Me voy a casa. —Muy bien. Haré té. Te espero en media hora. —Vale, hasta luego. —Hasta luego.

Estoy a punto de salir corriendo. Podría llegar a la línea de metro de Farringdon en dos minutos desde aquí y volver a mi vida normal. Mi vida normal sin ningún hombre.

De vuelta a las citas rápidas con Maddie, escudriñando una cinta transportadora de perdedores y psicópatas a los que solo les falta un tatuaje en la frente gigante que diga: «me muerdo por un polvo».

Observo el edificio. El espejo gigante se alza sobre el suelo.

Me siento tentada a salir huyendo. Volver y tomarme con Maddie la taza de té que me está preparando. Salir de aquí como salgo de todo. Una tendencia que inicié cuando abandoné las clases de piano a los doce años.

Pero no lo hago.

Tomo aire como si estuviera a punto de sumergirme en el agua y me dirijo hacia las puertas giratorias.



EL DETECTOR DEL AMOR DEL DOCTOR FISCHER

Cuando Lara mencionó algo sobre el «laboratorio del amor», me vino la imagen de una habitación roja con flores y cojines en forma de corazón y tubos de ensayo llenos de pociones de color rosa.

Pero no se parece en nada a eso.

Para empezar, está ese olor.

El aliento halitósico del doctor Fischer no tiene nada de floral. No hay nada rosa. Ni hay tubos de ensayo. Solo un montón de ordenadores e impresoras, una pantalla de proyección y un artilugio extraño sobre una mesa en mitad de la habitación.

—Muy bien, lo único que tengo que hacer es pegarte estas ventosas en las mejillas, las manos y el pecho —dice el doctor Fischer, y uno de los tres mechones que lleva peinados sobre la calva se levanta y me roza al inclinarse sobre mí—. Como puedes ver, estas ventosas están conectadas con los ordenadores que están programados para leer los datos.

No cabe duda de que resulta de una ironía de proporciones shakesperianas que el hombre menos atractivo del planeta sea el encargado de encontrar a mi hombre ideal.

Me pega los pequeños círculos blancos en las sudorosas palmas y sienes, me mete la mano por debajo de la blusa y me pega otra sobre el pecho izquierdo.

—Así que... eh... ¿cómo funciona? —le pregunto, al sentir la necesidad de hablar.

—En muchos sentidos funciona como un detector de mentiras. Detecta los cambios en el pulso, en la presión sanguínea y en otras fluctuaciones físicas externas. Solo que, por supuesto, esto es un detector de amor, no de mentiras. Bueno, allá vamos, ya está todo preparado.

El doctor Fischer me pega una última ventosa y se acerca al ordenador que hay al otro lado de la sala. Se pone en cuclillas y empieza a escribir.

—No lo entiendo —le digo—, ¿cómo puede saber si me voy a enamorar de una persona a la que no conozco?

—El amor no es un arte, señorita Holt. Es una ciencia —dice, volviendo su mirada atónita escudada tras un par de gafas hacia mí—. Si alguien le atrae, su cuerpo libera un grupo de neurotransmisores llamados monoaminas. Hay que buscar tres de ellos. El primero es la dopamina, que, al igual que el amor, también lo activan la cocaína y la nicotina. El segundo es la norepinefrina...

—Nore... ¿qué?

Me mira por encima de sus gafas de pasta.

—Norepinefrina. O adrenalina, para que me entienda. Es el agente químico que hace que sude y que se le acelere el corazón. Su cuerpo la libera para decirle a su cerebro que se siente atraída por alguien. Cuando hay un incremento de la adrenalina, pierde el apetito y precisa dormir menos, que son los síntomas que se manifiestan durante las primeras semanas del enamoramiento.

Trato de recordar la primera fase de mi relación con Rob. Nuestra cita en Pizza Celestial y su capacidad para comerse una pizza entera delante de mí. Realmente, comí menos. Pero era porque Rob me robaba la comida del plato. También dormí menos. Pero quién no, durmiendo al lado de un rinoceronte roncador.

—El tercer neurotransmisor es la serotonina —me explica, rascándose la seca piel del cuello.



—Oh, de esa sí que he oído hablar.

—Sí. Ese es el artífice de todo, señorita Holt. Eso es lo que hizo a Marco Antonio abandonar el Imperio Romano por Cleopatra. Eso es lo que hizo que el rey Eduardo renunciara al trono por la señorita Simpson. Eso es lo que hizo que Romeo y Julieta se suicidaran. Es el agente químico de la locura, señorita Holt. Eso es lo que hace que hombres y mujeres cuerdos se vuelvan locos. Cuando la gente dice que se ha enamorado locamente, están diciendo la verdad más de lo que nos creemos. El amor es locura, señorita Holt. Ni más ni menos.

Termina con el ordenador y se acerca a la pared que hay frente a mí. Tira de una cuerda y cae una enorme pantalla blanca que cubre la mayor parte de la pared.

—Ahora, señorita Holt —dice—, voy a proyectar algunas imágenes sobre la pantalla, por lo que necesitaré que la mire detenidamente. No me mire a mí, o eso confundirá al ordenador. ¿Me comprende?

—Eh, creo que sí. ¿Qué tipo de imágenes van a ser? —Hombres, señorita Holt. Montones de hombres. —De acuerdo.

—Esta es la fase más importante para encontrar a su hombre ideal. Esta es la prueba de la percepción facial.

Comienzo a mostrarme muy escéptica. Pase que el amor sea una ciencia, pero no existe forma alguna de saber de quién te vas a enamorar solo con verle la cara. Lo que quiero decir es que, si el aspecto lo es todo, ¿no debería alguien decírselo a Catherine Zeta Jones?

Mi escepticismo resulta claramente visible porque el doctor Fischer exclama:

—Los seres humanos somos criaturas muy visuales, señorita Holt. Y el rostro humano es ante lo que mejor respondemos. Nos dice muchas cosas. Nos dice la edad, la raza y el género, claro; nos dice si alguien es atractivo, pero también nos da un montón de claves sobre la personalidad. Unos labios gruesos nos dicen que se trata de una persona sensual. El rostro también le dice a nuestro subconsciente si se trata de una persona introvertida o extravertida. Pero esta es solo la primera etapa del proceso, señorita Holt. Habrá más pruebas. Sin embargo, en este momento, le voy a mostrar los rostros de todos los hombres que hemos seleccionado como potenciales parejas tuyas, señorita Holt. De un millón de hombres, lo hemos dejado en doscientos basándonos en las respuestas que usted dio. Puede estar segura de que su hombre ideal va a estar entre estos doscientos, así que debe permanecer atenta a la pantalla en todo momento. Bien, comencemos.

Me quedo quieta en mi asiento mientras el doctor Fischer y su terrible traje se alejan y apagan la luz para iniciar la proyección.



LOS DOSCIENTOS HOMBRES

La primera foto me da un susto de muerte. Es Rob.

—Este es su ex novio, señorita Holt, ¿es correcto?

—Eh... sí... sí... lo es... ¿de dónde la han sacado?

—Nos la dio usted, señorita Holt, ¿no se acuerda?

—Eh, no.

—Cuando rellenó el cuestionario, le pedimos que nos enviara una foto de su compañero sexual más reciente. ¿Se acuerda?

Por supuesto, no lo recuerdo.

Para empezar, ni siquiera rellené yo el cuestionario. Maddie debió de colarse en mi habitación y cogerla de uno de los cajones. La muy...

—Sí —dice el doctor Fischer—, tal como esperaba, hay una reacción muy potente y violenta ante esta imagen.

—No, perdón —le contesto—, no estaba pensando en Rob, estaba pensando en otra persona.

El doctor Fischer chasquea los dedos detrás de mí, sobresaltándome otra vez.

—Debe concentrarse en las imágenes, señorita Holt. ¡Solo en las imágenes!

—Perdón —digo. Se calma.

—Está bien. Esto no forma parte de la prueba. Es solo para mostrarle por qué lo de su último novio no funcionó. —Ah.

—De hecho, por la foto se puede ver claramente que usted tenía muy poco en común con esa extraña criatura.

Pobre Rob. Le miro la cara, que ocupa toda la pared, llenándose la boca de pizza.

—La forma de su cara es casi la opuesta a la suya, señorita Holt. Fíjese en la forma del mentón. Mírele la barbilla, ¿o debería decir las barbillas? Ja, ja, Ja. Al menos debe de tener dos. De hecho, diría que tiene cuatro.

—No sale muy bien en la foto —contesto, con extraña actitud defensiva.

—Pero si le mira el color de la cara, los ojos y esas dos extrañas orejas triangulares, verá que, realmente, no tiene nada en común con usted, señorita Holt.

—¿Y eso importa?

El doctor Fischer se ríe.

—¿Si eso importa? Esa sí que es buena, señorita Holt. Esa sí que es buena... ¡Si eso importa! ¡Ja, ja, ja!

El doctor escribe algo en uno de los ordenadores que hay detrás de mí. Ahora los tres mechones de la cabeza apuntan hacia el techo, dejando al descubierto su puntiaguda calva.

—Los resultados obtenidos al ver usted esta imagen me dan la razón, señorita Holt. Si usted amara a este hombre, todo se aceleraría, pero lo que ocurre es justo lo contrario: todo se ralentiza, lo cual indica que el vínculo que usted siente hacia este hombre no es positivo, como el amor, sino algo más negativo... como la compasión.

Compasión. .



¿Será verdad?

¿Es posible que haya desperdiciado un año de mi vida con alguien solo porque me daba pena?

—Creo que es usted una buena persona, señorita Holt. A las buenas personas como usted les resulta difícil encontrar a la pareja adecuada porque sus sentimientos les hacen estar confusos. Su cerebro puede decirle que este hombre es un vago al que le encanta la pizza, pero le da pena, siente que puede ayudarlo y, a menudo, esos sentimientos se confunden con el amor, pero no es realmente amor. —Su extraña voz está empezando a darme dolor de cabeza—. Y solo se dan cuenta de que no pueden ayudarlos cuando ya es demasiado tarde.

Trago.

Tiene razón.

Dejé de quererle en el mismo instante en que comprendí que jamás cambiaría.

Yo no estaba enamorada de Rob. Estaba enamorada de la idea de salvarlo. Del Rob que dejaba el trabajo y montaba su propio estudio fotográfico. El Rob que estaba demasiado ocupado y concentrado como para jugar a la PlayStation por las noches durante la semana. El Rob que heredaba toda la calidez y atractivo de su padre, un taxista viudo. En otras palabras, estaba enamorada de un Rob que era producto de mi imaginación, y de la suya.

—Los doscientos hombres que está a punto de ver son todos mucho más apropiados para usted, señorita Holt. Se lo aseguro.

Y comienza.

Rob desaparece y, durante los siguientes noventa minutos, permanezco ahí sentada, viendo posibles pretendientes en fotografías gigantes, mientras el doctor Fischer escribe en el teclado y comprueba los resultados desde atrás.

Hay hombres vestidos de traje.

Hombres con camisetas.

Hombres delgados.

Hombres musculosos.

Negros.

Blancos.

Rubios.

Morenos.

Pelirrojos.

Sonrientes.

Serios.

Con pendiente.

Con aros en la nariz.

Sin pendientes.

Con la cabeza afeitada.

Calvos.

Melenudos.

Labios carnosos.



Hoyuelos.

Espinillas.

Recién afeitados.

Con barba de dos días.

Con perilla.

Yetis.

Y más, y más, y más.

Un rostro detrás de otro, y otro, y otro.

La mayoría son guapos. Algunos están buenísimos. Pero tengo las palmas de las manos secas y el corazón lo tengo bastante normal.

Pum pum.

Pum pum.

Pum pum.

Ya he visto unas cien caras y aún no creo que haya visto a mi hombre ideal. No sé por qué. Todos eran muy guapos, pero no me hacen ningún efecto.

Todo queda confirmado por el doctor Fischer, que no para de suspirar de forma descorazonadora, claramente decepcionado por los datos ofrecidos por las pantallas de los ordenadores.

Las imágenes se siguen sucediendo.

Se me está cansando la vista.

Un dolor de cabeza está empezando a abrirse paso a través de las ventosas que tengo en las sienes. Y entonces ocurre.

Hay un rostro sonriéndome con los ojos más bonitos que haya visto en mi vida. Me siento como si me estuviera mirando a mí, aunque tan solo se trate de una foto proyectada sobre una pared.

A pesar de que la temperatura de la habitación es buena, de repente empiezo a sentir calor. Como si acabaran de encender un calefactor en mi interior. Cuando las otras imágenes se proyectaban sobre la pared, parecía que estuviera jugando al *¿Quién es quién?* y me concentraba en sus rasgos. En las gafas, o en su pelo rizado.

Pero esta foto es diferente. Veo a la persona, en lugar de al envoltorio.

Las únicas cosas que veo en él son su sonrisa y sus ojos, pero con eso me basta...



LA PRUEBA OLFATIVA

La imagen del magnífico hombre desaparece. Un bronceado surfero rubio lo reemplaza en la pared. El surfero es guapo, pero no me provoca ningún efecto.

Ni tampoco las restantes noventa y ocho imágenes que van apareciendo ante mis ojos. De vuelta al *¿Quién es quién?* Cuello grueso. Cicatriz en el párpado. No tiene cejas.

Ese tipo de cosas.

Cuando la última imagen desaparece, solo resta una en mi cabeza.

Bueno, vale, dos. Pero Rob y su pizza no cuentan.

El doctor Fischer vuelve a encender la luz, pero no me quita las ventosas.

—Bien, bien, señorita Holt, pasemos a la siguiente prueba.

La prueba se extiende durante toda la tarde del sábado; me siento como un conejillo de indias enjaulado. Me realiza una infinidad de preguntas sobre compatibilidad, celos y no sé qué biorrítmico. Para cuando empieza a medirme la cara con una regla para hacerme algo sobre «armonía física», ya estoy a punto de desfallecer de hambre. Desearía haber aceptado cuando la doctora Lara me ofreció alguna comida de esas insípidas bajas en carbohidratos de la cafetería de Adelgaza y Triunfa.

El doctor Fischer hace caso omiso de mi estómago rugiente y ensancha sus finos labios dibujando una sonrisa.

—Hay una última prueba, señorita Holt.

—Creía que ya habíamos terminado.

—No. Lo siento. Pero el amor no es solo cuestión del aspecto y la personalidad.

—No, lo sé. Es sobre...

—El olor, señorita Holt.

—¿Qué?

—En todas las especies de mamífero, señorita Holt, el olor es un factor decisivo a la hora de elegir a un compañero. Funciona con los ratones. Funciona con los perros. Nosotros, como mamíferos, no somos diferentes.

Si es verdad que el olor cuenta, solo Dios puede explicar esa alianza que lleva usted en el dedo, Señor Aliento Halitósico.

—Pero ya sé cuál es el hombre que me gusta. Por las fotografías.

—Sí, admito que hubo un hombre que provocó una potente respuesta física en usted durante la prueba de percepción facial, señorita Holt. Pero debemos comprobar mediante la prueba olfativa que ese es realmente el hombre ideal para usted.

—Vale, muy bien, pero...

—Todo esto consiste en encontrar los diez más compatibles a partir de las pruebas y luego encontrar sus muestras.

Por un minuto, creo que me falla el oído.

—¿«Muestras»? ¿Ha dicho «muestras»?

—Sí, señorita Holt. Eso es exactamente lo que he dicho.



Yo creo en la ciencia. Ya sabéis, Isaac Newton definitivamente tenía razón sobre lo de la gravedad. Y Einstein sabía lo que decía cuando afirmó que el tiempo es relativo (diablos, cualquiera que haya presenciado el concierto de fin de año de nuestra escuela tiene que estar de acuerdo en que dos horas pueden parecer dos días).

Pero, ¿oler el pis de alguien? Eso es ir demasiado lejos.

Vale que funcione con los cocker. Pero jamás se me ha ocurrido hacer una lluvia dorada. Lo único que me pone de la orina de un hombre es cuando acaba en el váter (el defecto número 769 de Rob: las pequeñas salpicaduras amarillentas en el suelo del baño).

—Eh, doctor Fischer. Está bien. Puedo pasar sin hacer esa prueba. No creo que funcione conmigo. En serio.

El doctor Fischer no me está escuchando.

Está perdido en el armario. Sale un minuto después con una gran caja de zapatos.

—Doctor Fischer, se está haciendo tarde. Me tengo que ir, de verdad. No creo que...

—Señorita Holt, si vamos a encontrar al compañero ideal con el que pasar el resto de su vida, realmente merece la pena tardar diez minutos más, ¿no cree? Lo que quiero decir es que diez minutos es una cantidad muy pequeña de tiempo, si lo comparamos con toda una vida de unión marital, ¿no cree?

Como dijo Einstein, diez minutos no son siempre diez minutos. Y puedo pasar perfectamente sin esos diez minutos con la nariz flotando sobre muestras de orina. Ni aunque sea la orina de mi hombre ideal.

—Doctor Fischer, la cuestión es que creo que si tengo que enamorarme de alguien, creo que podría, eh... poner en peligro las posibilidades si huelo su orina antes de conocerlos. Ya sabe, podría desanimarme un poco.

La serotonina sobrecarga el cerebro del doctor Fischer y empieza a reírse como un loco.

—¡Ja, ja, ja, señorita Holt! Ustedes las inglesas son muy graciosas. No estoy hablando de muestras de orina de hombres.

—¿Ah, no?

—Muestras de ropa, señorita Holt. No su pipí. Ja, ja, ja. ¡Estas inglesas! Todos los miembros de nuestra agencia tienen que entregar alguna prenda que hayan llevado puesta durante dos días. No tiene que oler su orina. Solo el sudor que desprenden sus cuerpos y que impregna su ropa.

Jamás creí que me fuera a aliviar oír que tengo que oler la ropa sudada de un montón de extraños, pero así es. Se trata del sudor! Claro. Genial.

Mira la amargada expresión de mi rostro y se vuelve a reír.

—¡Estas inglesas! ¡Ja, ja, ja! Ahora, para que sea más efectivo, tengo que vendarle los ojos, señorita Holt. De ese modo, sabré que ningún estímulo visual influye en los resultados.

—No sé si esta...

Mis palabras rebotan en la palma de la mano que el doctor Fischer ha alzado.

—En el año 2001 mis compañeros de la Universidad de Berna en Suiza descubrieron que los seres humanos emplean el olfato para dar con el hombre adecuado. Todo está en la genética, señorita Holt.

—Genética, vale.



El doctor Fischer entrecierra los ojos tras sus gafas, como si yo fuera un problema que no supiera resolver.

—Sí, señorita Holt. Genética. Se lo explicaré.

Y lo hace.

Tampoco es que entienda nada de lo que me dice.

—Los genes que lo causan son un enorme grupo llamado complejo de histo-compatibilidad o MHC, para acortar. Todos los seres humanos del mundo tienen una combinación única de genes MHC entre los que se encuentran los genes que le ayudarán a descartar la enfermedad.

—¿La enfermedad?

—Sé lo que está pensando. Usted quiere un hombre, no una cura para la mucosidad. Bien, ocurre que esos mismos genes que forman el sistema inmunológico también dan algunas pistas olfativas que van a hacer que encuentre atractiva a una persona o no.

—¿Pistas olfativas?

—El olor, señorita Holt. El olor.

—Bien, por supuesto, el olor.

Mientras me explica los datos científicos sus ojos parecen gigantescos a través de sus gruesas gafas.

—Los humanos se sienten atraídos por las personas que tienen genes MHC muy distintos a los suyos. Y esos son los olores que su cerebro puede percibir cuando estamos muy cerca de alguien para besarle o cuando están... cuando están haciendo... otras cosas. —Se rasca la nuca y parece avergonzado.

—Bueno, eh, ya veo... muy bien, lo haré.

—Bien, señorita Holt. Le pondré esta cinta en la cabeza así y luego ya podremos empezar a hacer la prueba. Sacaré la primera muestra de la caja y ahora ya la tiene en la nariz. Huela, señorita Holt. Huela al hombre.

Huelo al hombre y casi me da algo. Por un momento, me pregunto si Maddie no habrá cortado alguna de las camisetas que Rob siempre llevaba en la cama y la habrá enviado con la foto.

Hay nueve hombres más a los que debo oler. Entonces, el doctor Fischer me quita la venda y da una palmada, como si fuera un hipnotizador y me estuviera diciendo que estoy otra vez en la habitación.

—Ya hemos concluido. Esa era la última prueba. Me despega las ventosas de las sienes y las palmas de las manos y está a punto de meter la mano para quitarme la del pecho izquierdo.

—Ya está —le digo—, esa ya me la quito yo.

Una vez desconectada, el doctor Fischer vuelve a su teclado y empieza a escribir.

Trato de echar un vistazo a la pantalla, pero no puedo entender lo que los nombres y números quieren decir.

Theo	46	55c	7	105
Mark	48	76c	5	236
James	50	72a	6	150
Danny	42	70b	7	130



Isham	49	85c	7	213
Philip	43	72c	5	118
Dominic	48	55c	6	201
Hary	41	76b	7	165
Tom	45	74d	7	148
Ross	47	72c	5	214

El doctor Fischer imprime una hoja de papel y la analiza a través de las gafas.

—Sí—dice para sí, asintiendo con la cabeza—. Sí... sí... sí... sí.

El doctor Fischer le da un golpe a la hoja de papel con el dorso de la mano que tiene libre.

—Señorita Holt, es sorprendente. Los resultados son clarísimos.

—¿Qué quiere decir? —le pregunto. Me levanto, alargo mi dolorido cuello y cojo el bolso.

—¿Que qué quiere decir, señorita Holt? Estas son muy buenas noticias. ¡Hemos encontrado a su hombre ideal!

—Bien.

—Quiero decir que sabíamos que lo encontraríamos, por supuesto, por eso está usted aquí. Pero no sabía que fuéramos a encontrar a un hombre que fuera tan compatible. Mire, señorita Holt, eche un vistazo a esto.

Miro a donde su escamosa mano está señalando en la hoja. «Porcentaje: 100.»

—¿Cien por cien? ¿Qué significa cien por cien? En su rostro se dibuja una sonrisa desquiciada. Se quita las gafas.

—Señorita Holt. Usted. Usted es el cien por cien.

—¿Yo? No lo...

—Usted y ese hombre. El hombre ideal para usted. Esperaba un noventa y nueve o un noventa y ocho, pero no un cien por cien. Es increíble.

—Bueno, y eso, ¿qué significa?

—Significa que es imposible que no funcione con este hombre. Sus componentes son perfectos juntos. No existe forma de que esto falle. Este es el hombre con el que se va a casar.

Trago y me siento algo asustada.

—Bien —digo—, entiendo.



JAMES MASTER

Veo su perfil borroso tras el cristal.

Parece algo más bajo de lo que me había imaginado. Y más gordo. Puede que se hayan confundido. Puede que hayan mezclado a mi hombre ideal con el de otra persona. Alguna extraña perversa cuyo fetiche sean los hombres en baja forma vestidos con una camiseta de fútbol.

Abro la puerta y veo a uno de los especímenes de hombre más imperfectos que una se pueda imaginar.

Está bien, es Rob.

—Rob —digo, mirando el reloj con desesperación—. Eh, ¿qué quieres?

Se desinfla visiblemente.

—Oh, yo también estoy encantado de verte.

—No, es que... tengo un poco de prisa.

—Vale. Claro. Prisa. Debe de estar muy bien.

(Otra de las cosas que quiero añadir a mi lista extraoficial de razones para dejar a Rob: su capacidad para hacerme sentir culpable sin razón alguna).

—No, quiero decir que me alegro de verte. Es solo que no es muy buen momento.

—Oh, bien, no te preocupes. Solo he venido para recuperar mi CD.

—¿Qué CD?

—El de los Chili Peppers. El de Grandes Éxitos. Te lo dejé para que te lo grabaras.

—Eh...

—Sé lo que estás pensando.

—Lo dudo.

—Pero no soy tacaño. Es solo que.... a ti solo te gusta una canción y a mí me gustan todas. Bueno, excepto Suck my Kiss que es una canción absolutamente estúpida y ni siquiera sé lo que quiere decir. Así que aunque lo hubiéramos comprado juntos, matemáticamente sería más justo que me lo quedara yo. Pero como el CD es anterior a nuestra relación, técnicamente hablando es mío y me pertenece, así que es obligación tuya devolvérmelo.

Si fuera otro momento, me reiría o cuestionaría el hecho de que haya logrado la motivación necesaria para dejar de masacrar zombis con la Play Station para venir hasta aquí y recuperar el CD de un grupo de música que decidió que ya no le gustaba hace un año. Pero no estamos en otro momento, así que paso al salón, busco el maldito CD y se lo planto en la mano.

—Oh —dice con tono de decepción—. Bien, gracias.

—¿Está bien así?

La boca se le mueve repentinamente. Por un momento, parece que no, no está bien así. Como si tuviera algo más que decir. Pero en lugar de eso, asiente con la cabeza y dice:

—Me voy, entonces.

—Bien —contesto.

—Bien.

—Bien.



Y echo un vistazo, nerviosa, detrás de él, al ver que un coche se detiene frente a la casa con el parabrisas resplandeciente bajo el sol de la tarde.

Es él.

Sé que lo es.

Rob se gira y se marcha, en un intento por batir el récord de lentitud para alejarse de una casa. Antes de que se haya alejado, el coche plateado se abre... y...

¡Oh Dios mío!

Perdonad, vuelvo en un momento.

Ya estoy de vuelta. Es que...

Estaba tratando de controlar la respiración porque el hombre más guapo que he visto en mi vida está acercándose a mi puerta, a mi puerta, a mí. Está mucho mejor de lo que parecía en la foto.

Se cruza con Rob, lo saluda y Rob se queda ahí parado, rascándose el culo, con la boca que casi le llega al suelo, observando cómo su antítesis se acerca a mí.

—Hola —dice, y me lanza una sonrisa que podría derretir un iceberg—. ¿Eres Ella Holt?

—Sí —contesto. O lo intento. Me sale como un chillido.

—Soy James, James Master —dice con una voz que me remite a mis mejores sueños y que hace que me derrita al instante—, tu cita. —Tiene acento. Ni demasiado británico, ni demasiado americano, sino que está suspendido en algún punto entre los dos.

—Sí —contesto, y me entra la duda de que alguna vez sea capaz de decir otra palabra. Solo «sí» para siempre.

Rob sigue ahí parado, en la acera. Sigue mirando con cara de estúpido. No se mueve, como si estuviera en una prueba para hacer de gnomo de jardín o algo por el estilo.

Le hago un gesto para que se vaya, lo cual hace, como lo haría un perro pachón cuando descubre a un labrador en su cesta.

Y me deja ahí, mirando a alguien que es como si lo hubiera conocido antes, en una vida mejor y que parece absolutamente perfecto en todos los sentidos.

—Es el repartidor de pizza—digo, señalando el espacio que Rob ocupaba hace treinta segundos—. Mi compañera de piso vive a base de pizza. Hawaiana. Ya sabes, jamón y piña... —¿Qué estoy diciendo? ¿Por qué la lengua siempre me falla cuando más la necesito?—. Perdona —digo—, estoy divagando.

Sonríe y dice:

—No hace falta que te disculpes. He reservado una mesa para nosotros en el restaurante francés ese que han puesto nuevo. ¿Qué me dices?

Miro a ese alto, robusto y elegantemente vestido sueño de hombre y no puedo creerme la suerte que tengo. Su perfección parece tan irreal, en contraste con el fondo de coches cutres y la hilera desordenada de casas adosadas, que parece recortado de otra realidad.

—Sí —le contesto—, sí.

Bueno, ¿qué más puedo decir?



Alarga el brazo con modales dieciochescos, se lo cojo y camino por la acera, miro hacia atrás y veo a Maddie con los pulgares alzados, mirándome desde la ventana de su dormitorio.

La saludo con la mano y me adentro en mi sueño.



EL ALIMENTO DEL AMOR

Me mira desde el otro lado de la mesa con unos ojos que me parece reconocer de una vida anterior.

El camarero se acerca y toma nota. Me muestro indecisa, así que James decide ayudarme.

—El confit de pato está muy bueno — me asegura.

—Soy, eh, vegetariana — digo.

—Oh, en ese caso, te recomiendo la sopa de espárragos seguida de unos tomates cherry rojos y amarillos gratinados con un glasé de ricotta y albahaca.

—Muy bien, entonces tomaré eso.

Recuerdo la respuesta que di a la primera pregunta.

«Mi hombre ideal debe saber tomar el control llegado el momento...»

Y, debo admitirlo, es increíblemente atractivo. Observo cómo le devuelve las cartas al camarero con la refinada autoridad de un líder mundial, se gira de nuevo hacia mí y me lanza esa sonrisa protectora y afectuosa.

Llega el vino. Un 1985 no sé qué. Y, mientras le doy el primer sorbo, me pregunto cómo es que no estoy más nerviosa. Lo que quiero decir es que me encuentro en el restaurante más elegante en el que he estado en toda mi vida, lo cual tampoco es muy difícil, dado que la idea que Rob tenía de salir a cenar fuera siempre implicaba volver a casa con la comida metida en una bolsa.

De acuerdo, estoy siendo un poco dura.

Una vez me sacó a comer. En nuestra primera cita. En Pizza Celestial. Y realmente él parecía estar en el cielo, devorando la pizza más grande de la carta, cubierta con un cerdo entero convertido en pepperoni.

Aquella noche, la conversación estuvo bien, pero tampoco es que dejara en mantillas a Oscar Wilde.

La mayor parte del tiempo se limitó a comentar la comida. «Mmmmm esto está muy bueno...» o «¿Cómo está la tuya?» o «¿Te vas a comer eso?» o «¿Te entra un postre?».

Y cuando le pregunté si le dábamos algo al camarero, dijo:

—Sí, algún consejo para que aprenda a servir más rápido.

Así que verme aquí, en un restaurante que hace uso del pan de oro con la misma profusión con que otros emplean Titanlux, es una experiencia nueva.

Pero por alguna razón, no podría estar más tranquila. Hay algo en el rostro de James, su sonrisa quizá, que me tranquiliza al instante. Es tan perfectamente guapo; pero no es ese tipo de belleza intimidatoria que te deja sin habla. De hecho, es justo lo contrario.

Tiene ese tipo de rostro que te hace desear contárselo todo. Así que, para cuando llega mi sopa helada de espárrago, voy ya por el séptimo capítulo de mi autobiografía.

Ya sabe lo de cuando casi muero aplastada bajo el peso de una pizarra durante el Día de los Deportes, cuando tenía ocho años.

Ya sabe lo del pánico que me entró cuando derramé zumo de grosella negra en la alfombra nueva de mis padres.

Ya sabe lo de cuando iba sonámbula y me caí por las escaleras.



Sabe lo de las clases de piano cuando era pequeña.

Lo sabe todo. Bueno, casi todo.

No le he hablado de Rob.

No sé por qué, pero no me apetecía. Puede que no quisiera parecer estúpida. Puede que no quisiera que Rob pareciera estúpido. Puede que me sintiera culpable, hablándole al hombre diez sobre mi hombre uno y medio. Sería como hablar sobre la técnica interpretativa de Vin Diesel a Sir Ian McKellen.

Pero, por alguna razón, Rob ha sido suprimido de la conversación.

Y para cuando he terminado de hablarle a James de mi vida sentimental, obviando a Rob, me doy cuenta de que no le he preguntado absolutamente nada sobre su pasado.

—Perdona —le digo—, no he dejado de cotorrear sobre mí toda la noche.

—No, no te disculpes. Quiero saberlo todo de ti, Ella Holt. Absolutamente todo.

Recuerdo otra de mis respuestas.

«A mi hombre ideal le deben interesar todos los detalles de mi vida.»

Y me siento muy rara al ver a un varón tan interesado en mí. Me acuerdo de Rob en nuestra primera cita. Aun lo estoy viendo, tratando de calcular cuántas frases tendría que pronunciar hasta poder llevarme a la cama. Pero con James todo parece totalmente distinto. Es casi como si (y sé que suena absurdo), es como si estuviera dándome conversación simplemente porque le gusta dar conversación. No lo ve como un fastidio por el que haya que pasar para poder mojar.

—Oh —exclamo—, gracias. Pero, ¿a qué te dedicas?

Se pasa la servilleta por la comisura de los labios, traga y dice:

—Piloto aviones.

—¿Qué? ¿Como hobby o algo así?

—No. Para ganarme la vida, en realidad. Soy piloto. Principalmente vuelos transatlánticos.

De repente me lo imagino con el uniforme, completado con la gorra. A decir verdad, está aun más increíble. Para ser honesta, no soy de esas a las que les van los uniformes, pero sí me van los pilotos. ¿Se os ocurre algo más atractivo que un piloto?

Súbitamente, quiero hacerle un millón de preguntas. ¿A qué ciudades vuela? ¿Visita los lugares a los que vuela? ¿Dónde pernocta cuando llega? ¿Habrá tenido alguna vez que hacer algún aterrizaje forzoso?

Como he dicho, un millón de preguntas. Aun así, la pregunta que me escucho hacer es:

—¿Se te taponan los oídos?

—¿Perdón?

—Cuando despegas y aterrizas. ¿Se te taponan los oídos? Es que a mí, cuando vuelo, se me taponan los oídos. Está relacionado con la sinusitis que tengo.

¿Sinusitis? ¿Sinusitis? ¿Por qué mi lengua me odia tanto? ¿Por qué quiere contarle a mi hombre ideal que tengo los conductos obstruidos a causa de la mucosidad reseca que tengo alojada en el interior de la cabeza?

Pero no parece importarle.

—Sí, la verdad es que, al principio, me molestaban un poco. Pero ahora chupo caramelos. Es la mejor manera. Solo chupar y tragar.



«¿Solo chupar y tragar?» Dios, creo que debería haberle preguntado otra cosa. Ahora tengo la cara tan colorada que los tomates cherry que tengo en el plato deben de estar pensando que les estoy haciendo burla.

Pero el momento incómodo pasa y me termino el plato.

El vino y la conversación continúan fluyendo. Paga y deja propina.

Yo protesto, e iba a empezar a interpretar su negativa a aceptar mi dinero como machismo, cuando me viene a la mente otra de las respuestas al cuestionario.

«A mi hombre ideal no le importará gastarse dinero en mí...»

Cuando nos dirigimos a casa en el coche, lo observo de perfil mientras él se concentra en la carretera. La imagen de la perfección iluminándose y difuminándose bajo la luz de las farolas, que se suceden rápidamente.

Las delicadas ondas de su cabello. El marcado perfil de su frente, nariz y mentón. Los labios, que aguardan a ser besados como una piscina aguarda a que te sumerjas en ella en los días calurosos. Trato de calcular su edad, pero es tan difícil de definir como su acento. En la treintena, probablemente, pero parece más joven y más adulto al mismo tiempo.

Pone algo de música. Alicia Keys.

—Es muy buena cantante, ¿verdad?

—Sí —le digo—, lo es.

Hace una pausa para escuchar la música. Luego dice:

—Es realmente sorprendente lo que haces. Ser capaz de enseñar cosas a la gente debe de ser una sensación muy hermosa. Ser capaz de moldear a la gente e influir en ellos para formarlos para la vida.

—Eh, bueno, supongo que sí.

—Debe de ser muy bonito tener ese don.

Lo miro, para asegurarme de que no está bromeando. No lo está.

—Creo que cualquiera podría hacerlo. Con la formación adecuada. No es como la cirugía cerebral, o como pilotar un avión.

Se ríe.

—No creo que fuera capaz de ponerme delante de una clase de quinceañeros y hablar sobre Shakespeare, ni aunque me estuviera preparando para ello toda la vida. No deberías infravalorarte. Eres una persona increíble. Sé que suena tonto, habiendo pasado solo una velada contigo, pero lo sé. Les cambias la vida a los demás, puedo sentirlo.

¿Cambiarle la vida a la gente? Eso suena bien. Más que bien.

Es la primera persona que me ha hecho sentir valorada por ser profesora y, aunque se pareciera a Cuasimodo, podría adorarlo solo por eso. Pero no se parece a Cuasimodo, así que mejor todavía.

Algunos minutos después, aparcamos en la puerta de mi casa. El motor y Alicia bajan de volumen y me quedo sentada con James en un silencio que debería resultar incómodo, pero, por alguna razón, no es así.



—Puedes pasar —le digo—, si quieres.

Sus labios están ahí, aguardando a que me sumerja en ellos. Jamás había deseado tanto besar a alguien en toda mi vida, pero espero a que él haga el movimiento.

No ocurre.

En lugar de eso, dice:

—Me encantaría, pero tengo que marcharme. No quisiera aprovecharme de nada.

Aquellas palabras caen como la lluvia sobre mi sueño de una noche de sexo desenfrenado entre las sábanas. Justo ahora, quiero que se aproveche de todo.

Mi respuesta a la cuarta pregunta:

«Mi hombre ideal jamás tendrá prisa por meterse en mi cama.»

—Oh —exclamo—, de acuerdo.

—Si me das tu número, te llamaré —dice, y por una vez, realmente me creo esas palabras—. Vuelo a Buenos Aires mañana y estaré fuera unos días pero cuando regrese tendré dos semanas libres, así que podemos pasar más tiempo juntos para ir conociéndonos mejor.

Teclea mi número en el móvil y me da un pico. Creo que me voy a derretir, y quiero más, pero sé que tendré que esperar.

—Adiós entonces —musito, tanteando el pomo de la puerta.

—Sí, adiós, Ella. Te veo pronto.

Luego, suena una voz detrás de mí:

—¿Ella?

Es Maddie. Me doy la vuelta y la veo mirándome desde la puerta.

—¿Qué haces? —me pregunta—, te estás empapando.

Es verdad. Ni siquiera me había dado cuenta de que, en los últimos dos minutos, he estado bajo la lluvia.

—Oh —digo—, sí, voy.

Camino por la acera hacia la calidez de mi casa con calefacción central escuchando la estridente risa de Maddie.

—¿He de entender que ha sido una buena velada?

—Sí —le confirmo, aún en trance—, absolutamente perfecta.



LA CIENCIA AYUDA A LAS SOLTERONAS

Ese trance de ensueño me dura toda la semana.

Bueno, exactamente hasta el martes en que se convierte en uno de esos sueños en los que, de repente, te das cuenta de que no llevas nada puesto.

La noche anterior me dediqué a bailotear por todo el piso, tras recibir una llamada de James desde Argentina para decirme que volvería el viernes y que quería que fuera a su casa.

Pero ahora, al entrar en la sala de profesores, se me esfuma cualquier remanente de euforia.

Todo el mundo me mira.

Me miro los zapatos.

No llevo papel higiénico pegado.

Me toco la comisura de los labios.

No hay restos del desayuno.

Me dirijo hacia donde están sentadas Pip y Maddie y susurro:

—¿Qué es lo que pasa?

Pip hace un gesto mirando hacia Brian Pemberton, el lascivo profesor de ciencias que aún lleva pana y tweed de cuando se pusieron de moda por primera vez.

—Lo sabe —dice.

—¿Qué sabe?

—Lo tuyo. Y lo de la agencia. Te dije que no era buena idea —dice Pip.

Miro a Brian, que deja de leer Ciencia, le da la vuelta y me la enseña:

—Bonita foto —exclama, mirándome como si yo fuera un sabroso plato en un menú.

Oh, Dios mío.

Es una foto gigante mía, en la revista. Está junto a un artículo con el titular de «La ciencia ayuda a los solterones».

Toda la sala de profesores, a excepción de Maddie y Pip está conteniendo la risa. Bueno, en el caso del profesor de religión, Peter Fairchild, este no contiene la risa.

—Sois todos peor que los críos —exclama Maddie, mientras Pip les lanza a todos la mirada de la muerte de Kung Fu.

¿«Solterones»?»

Las mejillas me arden. Esto es peor que el sueño ese tan recurrente que tengo de que me presento en el trabajo sin ropa. Trato de decir algo para distender la situación, pero tengo la boca demasiado seca y no puedo pensar en nada.

Estoy a punto de combustionarme de manera espontánea.

Entonces, el número de Ciencia de la semana que viene podrá sacarlo en el reportaje central: «Solterona se combustiona de manera espontánea».

Brian, que a lo largo de los años lo ha intentado con cada una de las profesoras del colegio, está que se sale y dice:

—Podrías haber acudido a mi laboratorio del amor —me dice.



—No hay nadie que se encuentre tan desesperado —replica Claudette Matthews, mi compañera del departamento de Lengua, con su estridente risa jamaicana.

Miro al suelo, rezando por que se abra de un momento a otro y me trague entera.

Me planteo salir corriendo de la sala. Solo hay quince profesores y dos dispensadores de agua entre la puerta y yo.

—Nos les hagás caso —me dice Maddie—. Es que están celosos.

¿«Celosos»?

—¿Es que todo el mundo está deseoso de que lo tachen de solterón en una revista científica? Oh, no.

Y cuando creía que todo esto no podía ser más penoso, entra el director. Paul Amor. Sí, así se llama, señor Amor. Probablemente se trate del apellido más inapropiado del planeta. Es como si a Adolf Hitler le hubieran puesto Adolf Encanto o como si a Victoria Beckham la hubieran llamado Victoria Talento, o a Brad Pitt, Brad Feo.

Me está mirando directamente del mismo modo en que miró a Darren Bentley cuando se enteró de que había sido él el que había activado la alarma de incendios.

—Señorita Holt —me dice, con su voz cortada—, quiero hablar un momento con usted. En mi despacho.

Oh oh...

Está enfadado conmigo.

La razón por la que sé que está enfadado conmigo es porque ha dicho <<señorita Holt>. Cuando dice «Ella», significa que está contento conmigo, pero cuando utiliza la expresión formal de «señorita Holt» siempre significa que hay problemas.

Oigo a Maddie tragar por mí.

—Buena suerte —me dice.

—Dale una patada en el culo —dice Pip, lo cual no me ayuda mucho.

Cruzo la sala dejando una hilera de risitas y murmullos a mis espaldas, v sigo el traje y la cabeza grises de Paul por el pasillo.

Ni se gira, ni se dirige a mí mientras pasamos junto a algunos ejemplos de arte mural de cuarto curso. Vampiros, calaveras y cuervos negros pintarrajeados, observándome como presagio de lo que me aguarda en el despacho del director.

—Siéntate —me dice, una vez dentro de la sala.

Lo hago como si fuera un cocker tras dejar una mancha húmeda en el suelo de la cocina.

Cierra la puerta.

Se sienta enfrente de mí.

Se quita las gafas y se frota sus cansados ojos.

Cuando se vuelve a poner las gafas, extrae un periódico de uno de los cajones del escritorio. Es el suplemento de economía del Daily Telegraph.

Al principio me pregunto la razón por la que me lo está mostrando, pero entonces veo la foto. O las fotos. Hay una de mí y otra de James.

Esta vez, el titular es menos ofensivo: «Una profesora prueba el servicio de contactos de ciencia ficción de Stein».



Menos ofensivo para mí, desde luego.

A mi jefe no parece agradarle mucho.

—Ella —me dice—, ¿qué es esto?

—Eh... me he apuntado a una agencia de contactos.

Ha puesto esa cara. Esa que instantáneamente te hace sentir como si midieras cinco centímetros cuando te mira. Puedo notar cómo me encojo en la silla.

—Ella, la mayoría de las mujeres de este colegio se han apuntado a una agencia de contactos. Pero no me levanto y veo sus caras en el periódico de la mañana. ¡Casi escupo los cereales!

—Lo siento. Lo de los cereales.

—¡Olvide los cereales, señorita Holt! ¿Qué demonios pretende dejándose en ridículo a usted misma y al colegio?

—No sabía que estuviera dejando en ridículo a nadie. Suspira.

—Si uno de mis profesores va a hacer que aparezca el nombre del colegio Thistlemead en los periódicos, ¿no cree que tengo derecho a saberlo?

—Eh... sí... sí, lo sé... lo siento. Debería habérselo contado.

—Sí—contesta, rápidamente—, sí, señorita Holt. Debería habérmelo dicho. Tengo derecho a saber este tipo de cosas.

—Lo sé... lo siento. No sabía que fuera a salir en los periódicos. Hubo una rueda de prensa, pero yo...

—¿Una rueda de prensa?

—Sí.

—Oh, madre santa, señorita Holt. Esa conducta resulta inadmisible.

—¿Ah, sí?

—¿Qué ejemplo cree que está dándoles a todos esos jóvenes fornicadores de ahí fuera? —me pregunta, señalando con el pulgar la ventana y la arena «gladiatorística» que hay detrás de él, habitualmente llamada «el patio».

—Eh... no lo sé. Pero yo no creo que se hayan enterado todavía.

—Pero se enterarán, ¿verdad?

—No lo sé. No creo que se vaya a hacer más publicidad.

—Oh, se enterarán, señorita Holt.

—¿Sí?

—Sí —dice, y se difumina su semblante serio—. Porque tú se lo vas a contar.

Ahora está riéndose. Riéndose.

—No... lo... entiendo.

—No estoy enfadado contigo, Ella.

—¿Ah, no?

—En absoluto.

—Pero creía que había dicho que mi conducta resultaba inadmisible.

—Te estaba tomando el pelo. Incluso nosotros, los directores, tenemos sentido del humor, ya lo sabes.



¿Paul Amor tiene sentido del humor? Eso sí que da para un titular.

—Oh, vale, ya. Ha sido muy... gracioso.

—Sí. Sí, lo ha sido ¿verdad? De todas formas, creo que todo esto es fantástico... para el colegio. Cualquier publicidad es buena publicidad y todo eso. Y con una zona de captación como esta y con el último informe de la *OFSTED*³ sobre nosotros, bueno, necesitamos toda la ayuda que sea posible, ¿no?

—Eh... sí. Supongo.

Se recuesta en su asiento, al estilo de los malos de las películas de James Bond, cuando están a punto de anunciar su plan para dominar el mundo.

—¿Por qué no organizas un claustro para contárselo a todo el colegio?

Esas palabras resuenan como una alarma en mi cabeza. Jamás, en toda mi vida, he dirigido un claustro, y nunca me había imaginado que la primera vez sería para hablar sobre los vergonzosos entresijos de mi vida amorosa.

—Creo que es una idea estupenda —asegura—. Lo que quiero decir es ¿qué mejor modelo a seguir que el de Lara Stein? Podrías hablar sobre ella, sobre la Agencia Ideal o como se llame, sobre la ciencia que hay detrás de todo esto... sería muy didáctico. —Se mordisquea el labio inferior, pensativo y mira a la lejanía, hacia un horizonte imaginario. A continuación, abre los ojos y dice—: ¿Qué te parece el claustro de mitad de curso?

Oh, oh.

El claustro de mitad de curso. Los claustros de mitad de curso son una pesadilla. Son los más importantes, porque hay jornada de puertas abiertas, con padres, alcaldes y políticos y todo el mundo está invitado.

—Eh, bueno, acabo de conocerlo. Solo he salido una vez con él. Para el final del cuatrimestre puede que ni siquiera esté con él.

—Pero es ciencia, Ella. Es ciencia. Lo dice el periódico, hay una cita del doctor... eh, Fischer: «Científicamente, las posibilidades de éxito son del cien por cien». Venga, Ella, sería genial. Y aún faltan semana tienes siglos para prepararlo.

—Eh... y o... y o... yo no... eh... —¿Dónde están las buenas excusas cuando una las necesita?—. Yo... no... en realidad...

Da una palmada.

—Genial —dice—. Entonces queda dicho. Dirigirás el claustro de mitad de curso. Podemos invitar a la prensa local y... puedes celebrar una pequeña rueda de prensa. Fantástico, Ella. Fantástico.

—Sí —contesto, y siento que me fallan las rodillas—. Fantástico.

³ N. de la T.: Oficina para la Normalización de la Educación y Servicios a la Infancia. Se trata de la oficina cargada de controlar la calidad de la enseñanza en el Reino Unido.



HACEN FALTA DOS PARA BAILAR EN TANGO

Entrar en el piso de James es como entrar en una revista: permanezco a la espera de ver a alguna modelo con piernas de gacela tendida en su lujoso sofá en forma de ele.

La imagen de James, y la de su piso, me ayuda a olvidarme de la vergonzosa semana que he pasado en la sala de profesores y de los claustros.

—¿Qué te parece? —me pregunta.

—Es impresionante —le contesto, es la única palabra que se me viene a la cabeza—. Impresionante. Realmente impresionante.

Me hace una seña para que vaya a la ventana.

Toda una pared entera de cristal, con una de las vistas más espectaculares que he visto de Londres.

—Impresionante —repito, por la que juro será la última vez.

—Mira esa cúpula.

—Sí.

—Es la de San Paul.

—¡Uau!

Entre la cúpula y nosotros, el río corta la ciudad en dos. Las luces de los lejanos rascacielos titilan, como si respondieran a las estrellas que hay sobre ellas.

Londres. Un mini-universo de posibilidades.

—Hermosa —dice.

—Sí.

Pero, por el rabillo de ojo, veo que ya no está mirando por la ventana. —No hablaba de la vista.

Me giro y me topo con su mirada. Resplandece como las luces de la ciudad.

—Hablaba de ti.

Sus palabras deberían parecer tópicas. Como una insinuación cualquiera. Como una gastada frase para ligar de la que debería hacer caso omiso.

Pero hay algo en él. Algo auténtico. Algo verdadero. Algo que hace que me derrita cada vez que abre la boca. Podría estar leyendo el reverso de una caja de Corn Flakes y, aun así, seguramente tendría que cambiarme las bragas.

—Te traeré algo de beber.

—Bueno, vale.

—¿Quieres un poco de vino?

—Me encantaría.

—¿Tinto? ¿Blanco?

—Tinto, por favor. —No sé por qué digo tinto. Me gusta más el vino blanco. De hecho, solo bebo vino blanco. Puede que piense que si bebo vino tinto, pareceré menos infantil, más sofisticada.

Al ir a por las bebidas, coge un mando a distancia y pone música. Un antiguo álbum de soul fluye a través de sus altavoces de diseño.



Mientras espero a que llegue el vino, vuelvo a mirar por la ventana. Dirijo la vista hacia el sur, hacia Clapham, aunque no se ve desde aquí. Me pregunto lo que Rob estará haciendo ahora.

Probablemente, rascándose los huevos.

O meneándosela viendo el Canal 5.

Me entra una sensación extraña en el estómago.

Es una sensación que he tenido antes. La última vez que me dio fue cuando era adolescente, en un viaje escolar a La Rochelle, en Francia. La sensación de nostalgia. Echar de menos algo que antes daba por hecho.

La sensación se diluye cuando James sale de la nave espacial plateada de su cocina con dos copas de vino tinto del tamaño de dos peceras.

—Aquí tienes —me dice, dándome una copa.

—Gracias.

Tomo un sorbo y trato de que me guste. O más bien trato de que parezca que me gusta.

—Un buen vino —miento.

—Es de Argentina.

—Ah...

No sé por qué, pero hoy estoy más nerviosa que la otra noche en el restaurante. Hay algo en este piso tan chic que me pone de los nervios-

Puede que desee en exceso que todo esto funcione. Encajamos perfectamente. Trato de decir algo, pero tengo la mente en blanco.

—Nuestro primer silencio incómodo —dice.

—Sí —contesto, con una risilla.

El silencio incómodo sigue y sigue y sigue durante lo que parece la duración de Titanic y trato de decir algo, pero la única palabra que tengo en la cabeza es «iceberg», porque estoy pensando en la duración de Titanic y el silencio se extiende más y más.

Por supuesto, no es tal silencio. Por los altavoces continúan sonando los setenta, inundando todo el piso.

Pero tengo que decir algo. Si no digo algo pronto, probablemente podríamos entrar en el Libro Guinness de los Records. El tiempo máximo en el que un hombre y una mujer han permanecido mirándose el uno al otro con una copa de vino sin hablar. Si es que hay record de eso.

¿Ves? Eso, a Rob, no le pasaba. No había silencios incómodos en su presencia. Nuestros silencios eran tan cómodos como los asientos esos de bolitas que se adaptan a ti cuando te sientas en ellos.

Y entonces lo tengo. Algo que decir.

Y James también.

—¿Qué es...?

—Tú...

Nos reímos, incómodos.

—Tú primero.

—No, tú primero.

—No, de verdad, tú primero.



—No, venga —insiste—, era una tontería. ¿Qué ibas a decir?

—Solo te iba a preguntar qué música es la que suena. Me gusta mucho.

Frunce el ceño y dice:

—¿Qué ocurre?

—Nada. Solo me preguntaba qué disco sería.

El ceño fruncido se convierte en una sonrisa.

—¿Qué ocurre?

—En serio, nada, solo...

—No. Se llama así. El disco. ¿Qué ocurre? Es el nombre del álbum. Es de Marvin Gaye.

Oh, sí. Claro. Perdona. Soy...

Idiota.

Tan, tan, tan idiota.

La confianza que tenía en el emplazamiento neutral de nuestra primera cita ha desaparecido por completo.

Pero mi cerebro decide que todavía no parezco lo bastante idiota, así que le ordena a mi corazón que bombee el noventa por ciento de la sangre de mi cuerpo a las mejillas.

—No te avergüences —me dice. Pero resulta tan inútil como pedirle a una manzana que no sea una fruta—. Siempre me pasan este tipo de cosas.

Por alguna razón, lo pongo en duda. Los pilotos comerciales de metro ochenta y pico no pilotan gigantescos aviones de pasajeros a treinta mil pies por encima del océano quedando como idiotas.

—Es un disco estupendo —dice—. Uno de los mejores. —Entonces, me hace la pregunta que me estaba temiendo y que viene a ser—: ¿Qué tipo de música te gusta?

Odio esa pregunta porque nunca puedo decir la verdad.

—Oh, me gusta todo —afirmo.

—Eso es mojarse poco. ¿Cuál es tu disco favorito?

Sopeso las posibles respuestas.

Alicia Keys.

La banda sonora de Dirty Dancing. Grease.

Miro su masculino rostro y me doy cuenta de que ninguna de esas opciones pueden salir por mi boca.

—Eh, Elton John —contesto.

—¿Cuál?

—¿Qué?

—¿Qué álbum?

—Eh... el de... grandes éxitos.

—Me encanta Elton. ¿Cuál es tu canción favorita?

Madre mía.

—*Song for Guy*, probablemente. Cuando era pequeña me gustaba Crocodile Rock.

Sonríe. No, espera un momento. Eso no es una sonrisa. Es un gesto de superioridad.



¡Me está mirando con aires de superioridad! Mi hombre ideal tiene aires de superioridad.

—¿Qué otras cosas te gustan?

—Oh... ya sabes... —Trato desesperadamente de parecer guay—. Eh... The Scissor Sisters, Kings of León, The Killers...

—Esos son de Las Vegas ¿verdad?

—Eh... sí—contesto, dándomelas—. Siempre he querido ir ahí.

El gesto se transforma en una sonrisa.

—Algún día te llevaré allí —me dice—. ¿Quieres salir fuera?

—¿Fuera? —le pregunto.

Hace un gesto con la cabeza señalando a la ventana y la enorme terraza que hay detrás.

—Hace buena noche.

—Claro. Me encantaría.

Abre la puerta y salimos, adentrándonos en el aire de la noche.

Mientras estamos ahí, en el balcón, la oscura silueta de un avión se desplaza por el cielo, borrando las estrellas a su paso.

Le pregunto a James adonde vuela con las líneas aéreas.

—A todas partes —me explica—. Sobre todo hago los de larga distancia. Al principio hacía las rutas a Asia. Tokio. Seúl. Singapur. Ahora hago rutas diferentes. Sudamérica y Centroamérica.

Empieza a hablar de ciudades lejanas.

Buenos Aires. Caracas. Río. Montevideo. Sao Paulo.

—Siempre he querido ir a Río —le digo.

Y es verdad. Desde que oí la canción esa de Duran Duran. En realidad no sé mucho de la ciudad. Excepto que a la gente le encantan los carnavales y que detesta el vello púbico.

—Es una ciudad de locos. La última vez que estuve allí estuve con la tripulación viendo un concierto de samba en la playa. Había como unos diez mil brasileños de fiesta en la playa mientras el sol caía, con la Montaña del Pan de Azúcar de fondo.

Veo refulgir el recuerdo en sus ojos y no puedo evitar preguntarme si aquella noche dormiría solo.

—¡Uau! —exclamo—. Suena genial. ¿Cómo es Buenos Aires?

—Es estupenda. Bastante diferente del resto de Sudamérica, a decir verdad. Es como una ciudad Europea. Como París o cualquier otra.

—¿Fuiste a alguna fiesta de samba?

—No. Pero sí de tango.

—¿Tango?

Por un momento me pregunto quién sería su pareja de tango. Después de todo, hacen falta dos...

Se termina la copa y la deja en la mesita del balcón.

—Te lo mostraré.

—¿El qué?

—Cómo es el tango. Vamos. Es fácil.



—Pero...

—No hay peros. Vamos. Yo te enseño. Me quita la copa de vino y la deja en la mesa. Luego regresa y me mira a los ojos.

—Contacto visual. Es lo más importante. El tango se basa en la estrecha relación humana y se empieza por el contacto visual.

—Vale.

Me coloca la mano en la parte baja de la espalda y me atrae hacia sí. La otra mano queda en el aire, aguardando a que yo se la coja.

Marvin Gaye ha dejado de cantar. Solo se escucha el tráfico de las calles a lo lejos.

Se me vuelven a aparecer mis palabras.

«Mi hombre ideal debe ser un buen bailarín.»

—La pierna izquierda atrás. —Tiene la voz suave, dulce. Es música en sí misma.

Me echo atrás.

El avanza. Me acerca más a él. Sus ojos hurgan hasta el fondo de mi alma.

—Siéntelo en las caderas.

Mientras James me da instrucciones, me asalta un recuerdo en mitad de lo que debería ser un momento perfecto. Una imagen de Rob en la pista de baile en su cumpleaños el año pasado. No es una imagen muy agradable. A decir verdad, es la visión más desagradable que te puedas imaginar. Algo así como ver a un avestruz obeso con un ataque epiléptico en medio de una canción de un hiperactivo de Freddie Mercury.

Don 't Stop Me Now...

Me quito la imagen de la cabeza y trato de disfrutar del momento. De este instante.

—Ya sabes lo que dicen del tango ¿no?

—No —contesto, perdiendo el paso y pisándole el pie.

—Dicen que es lo más cerca que dos personas pueden estar sin...

Un repentino pudor le hace dejar la frase a medias.

Su cuerpo resulta ser menos pudoroso.

Siento la firmeza de su abdomen al apretarme más contra él.

«Lo más cerca que dos personas pueden estar...»

No estamos suficientemente cerca. Quiero sentir su piel sobre la mía. Quiero sentir su calor. Quiero...

Él continúa llevando el paso. No sé cómo lo hace, pero realmente está consiguiendo que parezca que se me da bien esto.

Es como sacado de Dirty Dancing. O de Fiebre del sábado noche. Y ahora es Patrick Swayze y John Travolta fusionados en uno solo.

—Puede que ahí abajo esté Londres —dice, con una sonrisa deliberadamente picara—, pero aquí arriba estamos en Argentina.

Me río.

—Enrosca la pierna derecha en la parte trasera de mi izquierda.



Quiere más y yo le sigo, disfrutando al sentir su bien cincelada pantorrilla. Incluso hecho la cabeza hacia atrás, como una seductora señorita con una rosa entre los dientes.

—¡Uau! —exclama—, eres la mismísima Carmen.

Empezamos a reírnos, pero la risa solo parece acercarnos aun más. Es una sola risa, compartida por dos personas.

La risa se apaga y el instante cambia. Me quedo quieta y le miro a esos ojos que tanto mundo han visto y que parecen contenerlo dentro de esa esfera azul verdosa.

Quiero ver lo que esos ojos han visto. Quiero que me lleve a todos esos países en los que ha estado.

Me toca la cara, acariciándome la mejilla.

Tiene una mano fuerte, pero delicada a la vez. Se inclina para besarme.

Mis labios se adelantan para encontrarse con los suyos y recorro su espalda con las manos. Me siento segura, a gusto, inmune de repente a la fresca brisa nocturna.

Suena el teléfono.

—Perdona —me dice, apartándose.

Se saca el móvil del bolsillo y se le estremece la mirada al mirar la pantalla. Apaga el teléfono y se lo mete de nuevo en el bolsillo.

—Solo era... alguien del trabajo... Bueno, ¿dónde estábamos? —me pregunta James.

—Justo aquí —contesto.

Antes de que nuestros labios puedan encontrarse de nuevo, otro teléfono suena en el interior de la casa.

—Da igual —dice, con algo de timidez—, puede esperar. —Seguimos besándonos y yo continúo sintiéndome como una adolescente en su primera cita.

El beso ahora es intenso y la ternura se transforma en deseo. Pero nos vuelven a interrumpir y, esta vez, es mi móvil.

Me lo saco del bolsillo y veo «MADDIE» en la pantalla. Si James no coge las llamadas, yo tampoco debería hacerlo.

—Da igual —digo, imitando a James—, puede esperar.

Hablamos.

Bebemos más vino.

Hay silencios, pero ya no resultan incómodos. El móvil me vibra en el bolsillo diciéndome que he recibido un mensaje. Ya lo leeré luego, pienso para mí. Pero entonces oigo otra cosa.

Algo veinte pisos más abajo. Algo que no es el rumor distante del tráfico.

Hasta aquí arriba, llega una voz.



LA ESCENA DEL BALCÓN. PRIMERA PARTE

Miro a James, pero parece que no la oye. Quizá sean cosas mías.

—¡Ella!, ¡Ella!

Ahí está otra vez. Estoy casi segura de que alguien me está llamando. Estoy a punto de decir algo, cuando James, que aún no la ha oído, dice:

—Espera ahí. Voy a poner algo de música.

—Vale.

Entra en el piso y se entretiene con su colección de CD. Como no me está mirando, me doy la vuelta y me asomo al balcón.

Siento un poco de vértigo al mirar al aparcamiento. Me fijo bien, pero solo veo los techos de los coches perfectamente alineados en las plazas de aparcamiento.

—¡Ella!, ¡Ella!

Entonces veo a alguien.

Un punto negro con cuatro sombras producidas por las farolas que rodean el aparcamiento. No estoy segura, pero parece que me está haciendo señas con los brazos.

—¡Ella!, ¡Ella! —grita.

Reconozco la voz y, al hacerlo, la sensación que tengo en el estómago pasa del vértigo al horror. Es Rob. Rob.

—¿No estarás pensando en tirarte, verdad?

Me doy la vuelta y veo a James, que ha cogido mi copa de vino tinto de la mesa y me la está ofreciendo mientras suena una música diferente.

—Quiero decir que sé que mi conversación puede llegar a ser bastante aburrida pero todavía nadie se ha suicidado por mi culpa.

—No —digo—, solo estaba... mirando... para ver... a qué altura estamos... eso es todo.

—Bastante alto —dice.

—Sí.

—A veces pienso que debo de tenerle fobia al suelo —dice—, por lo de mi trabajo y el piso.

Rezo porque no se asome al balcón y decido cambiar de conversación rápidamente.

—Así que, eh... ¿cuándo tienes que volver a pilotar?

Tomo un sorbo de la copa y trato de escuchar los gritos de Rob por encima de la ópera que sale ahora del estéreo, pero esta los ahoga.

—En dos semanas —contesta—. Pero será con otra compañía aérea.

—¿Ah, sí?—exclamo, preguntándome a qué demonios estará jugando Rob.

—Bueno, es una filial. Seguiré haciendo rutas trasatlánticas. Norteamérica, principalmente. Nueva York. Boston. Las Vegas. Los Ángeles. Ahora tengo un contrato mejor. Un mes de servicio. Otro de descanso. Eso significa que tendré más tiempo para estar contigo. Y podría llevarte conmigo en algún vuelo a Nueva York y darte el capricho de llevarte de compras a la Quinta Avenida.



Asiento con la cabeza y sonrío, pero ni la promesa de llevarme de compras a Nueva York consigue distraerme de la preocupación de lo que Rob estará haciendo.

Puede que me haya confundido.

Puede que no fuera Rob. Al fin y al cabo, he bebido bastante y estoy a veinte pisos de altura.

Alguien llama a la puerta. Fuerte. Suficientemente fuerte como para que lo oigamos a pesar de la ópera desde la terraza.

James enarca una ceja y parece algo preocupado.

—Qué raro —dice—, nadie ha llamado al interfono.

Mientras se dirige a la puerta, miro el móvil para ver quién me ha mandado el mensaje. Ha sido Maddie.

Abro el mensaje y el estómago me da un vuelco cuando empiezo a leerlo:

«Rob ha estado aquí, no se quería ir hasta q l dijera dnd stas. Creo q va xa allá. M. Muac.»

A la mierda con los besos, ¿a qué leches está jugando? James no puede conocer a Rob. Eso no puede suceder.

Demasiado tarde.

James abre la puerta y Rob está ahí parado, en el vestíbulo. Rob, como James, lleva vaqueros y la que, que yo sepa, es su mejor camisa negra (es la única camisa negra que tiene. De hecho, es la única camisa que tiene, independientemente del color). Esta es una extraña coincidencia y una imagen aun más extraña.

La ropa parecida y los físicos tan distintos hacen que parezca como si James estuviera delante de uno de esos espejos deformados de las ferias que te estiran y engordan haciendo que parezcas amorfo.

—¿Sí? —pregunta James.

—¿Está Ella? —gruñe Rob.

Oh, no.

Esto no puede estar sucediendo.

—Perdona, pero, ¿quién eres tú?

—Rob.

Me escondo tras la pared y rezo por que James mienta bien.

—¿Rob?

—Rob, el ex novio de Ella.

—Ah —exclama James, seguramente preguntándose por qué no le he hablado de Rob—, el ex novio de Ella.

—Sí.

Hay un silencio. Probablemente, James se esté preguntando por qué Rob es tan distinto a como él se había imaginado que serían mis ex novios. (Rob siempre es muy distinto a como la gente se lo imagina. Por lo general, peor. Así que, sea como sea como te lo imagines, baja un par de puntos por lo menos.)

Empiezo a rezar en voz alta.



—Por favor, dile que no estoy aquí. Por favor, dile que no estoy aquí. Por favor, dile que no...

—¡Ella!, ¡Ella!

Es James. Me está llamando.

Agarro la copa de vino tinto que está en la mesita de fuera y me la bebo de un trago antes de volver al piso. Los dos están mirándome. Rob el Vago. James, el piloto.

Me siento algo avergonzada, pero no sé por qué. Al fin y al cabo, tampoco he sido yo quien le ha pedido a Rob que venga.

¿Será que me avergüenzo de él? ¿Acaso pienso que James me dejará si ve donde tengo puesto el listón?

Preguntas equivocadas. Pensamientos equivocados. Pero no lo puedo evitar.

Miro a James y digo:

—Discúlpame por todo esto. Pero será mejor que hable con él.

James está a punto de decir algo, pero se lo piensa mejor. Salgo al vestíbulo con Rob y cierro la puerta tras de mí.



A ROB LE LLEGA UNA NOTICIA DE ÚLTIMA HORA

Miro a Rob y me pregunto cómo habrá podido subir hasta el piso vigésimo con el miedo que tiene a las alturas.

—¿Qué narices estás haciendo aquí? —le pregunto, tratando de determinar dónde está la línea entre «novio que no puede dejarme marchar» y «acosador».

—Yo... eh, no lo sé.

—¿Que no lo sabes?

—No.

Oh, Rob, Rob, ¿por qué sois vos un fracasado tan irremediable?

—Entonces, ¿por qué has obligado a Maddie a que te dé la dirección de James y has venido hasta aquí con el coche para llamarme a gritos desde el aparcamiento?

—Así que ese es tu hombre diez, ¿no?

—¿Qué?

—Lo he leído en el periódico. Iba a mirar los resultados del fútbol y te vi.

—Oh —digo—, sí.

—¿James? ¿James? ¿Qué tipo de nombre es ese?

Se está comportando como si se acabara de enterar que el nombre de mi nuevo novio fuera Cecil, o Tarquín, o Moisés o algo así.

—Es un nombre perfectamente normal —le contesto—. De todas formas, ¿qué haces tú aquí?

—¿Quién es?

—¿Qué?

—¿A qué se dedica? —Rob mira el lujoso sofá del vestíbulo del edificio—. ¿Es ladrón de bancos?

—Es piloto comercial. Y no es asun...

—Piloto comercial. —Su boca ríe, pero sus ojos parecen desesperados al comparar mentalmente «piloto comercial» con «técnico en recursos humanos».

—Rob, vete a casa —le digo—. Si la única razón por la que has venido es entrar en el concurso del gilipollas más grande del planeta, entonces me gustaría seguir con mi vida.

—¿Qué es lo que ves en él?

—¿Por qué no estás en casa jugando a la PlayStation? ¿Por qué esta noche? ¿Por qué no ayer? ¿Por qué no antes de ayer? ¿Por qué de repente tenías que sentir la necesidad de verme?

La respuesta se le retuerce entre los labios, pero no sale. Tiene la mirada dolida.

—¿Vas en serio?

—¿Qué?

—Con Don Piloto Comercial. Con Don Pareja Científicamente Perfecta.

—No lo sé.

—Pero estará siempre fuera.

—A veces sí. Otras veces iré con él. —Eso acabará con él. Ver a Rob volando en un avión es tan probable como ver al presidente Bush en una concentración por la paz.



—Gilipollas —dice Rob.

—¿Qué?

—Es un gilipollas. No puedo creer que se esté comportando de una forma tan inmadura. Bueno, supongo que sí que puedo. Después de todo, se trata de Rob.

—No le conoces. Ahora, si no tienes nada...

—Déjalo.

—¿Qué?

—Que lo dejes.

—No.

—¿Por qué?

—Me gusta —contesto. Entonces me pongo furiosa—. No puedo creer que estemos siquiera teniendo esta conversación. ¿Por qué has venido? ¿Has estado bebiendo? ¿Has venido en el coche?

No me está escuchando.

—No, confía en mí. Da igual lo que la estúpida cosa esa de las citas dijera, estaba equivocada. Él no es tu hombre ideal. No es trigo limpio. Ya lo verás. Los hombres sabemos esas cosas. Lo captamos con nuestro... nuestro... radar de trigo limpio.

—Radar de trigo limpio. Muy bien.

Se rasca la mejilla. Quiere decir algo, lo sé, pero solo le voy a dar dos minutos más.

—¿Qué coño tiene de especial?

—Es fuerte. Es agradable.

Rob resopla.

—Suenas como si hablaras del papel higiénico.

—Rob, por favor. Solo escúchame. Si de verdad significo algo para ti, deberías desearme lo mejor. Deberías desear que fuera feliz. Y lo soy. Lo soy de verdad.

Me mira como si estuviera hablando en otra lengua.

—Tonterías —responde.

—Rob, por favor. Si te vas a comportar de esa manera, entonces no tiene sentido que...

—Tonterías. Tonterías. Tonterías.

—Rob, será mejor que te marches.

Parece perdido.

—Solo dime qué es lo que tiene él que yo no tenga. Se detiene, analizando su propia pregunta.

—Bueno, aparte del dinero. Y de un piso pijo. Y de la capacidad para pilotar un Boeing 747. Y de esos estúpidos dientes blancos.

—¿Estúpidos dientes blancos? ¿Y de qué color se suponen que tiene que ser los dientes?

—Apuesto a que son falsos. ¡Parece... parece... parece... parece un faro!

Rob me lanza una sonrisa falsa y empieza a menear los dedos cerca de la boca, lo cual lo hace parecer aun más raro de lo habitual.

—Rob, ¿qué estás haciendo?

—Un faro. —Se señala los dedos con la mano que tiene libre—. Estos son los haces de luz.



Escucho un ruido en el piso de James y me pregunto si estará escuchando detrás de la puerta, así que me alejo un poco en dirección al pasillo. Fuera del alcance de la mirilla. Solo por si acaso.

—Rob, ¿por qué estás haciendo esto? —le pregunto, en voz baja—. Quiero decir que, ¿no tienes cosas más importantes que hacer? Como ver la tele.

Se muerde el labio. En su cabeza, tiene cosas que decir. Dos minúsculas Palabras. Pero no puede pronunciarlas.

Solo quiero que todo vuelva a ser como antes. Solo, ya sabes, solo nosotros dos.

Por un momento, creo que está bromeando. En serio. Así que empiezo a reírme. Pero nadie secunda mi risa, por el contrario, rebota en su serio rostro como una pelota de squash.

—Oh —exclamo—, hablas en serio.

—Por supuesto que hablo en serio. Era genial.

—¿Genial? ¿Genial? ¿Qué es lo que tenía de genial? Estuvo bien, sí. A veces. Pero no pegábamos. ¿De verdad piensas que pegábamos?

Se encoge de hombros.

—¿Por qué no?

Trato de explicárselo con el máximo tacto posible.

—Queremos cosas diferentes en la vida.

—¿Qué cosas diferentes?

Por un momento, me da pena. Es que es verdad que no lo entiende. Tuvimos una relación que duró un año. ¡Un año! Y se entera ahora de nuestra evidente y flagrante incompatibilidad, como si fueran noticias de última hora.

Así que se lo explico.

—Bueno, quiero viajar. Quiero hacer cosas. Ver mundo. Por el amor de Dios, si ni siquiera eres capaz de subirme a un avión. No quiero pasar cada una de las noches de mi vida en el bar. Ni frente a la PlayStation. Ni viendo El partido del día. Ni viendo como me ignoras.

—¿Ignorarte? —me pregunta, sacudiendo la cabeza como si quisiera librarse de esa palabra.

—Me sentía como si fuera la mujer invisible. Te olvidaste de mi cumpleaños. Te olvidaste de que habíamos quedado con mis padres. Apenas me hablabas cuando estabas con tus colegas si no era para explicarme lo que era un fuera de juego.

Rob me mira como si todo eso no tuviera nada que ver con el asunto.

—Pero... pero... te echo de menos.

—No es verdad.

—Sí lo es.

—No, no lo es.

—Sí lo es.

Niego con la cabeza.

—No. No lo es. Crees que me echas de menos, pero solo echas de menos tener a alguien cerca. Es eso lo que echas de menos. Tener a alguien con quien tomarte algo para no sentirte como un alcohólico solitario. Yo solo era tu segundo jugador en la PlayStation. Una cara familiar. Un polvo regularmente. Cualquiera valdría. Podría hacerlo cualquier otra chica que hubieses encontrado por



la calle. Y la única razón por la que estás aquí ahora es porque crees que es más fácil recuperarme que meterte en el follón de buscar a alguien nuevo.

—Eso no es cierto —dice, con toda sinceridad.

—Puede que tengas razón. Puede que no sea cierto. Puede que estés aquí porque eres un desgraciado y no puedes soportar la idea de verme feliz. Puede que estés aquí porque creas que estás en algún juego en el que tienes que combatir contra un piloto comercial para llevarte a la chica. Pero yo no soy un juego de ordenador, Rob. Soy una persona real. Y quiero ser feliz. Quiero estar con alguien que me comprenda. Que quiera conocerme bien. No alguien que dé por sentado que me tiene.

Me clava la mirada.

Acabo de matar a Bambi.

—Yo no daba por sentado nada.

—Rob, todo esto no es culpa tuya. Es solo que no estábamos bien. No encajábamos. Es como la pina y la pasta. Los dos están muy bien, pero a nadie le gustan en el mismo plato.

Lo está asimilando. Deja caer los hombros. Estoy masticando un sándwich de carne de Bambi.

Trato de arreglarlo un poco diciéndole:

—Es pura ciencia. Nuestros cerebros y nuestros cuerpos están demasiado alejados el uno del otro como para que esto funcione alguna vez. Si tú quieres ir a la izquierda, yo quiero ir a la derecha. Si tú quieres subir, yo quiero bajar. Y es así. Está programado en nuestros genes. En algún sitio ahí fuera está tu mujer ideal. Pero no soy yo, Rob. De verdad que no lo soy.

La puerta del ascensor emite un pitido y una pareja con gabardinas a juego sale, tras haber pasado la noche en un restaurante, en la ópera o en el teatro. Pasan junto a nosotros sin saludar y se dirigen a su piso, con la mirada destellante de los felices enamorados.

—Puedo cambiar —dice Rob.

—¿Cómo?

—No lo sé. Podría dejar de ir al bar. Podríamos salir. Podríamos viajar.

—Pero Rob, si ni siquiera eres capaz de volar. No te puedes subir a un avión.

—Podríamos coger un autobús. O el Eurostar. Podríamos ir en coche a Francia y coger un ferri. Arriba y abajo.

Por un cruel instante, me parece que está dando una descripción exacta de su técnica sexual.

—Rob, por favor.

Los ojos de Bambi se vuelven al oír que la puerta de James se abre a mi espalda.



UN ACUERDO ESTÚPIDO

El rostro de James es la viva imagen de la preocupación.

—Ella, ¿estás bien? —me pregunta.

Por un momento, siento compasión por Rob. Pero Rob enseguida me la quita de un plumazo diciendo:

—Mira colega, piérdete ¿vale? Estamos tratando de arreglar las cosas.

Vuelvo a mirar a James y veo que se le endurece la mirada. Sale al vestíbulo y dice:

—Le hablaba a Ella.

—Le hablaba a Ella —lo imita Rob, con voz de pijo.

Oh, oh.

De repente, me siento como si me hubieran tele-transportado al planeta Testosterona.

Miro a Rob. Su mirada pasa de la bravuconería al miedo, al percatarse de la constitución alta y musculosa de James. Rob no se ha peleado con nadie en su vida, pero como pegue igual que baila, está en serios apuros.

—Espera —exclamo, girándome hacia James—. Mira, danos solo un minuto. Yo lo arreglo. Solo un minuto. Perdóname.

—No hay problema —me contesta. Vuelve a entrar a su piso y cierra la puerta.

—No hay problema —repite Rob, una vez se ha asegurado de que James se ha ido, con la misma estúpida voz de pijo.

—Deja de hacer eso —le digo.

—Perdona. Es que... no creo que sea adecuado para ti. ¿Cómo puedo hacer que lo entienda?

—¡El me hace feliz!

—Yo te hacía feliz.

—No, tú me hacías tazas de té. Y algún que otro plato precocinado. Con suerte. Ahora, Rob, vete a casa, por favor.

—Yo... yo... quiero verte.

—Ya me has visto.

—No. Quiero hablar contigo con tranquilidad —contesta con expresión lastimera—. Tengo que decirte algo.

—Tengo que irme.

—Lo sé. Lo sé. Es que... por favor. Solo necesito una hora, eso es todo. Nos vemos donde sea.

Esto es increíble. Me he pasado un año entero tratando de arrancarlo del sofá o del taburete del bar y ahora prácticamente me está suplicando que vaya con él al fin del mundo solo para hablar.

—Vale —dice una voz. Es mi voz.

No puedo creer que esté cediendo.

—Vale. Vamos a quedar. El sábado. A la una.

—¿Dónde?

Trato de pensar en algún sitio neutral. Algún sitio anónimo.



—En el All Bar One del Soho.

Hemos estado allí antes. En el primer mes, cuando empezamos a salir, íbamos cuando salíamos del piso de Rob o del bar.

—Vale —contesta, visiblemente satisfecho—. El sábado. A la una en punto.

—Solo para hablar.

—Sí. Claro. Solo para hablar.

—Será mejor que entre.

Mira la puerta de la casa de James como si fuera la fuente de todos los males del mundo.

—Vale —contesta.

Alargo la mano y llamo al ascensor. Las puertas se abren y Rob entra, reticente.

—Nos vemos el sábado —dice.

—Sí. Adiós.

Lo veo desaparecer tras las puertas del ascensor y me voy sintiendo hundida conforme voy viendo los números descender y mi ex baja hacia el aparcamiento.

20. 19.18.17...

¿En qué estaba pensando?

¿Por qué demonios he consentido quedar con él?

Vale, sé por qué he consentido en quedar con él. Para que se marchara. Para borrar esa mirada de Bambi. Para escuchar ese «algo» que tiene que decirme.

Vuelvo al piso.

—Hola —le digo a James, tratando de desviar las preguntas que entreveo en su mirada—. Lo siento.

—No te preocupes, todos tenemos nuestros fantasmas... menos mal que no soy de los inseguros. —Sonríe, o medio sonrío. Es la sonrisa de un embustero... pero «mi hombre ideal no miente».

—Sí —contesto.

—¿No te estará acosando, verdad? —me pregunta con una ligereza poco convincente, mientras me sirve otra copa de vino tinto.

—No —contesto—. Solo está, no sé, creo que le resulta difícil verme con otra persona, cuando él todavía sigue solo. Pero no te preocupes. Le he dicho que somos científicamente incompatibles y se lo ha tomado bien. No creo que lo vuelva a ver durante un tiempo.

Me tomo el vino, trago y paladeo el sabor de las mentiras que salen de mi boca.



LA SILLA VACÍA

Es sábado.

Es la una en punto.

Y ahí estoy, sentada en el All Bar One, junto a la ventana.

Le doy un sorbo a la bebida. Vino blanco. Bueno, probablemente vinagre de vino blanco sería una descripción más exacta.

No puedo creer que esté haciendo esto. Pero, al fin y al cabo, puede que Rob se merezca una explicación. Después de todo, terminamos de una manera un poco desordenada. Jamás le expliqué mis razones. Bueno, no todas. Si soy capaz de explicarle a Rob las razones científicas de nuestra incompatibilidad, entonces puede que las entienda. Puede que entonces sea capaz de seguir adelante y encontrar a otra persona, como yo he hecho.

Por unos instantes, trato de imaginarme exactamente cómo sería la persona ideal para Rob. Alguien a quien le baste con bajar al bar todas las noches, escuchar complacientemente su sueño de montar su propio negocio mientras pasa el tiempo que no está en el pub jugando a la PlayStation. Alguien que no tenga padres, ni cumpleaños, que jamás tenga que coger un avión, que pueda alcanzar el clímax en un minuto y treinta y cinco segundos, alguien a quien le parezca bien sustituir unos buenos preliminares por cinco minutos de masaje en los pechos y de lametones en los pezones.

Miro a mi alrededor buscando alguna candidata. ¿La estudiante italiana de ahí? ¿Esas dos rubias que se ríen engullendo patatas fritas?

Nop.

Es imposible imaginarse a una mujer en plenas facultades eligiendo a Rob como su hombre ideal. Por ahí viene. Cruzando el:..

No. Es otro tipo gordo con una camiseta que no ha recibido un planchado en el último milenio.

Miro el reloj. La una y cuarto. Miro la silla que hay vacía frente a mí. ¿Dónde diablos está?

—¿Quiere tomar otra cosa? —me pregunta la italiana, mientras se lleva mi copa.

—Eh, sí, por favor. Lo mismo otra vez.

Llega la bebida. Rob no.

Está empezando a dar la impresión que me han dejado plantada. La una y veintidós.

Saco el móvil y lo llamo. Tras dar tres tonos, salta el buzón de voz.

—¿Rob? Soy yo. Ella. ¿Dónde estás?

Pruebo a llamar al fijo y salta el contestador automático.

«Hola, soy Rob», dice, con el habitual tono aletargado de Rob, «deja un mensaje si quieres.»

—Rob, es casi la una y media. Llevo en el All Bar One casi media hora. ¿Te estás quedando conmigo? Si es así, no tiene gracia. ¿Rob? ¿Estás ahí? ¿Rob?

La una y veinticinco.

Las dos rubias se han terminado las patatas fritas y ahora parece que se estén riendo de mí. La una y veintisiete.



Esto es increíble. Casi se parte el cuello tratando de estropearme la velada con James porque, aparentemente, estaba desesperado por hablar conmigo y decirme algo, y cuando cedo para quedar con él en terreno neutral, no aparece.

La una y veintiocho.

Me termino la copa y le envío un mensaje.

«Dond stas?»

La una y treinta y uno.

Espero otros cinco minutos y recuerdo la principal razón por la que le dejé.

La italiana regresa.

—¿Le pongo lo mismo?

—No —le contesto—, he terminado.

Le doy un billete de diez libras, que debe de bastar para pagar las dos Copas de vinagre, y me marcho.

En cuanto salgo por la puerta, llamo al hombre que sé que jamás me fallaría de este modo.

«Mi hombre ideal jamás me da plantón...»

—¿Sí? —Es su voz perfecta.

—James, soy yo, Ella.

—Oh, Ella, hola —responde.

—Solo me preguntaba si me puedo pasar por tu casa a verte.

—¿Ahora? —sueno aterrorizado.

—Bueno, si te viene bien. Vamos, si no estás...

—No, ahora me viene bien —dice, sonando algo menos aterrorizado—. Ahora me viene genial. Me encantaría verte. De hecho, estaba pensando en ti.

—Estupendo.

—¿Dónde estás ahora?

—En el Soho. He estado mirando escaparates en Covent Garden y he parado a tomarme algo. Voy para el metro. Llegaré en unos veinte minutos.

—Perfecto —dice.

—Hasta ahora.

—Sí, hasta ahora.



SEXO PERFECTO

Abre la puerta y se queda parado, más atractivo que nunca.

Tiene el pelo desaliñado, se lo ha secado con la toalla, está recién salido de la ducha. Lleva unos vaqueros muy pegados, una camiseta negra ajustada y va descalzo. Tiene los brazos hinchados de hacer ejercicio.

Trata de hablar.

—Hola, acabo de...

Mis labios se tragan sus palabras, lo beso y lo empujo hacia el piso.

He sido una estúpida. ¿Por qué me he estado conteniendo?

Cierra la puerta sin dejar de besarme. Le meto las manos por dentro de la camiseta, recorriendo ávidamente su moldeado físico.

Me desabrocha la blusa, manteniendo el beso, que se va encendiendo a cada ardiente segundo que pasa.

Solo nos separamos un momento: cuando decide levantarme a peso y llevarme al dormitorio. Si los brazos están sufriendo por el peso, su cara es lo suficientemente amable como para que no se note.

Aterrizo en la cama y él se pone encima de mí.

—Desnudémonos —dice con aire juguetón.

Cedo muy dispuesta. Después de todo, el que habla es mi capitán.

Deja las persianas levantadas, pero no me importa. Al fin y al cabo, estamos a veinte pisos de altura. Fuera de la vista de todos, excepto de algún helicóptero de la policía que pase o de los gorriones curiosos.

Ya hacía tiempo que no me acostaba con nadie. Y aun más hace que no lo hago a plena luz del día, bueno, o con cualquier tipo de luz, ahora que lo pienso.

Echa las sábanas hacia atrás y nos deslizamos bajo el algodón egipcio. Me estremezco al sentir su suave piel junto a la mía.

Es todo tan natural. Cada beso, cada caricia, cada sabor parece nuevo y resulta familiar a la vez, como si hubiéramos estado juntos en una vida anterior.

—Tienes la piel fría. Déjame que te haga entrar en calor.

—Gracias —le contesto—, eres muy...

Mis palabras sucumben ante su beso. Su beso perfecto.

Mis manos navegan por todo su cuerpo. Los músculos se le tensan bajo la piel al sentir mis caricias.

Me besa el cuello, luego veo cómo su cabeza empieza a bajar y desaparece entre las sábanas.

Más abajo...

Más abajo...

Más abajo...

No quiero que pare. Jamás.



Cada centímetro de mi cuerpo se tensa de placer y observo las nubes a través de la ventana, como finos arañazos blancos en el cielo. No pares. Más abajo... No pares.

Lo digo en voz alta. No me importa. No le importa. Le pongo las manos en la cabeza, siento las suaves y largas caricias de su lengua. Me muerdo el labio. Es demasiado.

Mi cuerpo no sabe cómo controlar o contener tantas sensaciones. Hace una hora, estaba sentada sola en el All Bar One esperando a que Rob me diera plantón y me decepcionara por septuagésima vez en mi vida. Ahora, me encuentro extraviada en un placer inimaginable,

Ahora hay un solo hombre en mi vida. Y él es el único hombre en el mundo que podría hacerme sentir así.

Vuelve a subir, recorriendo todo mi cuerpo, besándome en su ascenso. Nos da la risilla colocando el condón y, en un momento, ya está dentro de mí, moviéndose con la agradable y suave confianza que se espera de un hombre que se pasa la vida elevando a la gente más allá de las nubes. Cierro los ojos y le clavo las uñas en el culo, apretándolo contra mí. Más y más...

Abro los ojos y me quedo mirándolo.

—Eres muy hermosa —me dice—, muy hermosa.

Trato de devolverle el cumplido, pero hablar ya no es una opción.

Se tumba y me pone sobre él. Me siento encima de él y alzo la cabeza hacia el techo.

Hay una lámpara, un pequeño rectángulo enmarcando una porción de cielo azul, sin nubes.

Me siento atractiva y extrañamente poderosa a la vez, alcanzamos el clímax juntos con un placer sobrecogedor y separamos nuestros cuerpos.

Caigo sobre él, puedo sentir su aliento entrecortado y el pulso descontrolado, disfrutando del tacto pegajoso de su piel.

Tras un largo silencio tratando de recuperar el aliento, me besa la frente.

—¿Qué mejor manera de pasar el sábado por la tarde?

Sonrío y no digo nada, porque no hace falta decir nada.



LA PRUEBA DE LOS AMIGOS

La respuesta que di a la pregunta cincuenta y cinco:

«*Mi hombre ideal se debe llevar bien con mis amigas...*»

Sé lo que dicen las revistas. Todos esos artículos que dicen que los novios y las amigas no deben mezclarse. Pero, lo siento, bastante difícil es ya de por sí compatibilizar la vida laboral y personal como para tener también que dividirme entre los amigos y el novio.

Y, hasta ahora, James está pasando todas las pruebas.

Anoche: tras conseguir que me convirtiera en gelatina de fresa tras un segundo maratón sexual de una hora de duración, empezó a acariciarme el pelo y me preguntó:

—Ya está, ¿no?... ahora somos una pareja, ¿verdad?

—Sí —contesto—, eso espero.

—Bueno, entonces, ¿cuándo voy a conocer a tus amigas?

—¿A mis amigas? —le pregunté, con aturdimiento poscoital, dibujándole círculos imaginarios en el pecho.

—Sí. Quiero conocerlas. Quiero saberlo todo de ti.

Aquello me pilló completamente fuera de juego.

Ya veis, jamás creí que los hombres fueran capaces de decir ese tipo de cosas.

Creía que su ADN no estaba programado para eso, a menos que estuvieran pensando en sexo en grupo.

—¿Por qué? —le pregunto.

—Ella, no seas suspicaz —me dice, como si me estuviera leyendo la mente—. Ahora soy hombre de una sola mujer. ¿Sabes?, algunos hombres son capaces de hablar con las mujeres sin imaginarse la cara que deben de poner cuando tienen un orgasmo.

—Yo no he dicho nada de imaginarse a ninguna mujer teniendo un orgasmo —digo.

—Oh —dice rápidamente, rectificando—. Oh, ya sé que no has dicho nada de eso. Ya lo sé. Es solo que hay hombres así y yo no soy uno de ellos.

—Ya sé que tú no eres uno de ellos.

Recuerdo cómo era Rob. Su alergia a conocer a mis amigas quedaba solo superada por su alergia a conocer a mis padres. Siempre tenía algo mucho más importante que hacer. Como rascarse los huevos o jugar a la nueva versión del Grand Theft Auto o, en las noches realmente atareadas, rascarse los huevos mientras jugaba a la nueva versión de Grand Theft Auto.

Y, entonces, cuando finalmente Rob conoció a mis amigas (en el pub, huelga decir, tenía que haber cerveza de por medio), se pasó todo el rato mirando el oscuro valle del escote de Maddie. Ah, no, miento. Desvió la mirada para echarle un vistazo al moldeado culo de Pip, producto del pilates, cuando esta fue a la barra a pedirse la quinta tónica baja en calorías.

Tampoco es que la fidelidad de Rob sea algo que me haya quitado el sueño.

En la vida de Rob solo ha habido una «otra». La chica del toque de oro. Una belga llamada Stella. Apellido: Artois. Lo emborrachaba todas las noches y le provocaba muchos gases.

Bueno, ¿dónde estaba?

Ah, sí. En la cama con James. Ayer.



—Bueno —dice—, ¿y cuándo podré conocerlas? ¿Cuándo podré pasar una noche en tu casa?

—Eh...

Me entra el pánico.

No es que me preocupe que conozca a Maddie y a Pip. Al fin y al cabo, estoy tan orgullosa de ellas como lo estoy de James. Es solo que, de repente, me di cuenta de que James no había visto cómo es nuestro piso.

Y nuestro piso, comparado con el ostentoso palacio de James, deja mucho que desear. Para empezar, hay un problema de espacio. Tenemos alquilada la que debe de ser una de las cajas de zapatos más lujosas y caras de todo el sur de Londres. Cada vez que Pip se pone a hacer ejercicio, perdemos unas cincuenta libras de la fianza, porque siempre pisa algo o rompe algún jarrón de Ikea.

Luego están la moqueta, y el sofá, y el papel pintado, y el extraño olor a col, y el aspirante a Jimi Hendrix que vive arriba, y la cocina, y los armarios marrones, y la entrada, con la misteriosa bicicleta siempre aparcada, y las rejas de las ventanas de atrás, y la tetera, y la cama, y el penoso póster que tiene Maddie en su puerta con montones de vergas que dice: «Galería Nacional del Pene», y el aun más penoso póster que hay en la puerta de Pip que dice: «Maroon 5», y las paredes con humedades, y los pequeños gánsteres de doce años que merodean sospechosamente por la licorería que hay al final de la calle, y la sensación de absoluta y casi apocalíptica desesperación que lo inunda todo tras pasar cinco minutos en el salón más oscuro a este lado de la Estrella de la Muerte. Pero, eh, aparte de eso, está genial.

—Eh... no sé —le digo—, eh... ¿cuándo quieres conocerlas?

Iba a proponerle ir al bar, pero hasta una caja de zapatos con olor a col es mejor que los bares del barrio de Tooting, que parecen cuevas.

—¿Qué tal mañana? —me pregunta.

—¿Qué tal qué?

—Podría pasarme mañana por la noche.

—¿Mañana por la noche? —Rastreo mi banco mental de excusas, pero me doy cuenta de que ya las he usado todas para librarme de la extravagante película danesa a la que quería llevarme (la respuesta que di a la pregunta doce: «a mi hombre ideal le debe interesar la cultural internacional, especialmente las películas independientes europeas incomprensibles con títulos como Mi vida como manzana y que me aburren hasta la inconsciencia, pero que sé que deberían gustarme», o algo así)—. Eh... sí... ¿por qué no? Mañana por la noche está bien.

Veinte horas después, aquí estoy, explicándoles a Maddie y a Pip cómo se deben comportar.

—Nada de eructos —le digo a Maddie—, no es muy femenino.

Ahora le ha dado por eso. Los eructos musicales. No resulta muy atractivo.

—Y nada de interrogatorios —le advierto a Pip.

Ya veis, Pip tiene problemas con los hombres. Solo hay que entrar en su habitación y ver la diana que tiene llena de fotografías de su ex (un gilipollas que se llamaba Greg y que la dejó porque tenía el culo fofo) para darse cuenta. La noche que la dejó, recortó su cara en una foto y la pegó en un muñeco de Action Man para hacer un muñeco vudú con él. Estaba bien, pero se quejaba de que no tuvieran testículos para hacerle verdadero daño.

Por cierto, desde que la conozco, Pip jamás ha tenido el culo lo más mínimamente fofo. Aunque eso no hace que deje de hacer gimnasia como una psicópata todas las mañanas desde que la dejó.



Es, según su propia definición, «hombreréxica» y solo quiere raciones muy pequeñas de compañía masculina. El coche de James se detiene.

Los gánsteres más duros de Tooting se arremolinan a su alrededor, como las abejas con la miel. Sale.

Lo cierra. Conecta una alarma tan sofisticada que hasta a los más audaces de Tooting les resultará más indescifrable que El código Da Vinci.

—Dios, no recordaba que fuera tan guapo —dice Maddie, dirigiéndose hacia la puerta—, qué suerte tienes, perra.



LA HISTORIA DEL HÁMSTER DE MADDIE

(Y OTROS MOMENTOS HUMILLANTES)

Pom, pom.

Voy a abrir la puerta.

—Hola, preciosa —dice, dándome un beso en los labios.

—Hola.

Estira el brazo y finge que está temblando.

—Pasa —le digo—, el tribunal está esperando.

—Muy graciosa —dice.

—Oh, y, eh, cuidado con la bicicleta.

—¿De quién es?

—Ni idea. Lleva ahí desde que nos mudamos. Abro la puerta del piso y Maddie está ahí, esperando, con su gran escote y su gran sonrisa preparados.

—Hola, soy Mad.

—¿Eh?

—Quiero decir que ese es mi nombre —balbucea—. *Mad. Mads. Maddie. Madeleine. Mad. Y, a veces, también estoy loca...*⁴, pero no tomo pastillas ni nada... bueno, cuando era adolescente... cuando se murió Danny Zuco...

—¿Quién era Danny Zuco?

Oh, oh.

La perdemos.

—Mi hámster. Dejé la portezuela de la jaula abierta. Salió y se subió al escritorio... y yo tenía el escritorio junto a la ventana... y... y... y era verano... hacía mucho calor... mi tía había dejado la ventana abierta y él... él... pensé que fue... todos me dijeron que había sido un accidente, pero siempre pensé que... ya sabes... que estaba hartito... la jaula... de la rueda... de la comida escamosa seca... que le daba...

Oh, Dios. Esto no va bien. Está a punto de echarse a llorar.

Hacía tres años que no sacaba el tema del hámster.

Maddie se queda mirando la moqueta con tristeza, mientras los recuerdos de Danny Zuco corretean por su cabeza. Se recompone, justo a tiempo.

—Perdona —se disculpa.

—No pasa nada —le asegura—. Recuerdo cuando atropellaron a mi perro. Todavía me vienen imágenes. Decido continuar. —Bueno... y esta es Pip.

Ya le tengo avisado sobre Pip. Le he contado que puede ser muy intensa.

—Hola Pip —dice—, me han hablado mucho de ti.

Le lanza una sonrisa a Pip y ella medio se la devuelve. Acompaño a James hasta el sofá y me siento a su lado.

⁴ N. de la T.: Juego de palabras en el original. «I'm Mad» puede significar «Soy Mad» o «Estoy Loca», de ahí la confusión



Empieza a olfatear.

—¿Es col eso?

—Es nuestro piso... siempre huele así—le explica Maddie—. Hay un fantasma que cocina coles en nuestra cocina.

Me percató de que Pip está sometiendo a James a un tratamiento de láser visual.

—Eres piloto, ¿verdad? —le pregunta con rostro inexpresivo.

—Sí... así es.

—Debes de pasar mucho tiempo fuera.

James asiente con la cabeza.

—Un poco... sí.

—Debes de sentirte solo.

—Eh... —James empieza a preguntarse adonde pretende llegar. —Debe de ser difícil acordarse de las responsabilidades que uno tiene.

—Eh... en realidad, no.

—Bien —afirma Pip—. Porque a muchos hombres sí que les pasa. Muchos hombres se olvidarían de las cosas importantes y cometerían muchas estupideces. Oh, Dios mío.

Está poniendo una cara que hace que Robert de Niro en Taxi Driver parezca absolutamente adorable.

—James no va a cometer ninguna estupidez —le aseguro, y suelto una risilla para distender el ambiente.

—No —contesta la psicópata que ha poseído a Pip—. No, ya lo veo... pero en caso de que sea de los que cometen estupideces, no es solo el corazón lo que le romperían. Yo misma me ocuparía personalmente de ello.

—Bueno—dice James—. Es... eh... reconfortante.

—¿Te apetece algo? —le pregunta Maddie, tratando de imitar a Joan Cusack en Armas de mujer (su tercera película favorita, después de Cuando Harry encontró a Sally y, bueno, Babe: un cerdito en la ciudad)—. ¿Café? ¿Té? ¿Yo?

—Una taza de té estaría bien —le pide. Y, mientras está mirando a Maddie, yo le hago gestos a Pip para que se serene. Luego, una vez que Pip ha reflexionado sobre lo que ha hecho, me giro hacia James.

—Lo siento —le susurro al oído.

—Son estupendas —me cuchichea.

Y, como si estuviera chiflado, parece que lo dice en serio.

Ah, bueno, he ahí mi hombre ideal.



LAS NOTICIAS DEL CANAL CUATRO

Aterrorizada por si surge alguna otra conversación, enciendo la tele y voy cambiando de canal.

Cuando llego a Canal Cuatro, casi me da algo.

Ahí, en la pantalla, está el doctor Ludwig Fischer.

—Oh, Dios mío... yo conozco a ese...

—Oh, sí, mira. Es aquel doctor suizo —dice James—, del laboratorio del amor.

—...Desde siempre, los seres humanos han estado atormentados a causa del amor y en el futuro no habrá necesidad... no habrá tristeza... ni amor no correspondido... mis disculpas al señor William Shakespeare... y con la tecnología adecuada, podemos garantizarles a dos personas que son adecuadas la una para la otra... es una simple cuestión de genética.

—Tiene pinta de estar un poco grillado —afirma Maddie. Y yo pienso: ...le dijo la sartén al cazo

A continuación, la tele pasa del laboratorio del amor del doctor Fischer al plató del telediario del Canal Cuatro, donde Jon Snow está entrevistando a la doctora Lara Stein.

—¡Oh, vaya por Dios! —grito.

—Es la doctora Lara —dice James.

—Parece recién salida de Dinastía —dice Maddie.

Jon Snow se recuesta en su silla.

—¿Una simple cuestión de genética? Pero, si me permite la pregunta, doctora Stein, ¿de verdad puede haber una solución genética a algo tan abstracto como el amor? Ya sé que ha invertido millones en esta tecnología pero, ¿de verdad somos capaces de entender qué es lo que provoca que la gente se sienta atraída?

—Sí —contesta la doctora Lara, con su imagen habitual de pelo voluminoso, perlas voluminosas y dientes voluminosos—. Sí. Por supuesto. Puede parecerle difícil de creer, Jon, pero somos como cualquier otro animal. Somos criaturas sensuales en todos los sentidos (valga la redundancia) de la palabra. Y, si somos capaces de entender de qué forma funcionan nuestros sentidos y cómo nuestro cerebro percibe las cosas también podemos entender el amor.

—Oh, Dios mío —dice Maddie—, ¿de verdad conoces a esa?

—Sí.

Está alucinando.

—¡Uau!

Jon Snow pasa a otra pregunta.

—Muy bien, pero aun teniendo en cuenta que se emplean métodos científicos, eso nos lleva a otra cuestión. Usted no se dedica a la filantropía, ni hace todo esto por el bien de la salud pública, ¿no es así? Usted es una mujer de negocios, empresaria. La gente deberá pagar elevadas sumas de dinero para poder hacer uso de sus servicios, ¿no es así?

La doctora Lara sonrío para mostrar el trabajo de odontología cosmética de un millón de libras que le han hecho.

—Usted habrá leído a Darwin, ¿verdad Jon?

—Eh... sí, pero no veo qué tiene eso que ver con...



—Bueno, entonces, usted sabrá a lo que me estoy refiriendo cuando digo que el amor implica un proceso de selección natural. No se trata de un sistema democrático, justo ni equitativo. Se trata de la prevalencia de los mejores. Y, en una sociedad materialista, esto se suele traducir en la supervivencia de los más ricos. Pero cabe señalar que solo las mujeres pagarán por este servicio. Para poder ofrecer la mayor muestra posible, para los hombres es gratis apuntarse. Las razones son obvias, ¿no cree?

Jon Snow enarca una ceja.

—¿Como por ejemplo?

—Bueno, solo un hombre podía hacer esa pregunta, Jon —afirma la doctora Lara, con una sonrisa complaciente—. Todas las mujeres saben que la proporción de mujeres adecuadas con respecto a la de hombres adecuados está muy descompensada, en detrimento de ellas.

Pip suelta un bufido.

—Ahí tiene razón.

Jon Snow parece perplejo.

—Así que, ¿solo las mujeres ricas podrán encontrar el amor verdadero?

La doctora Lara se agarra a sus perlas y muestra sus dientes perlados.

—Con una excepción, Jon.

—Ah, sí, aquella maestra del sur de Londres ¿no? ¿Ella Holt?

—¡Ahhhhhhh! —chilla Maddie, señalando la secuencia de mi conferencia de prensa—. ¡Estás ahí!

Es verdad.

Lo es.

Oh, Dios mío.

Estoy saliendo por la tele.

Mi recuerdo está saliendo en la pantalla.

El periodista pelirrojo:

—¿Qué se siente al ser un conejillo de indias humano? La respuesta insulsa:

—Me siento estupendamente. Estoy muy contenta de... formar parte de esto.

—Y, ¿le preocupa que su hombre ideal no cumpla sus expectativas? Me refiero a que, si no funciona, ¿dejará de salir con hombres?

—Oh, Dios, mirad eso —les digo a James, Maddie y Pip—, parezco un bicho aterrorizado...

Me interrumpo a mí misma. Estoy saliendo por la tele.

—Eh... yo... no...

Entonces sale la doctora Lara, en la misma conferencia de prensa.

—Con todo el respeto, esa pregunta es irrelevante —exclama—. La Agencia Ideal no lleva la palabra «ideal» en su nombre por nada. Puede estar seguro de que será un cuento de hadas con un final feliz.

Pasan de nuevo al plató y la doctora Lara le dice a Jon Snow:

—Ahí está. Esa es nuestra Cenicienta, que estoy segura de que, justo ahora, estará estupendamente con su Príncipe Azul.



—Bueno —dice Jon, con una sonrisa traviesa en la cara, mirando directamente a cámara—. Ahí lo tienen. Parece que los Beatles se equivocaban. ¿Que no se puede comprar el amor? No por mucho tiempo... Y ahora, conectamos con Samira, para hacer un repaso de los titulares...

—¡Eres famosa! —exclama Maddie.

—¡Oh, Dios! —digo—. He estado horrible. Estaba blanca. ¿Suelo estar así de blanca?

—Has salido estupenda —miente Maddie.

Pip se vuelve hacia mí y arruga los labios, con un gesto irónico.

—Así que si tú eres Cenicienta y ¿quiénes somos Maddie y yo?

Maddie se ríe.

—¡Las dos hermanastras feas!



UNA LLAMADA

Unos segundos después, suena el teléfono.

Lo coge Maddie.

—Ella... es tu madre.

Oh, oh.

—¿Mamá? —Me levanto, dejando que James se las arregle solo en el sofá, y me llevo el teléfono a mi habitación.

Parece enfadada.

—Has salido en la tele.

—Lo sé.

—Ella... ¿qué diablos hacías en la tele? A tu padre casi le da un ataque. Ha tenido que tomarse sus pastillas.

—Sí, lo sé. Pero no sabía que iba a salir en la tele. Si llego a saber que iba a salir en la tele, te lo habría dicho.

Como estaréis imaginando en este preciso momento, no les he contado nada a mis padres sobre la Agencia Ideal. Ni sobre James, por cierto. Iba a contárselo, es solo que estaba esperando el momento adecuado. Ya veis, mis padres siempre saben cómo aguarme las buenas noticias. Si hay un rayo de luz, estad seguros de que ellos hablarán de la nube.

Especialmente cuando hablan de mi vida amorosa.

Tampoco es que todo sea culpa de ellos.

Después de estar vendiéndoles a Rob durante meses, el vago imbécil coge y les da plantón. Ahora se niegan a creerse nada de lo que diga sobre ningún hombre.

—Ella, ¿qué estabas haciendo en ese sitio? ¿Con todos esos fotógrafos? Hemos encendido la tele y creímos que habías hecho algo malo. Creímos que estabas metida en problemas... con la policía. Creímos que habías hecho alguna tontería.

—¿Como qué? ¿Hacerme asesina en serie?

Ignora lo que acabo de decir y continúa machacándome.

—Ella, ¿en qué demonios te has metido?

—Eso, solo es la cosa esta. La agencia de contactos. Ha salido en la tele porque utiliza la ciencia... genética... para emparejar a la gente. Y estoy probándolo gratuitamente.

Chasquea la lengua, luego se enfada.

—Eso ya lo he visto. ¡Y la mitad del maldito país!

Me estoy perdiendo.

—¿Y?

—Bueno, estás haciendo el ridículo. Y nosotros. ¿Qué crees que van a decir Graham y Carole?

Graham y Carole son los vecinos de mis padres, y según ellos, autoridad mundial en todo. Caravanas. Búsqueda de asilos. Y los misterios ocultos del universo.

—No creo que lo hayan visto —digo—. Pero, en cualquier caso, no tengo ni idea de lo que Graham y Carole van a decir. Y, para ser sincera, tampoco me importa.



—Eso ya lo sé.

—¿Qué quieres decir con eso?

Hace más ruidos de enfado y a continuación dice:

—Bueno, evidentemente, no te importa lo que la gente piense de ti, mostrándote tan facilona y desesperada.

—¿Facilona y desesperada? ¡Mamá!

—Nosotros no te hemos educado así.

—¿Así? —Se lo piensa dos veces antes de contestar y en lugar de ello pasa a otra pregunta.

—¿Qué necesidad tenías de hacerlo? Tú eres guapa.

—Mamá.

—Papá y yo jamás tuvimos que hacer nada de eso. No, pienso para mí, y qué relación tan maravillosa resultó.

—Mamá, no tenía necesidad. Lo hice porque quise. Y la única razón por la que no os he contado nada es porque sabía cómo reaccionaríais.

Oigo a mi padre al fondo, trasteando en la cocina, enfadado.

—¿Qué le pasa a papá? —le pregunto a mi madre.

—Está disgustado.

—¿Disgustado? ¿Por qué?

—Quiere que seas feliz.

—Soy feliz.

—Solo nos preocupamos por ti, cariño. Eso es todo. Más bien por Graham y Carole.

—Bueno, pues yo no —le digo—, no hay nada por lo que preocuparse. —A los hombres no les gustan las mujeres que parecen desesperadas. De esa forma, jamás encontrarás un hombre...

Suspiro.

—Ya he encontrado un hombre. Y le gusto.

—¿Desde cuándo? ¿Por qué no nos lo has dicho?

Hago como si la pregunta fuera retórica.

—Se llama James. Es piloto. Y es perfecto para mí.

A mi madre le cambia la voz.

—¿Piloto?

—Sí.

—¿Qué? ¿Pilota aviones?

—Eh... sí... esa es una parte bastante esencial en la descripción del trabajo de un piloto. Se lo cuenta a mi padre.

—Ha conocido a un hombre... un piloto.

Mi padre se queda callado. Puedo imaginármelo, pensando que eso sí se lo podría contar a Graham: un piloto.

—Oh —exclama mi madre, olvidándose de repente de que su fácil y desesperada hija acaba de dejar en vergüenza a generaciones de la familia Holt en la televisión nacional—. ¿Cuándo podremos conocerlo?



LA NOCHE DEL «TE QUIERO»

Más tarde, Steve el Soporífero se pasa a ver a Maddie. Se ha convertido en una costumbre. Desde la noche de las citas rápidas, Maddie se ha estado tirando al pobre chaval diariamente. Me parece que se está convirtiendo en algo serio.

Se sienta en el sofá y le hace a James un centenar de preguntas sobre tecnología informática y los sistemas de radar empleados en los aviones.

Pip, fuera de lugar con las dos parejas, desaparece y se mete en su habitación para corregir trabajos escuchando a Maroon 5, y Maddie y yo nos vamos a la cocina para tener la correspondiente conversación de «qué te ha parecido mi novio».

—Oh, es fantástico —me asegura Maddie—. Y, ¿cómo es?

—¿Qué?

—En la cama —me dice, como si no me enterara de nada.

—Eh... bueno —digo, un poco cortada.

Junta las manos y a continuación las separa para indicar la posible longitud de... eh... algo.

—Dime cuándo debo parar —dice.

Le doy una palmada en el hombro.

—Cállate ya, so burra.

—Solo estoy bromeando —me contesta, luego señala con la cabeza a los dos que están charlando sobre radares en el salón—. Pero a Steve le mide esto —dice, separando las manos unos diecisiete centímetros.

—Está bien... eh... saberlo, Maddie. Gracias.

—Y puede aguantar horas.

—Lo sé —le contesto—. Estáis en la habitación de al lado. Estoy pensando en forrar las paredes con cajas de huevos.

—¿Cajas de huevos?

—Para insonorizar.

Se tapa la boca con la mano.

—Oh... ¿de verdad hacemos tanto ruido?

Asiento con la cabeza, con solemnidad.

—Probablemente lo oirán desde el barrio de Clapham. No, solo estoy bromeando. No es tan terrible.

Dos horas más tarde, me estoy comiendo mis palabras. Y no quisiera arriesgarme a adivinar lo que se estará comiendo Maddie.

—Oh, eso está muy bien, muy bien.

Es Steve. Su voz (y, gracias a Dios, solo su voz) atraviesa la pared, mientras Maddie le da placer de forma inusitada.

Yo estoy tumbada en mi catre, excusándome ante James. Pienso en lo distinto que es en su piso. Con el balcón, con la vista, con las paredes insonorizadas y la cama que ocupa toda la habitación.



—No te preocupes —dice, rodeándome con el brazo.

—James...

—¿Qué?

Dudo antes de preguntar.

—¿Qué es lo que ves en mí? A lo que me refiero es que, ya sé todo eso de que somos la pareja ideal, y sé que eres el hombre adecuado para mí, solo me preguntaba qué demonios puede ver alguien como tú en alguien como yo.

Me lanza una mirada dulce y confundida y me pregunta:

—¿De qué estás hablando?

—Bueno, tú eres rico y guapísimo, y has viajado por el mundo... y, bueno, yo soy pobre y no soy guapísima, y estuve en Disney World cuando tenía ocho años, he estado un par de veces en España, pero, aparte de eso... en ningún otro sitio y... y... y no logro entender por qué te gusto.

Me lanza una sonrisa como si lo que estoy diciendo fuera ridículo, como si no hiciera falta responder siquiera (pero no es así, de lo contrario, no se lo habría preguntado).

Está a punto de explicármelo, cuando la cama de Steve y Maddie empieza a golpear la pared como un ariete.

—¡Más! —chilla Maddie—. ¡Más! ¡Más! ¡Más!

—Ella —dice, tratando de ignorar el folleteo de la puerta de al lado—. Puede que te suene extraño, pero yo no mido el atractivo de una mujer por su dinero, ni por los kilómetros que haya volado... y en cuanto a lo que has dicho de que no eres guapísima... bueno, eso es tan solo...

Le suena el móvil.

Su mano se sumerge en los arrugados pantalones, que están tirados en el suelo, y mira la pantalla. No alcanzo a ver el nombre de quien le llama, pero puedo ver el dolor en sus ojos, en los que se refleja la luz encendida de la pantalla.

—¿Quién es? —le pregunto.

Apaga el teléfono.

—Nadie.

Maddie empieza a gritar ascendentemente hacia el orgasmo en la habitación de al lado.

—Oh... oh... oh... —Cada « oh » va sonando más fuerte, hasta que casi estallan los cristales.

James iba a besarme, pero el momento ya ha pasado.

No hay nada menos sensual que escuchar a otras personas hacerlo y no tengo ninguna intención de jugar a la batalla de los orgasmos con Maddie. Porque ganaría ella con los ojos cerrados. Y con las manos atadas. O esposadas a la cama. O lo que sea.

Apoyo la cabeza en su pecho y él juguetea con mi pelo.

—Bueno —le pregunto—, ¿qué me decías?

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que ves en mí.

—Oh... —dice, con la voz aún tensa—. Sí, bueno... eres preciosa y el hecho de que no seas consciente de que eres preciosa te hace aun más preciosa. Y eres divertida. E inteligente.

Se calla.

No puede ser.



—Más —le digo—, dame más.

Así que continúa alimentando mi ego.

—Bueno... eres culta... te gustan los libros... lo cual es un punto a favor... sabes citar a Shakespeare...

—¡Más!

—Eres cariñosa... y sensible... y tienes una voz muy sensual... y te brillan los ojos cuando sonríes... y tienes la nariz más chata y encantadora... y cuando estoy contigo...

De repente, se corta.

—...Cuando estoy contigo... suena estúpido, pero cuando estoy contigo, de repente, me siento real.

—¿Real?

—Siento como si la vida entera fuera una obra de teatro y la mitad del tiempo siento como si yo mismo estuviera actuando, y todo el mundo me parece una mentira, incluyéndome a mí. Pero cuando estoy contigo, sale todo... de mí... y al ver quién eres, de repente, me veo a mí mismo. Es como si toda mi vida hubiera sido una larga huida de algo... y, tienes razón, he visto mundo, pero le he perdido la pista a otras cosas durante el proceso. —Suavemente, me da un golpecito en la sien—. Ahí dentro, hay un mundo entero encerrado y ese es el mundo que quiero explorar ahora.

Sus palabras hacen que me caldee.

Siento que me derribo.

¿Por qué Rob jamás me dijo nada parecido?

—Ella —dice James, acariciándome la mejilla con el dorso de la mano, como si yo fuera algo de incalculable valor—. Ella... —Y entonces lo dice—: Ella, ya sé que nos conocemos desde hace poco, pero me siento tan conectado contigo. Es como si me hubiera estado limitando a dejar la vida pasar, hasta que nos hemos conocido. Cuando firmé en la Agencia Ideal, era algo escéptico... lo hice porque a veces resulta difícil conocer gente... con mi profesión... jamás creí que fuera a conocer a alguien como tú.

—Oh —exclamo—. Eso es muy bonito.

¿«Eso es muy bonito»? ¿«Eso es muy bonito»? Maldita sea, ¿eso es todo lo que soy capaz de decir? James continúa hablando.

—Sé que aún es pronto... sé que todavía no hemos pasado suficiente tiempo juntos, pero lo puedo sentir, cuando no estamos juntos. Lo siento... como si cada segundo que no paso contigo fuese un desperdicio. .. un momento que jamás recuperaré.

Sus palabras me ponen la carne de gallina y se eriza el vello de mis brazos.

—Ella —dice, mirándome directamente a los ojos—. Ella, te quiero.

Las tres palabras que Rob jamás me dijo.

—Sé que es pronto... y no quiero asustarte... pero lo siento desde el primer momento en que te vi.

«Mi hombre ideal debe creer en el amor a primera vista...»

Tengo un mechón de pelo en la cara. Él lo aparta suavemente y me lo coloca detrás de la oreja.

—El amor no es algo que se vaya construyendo lentamente, con el tiempo —dice—. El amor es todo o nada. O está o no está, y cuando ocurre, ocurre de manera absoluta y yo sé que te amo, Ella, lo sé.



Sus palabras anulan instantáneamente los ruidos del folleto y el olor a col.

Y lo digo por primera vez:

—Yo también te quiero.

Nos besamos y nos abrazamos fuerte en mi minúscula cama. Y me siento genial. James me ama. Yo amo a James.

Por supuesto que sí. Es ese uno entre un millón. El Príncipe Azul con el único zapato de cristal que encaja.

Pero el amor es ciego y los amantes no son capaces de ver las hermosas locuras que cometen.

Puede que Shakespeare tuviera razón. Puede que el amor verdadero no sea algo lento. Pero trato de dejar de preocuparme por quién es esa misteriosa persona que llama a James y decido tener fe en la ciencia, no en Shakespeare.

Nos volvemos a besar.

Lo agarro de la muñeca y me llevo su mano a las bragas. No hay nada más. Solo él y yo. Nos besamos con más intensidad, durante más tiempo, como si estuviéramos comiéndonos una dulce fruta que te provoca, pero que no te sacia el apetito. Cada sensación nos vuelve más hambrientos.

Mis errantes manos recorren su piel.

Atrás, por en medio, encima, debajo.

Su tacto, dentro.

—Te quiero —le susurro al oído.

—Te quiero —me contesta en un susurro, provocándome un placentero hormigueo hasta el último rincón de mi piel.

En la oscuridad, podríamos estar en cualquier lugar. En cualquier sitio que no fuera un lúgubre piso del sur de Londres.

Podríamos estar en Río.

En Buenos Aires.

En Nueva York.

En Venecia.

En Roma.

En París.

Me pongo encima. Me inclino hacia delante.

Beso.

Dejo salir el aire al sentir su cuerpo en mi interior. La dulce mezcla de amor y pasión, pasando como una corriente eléctrica entre nosotros al abandonarnos el uno al otro.

Y a la noche.



EL HADA MADRINA DE NUESTRA RELACIÓN

Hay un momento en todas las relaciones en que algo cambia.

Una mañana, te despiertas y algo ha cambiado. Algo mágico ha ocurrido mientras dormías y lo comprendes con esa especie de felicidad que te entra cuando tienes siete años y descubres que un diente se ha convertido en una moneda.

Y cuando me despierto, puedo sentirlo. El cambio. Ya no solo somos dos personas a las que les gusta la compañía del otro, y les gusta frotar sus cuerpos.

No.

Ya no somos una pareja. Somos una Pareja, con pe mayúscula. El dos se ha disuelto en uno.

La necesidad de deslumbrar e impresionarlo se ha esfumado y siento que, a partir de ahora, solo habrá silencios naturales, no de los incómodos.

Le doy un beso en el hombro e inspiro su aroma. Aún duerme.

¿Qué hora es? La luz entra en la habitación, trayendo a la vida el espejo, la cajonera y todo un mundo de objetos físicos.

Lo miro fijamente, a media luz. La luz que se sucede entre el sol y la luna.

—Te quiero —le susurro al oído.

Sonríe mientras duerme. En su sueño.

Lo observo. Me quedo ahí tumbada durante una hora sin hacer nada, solo observarlo. Analizando su rostro. Cómo su torso se eleva y desciende. Y mientras lo observo, me viene a la mente.

Este es el hombre con el que me voy a casar.

Ese pensamiento no me asalta como una ilusión o un deseo, o una súplica, sino como una certeza absoluta, como una voz del futuro que me cuenta que así será. Suena estúpido, pero me siento como si fuera la cosa más lógica y razonable del mundo.

Me imagino cómo será dentro de diez, veinte, treinta años. Irá mejorando con la edad, de eso no hay duda alguna. Tiene uno de esos rostros fuertes, clásicos, a los que les pegan las arrugas y los pliegues.

Seremos una de esas parejas que envejecen al unísono. Las vemos continuamente.

Esos hombres y esas mujeres que han pasado tanto tiempo juntos que hasta empiezan a parecerse, como los perros que se parecen a sus dueños.

Cada una de las arrugas de nuestro rostro pertenecerá a la otra persona. Será hermoso, como parte de un recuerdo compartido, o como muestra de nuestra existencia compartida. Puede que algún día James quiera que me ponga Botox en las arrugas y en todas las imperfecciones, pero lo dudo.

«Cuando ocurre, ocurre de manera absoluta...» Eso es lo que me dijo anoche.

Y al amor absoluto no le dan miedo unas cuantas arrugas, ni las imperfecciones físicas.

No, vamos a envejecer juntos, puedo sentirlo bajo mi piel.

Se despierta. Sus ojos parpadean y pestañean como si estuviera saliendo de un huevo.

Por un instante, me asusto al pensar que a lo mejor me he estado engañando a mí misma.

Puede que aún seamos una pareja en minúsculas, no una Pareja.



Pero mi inquietud se disipa en cuanto abre la boca.

—Buenos días —dice, poniendo morritos para que le dé un beso.

Le beso y le acaricio el pelo.

—Tienes unas amigas encantadoras —me dice, con los ojos aún somnolientos.

—Gracias.

—Ahora les toca a tus padres.

—¿Qué?

—Ya he conocido a tus amigas. Así que, ¿cuándo podré conocer a tus padres?

Sonríe. El hada madrina de nuestra relación también ha estado ocupada bajo la almohada.

—¿Por qué? —le pregunto.

—Quiero saberlo todo de ti. Y quiero conocer a todas las personas que son importantes para ti. Supongo que tus padres estarán en algún lugar en la lista.

—Sí —digo—. Están incluidos... pero todavía no tienes por qué conocerlos.

Debería aterrorizarme. Al fin y al cabo, lo último que quiero que James piense es que me voy a acabar pareciendo a mi madre. Pero es extraño, no estoy asustada en absoluto. De repente, el que James conozca a mis padres me resulta perfectamente lógico. Aún ayer, la idea, probablemente, me habría aterrado, pero eso fue antes de que el hada madrina de nuestra relación conectara el interruptor. Ya no me siento como si estuviera a prueba para conseguir su amor, no hay nada que temer.

—Quiero conocerlos —asegura—. ¿Qué te parece dentro de dos fines de semana? Podríamos ir a Leeds a verlos.

—Bueno, tengo que llamarlos y asegurarme de que no estén ocupados, pero, dado que no han tenido un fin de semana ocupado desde mil novecientos ochenta y tres, me imagino que les viene bien. Siempre que estés seguro.

—Seguro que estoy seguro —dice, apoyándose en el codo, sobre el colchón—. Ahora somos una Pareja.

—¿Con pe mayúscula o minúscula?

—Con pe mayúscula, por supuesto.

—Bien —digo—, solo era para asegurarme.

Y el hada madrina de nuestra relación ejerce su magia invisible durante los siguientes quince días, convirtiéndonos en el tipo de Pareja que inspira miradas de soslayo psicópatas de los solteros.

Siempre había querido ser una de esas Parejas. Ya sabéis a lo que me refiero. Esas que parecen caminar con una especie de aureola y que parecen tan sinceramente felices en compañía el uno del otro.

Y así somos nosotros. En el cine. Cogidos de la mano, paseando por el parque. En la cama. Estamos convirtiéndonos en una de esas Parejas a las que siempre he odiado... y, debo decirlo, es estupendo.



Cada minuto que pasamos juntos consolida nuestros estatus de Pareja. Ahora, se nos conoce oficialmente como Ella y James, como si « Ella y James» fuese una sola persona y yo fuera la mitad de esa persona como si la gente comprendiera que algo falta cuando estoy sola

Y así es como será siempre, me digo a mí misma. Él y yo. Yo y él.

Y me sorprende a mí misma repitiéndome esto mentalmente una y otra vez. —

Ella y James. Ella y James. Ella y James.



LA PRUEBA DE LOS PADRES

Me tiro las cinco horas de trayecto hasta Leeds hablándole a James sobre mis padres.

—Mis padres pueden llegar a ser un poco... eh... —busco mentalmente la palabra adecuada—... protectores conmigo.

—¿Protectores? Bueno, para eso están los padres, ¿no?

No lo pillá.

—Sí, lo sé. Es solo que mi madre puede ser un poco exagerada.

—¿Exagerada?

—Prepárate para que te acribillen a preguntas.

Aparta la vista de la carretera.

—¿Qué tipo de preguntas?

—Oh, ya sabes. ¿Has estado casado? ¿Tienes antecedentes penales? ¿Has tenido pensamientos de tipo sexual con respecto a mi hija? Ese tipo de cosas.

—Puede que me pillen en esa última.

—Mi madre aún cree que tengo quince años. Le cuesta trabajo... dejarme marchar.

—¿Y tu padre?

—Es algo mejor. Me refiero a que él también cree que aún tengo quince años, pero abusa un poco menos del estilo *Jeremy Paxman*⁵. Se preocupa demasiado. Detesta que viva en Londres. Dice que está muy sucia. Creo que, si pudiera, me envolvería con un plástico de esos de burbujas y me encerraría en la buhardilla. Pero la mayor parte del tiempo guarda silencio. De todas formas, no puede abrir la boca sin que mi madre esté detrás replicándole. ¿Sabes lo que me regalaron por mi último cumpleaños?

—No, ¿qué?

—Una muñeca. ¡Una muñeca! Bueno, era muy bonita, como suelen serlo las muñecas. Pero, aun así, no es precisamente lo que una espera recibir al cumplir los veintinueve años, ¿no?

—Parecen encantadores.

Asiento con la cabeza.

—Y los recién nacidos también. Pero pueden llegar a hartarte.

—Me encantan los recién nacidos.

—No me da la sensación de que seas de esos a los que les encantan los recién nacidos.

—Soy un pozo lleno de sorpresas.

—Sea como sea, lo único que te digo es que estés preparado.

—Vale, vale. Estaré preparado.

Mi madre está en la puerta, mientras mi padre está en la ventana, subiendo la persiana.

⁵ N. de la T.: Jeremy Paxman es un periodista y escritor británico conocido por sus entrevistas incisivas, directas e irreverentes.



Puedo sentir sus miradas al abrir la puerta del coche. Mi padre ya estará calculando lo que vale el coche de James, mientras que mi madre estará observando la escena con la mente puesta en los vecinos, comprobando que James cumpla las altas normas de comportamiento y el opresivo código de vestimenta de la calle Shakespeare.

Siempre me resulta extraño, volver a casa. Pasé dieciocho años bajo ese techo, con esas dos personas que me alimentaron, me criaron y me cambiaron los pañales (bueno, vale, solo uno de ellos se encargaba de todo eso).

—Hola, cariño —dice mi madre, con los brazos abiertos, acercándose para saludarnos.

James saca la maleta del maletero y la coloca en el suelo. Lanza su mejor sonrisa. Lanza su mejor mirada.

—Señora Holt. Hola, soy James. Encantado de conocerla.

—Oh, hola —contesta mi madre, ruborizada.

Mi padre está detrás de ella. Se acerca y le da un apretón de manos a James.

La prueba del apretón de manos firme.

—Señor Holt —dice James.

Mi padre ha perdido temporalmente el habla.

Le tiembla la boca, pero no sale nada de ella.

—Hola —logra al fin decir—. Soy el padre de Ella.

A lo mejor le ha gustado (Cuando era adolescente estaba convencida de que mi padre era gay, lo cual explicaría ciertas cosas. Como la mezcla de Shirley Bassey, Elton John y Anastasia en su colección de CD. Como la inmaculada raya y los impolutos pliegues de sus pantalones. Como su afición por limpiar el polvo. Y su obsesión por ordenarlo todo alfabéticamente: CD, DVD, libros de cocina, lociones para después del afeitado; lo que sea)

Entramos en la casa. Para James, es como entrar en el retrato robot de una casa adosada en las afueras de los setenta, con sus paredes blancas, su moqueta hortera y esa sensación de «estamos esperando a hacernos viejos y morirnos».

Pero, para mí, cada visión es un cóctel cargado de recuerdos. Para mí no es entrar en una casa, más bien es como adentrarme en un museo de mi infancia.

Nada ha cambiado. Es como si el tiempo se hubiera detenido cuando me marché a la facultad de Magisterio. Como si mis padres no aceptaran que ya no vivo aquí, como si cambiar el papel pintado o pintar las paredes fuese alguna forma de deslealtad.

No es que sea cutre, ni mucho menos. El polvo no tiene la más mínima posibilidad si mi padre está cerca. Su comportamiento con respecto a la limpieza deja a Howard Hughes en mantillas.

Al menos, hay un cambio. El juego de muebles de tres piezas de color beis del salón ha sido sustituido por un juego de muebles de tres piezas de color gris. Solo que este tiene dibujos florales y, como tiene menos de un año, mis padres todavía no le han quitado la funda de plástico transparente.

James se fija en la hilera de zapatos y zapatillas que hay junto a la entrada y rápidamente se desata sus zapatos del cuarenta y seis y los aparca a continuación.

—Muy bien, ¿puedo subir esto arriba? —le pregunta a mi padre, señalando con la cabeza nuestra maleta.



—Sí —dice mi madre, contestando por mi padre—. La habitación de Ella es la primera a la derecha.

Solo paso en ella cinco días al año pero para mi madre siempre será «la habitación de Ella».

James sube las escaleras en calcetines, llevando con él la maleta.

Mi madre alza los hombros y susurra:

—Dios Santo, es estupendo. —Mi padre mira el coche de afuera y dice:

—Debe de estar forrado. Graham y Carole van a pensar que hemos prosperado, con ese coche ahí fuera.

Graham y Carole viven en la puerta de al lado y son la referencia más útil que mi padre tiene para medir su propia riqueza y felicidad.

—Vaya —dice, entristeciéndosele el rostro—. No lo van a ver ¿no? Están de viaje en el crucero ese por el Mediterráneo.

—Bueno, James. Ella me ha contado que eres piloto —dice mi madre, una hora después, cuando estamos sentados en el salón.

—Sí, así es.

Mi madre mira por la ventana, observando a mi padre cortar el césped de la puerta.

—Siempre he dicho que tu padre sería un buen piloto. —¿Ah, sí? ¿Cuándo? Recuerdo haberla oído decir que sería un buen policía, pero jamás que sería un buen piloto.

—¿Por qué? —pregunto, volviendo a mis dieciséis años.

—Es un buen conductor. Bueno, estoy segura de que conducir un coche no tiene nada que ver con pilotar un avión, pero mira con qué habilidad corta el césped —dice mi madre, con mirada altiva—. Es muy mañoso.

Miro a mi padre deslizado la segadora por la parcela de césped y trato de dar con la relación entre cortar el césped y los vuelos internacionales.

—Sí—dice James, antes de darle un sorbo a su té—. Ser habilidoso es muy importante.

—Es tan glamuroso, ¿no? Un piloto.

—Bueno, la realidad no suele ser tan excitante —comenta James.

—¿Ah, no? —mi madre enarca una ceja e inclina la cabeza, atenta a cada una de sus palabras.

—Principalmente, hago vuelos de largo recorrido, lo cual implica pasar muchas horas sentado en la cabina de un avión, que tiene unas dimensiones muy reducidas. Y luego está el jet lag.

—Oh, a mí me da el jet lag—contesta mi madre—. Me pasó cuando fuimos a Florida, cuando Ella era pequeña. La llevamos a Disney World. Se echó a llorar cuando vio al Pato Donald, ¿no es encantador? Le dije: «Es solo el pato Donald», pero no se quedó convencida. Me la llevo para que pase el mejor día de su vida y se lo pasa escondida todo el rato bajo mi falda.

Si se pudiera matar de vergüenza a alguien, mi madre sería culpable de asesinato en este mismo momento.

—El Pato Donald da bastante miedo —dice James, sonriéndome.

—Sin embargo, sí que le gustó Blancanieves. Te gustó Blancanieves, ¿verdad, Ella? ¿A que sí?

—Sí, mamá —le respondo—, me gustó Blancanieves.



UNOS MANÍACOS SONRIENTES

Una hora de humillaciones después, me da dolor de cabeza.

Puede que haya bebido demasiado vino. O puede que no soporte más la idolatría por parte de mis padres hacia James.

No me malinterpretéis. Estoy contenta de que les guste, por supuesto que sí. Es solo que hay aprobaciones y aprobaciones. Jamás había visto a mi padre así. Delante de James, parece que esté demasiado atemorizado para hablar.

—Esta lasaña está buenísima, señora Holt —dice James—. Ya veo de quién ha sacado Ella sus habilidades culinarias.

¿Qué habilidades culinarias? Lo más que he hecho para él han sido dos tostadas de pan con *marmite*⁶. Y aquel día, conseguí convertir la tostada en carbonilla.

Pero me da la sensación de que conoce a su público. Presiente que mi madre no es ninguna feminista a la que podría ofender la idea de que su hija cocine para su novio. Más bien, todo lo contrario.

—Oh, me alegro de que te guste. Sí, yo le he enseñado a Ella todo lo que sabe. Solíamos hacer galletas de avena juntas, ¿verdad que sí?

Me encojo de hombros.

—¿Sí?

—Probablemente no te acuerdes. Fue antes de que fueras a la escuela. ¡Las que liabas en la cocina!

—Ooooooh —exclama James.

—Enredaba tanto, ¿a que sí, Peter? James me da con el codo.

—Ay, enredadora.

El dolor de cabeza va en aumento, subiendo puestos en la escala de dolores de cabeza, hasta convertirse en una migraña en toda regla, con su visión borrosa y esos agradables pinchazos en los ojos.

—Eh, me duele un poco la cabeza —le digo.

—¿Estás bien? —me pregunta James, con una expresión de preocupación impresa en su rostro similar a la que esperarías si le acabaras de contar que te quedan seis días de vida.

—Sí, estoy bien. Pero creo que voy a subir a echarme una hora. Siento dejaros. —Esto último va dirigido a James, pero se muestra sinceramente inalterable ante la idea de tirarse una hora en compañía de mis padres. De hecho, por alguna extraña razón, parece estar deseándolo.

—Bien, entonces —digo—, os veo dentro de un rato.

Oh, no.

Lo noto nada más entrar en la habitación.

⁶ N. de la T: Popular producto de aspecto pegajoso y oscuro muy extendido en el Reino Unido, que se emplea para untarlo en las tostadas y cuyo slogan es «Ámalo o detéstalo»



Definitivamente, algo ha pasado. Están todos ahí sentados, sonriéndome como perturbados mentales.

Como si James les hubiera echado a mis padres un *tripi* en las tazas de té o como si fuese yo la que está alucinando.

—¿Qué hay? —dice James.

—Hola —repican mis padres al unísono.

—Eh, hola —digo—. ¿Va todo bien?

—Oh, sí —contesta mi madre—. Muy bien, todo muy bien, ¿verdad Peter?

—Sí, todo muy bien.

Mi madre se vuelve hacia James.

—Estamos muy bien, ¿verdad, James?

—Sí, Kathleen, estamos estupendísimamente.

Entonces mis padres sueltan una carcajada, como si estuvieran haciendo una prueba para *Mis chinados padres volaron sobre el nido del cuco*.

—Estamos viendo la tele.

—¿Quién quiere ser millonario?—añade mi padre, para más información.

—¿Y por eso sonreís tanto?

—Es lo mejor que hay ahora mismo en la tele —dice mi madre, a punto de estallar por algo.

—¿Qué es lo que pasa?

James me mira y me dice:

—Les he contado lo del fin de semana que viene.

—¿Lo del fin de semana que viene?

—Sobre los planes que tenemos.

Le guiña un ojo a mi madre.

Me está volviendo el dolor de cabeza.

—¿Qué planes tenemos? —le pregunto.

—Vamos a ir a Roma.

—¿Qué?

—He conseguido dos vuelos gratis. Con la compañía.

—¿A Roma? —El dolor de cabeza desaparece. Roma. ¡Roma!

—Sí —dice—. Ya he reservado el hotel y todo.

Aún tengo la sensación de que hay algo más que estos tres no me han contado.

Algo que ese guiño contiene. Pero por el momento no me importa ¡Me voy a Roma! La ciudad eterna. Lo más cerca que Rob estuvo de sorprenderme con un viaje a Roma fue cuando me pidió pan extra de ajo en la pizzería a domicilio De Niro (su lema: «Tú llama, De Niro te la lleva»).

—Si no quieres ir, siempre podemos anularlo.

Se sienta en el sillón. En la casa en la que crecí. Como una respuesta largamente esperada a todas las oraciones de mi adolescencia.

—No, no. No lo vayas a anular. Es increíble. Estoy deseando ir.



LA TEORÍA DEL ELEFANTE

James me mira desde mi cama de la infancia mientras me extiendo la crema de noche.

—¿Por qué te pones eso? —me pregunta, lo bastante bajito como para que las palabras no salgan de la habitación.

—¿Qué?

—La cosa esa anti-envejecimiento.

—Porque empiezo a parecer mayor.

—¿Mayor? ¡Si tienes veintinueve!

—Ya lo sé, pero parezco mayor. —Si voy a ir a Roma, tendré que estar a la altura de todas esas jovencitas italianas tan atractivas.

Me vuelvo y veo ese gesto tan poco habitual en él de «qué narices estás diciendo», y decido enseñarle la frente para que vea la prueba.

—Mira... mira todas esas líneas de expresión. Y mira esta que tengo en el entrecejo. Parece una ranura para monedas. Parezco una hucha en forma de cerdito.

—Pero, si apenas se nota. Y de todas formas es bonita. A mí me resulta muy mona.

—Es fea. Me hace falta ponerme un poco de Botox.

Oh, oh.

—¿De dónde has sacado eso?

—Bueno, mi edad real son veintinueve años —le explico—. Igual que mi edad biológica. Pero no la edad impresa por las preocupaciones.

—¿Tu edad impresa por las preocupaciones?

Así que se lo cuento.

—Soy una neurótica. Me preocupo por todo. Y con las preocupaciones, se envejece más.

¿Qué es lo que me pasa? ¿Por qué le estoy contando estas cosas? ¿Por qué le estoy contando que está saliendo con una neurótica que para cuando tenga cuarenta años parecerá una pasa?

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Oh, son tonterías.

No puedo decirle la verdad. No puedo contarle que mi mayor temor es convertirme en una solterona.

—¿Qué clase de tonterías?

Vale, ¿qué otro tipo de cosas me preocupan?

—Tragar —le contesto.

—¿Qué?

Oh, oh.

Seguramente habría sido mejor contarle lo de hacerme vieja y morirme soltera. Al menos habría parecido menos rarita.

—Sí, ya sabes, a veces, cuando trago, como cuando me estoy tomando algo, me pongo a pensar en ello y trago más. Puedo pasarme días tragando cada seis segundos solo porque lo estoy pensando. Y cuanto más me digo que tengo que dejar de tragar, más trago. No es que tenga



ningún trastorno compulsivo ni nada de eso. Quiero decir que soy bastante normal en lo demás.
—Trago—. Bueno, aparte de lo del parpadeo.

—¿El parpadeo?

—Sí. Es como cuando te obligas a ti mismo a no hacer algo y te entran más ganas de hacerlo. ¿No te pasa a ti? Vuelvo a tragar. Y a parpadear.

—Es como la teoría del elefante —dice James.

—¿La teoría del elefante?

—Leí mucho a Freud cuando estaba en la uni. Básicamente dice que no podemos evitar desobedecernos a nosotros mismos. Nuestro subconsciente siempre se impone a nuestra conciencia.

—¿Y por qué lo llaman la teoría del elefante?

Parpadeo y trago.

Y parpadeo.

—Cierra los ojos y trata con todas tus fuerzas de no pensar en un elefante.

Cierro los ojos y veo a un elefante. Un elefante vestido con un tutu, erguido sobre las patas traseras.

—Ya está —digo con los ojos cerrados—. Lleva un tutu rosa. Está levantado sobre las patas traseras. Está bailando y tocando una canción con la trompa. Como si fuera una trompeta.

James se ríe.

—¿Qué canción toca? ¿La de el elefante que se balanceaba?

—No, no es esa. Es... ¿cómo se llama la de Flashdance? La que escribió la tía esa, ya sabes, la misma que escribió la canción de Fama.

—¿*What a Feeling*?

—Sí, esa.

Abro los ojos y veo que James tiene una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya lo tienes —dice—, te ordenas a ti misma de no pensar en un elefante y ¿qué es lo que pasa? Pues que piensas en un elefante. Y no un elefante cualquiera, sino un elefante danzante con un tutu tocando con la trompa un clásico de los ochenta. Ahí tienes la teoría del elefante.

Jamás lo había hecho. Dejar a alguien que entrara en el excéntrico circo de mi mente. A ningún hombre. Bajo ningún concepto. Bueno, a Maddie sí. Pero solo porque ella está aun más chiflada que yo. Normalmente, con los hombres tengo que pensarme bien lo que voy a decir antes de dejarlo salir. Es como si tuviera un gorila de discoteca vigilándome la lengua, comprobando que no pase nada inapropiado. Pero cuando estoy con James, el gorila de mi boca libra. Entrada libre. Cualquier frase, por rara que suene, puede pasar.

—Por mucho que tratemos de obedecernos —continúa—, siempre nos defraudamos. Nuestra conciencia es como un padre estricto y tu sub consciente es un adolescente rebelde. Independientemente de lo que tú creas que quieres, independientemente de lo que creas que te conviene, tu subconsciente siempre es más listo.

—No siempre.

—¿Ah, no?

—Yo creo que me convienes.



—Bueno, vale. Hay una excepción para cada regla.

Aparto el edredón y me siento junto a él.

Evidentemente, esta noche no hay sexo. A mis padres les gusta fingir que las relaciones sexuales no existen, al menos, en su planeta, así que no quiero hacer que la ilusión se desvanezca.

Me echa el brazo por encima. Su pecho se convierte en mi almohada. Me da un beso en la frente de la misma forma en que un padre se lo daría a su hija.

Las noches sin sexo están infravaloradas, en mi opinión. No me malinterpretéis, las noches de sexo están muy bien. Ey, las noches de sexo son geniales. Todas esas cosquillas que él logra hacer que sienta. Los jadeos. Descubrir cosas al probar algo nuevo. Dos cuerpos acercándose tanto como dos cuerpos pueden juntarse. La urgencia atolondrada de todo ello, anulando al resto del mundo. Toda esa dulce nadería entre nosotros.

Pero las noches sin sexo pueden ser igual de buenas. Existen diferentes formas de acercarse a alguien, de adentrarse en esa persona. Se puede follar. O se puede hablar. Las dulces naderías están bien, pero también los dulces algos. Y, no se puede negar. Las noches sin sexo son increíblemente... bueno, atractivas. Desnudarte frente a alguien. Permitirle ver pequeñas partes de ti que nadie más puede ver.

Y no me refiero a los pezones, ni a las manchas de nacimiento en lugares indecentes.

Me refiero a esas partes de tu cerebro que normalmente mantienes encerradas en la cabeza. Esas partes de las que nadie sabe nada. Ni tu madre. Ni tu padre. Ni tu mejor amiga.

Nadie. Y, ahí, hablando en mi antigua cama siento como si volviera a tener trece años de nuevo, hablando con mi mejor amiga en una fiesta de pijamas. Porque eso es lo que hace el amor: te envía de nuevo a la infancia, cuando todo era novedad.

—Quiero saberlo todo de ti —dice.

—No hay mucho que saber.

—Claro que sí. Todo.

—Muy bien, ¿qué quieres saber?

—Oh... vale... ¿sabes tocar algún instrumento?

—No —contesto—, a decir verdad, no. El piano un poquitín.

—¿El piano? ¡Uau!, me encantaría saber tocar el piano.

Mi madre vuelve a pasar por ahí, así que continúo con el volumen más bajo.

—Bueno, no se me da muy bien. Cuando era pequeña escuchaba a Elton John. Es el favorito de mi padre. Al parecer, me gustaba bailar por la habitación con Crocodile Rock. Eso era cuando era muy, muy pequeña... cuando tenía...

—¿Dieciséis?

Le doy una palmada en la tripa.

—Que no, mamoncete. Cuando tenía cinco o por ahí. No, pero después de aquello me tiré un montón de tiempo acosando a mis padres para que me pagaran unas clases de piano. Ya sabes cómo se ponen los críos cuando quieren un perro, un gato o la PlayStation; bueno, pues yo era así con las clases de piano. Y dale, y dale, y dale. Me sentaba en mi habitación, tocando un piano imaginario. Pero es que me lo creía de verdad, ya sabes Con los ojos cerrados como si estuviera en un concierto o algo así.

—Y, ¿pudiste con ellos? ¿Conseguiste las clases?



—Bueno, me llevó algún tiempo. Cuando tenía ocho años, trataron de apaciguarme con uno de esos teclados Casio. Pero, aun teniendo solo ocho años, no se me escapó el detalle de que no sabía tocar nada. Pero había una melodía grabada. Sonaba automáticamente Gold, de los Spandau Ballet. No sonaba la letra. Solo la melodía. Pero yo hacía conciertos para mis padres y para mi abuela en Navidad y fingía tocar. Pero al final me aburrí de todo eso y quise aprenderlo en condiciones. Así que, al final, logré que mi madre me pagara un profesor de piano.

—¿Cuántos años tenías?

—Unos doce. Me enseñaba una mujer, la señora Sharpe. Tendría unos noventa y cinco. O al menos aparentaba unos noventa y cinco. Pero era una buena profesora. Consiguió que pasara de la nada al segundo grado en solo un año. Cuando volvía a casa, tocaba una canción de mi teclado, creo que era Mozart. Era una melodía muy sencilla, pero no sonaba como Mozart cuando la tocaba. De todas formas, me encantaba. Ir a las clases, aunque solo fui durante un año. Es de lo que más me arrepiento en la vida, no haber continuado con las clases.

Oigo unos cinco latidos de su corazón y entonces me pregunta:

—¿Y por qué lo dejaste?

Otro recuerdo que preferiría olvidar me viene a la memoria. Amanda Longthome y Lisa Blackwood sentadas tras de mí en la clase de Francés.

Mientras la profesora nos explicaba cómo preguntar «pour aller à la gare»?o «pour aller à la bibliothèque?», oía sus risitas mientras cantaban el tema principal de Vivir de ilusión en voz baja.

¡Pia-pia-piano piano piano!

¡Pia-pia-piano piano piano!

—Se solían reír de mí. En primero de secundaria. Y tocar el piano no ayudaba. Ya sabes cómo son esas edades. Si haces algo mínimamente diferente, te hacen sentir como un bicho raro. Y era un instituto bastante desagradable. Así que, después de haberme pasado años incordiando a mis padres para que me dejaran ir a clases de piano, ahora empecé a incordiarles para que me permitieran dejarlo.

—Simplemente, ¿por qué no fingías?

—Yo iba a un colegio internacional en la India y me obligaban a ir al club de críquet, aunque lo odiaba. Me parecía el juego más estúpido del mundo. Bueno, si lo piensas bien, lo es. Esos tres palos estúpidos clavados en el suelo y todo eso del LBW.

—¿Qué es el LBW?

—«Leg before wicket». Cuando estás bateando y la pelota te da en la pierna y, según su trayectoria, podría haber golpeado el palo, entonces estás eliminado.

No tengo ni idea de lo que está hablando, pero asiento con la cabeza y digo:

—Ah.

—Así que yo hacía como que iba, pero en realidad me dedicaba a vagar por las calles de Bombay, o me sentaba en algún cine de esos sofocantes y veía alguna película de Bollywood de la cual no entendía nada. Llamaba la atención más que un pingüino en el desierto. Un chico blanco con el uniforme del colegio. Pero no era una zona hostil, era una zona pija. Malabar. Así que nunca tuve ningún problema.



Me resulta increíble que a James le interese mi vida. Su vida es como una novela. Un enorme y lustroso libro de viajes.

Trato de imaginármelo de pequeño.

Corriendo con su uniforme del colegio bajo el abrasador sol de la India. Otro mundo. En comparación, mi vida es un aburrimiento. Unas cuantas vacaciones en la Costa Brava. Unas en Orlando.

Pero no he sido ninguna trotamundos. Mi vida se podría resumir en colegio, tele, cama con alguna interrupción de las clases de piano, o la lectura ocasional de alguna revista.

(«¿Has visto lo que está leyendo?» le decía mi padre a mi madre, tras haberme pillado con el último número de *More*⁷. «Es pornografía.»)

James me acaricia el pelo, me da otro beso en la frente.

—¿Y qué pasó con las clases de piano?

—Bueno, yo no podía hacer como que iba porque mi madre me llevaba en el coche a casa de la señorita Sharpe. Así que, simplemente, me dediqué a incordiarles hasta que, al final, cedieron. A mi padre no le hizo ninguna gracia. «Con la cantidad de dinero que nos hemos gastado en las clases». Pero prefería que mi padre me gritara a que me molestaran en el instituto. Así que dejé de tocar. Pero aún sé tocar aquella canción de Mozart. Gavota en Si menor, creo que se llamaba. Tarareo la canción:

—Na-nüii-na-na-na-niii-naaaa-naaaaa-na-niiii-na-na-na-niii-naaaa-naaaaa Na-niiii-na-na-na-niii-naaaa-naaaaa- na-niiii-na-na-na-niii-naaaa-naaaaa...

—Bonita interpretación.

—Gracias.

—¿Y desearías seguir tocando?

—¿Qué? —le pregunto—. ¿El piano?

No, pedazo de imbécil. El banjo. ¿Tú qué crees?

—Sí. ¿Desearías no haberlo dejado?

Rob me preguntó una vez lo mismo. En uno de sus inusuales accesos de interés.

Y le contesté lo mismo.

—Sí, claro.

James se me quedó mirando un rato, sin dejar de acariciarme el pelo.

—Siempre puedes retomarlas —me dice.

—Supongo.

—¿Por qué no?

—Oh, no lo sé. Quizá ya soy mayorcita para saber que jamás seré Elton John.

—Oh, no sé. Ya te estoy viendo con uno de esos trajes.

Empieza a tararear *Your Song*. Sí, la canción que canta Ewan MacGregor en *Moulin Rouge*.

—Supongo que siento que ya no tiene sentido —digo, y los ojos empiezan a pesarme a causa del sueño.

—¿Qué es lo que no tiene sentido?

⁷ N. de la T.: Revista del corazón de la Prensa inglesa.



—Retomar cosas del pasado.

Mientras lo digo, yo misma no me lo creo. Por supuesto, no tiene sentido retomar algunas cosas. Rob, por ejemplo. Pero haber dejado el piano es algo de lo que siempre me he arrepentido. Y si me dieran un empujoncito, probablemente lo retomaría.

Pero James no me da ningún empujoncito.

Sigue tarareando a Elton hasta que caigo en un profundo sueño, casi infantil.



VACACIONES ROMANAS

Conoce al capitán. Por eso estamos aquí, en la cabina de vuelo. Al parecer, empezaron juntos.

Se llama Francis. Probablemente tendrá unos cuarenta y cinco, pero parece un chiquillo regordete al que han inflado a tamaño adulto, junto con su aeroplano de juguete.

Francis parece majo. Y el copiloto.

—¿Qué te parece? —me pregunta James, mientras entramos en otra nube.

Miro el panel de control. Un millón de botones, palanquitas y diales. —¿Y sabes para qué sirve cada uno?

—La mayoría —me explica. Entonces, empieza a señalar diferentes diales y botones—. Presión del aire... indicador de combustible... altitud... asiento proyectable...

—¿Asiento proyectable?

Francis se ríe. También el copiloto, un tipo rubio flaco con una de esas risas que se parecen al gruñido de un cerdo. —Es broma.

—Ah, sí —digo—. Qué gracioso.

Por primera vez desde que conocí a James, estoy viendo otra parte de él. Una parte que está preparada para convertirme en objeto de sus bromas delante de sus amigos. Puede que Rob y él tengan más cosas en común de lo que sospechaba.

Miro por la ventana mientras atravesamos otra nube.

—Y, ¿a qué altura estamos ahora?

James le dice a Francis:

—¿A cuánto estamos? ¿Treinta mil?

—Veintiocho en este momento —le contesta Francis.

—¿Veintiocho mil pies? —pregunto.

—Exacto —contesta James—. Veintiocho miles. ¿Veintiocho miles? ¿Qué tipo de jerga estúpida es esa? —Será mejor que volvamos a nuestros asientos —me dice James Vamos a empezar a descender ahora. Yo ya puedo sentirlo en los oídos. El taponamiento.

No se me dan muy bien los vuelos. No me malinterpretéis, yo no soy como Rob. Yo no acabo hiperventilando en una bolsa de papel en cuanto pongo el pie en un avión, ni nada por el estilo. Son solo los oídos. NO parecen estar diseñados para los vuelos internacionales.

Volvemos a nuestros asientos.

Nos ponemos los cinturones.

Se me taponan aun más.

Me meto un chicle y empiezo a mover la mandíbula como si estuviera en una rave en Ibiza a las cinco de la mañana.

Luego, cuando más taponados tengo los oídos, me empieza a doler. Como si algo me estuviera agujereando los oídos para llegar hasta el cerebro.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta James.

—Se me han taponado los oídos —le digo.

—Espero que no exploten.



—¿Qué?

—Los tímpanos. Espero que no exploten. Puede ocurrir. Como en mi primer vuelo a Río. Aquel pobre tipo empezó a gritar y salpicó la ventanilla de sangre. Perdió toda la audición en el oído izquierdo. Una de las azafatas se desmayó. Está relacionado con la presión, ya ves. Si tienes que hacer un cambio brusco de altitud porque hay demasiados aviones a tu alrededor, algunos oídos no lo resisten.

Me quedo mirándolo y, de repente, me doy cuenta de la desventaja de salir con un piloto.

—¿No podemos hablar de otra cosa? —le pregunto—. Para no pensar en ello.

—Claro. Claro. —Se queda callado un instante—. ¿Sabes que el noventa por ciento de los accidentes aéreos se dan diez minutos antes de aterrizar? De hecho, el momento más peligroso es...

Afortunadamente, ahora tengo los oídos tan taponados por la presión que ya no oigo nada de lo que me está contando.



EL HOTEL RUSSIE

En cuanto aterrizamos, James vuelve a ser el James romántico. Se dirige al taxista en italiano y me alivia las orejas a besos mientras atravesamos la histórica ciudad.

—¿Es como te esperabas? —me pregunta, mientras miro por la ventana.

—Mejor —contesto.

De camino al hotel, pasamos junto al Coliseo.

—*Il Colosseo* —apunta el taxista.

Me quedo mirando las antiguas arcadas, con un cielo rosado que se deja entrever entre ellas.

—Es gracioso, ¿verdad? —dice James—. Parece tan tranquilo... El lugar en el que a los leones los alimentaban con cristianos. Donde los gladiadores luchaban a muerte. Y parece tan sosegado, como si aquí jamás hubiera pasado nada.

El taxista, por su parte, no tiene nada de sosegado. Se asoma por la ventanilla, hace gestos exagerados con la mano y va abriéndose paso a bocinazos.

Finalmente, llegamos a un magnífico edificio rosado y el coche se detiene.

—Ya hemos llegado —dice James.

—¿Qué? ¿Ese es nuestro hotel?

—El hotel de Russie. Dicen que es el mejor.

—¡Uau!, es impresionante.

Para cuando estamos saliendo del coche, ya hay un hombre vestido con un estiloso uniforme y una pulcra gorrita sacando las maletas del Caletero.

—Es donde se quedan todas las estrellas —me explica James—. Leonardo DiCaprio y Cameron Díaz estuvieron aquí durante el rodaje de *Gangs oí New York*, ¿pillas la onda?

—Gracias, Señor Guía Turístico.

El interior es aún más impresionante. Unas antigüedades bellísimas bordean el vestíbulo. Y unas personas bellísimas bordean el mostrador de la recepción.

James se ocupa de hablar con ellas y resulta aun más atractivo de lo normal, con esas palabras italianas deslizándose por su lengua.

—¡Dios Dios Dios Dios Dios Dios! —Es la única reacción razonable ante la habitación.

¡La cama! ¡La tele! ¡La botella de champán! ¡La fruta! ¡El baño! ¡Las toallas! ¡El jacuzzi! ¡Los champús! ¡Las otras botellitas de cosas que no sé lo que son!

—¡Ella!

—¿Qué?

—Échale un vistazo a esto.

Salgo del baño y veo a James en el balcón.

—Mira qué vista —me dice.

Y miro.

—Dicen que son los jardines más hermosos de toda Italia.



Bueno, para ser sincera, no es que yo entienda mucho de jardines. Creo que tengo demasiados recuerdos infantiles de la raja del culo de mi padre agachado junto a los parterres. Pero estos jardines son jodidamente impresionantes, aun siendo de noche.

Bajo los faroles, veo el césped que va ascendiendo por una colina en escalones enormes, con parterres entremedias.

Se ven elegantes ancianos sentados con sus costosas esposas, tomándose algo en la terraza del jardín, bajo parasoles de Dom Perignon.

Buscad la palabra «lujo» en vuestro diccionario ilustrado y que no os sorprenda si veis una foto de todo esto.

—Es increíble —digo—. Es como un cuento de hadas. Debes de haberte gastado una pasta.

Se vuelve y me mira. Me coge la cabeza con las dos manos, como si fuera lo más hermoso del mundo.

—Tú lo vales.

Me besa.

Es un beso suave. Suave, pero profundo y especial. El tipo de beso que te recuerda que estás enamorada. Y lo siento. Me estoy volviendo a enamorar... Lo quiero.

Lo llevo de nuevo al interior.

Roma puede esperar, él puede llevarme a la luna primero. Se detiene.

—No podemos —me dice, sonriendo con timidez.

—¿Por qué no?

—Tenemos que comer.

—Ya comeremos después —le insisto, mordisqueándole el labio inferior—, podemos abrir apetito primero.

Deslizo la mano hasta la culera de su pantalón, pero él me coge de la muñeca.

—He hecho una reserva. Una reserva especial.

Curiorífico y curiorífico.

—¿Dónde?

—Ya lo verás. Será mejor que nos cambiemos. Vamos.

—¿Y qué me pongo?

—Algo... eh... especial.

—¿Qué te traes entre manos?

—Nada —sonríe—, nada de nada.



LA SORPRESA DE JAMES

Mientras me arreglo, oigo a James al teléfono, hablando en italiano. Para cuando salgo, James ya está preparado. De hecho, preparado se queda corto. Va vestido de frac. ¡De frac! Cena de gala.

Me maquillo, me pongo los pendientes y me siento deslumbrante.

—Estás para comerte —me dice.

—Ahórrate el apetito —le contesto.

Entramos en el ascensor y aprieta el botón.

—Te has equivocado de botón —le advierto—. Estamos subiendo. Mira, el ascensor está subiendo.

—Lo sé.

—Pero...

El ascensor llega al último piso y las puertas se abren para desvelar una sala llena de rosas y flores blancas. Hay un cartel grabado en la pared que reza «Suite Poppolo» con letras ornamentales.

Sigo a James, abre unas cristaleras y salimos a la terraza.

La terraza es enorme, llena de macetas con más flores blancas y una mesa vacía en el centro. Con un mantel blanco, la cubertería colocada con esmero y una rosa roja en un jarrón.

—No creo que este sea el restaurante —le comento a James.

Pero entonces, un hombre surge de la nada. Bueno, tiene que haber salido de algún sitio, es solo que me encuentro en tal estado de asombro que no lo he visto.

—*Buinas* noches, señor James y señorita Ella —dice, con una voz que me hace sentir como si fuera de la realeza.

Su oscuro cabello reluce tanto que parece que se lo han pintado en la cabeza. Lleva un uniforme gris y negro y guantes blancos. Los guantes sostienen una gran bandeja de plata con una de esas tapaderas abombadas de plata.

—Sabe cómo nos llamamos —le susurro a James.

No contesta.

Ya sabe que el camarero conoce nuestros nombres. James saca una de las sillas de la mesa para que me siente. Empiezo a entenderlo todo.

—Oh, Dios mío, es para nosotros.

—Pensé en probar algo diferente —comenta James.

¡«Algo diferente»!

En lo que a eufemismos se refiere, va a la par con «Voy a recorrerme el Sahara para estirar las piernas».

Cuando Rob me decía que debíamos hacer algo diferente, se refería a pedir curri en lugar de pizza.

Pero James es un hombre lleno de sorpresas. Y entonces, lo recuerdo.

«¿Qué elemento crees que es el más importante en una relación?»

¿Y mi respuesta?



«Creo que el elemento más importante en una relación es la sorpresa.» James se sienta frente a mí.

—¿Te gusta? —Le da un sorbo al champán que acaban de servir.

—Es impresionante. No puedo creerme que esto sea real. Parece un sueño.

Y parece un sueño. Mientras los guantes blancos destapan la bandeja junto a mí para mostrar los entrantes, me siento aterrorizada por si acabo despertándome.

Pero, al observar a mi alrededor las luces de los coches y las construcciones en las siete colinas, me doy cuenta de que todo esto es mucho más de lo que podría haber soñado.

Los guantes blancos sirven los platos.

—Los entrantes —anuncia el hombre del hotel—. Para la dama, que no come carne, tenemos la ensalada rosa rusa.

¡Uau!

¡Ensalada rosa rusa!

No tengo ni idea de lo que es, pero tiene un aspecto increíble.

—Es como una obra de arte —exclamo.

—Una obra de arte para una obra de arte —dice James.

Es un cumplido facilón, pero estoy de humor para ello, será por los pendientes.

Nos tomamos los entrantes. Nos bebemos el champán.

Nos miramos a los ojos.

En general, nos comportamos como si estuviéramos en uno de 10 vídeos de los Spandau Ballet de los ochenta. Incluso estoy empezando a ver borroso a James. O puede que solo sea el champán. Si falta algo, es conversación.

James parece tener la mente en otro sitio. No me entendáis mal y0 siempre tengo la mente en otro sitio. Pero, ¿en qué otro sitio mejor podría tener James la cabeza? Después de todo, es él el que se ha tomado todas estas molestias: reservar toda la terraza. Debe de haberle costado una fortuna. Vamos, es verdad que trabaja en unas aerolíneas, pero tampoco es que sea el dueño.

—Bueno —digo, tratando de dar algo de conversación—. ¿Qué vamos a hacer mañana? Hay tantas cosas... la Capilla Sixtina... la Fontana di Trevi... el Vaticano... San Pedro... ¡las tiendas!

—Sí —dice.

—¿Qué?, ¿todo?

—Sí.

Pero no me está escuchando. Lo sé.

Nos terminamos los entrantes. Los guantes blancos retiran los platos. A continuación, llega otro hombre, un hombre mayor muy elegante, con una gran sonrisa y un violín.

—Oh, Dios mío... ¿qué es esto?

James se encoge de hombros con una sonrisa nerviosa.

—Música, creo.

Y la música comienza.

Una música suave, hermosa. Cada movimiento del violín me provoca escalofríos en la espalda. Es el alimento del amor.



Llega el primer plato. Es puro arte en un plato. Me da apuro tocarlo siquiera. No quiero estropearlo, ni que pase el momento.

Y James parece sentir lo mismo. Está jugueteando con su filete.

Pero nos comemos la comida, intercambiando ocasionalmente monosílabos. Los platos desaparecen, y entonces, James coge aire y me mira. El violinista se ha alejado un poco, pero la música continúa.

James está tratando de decir algo.

Tras un minuto, logra decir «Ella», como si fuera la palabra más difícil de pronunciar de nuestro idioma.

—¿Qué? ¿Qué... qué pasa?

—Ella... —Y empieza—. Ella, ya sé que nos conocemos desde hace no mucho, pero en las últimas semanas he sentido que algo ha cambiado en mi interior...

Oh, Dios mío.

—... Ya ves, me he pasado toda la vida moviéndome. Mi padre, como te he contado, trabajaba para el Gobierno británico. Era diplomático. Tras la muerte de mi madre, cuando tenía ocho años, seguí a mi padre a todas partes. Kenia. Arabia Saudi. Portugal. A todas partes. Estuve en más de diez colegios e institutos internacionales diferentes antes de ir a la universidad. Y me encantaba. Sé que suena extraño, pero así era. Me encantaba todo lo que implicaba viajar... ver nuevos lugares. Mi padre murió cuando yo tenía veintiún años. Estaba en la cincuentena, era joven. Murió de un ataque. Por el estrés del trabajo. Pero, aun cuando ya se había ido, yo quería continuar moviéndome. Eso es lo que me hizo querer ser piloto. Cuando ningún sitio es tu hogar, todo se convierte en tu hogar. Si te quedas en un sitio mucho tiempo, empiezas a añorar otro lugar. Y así ha sido siempre.

Sobre la mesa, me coge la mano.

—La cuestión es, Ella... que me has cambiado. Antes de conocerte, creía que el hogar es un lugar. Siempre un lugar diferente, pero un lugar al fin y al cabo. Pero ahora sé que podría sentirme como en casa en cualquier sitio, siempre que estés tú.

Trago saliva.

De repente, soy yo la que se queda sin habla.

En cualquier otro sitio, todo eso sonaría más trillado que un campo de cereales, pero, creedme, cuando lo oyes envuelta por la música de un violín, en la terraza del hotel de Russie, suena estupendo.

Se inclina sobre la mesa para acercarse.

—Sé, en lo más profundo de mi corazón, que estábamos destinados a estar juntos —continúa con premura—. No es una cuestión de ciencia, es una cuestión del destino. Estábamos destinados a estar juntos. Puedo sentirlo con más intensidad que ninguna otra cosa. Ya soñaba contigo antes de conocerte... alguien que pudiera hacerme sentir así. Jamás creí que pudiera pasarme, de verdad. Pero ahora sé que estaba destinado a conocerte. Eres lo que le da sentido a mi vida... tú eres la razón por la que estoy aquí.

El tiempo se ha detenido, ha dejado de existir.

En la ciudad eterna, este es nuestro momento eterno.



Siento un pulso entre nuestras manos entrelazadas. No sé si es el suyo o el mío. Da lo mismo. En este momento, justo ahora, podríamos ser la misma persona.

Recuerdo la estrofa de un poema antiguo.

*Había dos copas y dos sillas
Y dos personas con un solo pulso.*

Podrían haberlo escrito para nosotros. Podría haber sido escrito para este preciso instante.

—Ella, no quiero alejarme de ti. No quiero dejarte jamás. Sé que será difícil... con mi trabajo. Pero podemos superarlo, sé que podemos. Y no será para siempre, lo dejaré mañana mismo si me lo pides. Haría cualquier cosa... cualquier cosa por ti, Ella. Lo que tú quisieras.

Libera una mano de entre las mías.

Un segundo después, saca una bolsita de satén.

—¿Qué es eso? —le pregunto.

Pero no contesta.

En lugar de eso, abre la bolsita y saca una caja azul oscuro. La caja azul de una joyería. El tipo de caja que podría contener unos pendientes. O un anillo.



LA MUJER MÁS FELIZ DEL MUNDO

Oh, no.

Aparta la silla. La música se eleva, como si supiera que va a ocurrir algo.

—Quiero hacerlo correctamente —dice.

Y lo hace.

Coge la cajita.

Se apoya sobre la rodilla.

El violín se detiene, junto con mi corazón.

—Ella, te quiero. Quiero estar contigo para siempre.

Abre la cajita.

Le tiembla la mano al sacarlo. Es una esmeralda.

Produce destellos verdes y blancos. La luz de la luna menguante y el resplandor de la suite Poppolo por toda la terraza.

—Elegí esta porque pega con tus ojos —dice.

El anillo tiembla expectante entre sus dedos.

Miro a James. Esto lo está matando, teme lo que pueda salir de mis labios.

El violinista nos está mirando. Y el de los guantes blancos. Los dos están ahí, como dos estatuas, temerosos de que cualquier movimiento pueda modificar mi respuesta.

Vuelvo a mirar los ojos de James.

Toda una vida de anhelo contenida en una mirada.

Este es el hombre. Es un hecho científico.

Dicen que cuando te mueres, toda tu vida te pasa por delante.

Cuando te piden matrimonio, ocurre justo lo contrario.

Te pasa por delante tu futuro. El futuro, tal como lo imaginas. Cómo Podría ser.

La boda.

La casa.

Los bebés.

Las vacaciones.

Las carreras al colegio.

Las peleas.

Las reconciliaciones.

Envejecer. Juntos.

Por primera vez en mi vida, el futuro no es algo que temo. James me ha dicho que siempre me amaré y le creo. Envejecer y que te salgan arrugas no es tan horrible si tienes a alguien con quien envejecer y arrugarte.

Sigue ahí.

Quieto.

Aguardando.



—Ella, ¿te quieres... te quieres casar conmigo?

Parece tan asustado.

El por qué, lo desconozco.

Solo hay una respuesta posible.

Solo hay una palabra posible.

Así que lo saco de su sinvivir.

Le doy la palabra.

—Sí.

Sus ojos no me creen.

—¿Sí?

—Sí. Sí.

—Sí.

—Sí.

—¿Me estás diciendo que sí?

Los síes estallan en la noche como fuegos artificiales.

—Sí.

—¡Sí!

—Sí.

Y, al deslizarme el anillo por el dedo, se escuchan el leve aplauso de nuestro camarero y del violinista.

—¡Me ha dicho que sí! —les dice James.

—¡Sí!

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Se escucha el violín.

James se levanta para besarme, nuestros labios se encuentran a mitad de camino. Pongo su cabeza entre mis manos y sé, sin ninguna sombra de duda, que en este preciso instante soy la mujer más feliz del mundo.



UN MOMENTO SIN PADRES

Hay peticiones de mano continuamente. No debo de ser la única mujer del mundo que se ha prometido esta noche. Ni siquiera debo de ser la única mujer en Roma a la que han puesto con vacilación un anillo en el dedo.

Pero, aunque un compromiso no es de esas cosas estrambóticas que le pasan solo a una, como que te crezca un tercer pecho o descubrir que te pone Donald Rumsfeld, en el momento en que eso ocurre, te sientes absolutamente única.

Porque, pensémoslo. Hay unos tres billones de mujeres en el planeta.

Tres billones. Y el setenta y cinco por ciento de ellas no rechazaría a un atractivo piloto ni a su impresionante anillo de esmeraldas. De ninguna de las maneras.

Así que, para alguien como James, hay un montón de posibilidades ahí fuera. Es coser y cantar. Y él me ha elegido a mí.

Lo cual me hace sentir bastante especial. Como si tuviera algo que nadie más posee. Algo irremplazable.

Quiero quedarme con esta sensación. Embotellarla y guardarla apartada, como si fuera un buen vino, para poder tomar en el futuro un sorbo en uno de esos tristes lunes por la mañana.

Pero lo pienso, y puede que no vuelvan a existir jamás. Las tristes mañanas de los lunes. Vale, habrá momentos en los que James esté fuera y yo tenga que ir a clase, pero lo único que tengo que hacer es mirar la reluciente preciosidad de ojos verdes que tengo en el dedo anular, y me sentiré mucho mejor.

Podré decir «es mío».

Es mío.

Mío, solo mío.

Y entonces, recordaré que todo es perfecto. Nada puede ir mal.

—Será mejor que llames a tus padres —me aconseja James, una vez de vuelta en la habitación.

—¿A mis padres?

—¿Te acuerdas de cuando bajaste después de que te diera el dolor de cabeza y preguntaste por qué sonreían tanto?

Recuerdo la cara de mi madre, como un tomate inflado de felicidad.

—Sí, lo recuerdo. Creí que era porque les habías contado que me ibas a llevar a Roma.

—Bueno, sí. Y luego, le pedí tu mano a tu padre.

Lo miro fijamente para comprobar si está bromeando.

No, ni la más mínima muestra.

—¿Le pediste mi mano?

¿En qué año estamos? ¿En 1786?

—Claro. Decidí hacerlo a la antigua. Primero le pedí tu mano.

Eso es muy tierno, me digo a mí misma.



No raro. No desfasado unos, digamos, trescientos años. Yo no soy un coche de segunda mano, que pasa de una mano a otra. Seguro que le alegró el día a mi padre. El mes. El año. La vida.

—Bueno —digo—. Eso ha sido... encantador.

—¿Estás segura? ¿Segura?

—Sí. Fue muy bonito por tu parte. Encantador... de verdad.

—Entonces, ¿vas a llamar a tus padres?

Algunos instantes son para los padres. Y otros simplemente no lo son. Miro el teléfono. Los aullidos de mi madre felicitándome están a tan solo diez dígitos de distancia. No es precisamente el mejor afrodisíaco del mundo.

—Eh, puedo esperar a mañana —le digo. Todo puede esperar a mañana.

Le beso, le tiro de la camiseta hacia la cama. Y pienso en toda la perfección que me espera.



LA REACCIÓN

Resulta extraño comprometerse.

Cuando te piden la mano, te entra la sensación más hermosa del mundo porque el momento te pertenece. Y así fue en Italia, durante nuestras vacaciones en Roma. Estábamos en una burbuja, nuestro pequeño universo de enamorados.

Sin embargo, el problema que tienen las burbujas es que al final estallan.

Ahora que estamos de vuelta de Roma, la historia cambia.

Todo el mundo lo sabe.

Lo cual está muy bien, de verdad. En eso consiste prometerse. Hacer público y oficial tu amor. Se trata de eso, a cada persona que se lo dices, la noticia parece empequeñecer. Hay una ley del rendimiento decreciente.

A cada nueva reacción, el fulgor interior que sentía en Roma disminuye un poco.

Lo primero de todo, la reacción de mis padres:

—¿Papá? —le dijo mi madre a mi padre conmigo al teléfono—. ¿Papá? ¿Papá? Adivina qué, ha aceptado... ¡Ella ha aceptado!

La llamada telefónica transcurrió principalmente con los ruidos nerviosos de mi madre que en poco se parecían a palabras.

—Eh... oh... ah... eh...

Después lo cogió mi padre.

—Es fantástico. Una noticia estupenda. Estamos que no nos lo creemos.

Entendedme. Me alegra que estén contentos por mí. Pero vamos, que hay calcetines en mi cesto de la ropa sucia que llevan ahí más tiempo que James en mi vida. Evidentemente, están tan sorprendidos de que alguien como James quiera casarse con alguien como yo que no se lo han planteado.

Al fin y al cabo, cuando se trata de James, todo funciona. Probablemente, podría contarles que a James le gusta montárselo con animales de granja y la única reacción de mi madre sería: «Bueno, tu padre, en parte, es un poco gallina».

Maddie fue la siguiente de la lista:

—¡Uau! —exclamó, con los ojos abiertos como platos, admirando el anillo—. ¡Pero mira qué preciosidad! Oh, ¿fue romántico? ¿Sí? ¡Cuéntame! ¿Cómo te lo pidió? ¿Te lo pidió mientras lo hacíais? ¿Sí? ¡Cuéntame todos y cada uno de los detalles!

Luego Pip:



—Bueno, espero que se porte bien contigo. Si te engaña... si critica tu culo... solo dímelo y le doy una patada voladora en la cabeza tan rápido que tendrá que comer el resto de su vida con un pajita.

—Gracias, Pip —le digo—. Eso significa mucho para mí.

Luego recibo una llamada.

—¿Cenicienta?

—¿Doctora Lara?

—Me acabo de enterar.

—¿De qué?

—Acabo de llamar al Príncipe Azul. Me ha contado lo de vuestro compromiso.

—Ah... sí... ¿ah, sí?

—Por supuesto, no es que sea ninguna novedad. Sabíamos que esto pasaría. Pero, aun así, debo admitir que nuestro cuento de hadas va más rápido de lo que esperábamos. Esto nos dará muy buena publicidad. Es simplemente estupendo. Lo pondremos en nuestras web. Oh... y tienes que decirnos cuándo es el gran día. Las fotografías serán una publicidad sin igual.

Y eso ya fue el colofón.

La reacción definitiva.

Esa fue la primera vez que pensé que, a partir de ese momento, mi vida amorosa estaba fuera de control. Y, la noche siguiente, mis sospechas se vieron confirmadas.



LA SENSACIÓN DE DESAZÓN

Estoy sola en el piso. Maddie ha ido a cenar y a tomar una copa con Steve, y Pip está en su clase de boxeo en el gimnasio.

James tiene que venir a las ocho. Vamos a salir a tomar algo. Otra vez. Son las siete y treinta y seis y estoy a mitad del DVD de Maddie de Cuando Harry encontró a Sally cuando alguien llama a la puerta.

James debe de estar tan impaciente por verme que no puede esperar.

Abro la puerta con una gran sonrisa de bienvenida y digo:

—Hola.

—Dilo otra vez —me dice—. Pero esta vez di «hola, capitán».

—¿Capitán? —pregunto, cogiendo el abrigo y dirigiéndome al coche.

—La compañía me acaba de llamar. Me han ascendido a capitán. ¡No puedo creerlo! Bueno, sabía que lo harían. Ya llevo seis años en la empresa, pero no me lo esperaba tan pronto.

—Eso es fantástico —digo.

Empieza a cantar.

—Money, money, money —canta mientras subimos al coche.

—Bueno... eh... ¿Cuándo empiezas a, eh, capitanear?

—Dentro de dos semanas. Y ahora me encargaré de todas las rutas a Norteamérica. ¿Sabes cuál es el primer sitio al que voy a ir?

—No.

—Vamos. Adivínalo. ¡Adivínalo!

—Eh... ¿A Nueva York?

Nos movemos.

—Más al oeste.

—¿A Los Ángeles?

Empieza a cantar Viva Las Vegas.

—¡Uau!, eso es genial.

—Podrías acompañarme —me sugiere.

—¿Qué?

—En mi primer vuelo como capitán. Podría conseguirte un billete.

—¿Puedes hacer eso?

—Tengo un amigo que puede arreglarlo. ¿Qué te parece? ¿Te apetece una visitita a Las Vegas? Coges las vacaciones dentro de dos semanas ¿verdad? No tienes clase. Venga, ¿qué dices?

Es extraño.

Me están ofreciendo unas fantásticas vacaciones gratuitas con el hombre con el que me voy a casar y lo único que tengo es esa sensación de desazón.

—Sí, suena genial —me sorprende diciendo.



—¿Sabes lo que podríamos hacer en Las Vegas? —me pregunta James en el restaurante.

—¿Jugar?

Niega con la cabeza.

—No tiene nada que ver con los juegos de azar. Es una apuesta segura. Podríamos hacerlo allí.

—¿El qué?

—Casarnos.

Me quedo mirándolo fijamente, esperando que me diga que está bromeando. Sigo esperando. Oh.

No está bromeando.

—¿Casarnos? ¿En Las Vegas?

—¿Por qué no?

—Bueno —contesto, tratando de no se me note mucho el pasmo—. Cuando me imaginaba el día de mi boda, ya sabes, cuando era pequeña, siempre me imaginaba la perfecta boda inglesa en el campo, en alguna iglesia cerca de donde viven mis padres. Jamás me imaginé una boda hortera de diez minutos, rollo Elvis, en plan cinta transportadora, como el autoservicio de la hamburguesería, en una chabacana capilla del amor. Eso es lo que hacen los que se escapan para casarse y los famosos, que se divorcian a las cinco horas.

Me mira y levanta los brazos frente a mí, haciendo el gesto de «calma».

—No tiene que ser así —me dice—. Hay un hotel, el Bellagio. Es el hotel más lujoso del mundo. Es impresionante, por lo que dicen. Y celebran bodas. Bodas auténticas, elegantes y caras. Sin imitadores de Elvis. Podría ser estupendo.

No puedo creerlo. Está hablando en serio.

¿Por qué mi hombre ideal no quiere celebrar mi boda ideal?

—No —contesto.

—¿Qué?

—No. No quiero.

—¿Qué quieres decir con que no quieres?

Tengo el pulso a la velocidad de la ira. Siento que estoy a punto de soltar alguna estupidez.

—Antes preferiría comerme mi propio vómito.

—Ella, ¿qué estás diciendo?

—No me puedo creer que quieras que nos casemos sin que estén mis padres. —Me siento mal solo con decirlo. Al fin y al cabo, James no puede elegir entre que sus padres vengan o no.

—Conseguiré billetes gratis para todos también. Pueden venir. Y tus amigas.

Oh, oh.

Estoy a punto de soltar alguna estupidez. Lo presiento. En cualquier momento...

—Vale —mascullo, mientras la camarera coloca las brochetas en la mesa—. Vale, vale, vale. Es como si lo tuvieras ya todo pensado. Voy a decirte algo: quizá ni siquiera tenga que ir. ¿Por qué no la celebras sin mí? Puede ir mi padre para firmar por mí.

Dejo la copa y me dirijo airadamente al baño.



¿Qué narices me pasa?

Ni siquiera estoy en ese momento del mes. Vale, la idea que tiene James de la boda perfecta es diferente a la mía. ¿Y qué? Lo más importante no es el gran día. Son los doscientos mil pequeños días que vendrán después.

Las Vegas.

¿De verdad importa tanto?

Finalmente, me recompongo y vuelvo al restaurante.

—¿Ella?

—¿Qué?

—Lo siento. Ha sido una idea estúpida. No lo volveré a proponer.

Empieza a sonarle el móvil. Mira la pantalla. Lo apaga.

—No es nadie —me dice.

—No —le contesto—. Yo lo siento. Suena estupendo. De verdad. Me encantaría.

Me coge de la barbilla estirando el brazo sobre la mesa y la alza para verme los ojos.

—¿Estás segura?

—Sí —contesto, preguntándome cuál será la reacción de mis padres cuando se enteren de que la boda será en Las Vegas.

—Sí, estoy segura.

Queridos mamá y papá:

¿Cómo estáis? ¡Espero que bien!

Os escribo para daros una noticia fantástica: Hemos decidido casarnos en Las Vegas el 25 de este mes. No os preocupéis, no será una de esas bodas horteras. Será en un hotel muy elegante llamado Bellagio (papá, ¡allí se rodó Ocean's Eleven!). Os mando un pequeño folleto para que veáis cómo es.

De todas formas, ¡lo realmente excitante es que James os conseguirá los billetes y correrá con los gastos del alojamiento para que podáis estar en el gran día!

Espero que no penséis que nos estamos precipitando. Ya sé que nos conocimos hace poco, pero es como si lleváramos años juntos. Y él es mi hombre ideal, ¡es un hecho científico!

Estoy tan contenta de que os gustara, estoy deseando veros...

Gracias por ser los mejores padres del mundo.

Besos y abrazos.

Ella (¡y James!)

¡Besos!



DE LA EXCURSIÓN LA BIBLIOTECA

Si alguna vez queréis el mayor ruido humanamente posible, llevaos a toda una clase de alumnos de quince años y arrastradlos hasta la parte más silenciosa de la biblioteca pública de Tooting, en el sur de Londres.

—¡Profe! ¡Profe! —grita Darren Bentley. Coge un ejemplar de *¿De dónde venimos?*—. ¿Le podrías explicar este libro a Dobbo? Quiere saber de dónde viene, profe. No tiene ni idea, profe. Quiere que tú se lo enseñes.

La biblioteca entera levanta la vista de los libros para comprobar exactamente quién está perturbando su silencio.

—Sssssh —exclama la bibliotecaria, con rostro severo y con aspecto de no haber salido de allí desde 1954.

—Sssssh —repito, dirigiéndome a Darren Bentley, tratando de sofocar las risitas histéricas que ha desencadenado. Le hago una seña a Mark Dobson y a Darren para que salgan de la sección infantil y me los llevo a todos a la sección de Periódicos y Diarios.

—Lo siento —murmuro al pasar junto a los lectores, que van haciendo chasquidos con la lengua—, lo siento... lo siento... lo siento...

Esta no era mi idea.

El señor Amor estaba muy interesado en que encontráramos formas de ampliar el programa saliendo fuera del colegio, lo cual viene a decir que así él se puede ocupar del papeleo mientras los alumnos están los más lejos posible de su persona. Y por eso estoy aquí, en uno de los espacios silenciosos más grandes de todo el sur de Londres, tratando de despertar el interés de toda una clase de púberes por lo que anuncian periódicos que datan de 1800.

Además de *Romeo y Julieta*, el otro texto que mis alumnos fingen leer es *Frankenstein*, de Mary Shelly. La idea es que vean lo que acontecía en el mundo en el momento en que la novela fue escrita.

Ya en la sección, hojeo con desesperación las macilentas páginas en busca de algo que pudiera despertar su interés. «Napoleón se retira de Moscú.»

«Las primeras transfusiones de sangre se realizan en el hospital Guy de Londres.» Hmmm, esto les va a entusiasmar.

—Bien —exclamo—, mirad esto. La invención del estetoscopio de madera. Fue en mil ochocientos dieciséis, un año antes de que Mary Shelley comenzara a escribir *Frankenstein*... en aquel momento, se estaban produciendo muchos avances científicos y la gente tenía la idea de que la electricidad era la chispa de la vida... de hecho, el marido de Mary, Percy, hizo él mismo unos cuantos experimentos e incluso electrificó al gato de la casa...

Los quinceañeros empiezan a soltar risitas. Conociéndolos, probablemente se estarán riendo del nombre de Percy.

Y es ahí cuando lo veo.

Está de pie, en la sección de enfrente, a unos cinco metros. En la sección de negocios.

—Eh... bueno... quiero que os pongáis por parejas... y que cada una busque un año diferente... desde mil ochocientos en adelante... coged cada uno un libro de la estantería y... y... volveré en un momento...



Los dejo ahí y me dirijo rápidamente a la sección de negocios. Por el camino, me fijo en los libros que lleva.

Cómo montar tu propio negocio.

El manual del fotógrafo.

Pequeña guía de negocios.

101 formas de conseguir publicidad gratuita.

Cuando lo alcanzo, me vuelvo para asegurarme de que mis alumnos no estén prendiéndole fuego a nada y entonces, le doy un golpecito en el hombro. Casi le da un infarto, luego se gira.

Dios, tiene un aspecto horrible. Por un momento, me pregunto por qué no está en el trabajo.

—Ella... eres tú —dice, quitándose los auriculares de las orejas.

—Rob... hola... te he visto... estaba allí... Estoy con la clase. Asiente.

—Ah, ya.

Su voz suena plana, inerte. ¿Es éste el mismo Rob que vino a verme al piso de James?

Estoy sonriendo, pero entonces, me acuerdo. El All Bar One.

Una hora entera mirando una silla vacía.

Me acuerdo de que debería estar enfadada con él, así que hago desaparecer la sonrisa.

—Rob, ¿dónde narices te metiste? El otro sábado... en el All Bar One... te estuve esperando un siglo, pero ni siquiera apareciste.

—Yo... yo... yo...

Oh, Dios, podríamos estar aquí hasta Navidad.

—¿Por qué no te presentaste?

—¿Qué?

—¿Por qué no viniste al All Bar One? Estuve esperándote allí sola una hora. Y no apareciste. Tan desesperado que estabas por verme... y luego no vienes.

—Es lo que estoy tratando de explicarte... estoy tratando de decirte que... no fui... no fui porque... no pude ir...

—¿Por qué no?

Parece ausente.

—Me resultaba... difícil.

—¿Difícil? —Hablo furiosa, pero en voz baja—. ¿Difícil? ¡Estabas tan desesperado por verme que te presentaste en la puerta de mi novio, casi provocas una pelea, me estropeas la velada, tengo que ocultar que he quedado contigo y encima ni siquiera te presentas, joder!

—Lo... siento. Es que... pasó algo.

Me vuelvo rápidamente para asegurarme de que no se me ha perdido ningún alumno y veo a Mark Dobson mirándome fijamente con ojos de enamorado, mientras el resto de alumnos escudriñan las páginas para buscar novedades de hace doscientos años.

Vuelvo a mirar a Rob.

—¿Que pasó algo? ¿Qué?... ¿Te quedaste atrapado en un atasco? ¿Perdiste el autobús? ¿Qué? ¿Qué era tan importante?

—Se murió mi padre. Lo dice tal cual: «Se murió mi padre». Tal cual.



—Le dio un ataque al corazón hace un mes. Fue antes de que nos viéramos. Estuvo ingresado dos semanas. Estaba demasiado débil para superarlo. Le dio otro ataque el día que habíamos quedado. Murió... en el hospital.

Se le quiebra la voz a mitad de «hospital».

Me quedo mirándolo fijamente.

Al dolor que hay enterrado bajo la superficie.

Y al mirarlo, me acuerdo de la última vez que vi a su padre. Había estado en el piso, por el cumpleaños de Rob. Estuvo metiéndose conmigo por la vida tan fácil que debíamos de tener los profesores, con esas vacaciones tan largas. Dijo que, hasta que se retiró, se había pasado seis días por semana metido en el taxi, doce meses al año. Solía jactarse de que se conocía el sur de Londres como la palma de su mano. Cada calle. Cada atajo. Cada local de comida basura. Siempre se preguntaba qué hacía una «chica tan lista como yo» con un «vago inútil» como su hijo.

Aún puedo oír su voz.

—Rob... oh, lo siento... lo siento mucho...

Encierra la emoción tras una tensa sonrisa.

—Está bien. De verdad. Hacía años que padecía del corazón. Toda esa fritanga. Lo que me sorprende es que no le ocurriera antes. Recuerdo lo que dijo Rob.

Cuando nos vimos, en la puerta de James: «Tengo algo que contarte». Iba a contarme que su padre estaba enfermo, pero no tuvo oportunidad.

—Siento no haberte avisado del funeral —me dice Rob, con la misma expresión vidriosa—. No quería ponerte en un... compromiso. No quería que te sintieras obligada a venir.

—No te preocupes —le digo, tocándole el brazo—, pero no habría sido ningún compromiso. Me habría gustado ir.

Desearía abrazarlo.

Desearía acariciarle la cabeza y decirle que todo va a ir bien. Después de todo, ¿a quién más tiene ahora para consolarle? Sus padres no viven. No tiene novia. A nadie. No se produce el abrazo.

Estamos en la biblioteca. Está sacando prestados algunos libros. Detrás de mí, hay una marea de chiquillos.

—Le caías muy bien —dice Rob.

—¿Sí? —contesto, ocultando en la espalda la mano izquierda y el anillo de compromiso del que aún no se ha percatado.

—Me dijo que te conservara... otra cosa más en la que le he fallado.

—Rob, no le has fallado. Él estaba orgulloso de ti.

Rob está a punto de contradecirme, pero se lo piensa mejor.

—Sí —dice con un hilo de voz—, lo sé.

—Perdona... por lo que te he dicho antes... por lo de haberme dado plantón.

—No —dice—, no podías saberlo.

Justo en ese momento, veo en él algo que jamás había visto antes. Una madurez que no existía hace un mes. Una madurez que se ha abierto paso en él desde la muerte de su padre.



De repente, me siento mal por no estar con él. Por no estar ahí cuando ocurrió todo. Pienso en aquello por lo que debía de estar pasando mientras yo lo esperaba en el bar, enfadándome por momentos.

—Rob, escucha, si necesitas que haga algo por ti... si hay algo que pueda hacer por ti...

Asiente con la cabeza.

—Lo sé.

De repente, oigo un ruido estruendoso tras de mí. Risas adolescentes. Rob les echa un vistazo a los críos.

—Será mejor que te vayas antes de que monten un motín.

—Vale... sí... bueno... es solo... eh... Llámame si me necesitas para algo.

Vuelve a asentir.

—Vale.

Hay millones de cosas que quedan sin decir y las palabras no pronunciadas parecen cargar el aire que hay entre nosotros con una extraña energía tensa.

—Entonces me voy —le digo.

—Sí... nos vemos.

—Sí... adiós... lo siento mucho... adiós.

Me dirijo hacia mi clase.

A medio camino, Rob me llama.

—Ella.

Me vuelvo y lo veo ahí de pie, como un chiquillo perdido, sosteniendo sus libros de negocios.

—¿Qué? —le pregunto.

Se calla.

—Gracias —dice, y me lanza una leve sonrisa tristonosa.

No tengo ni idea de por qué me está dando las gracias exactamente, pero le devuelvo la sonrisa y le digo:

—De nada.



EL MURO INVISIBLE

Hago una estupidez después de clase. Voy a ver a Rob.

Resulta extraño. No es que tuviera planeado ir a visitarlo. Es como si estuviera en automático, observándome desde otro sitio, mientras me subo al metro y me bajo tres paradas después, en la línea Northern.

Me sobreviene una extraña tristeza mientras me dirijo hacia los escalones de piedra de su miserable piso en bajo. Unos escalones que he estado subiendo casi cada noche, durante un año de mi vida.

Llamo a la puerta.

Tarda tanto en contestar que creo que no está, que se ha ido al bar, pero de repente veo su cara, como un fantasma en la ventana.

—Ella —dice al abrir la puerta.

—Se me ha ocurrido venir a verte. Para ver cómo estás... ya sabes... fue todo un poco extraño en la biblioteca y he pensado que te podría apetecer charlar un rato en condiciones.

Lleva puesta una camiseta vieja con la marca de una cerveza japonesa.

—Oh —dice—. Vale... eh... pasa.

Dentro, su salón sigue exactamente igual que lo recordaba. Resulta tan extraño... Como entrar en una exposición en el Museo de Mis Relaciones Fallidas.

La PlayStation. La tele que ocupa casi todo el salón. La moqueta sin aspirar. La cámara olvidada en el suelo. Los pósteres idolatrando a futbolistas y pechos del tamaño de balones de fútbol.

Sin embargo, hay algunas diferencias.

No hay latas de cerveza vacías.

Y hay libros sobre la mesa. Los que llevaba en la biblioteca. Sobre empresas y fotografía. Y un bloc de tamaño A4, con algo escrito.

—Ya sé que ya no estamos juntos —le digo—, pero seguimos siendo amigos ¿no? Se me ha ocurrido que quizá querrías... una amiga... con la que hablar.

—¿Y qué pasa con James?

—¿Qué pasa con él?

—¿Sabe él que estás aquí?

—No... aún no... pero se lo diré... lo comprenderá. No es de esos.

Rob asiente, luego traga, como si tratara de quitarse el sabor de algo.

—¿Quieres algo? —me pregunta, cambiando de tema—. Para beber, me refiero. ¿Té o algo?

—Sí. Estaría bien.

Desaparece en la cocina. Empieza a trastear por los armarios. Luego dice:

—No tengo... té... creo que tengo algo de café por algún sitio. Lo busco...

—No importa —le digo—. Estoy bien.

Vuelve al salón.

—Lo siento... estoy que no me encuentro.

—Es normal.



Oh, Dios.

Esto es extraño.

No debería haber venido.

Vamos, lo único que estoy haciendo es irritarlo.

Me siento en el sofá. Está a punto de sentarse a mi lado, de la misma forma en que solía hacerlo, pero da un brinco a otra silla.

Pienso en el muro invisible que surge entre la gente cuando su relación termina. Conoces a alguien muy bien, pero tienes que poner cierta distancia, una distancia que es aún mayor que cuando os conocisteis la primera vez.

Tras un largo silencio imposible, Rob habla:

—No se lo conté —dice.

No lo entiendo.

—¿Qué?

—A mi padre. No se lo conté a mi padre. Lo nuestro. Ya sabes, lo de nuestra ruptura. Suena estúpido, pero no tuve agallas para contárselo. Iba a contárselo... de verdad... pero lo ingresaron en el hospital y no paraba de preguntar por ti, cuando estaba conectado a todas esas máquinas que lo mantenían vivo... y no se lo conté. No pude. —Suelta un risa fugaz—. Me habría matado. Me habría dicho que todo era culpa mía, lo cual era...

—No —le contesto—. No fue culpa tuya. No fue culpa de nadie... solo... ya sabes... —Se me evaporan las palabras. Me siento como si estuviera echando sal en una herida abierta.

Y entonces lo ve, por primera vez.

El anillo.



ROB. LA SECUELA

—Te has prometido —dice Rob, sin dejar de mirar el anillo.

—Sí —le respondo.

—Con ese... —rectifica justo a tiempo— hombre.

—Sí. Con James. Sí.

Se recuesta aun más en la silla, como si le hubieran succionado algo.

—Pero si lo acabas de conocer.

—Rob, venga, vamos a hablar de otra cosa...

Pero no me está escuchando.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué te vas a casar con él?

No me lo pregunta de la forma en que hubiera esperado que lo hiciera. No hay acritud en su voz, solo un interés real en lo que me puede llevar a casarme con alguien.

—Eh... no lo sé... —Lo miro a la cara y me doy cuenta de que éste es el único tema del que quiere hablar, o con el que se quiere fustigar. Oh, bueno, procuraremos no alargarlo—. Es lo correcto.

—¿Por la ciencia?

—¿La ciencia?

—Te vi. Te vi en las noticias.

Oh, Dios. Aquello no podía traer nada bueno.

—Oh, sí, las noticias. Resultó un poco embarazoso, la verdad.

—¿Así que es verdad?

—¿Qué?

—¿Es tu hombre ideal? —De nuevo, sin acritud. Empiezo a preguntarme si el Rob de siempre sigue estando ahí. Es como ver una secuela. Parece igual (quizá un poco más flaco), pero la estructura subyacente ha cambiado completamente.

—Eh... es el adecuado para mí... hizo un montón de test... respondí a un montón de preguntas... y él es el apropiado para mí.

Absorbe mis palabras y vuelve a echarle un vistazo a la deslumbrante esmeralda que tengo en el dedo.

—Me alegro por ti.

Sin sarcasmo. Sin ira. Realmente parece decirlo en serio.

—¿De verdad? —le pregunto, fuera de juego.

Asiente.

—Cuando me dejaste no pude asumirlo. No entendía por qué podrías querer hacerme daño de esa manera. Por eso te llamaba. Por eso fui a verte. Por eso fue al piso de ese... hombre. No pensaba con claridad. Tan solo quería que todo volviera a ser como antes. Tú y yo. Aquí todas las



noches. Con la PlayStation. O por el bar. Yo aburriéndote, calentándote la oreja, quejándome del trabajo y parlotando sobre lo de montar mi propio negocio, pero sin hacer nunca nada.

—Rob, no me aburrías...

—No —dice—. Sí te aburría. Me aburría a mí mismo. En el fondo, sabía que nada iba a cambiar. Iba a seguir siendo técnico en recursos humanos hasta los sesenta y la cámara seguiría ahí, tirada en la esquina, sin que nadie la usara... pero luego mi padre enfermó, cuando yo estaba tirado ahí, enchufado a los videojuegos, y de repente, todo cobró sentido. Las cosas no siguen siendo iguales solo porque uno quiera que sea así. Hay que intentarlo. Hay que currárselo. Y yo era un mierda. Era un mierda cuando estábamos juntos. Yo no estaba ahí para ti... di por hecho que te tenía. Era... —hace un esfuerzo antes de admitirlo— un vago.

—No —le contradigo, diciendo la más grande de las mentiras—. No lo eras. No fue todo culpa tuya, Rob... Tenía demasiadas expectativas. Ya sabes cómo soy con mis miras de altos vuelos.

Sonríe levemente.

—Lo sé... y por eso me alegro de que hayas encontrado a alguien que cumpla tus expectativas. No puedo engañarme a mí mismo, yo no soy piloto.

—Rob...

Alza la mano.

—No, no me estoy compadeciendo de mí mismo. Eso es lo más extraño. Sé que si pretendo recomponer mi vida, tengo que ser realista. Te estaba reteniendo. Pero si ni siquiera puedo subirme a un avión, por el amor de Dios. No creo que eso sea ser el compañero ideal para alguien que quiere ver mundo. Y, si yo no era la persona adecuada para ti entonces puede que tú no fueras adecuada para mí.

Es irracional, pero sus palabras me hieren. No me malinterpretéis, me fastidió mucho que Rob intentara hacer que James y yo rompiéramos, pero ahora que veo que ha pasado página, tengo cierto sentimiento de pérdida. Es como cuando mis padres sacrificaron a nuestro viejo perro Baxter, yo sabía que era lo correcto, pero aun así, me sentía fatal al ver que ya no estaba en su cesta.

—Ahora estoy rehaciendo mi vida —me cuenta—. Cuando mi padre murió, me vi tentado de ahogar las penas en Stella, o en algo más fuerte... pero es como si él estuviera aquí, ya sabes. Es como si estuviera observándome. Y quiero que esté orgulloso de mí. Salgo de casa. Quedo con gente. El mundo no deja de girar.

Asiento con la cabeza y vuelvo a mirar los libros de negocios sobre la mesa. Voy a preguntarle por ellos y por el trabajo cuando suena el teléfono.

Se levanta y lo coge, contento de que uno de sus amigos lo llame.

—¿Sí...?

Me pregunto quién será.

Me pregunto a qué se referiría con lo de «quedo con gente». ¿Qué gente?

—¿Sí? ¿Sí? ¿Sí? —Cuelga el teléfono—. Algún robot tratando de venderme un seguro para el coche —me explica.

—Escucha, Ella... —me dice, sentándose de nuevo en la silla, con la máscara de indiferencia algo descolocada—. Me alegro por ti. Si es un buen tipo... y cuida bien de ti, entonces me alegro... Es un buen tipo, ¿verdad?



—Sí —contesto—, es un buen tipo.

Diez minutos después estoy en la puerta, despidiéndome.

Aún no tengo ni idea sobre si Rob era realmente sincero en lo de seguir adelante, y en lo de alegrarse por mí ahora que he encontrado a James.

Suena convincente, pero sus ojos podrían contar otra historia completamente diferente.

Nos abrazamos.

Me da un beso en la mejilla.

—Gracias por venir a verme.

Una parte de mí, una parte que yo creía enterrada desde hacía mucho tiempo, no quiere marcharse. Es la parte que quiere quedarse consolando a Rob, y quedarse para que Rob la consuele.

Su cuerpo resulta más cálido que el de James. Más blando, seguro, pero también más cálido.

Me pregunto cómo estaría yo en su situación.

Si hubiera perdido a mi padre o a mi madre y acabara de enterarme de que él se acaba de prometer, mientras que yo sigo sin pareja.

No creo que fuera capaz de ser tan fuerte.

Y eso es lo extraño.

En la lista de adjetivos con los que solía describir a Rob, «fuerte» jamás estaba incluido. Perezoso. Apático. Hambriento. Desconsiderado. A veces divertido. Pero jamás fuerte.

Es como si la cálida y serena dignidad que siempre tuvo su padre hubiera surgido de repente en él.

Me abraza fuerte, me acaricia la espalda y me suelta.

—Cuídate —le digo.

—Sí. Lo haré.

—Si necesitas cualquier cosa, llámame... o pásate por casa.

Sonríe.

—No creo que sea muy buena idea.

—No —respondo—, puede que no.

—Adiós, Ella. —Sus palabras tienen un toque definitivo que me parte el alma.

—Sí —digo, haciendo un esfuerzo por ignorar esa parte de mí que quiere quedarse—. Adiós.



CÓMO VIVE LA OTRA MITAD

Llego tarde, he quedado con James.

—¿Te han entretenido en el colegio?

—Sí —contesto, pero entonces recuerdo que las relaciones perfectas no se basan en las mentiras.

—No... yo, eh, he ido a ver a Rob.

Se le quedan los ojos como platos.

—¿A... tu ex novio, Rob?

—Sí... me he encontrado con él... hoy... en la biblioteca... fui con uno de los grupos del colegio...y...y... —Tengo el corazón a mil. ¿Por qué me siento como si me estuviera disculpando? No he hecho nada malo—. Y me contó que su padre había muerto hace dos semanas, así que fui a verlo... esta tarde... después de clase... para ver cómo estaba...

James está de pie, frente al ventanal que hay al final del salón, con el Londres nocturno refulgiendo a sus espaldas.

Tiene los brazos cruzados y sus ojos me analizan, buscando algo.

—¿Has ido a casa de tu ex novio?

—Sí.

Me da la espalda y se queda mirando por la ventana. Miro el cristal y su reflejo es como un fantasma.

—James, su padre ha muerto.

—Mi padre también murió. A todo el mundo se le mueren los padres. No me puedo creer lo que estoy oyendo.

—Pero es que su padre murió hace dos semanas.

«Mi hombre ideal debe quererme para él solo.»

—¿James? ¿Qué te pasa? No es normal en ti. Cuando Rob vino aquí... no te importó... no lo entiendo.

—¿Es que ese anillo que llevas en el dedo no significa nada para ti?

«Mi hombre ideal debe entender el valor del matrimonio.»

Miro el anillo.

—Claro que sí... lo es todo.

—Significa tanto que prefieres ir a que tu ex novio te lllore en el hombro a estar aquí conmigo, ¿no es así?

—Eso no es cierto.

—¿Y qué más le has dado, eh?

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Oh, vamos, Ella. Hace unos meses, te estabas follando a ese vago. Y se supone que debería creerme que no lo ha intentado. Que no hizo el más mínimo intento por conseguir un polvo por compasión.



—Sí —contesto—. Sí, eso es lo que debes creer. Porque es la verdad. Y... y... aunque lo hubiera intentado, no habría pasado nada. No puedo creer que no confíes en mí.

«Mi hombre ideal debe ser impulsivo.»

Me dirijo hacia él, que aún me da la espalda. Le toco el hombro.

—¿James?

Se desembaraza de mi mano.

—Quítame tus sucias manos de encima.

Hay odio en su voz.

Odio y asco.

«Mi hombre ideal debe ser capaz de tomar decisiones rápidas y mantenerlas.»

Se vuelve. La expresión de su rostro y la profunda ira que contiene me sobresaltan. Es como si un extraño hubiera entrado en la habitación. Jamás lo había visto así y nunca creí que fuera a verlo.

Me siento como cuando el doctor Frankenstein descubre que el ser perfecto que ha creado es, en realidad, un monstruo.

Empiezo a repetirme mentalmente «Ella y James» como si fuera un mantra, temiéndome que el hada madrina de nuestra relación haya revertido su magia.

Ella y James. Ella y James. Ella y James.

El es todo lo que yo quería. Es completamente opuesto a Rob. Pero de repente estoy empezando a darme cuenta de que lo completamente opuesto a Rob también trae sus propias complicaciones.

Y ni siquiera puedo culpar a Agencia Ideal.

Al fin y al cabo, esto es lo que yo solicité.

Un hombre romántico, decidido, apasionado e impulsivo que quiera tenerme para él solo.

En pocas palabras, mi hombre ideal.

Ella y James.

—¿James? ¿James? Por favor... no ha pasado nada... joder, que se ha muerto su padre... y tampoco tengo por qué darte explicaciones. No he hecho nada malo.

Me echa la mirada más despectiva que uno se pueda imaginar.

—Cuando nos casemos, no volverás a ver a ese vago estúpido jamás.

Eso no ha sido una pregunta.

Es una afirmación.

—James, tú no puedes decirme lo que...

Se marcha airadamente a su habitación. Da un portazo.

Salgo al balcón para respirar. Con el corazón a cien, observo las luces de la ciudad.

¿Por qué está tan celoso? ¿Por qué no entra en razón?

Miro el anillo, con su esmeralda reluciendo como un monstruo de ojos verdes. ¿Cómo es posible que una joya antes tan bonita se me antoje ahora tan fea?

Por un momento, me veo tentada a quitármelo del dedo y tirarlo veinte pisos abajo. Empiezo a desplazarlo poco a poco por la falange y lo sujeto con los dedos, planteándome su destino.



Entonces, me suena el móvil.

—¿Ella?

Es mi madre.

Me seco la lágrima inoportuna que ha comenzado a deslizarse por mi mejilla.

—Hola, mami...

—Te he llamado al otro número.

—Estoy en casa de James —le explico.

Se le anima la voz.

—Nos ha llegado tu carta.

—¿Qué?

—Ha llegado hoy. La carta. Sobre la boda.

—Ah.

Recuerdo la efusiva carta que les escribí, rezando porque no se pusieran como una fiera. Por lo que parece, la carta ha sido más que eficaz.

—¿No es fantástico? El hotel es precioso.

Apoyo el auricular en el hombro sujetándolo con la oreja y me vuelvo a poner el anillo.

—Sí —contesto—, vaya.

—Oh, Ella, estamos tan orgullosos de ti... nunca había visto a tu padre tan feliz.

Cierro los ojos y me muerdo el labio.

—Oh.

—Ha sido una sorpresa tan bonita... ¡tu padre siempre ha querido ir a Las Vegas! Oooh, ¡y el hotel! ¡Parece tan elegante! Hay que ver cómo vive la otra mitad, ¿eh? Bueno, ahora, tú formas parte de la otra mitad, ¿verdad? ¡Has progresado en la vida! De todas formas, no puedo hablar mucho rato. Es llamada a móvil. Solo quería decirte lo felices que nos has hecho. ¡Somos los padres más orgullosos del mundo!... Ahora solo faltan los nietos.

Mi madre ahora mismo está como un pavo real. Su felicidad y mi actual infelicidad parecen ser inversamente proporcionales. De repente, me doy cuenta de todo esto no solo tiene que ver conmigo y con James, sino también con mis padres. Con todo el mundo. El momento en que anuncias que te vas a casar es el momento en que tu amor se convierte en algo del dominio público, que sale al mercado de valores emocional en el que tus amigos y tu familia tienen acciones.

Y el valor de las acciones de mi madre está subiendo en el mismo instante en que las mías están bajando.

Pero no voy a permitir que una discusión lo estropee todo.

—Bueno —añade mi madre—, será mejor que te deje. Adiós, cariño.

—Adiós.

Me meto el móvil en el bolsillo e inspiro el aire nocturno, llenándome los pulmones.

—Ella.

Es James, detrás de mí.

Me vuelvo. Sin decir nada, ya lleva la disculpa escrita en la cara.



—Lo siento.

—Está bien —le digo—, está bien.

—Te compensaré —anuncia—. Ya lo verás, en tu cumpleaños. Te compensaré.

Nos abrazamos y me acaricia la espalda. Aún estoy dispuesta a creerle. Aún estoy dispuesta a creer que esto puede ser la perfección.



LOS PRETENDIENTES

Faltan dos días para mi cumpleaños y ya me estoy comportando como una niña de cinco años en Navidad tras haber tomado demasiado Sunny Delight. Ya veis, James ha planeado algo en secreto. Algo grande. Qué es exactamente, no estoy muy segura, pero cuando él dice «algo grande», le creo a pie juntillas. Al fin y al cabo, este es el hombre para el cual «ir a cenar a un italiano» significa ir a un italiano, a Italia.

Así que esta noche, cuando James llama a la puerta de mi piso, estoy a punto de mearme de los nervios.

—Voy yo —les digo a Maddie y a Pip, y voy corriendo a la puerta.

Pero no es James.

Es Rob, con un ojo morado.

—Oh, Dios mío, Rob. ¿Qué te ha pasado?

—¿Estás... estás sola?

—Sí.

—Ella —exclama—. Tengo que contarte algo.

—El ojo. ¿Te has metido en una pelea? ¿Te han asaltado? ¿Qué te ha pasado? —Siento un agujonazo de pena. Quiero decir que Rob es muchas cosas, pero Rambo no es una de ellas. Solía jactarse de que jamás en toda su vida se ha metido en una pelea. Por Dios, si hasta se estremecía viendo el boxeo.

—Ella... escúchame... tengo que contarte algo y... y... no te va a gustar...

Se queda callado. Parece desesperado. Aun más desesperado de lo habitual.

—Rob, ¿qué pasa? —le pregunto.

—Yo no debería estar aquí... —Mira detrás suyo—. Solo... no estoy... tengo que contarte... algo... Ella, es sobre...

Luces.

El suave ronroneo del motor del coche de James.

—Ha llegado James —le informo a Rob.

Rob pone cara de pánico.

—¿James? Oh, no...

Hombre, no es que a mí me encante la situación, pero Rob se está comportando como si le acabara de decir que el cielo se va a derrumbar sobre nuestras cabezas.

—No estamos haciendo nada malo —le digo a Rob, aunque, tras la reacción exagerada de James la otra noche, en el fondo me estoy inquietando. Cierro los ojos, tratando de pensar en la mejor excusa—. James sabe que no hay nada entre nosotros, Rob... —Abro los ojos. ¿Rob? ¿Rob?

Se ha ido.

Se ha desintegrado.

Asomo la cabeza por la puerta y miro a la calle. Oigo las pisadas de Rob a toda velocidad dirigiéndose hacia el coche.



Estoy a punto de gritar su nombre, cuando me percató de que James está ya a solo tres metros en la acera, dirigiéndose hacia mí con una amplia sonrisa de oreja a oreja.

Obviamente, no tiene ni idea de que, hace un minuto, Rob estaba aquí, justo donde está él ahora.

—Hola —digo, mientras oigo el coche de Rob alejarse por la carretera.

—¿Quieres una taza de té, James? —le pregunta Maddie, con su acento pijo de cuando está James. —No, gracias, estoy bien.

—¿Vodka? —le pregunta, volviendo a su yo habitual—. Tenemos vodka.

—No, de verdad, estoy bien. ¿Se lo has dicho ya?

—¿Qué? —le pregunto. Estoy a kilómetros de distancia, pensando aún en el misterioso ojo morado de Rob y en su repentina huida.

Pip, que está corrigiendo trabajos con cara de pocos amigos en el sofá, alza la vista y pregunta:

—¿Decirnos qué?

—Bueno... ya hemos puesto fecha para la boda —les anuncia James—. El sábado veinticinco de mayo. —Estamos en mayo —recalca Pip.

—Sí, ya lo sé.

—¿Este mayo?

—Sí. Dentro de quince días.

Pip parece atónita, lo cual no sorprende demasiado, viniendo de alguien que se pasa la vida planeando con diez meses de antelación.

—...En Las Vegas.

—¿En Las Vegas? Joder.

—¡Uau! Fantástico —exclama Maddie.

Asiento con la cabeza y trato de sacarme a Rob de la cabeza. Pero, aun al hablar, siento ansiedad en el estómago.

—James puede conseguir dos billetes extra con su compañía —les explico—. Así que me gustaría que vinierais. Que estuvierais ahí. No va a haber damas de honor ni nada por el estilo, porque no es ese tipo de boda, pero me encantaría que estuvierais allí conmigo.

Maddie está dando saltos y gritando como si le hubiera tocado la lotería. En cuanto a Pip, parece como si le hubiera tocado la lotería y hubiera perdido el décimo.

—Eso es muy amable, Ella. Es solo que voy tan retrasada con todo... y solo falta una semana para lo del informe de la OFSTED... y no creo que vaya a tener tiempo libre... lo siento... si lo hubiera sabido antes, podría haber reorganizado mi agenda, pero, sinceramente, tengo muchísimo trabajo pendiente. No hay forma de...

—No importa —le digo—. De verdad. Está bien. En serio.

Dios, ¿qué es lo que le pasa? Unas vacaciones gratis a Las Vegas para asistir a la boda de su amiga y las rechaza por el puñetero informe de inspección de la OFSTED. Le hace falta un polvo tan desesperadamente que a veces me veo tentada de atarme un vibrador y hacerlo yo misma, aunque solo sea para oírla hacer algo que no sea planificar una clase o corregir trabajos.



—Vale —dice James—. Bueno... eso nos deja con un billete de más.

Miro a Maddie, que está todavía como una sartén burbujeante de nerviosismo.

—¿Y qué hay de Steve? —le pregunto.

Se le llenan los ojos de emoción. Aunque debo admitir que, al principio, me mostraba escéptica, Maddie y Steve el Soporífero, son oficialmente pareja. Y Maddie está realmente enamorada. Hace dos meses, Maddie decía que todos los hombres eran «pollitas andantes» intercambiables y ahora es mujer de un solo hombre, mujer de una sola pollita.

Se va de un brinco a su habitación para llamarlo desde el vestíbulo, y James y yo dejamos a Pip con su tarea, y nos vamos al dormitorio, yo aún con un nudo en el estómago.



SORPRESAS AGRADABLES Y DESAGRADABLES

James se sienta en la cama junto a mí y me pone la mano en la rodilla.

—Ella, tengo que decirte algo. Es sobre tu cumpleaños.

—¿Qué? —exclamo, preguntándome adonde se le habrá ocurrido llevarme.

—No voy a poder estar contigo.

Por un instante, no lo entiendo.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Quieren que haga un servicio a Los Ángeles.

—¿No puedes... librarte?

Vale, vale. Ya sé que os estoy dando una mala impresión ahora. Un poco egoísta ¿verdad? Es solo que, no sé, supongo que es mi peor defecto. Me gusta que los cumpleaños sean siempre algo especial. Y no solo me refiero a mis cumpleaños. Cualquier cumpleaños. Me gusta que sean lo mejor posible. Supongo que soy «cumple-adicta».

Pero no.

Porque la persona con la que más deseo en este mundo compartirlo no va a poder estar.

El nudo de ansiedad que me entró cuando Rob apareció se está convirtiendo en náuseas. Mis emociones están ahora totalmente mezcladas como un cóctel barato matador.

—Lo siento, Ella, pero este es mi primer vuelo como capitán. No existe forma de librarme. Lo siento.

Sé razonable, me digo a mí misma.

Si no puede librarse, no puede librarse.

—Vale, vale. Aún nos queda mañana.

Niega con la cabeza.

—No. Salgo mañana por la mañana. Tengo que estar en el aeropuerto a las ocho. Lo siento, Ella, no hay más remedio. Salgo mañana y volveré en el vuelo de vuelta al día siguiente, con un día de descanso de por medio.

No me mira a los ojos para decírmelo. Parece un alumno de trece años tratando de explicarme que se ha dejado los deberes en el autobús. Lo cual resulta extraño, dado que James (a su parecer) no ha hecho nada malo.

Por un extraño instante, me parece que está mintiendo.

—¿Me estás diciendo la verdad?

Se muestra incrédulo.

—Ella, ¿qué estás diciendo? Por supuesto que te estoy contando la verdad. ¿Por qué iba a mentirte en esto?

Observo su rostro perfecto y me pregunto de dónde sale esta inseguridad. ¿Me da miedo que sea demasiado bueno para mí? ¿O acaso me asusta otra cosa? Vuelvo a pensar en Rob y en la razón por la que habrá venido a verme.

—James ¿tú qué ves en mí?

—¿A qué te refieres?



—Me refiero a que: ¿tú qué ves en mí? Soy una pesadilla. Me pongo paranoica con algunas cosas. Por un momento, me ha parecido que me estabas mintiendo...

—¿Mentirte? ¿Por qué? ¿Por qué piensas eso?

—No lo sé.

—Ella —dice, poniendo su mano sobre la mía—. Yo no soy ningún mentiroso. No querías un mentiroso y no tienes un mentiroso.

Tiene razón.

Mi hombre ideal no puede ser un mentiroso. Y James es, científicamente, mi hombre ideal.

—Lo sé, es solo que...

—Ella, escúchame: no voy a mentirte. ¿Me comprendes? Ahora, si queremos que nuestro futuro sea tan largo y feliz como deseamos, nos va a hacer falta algo más de confianza el uno en el otro.

Confianza.

Siempre se me ha dado mal eso.

Desde que me enteré de que Papá Noel era el tío Eric. Y de lo del ratoncito Pérez. Y de lo de Milli Vanilli.

Ahora me está mirando a los ojos.

—¿Confías en mí?

—Sí —contesto, deseando que sea cierto—. Sí. Confío en ti.

Hago pucheros como si fuera un bebé.

—Es solo que... creía que tenías algo grande preparado, eso es todo.

Me lanza la sonrisa de un padre paciente.

—¿Puedo darte el regalo ahora?

—¿Ahora? ¿Lo llevas... lo llevas encima?

Se palpa el bolsillo.

—Justo aquí.

De repente, cualquier rastro de mi anterior estado de ánimo se esfuma y vuelvo a ser la niña de cinco años en Navidad después de haber tomado demasiado Sunny Delight.

—Oh... oh. ¡Uau!, ¿puedo?

Se saca un sobre blanco del bolsillo.

—Toma. Ábrelo.

—¿Me estoy portando mal?

—No, en absoluto. Vamos, ábrelo.

Le obedezco, rasgo el sobre con impaciencia con los dedos y saco seis entradas para un concierto de Elton John. En Las Vegas. Antes de la boda. En el hotel casino MGM Grand.

Oh, Dios mío.

Había oído hablar de ello.

Dicen que es el mejor espectáculo del mundo.

—¡Uau!... ¡Uau!...



—Me contaste que, cuando tocabas el piano, querías ser como Elton John. Dijiste que era el ídolo de tu infancia. Así que se me ocurrió comprártelas. Era eso o un álbum de los Scissors Sisters. Pero pensé que esto te gustaría más.

—¿Seis entradas?

—Para tus padres, Maddie y su novio, y nosotros dos. La comitiva de la boda, básicamente.

—Debe de haberte costado un riñón. Sonríe.

—Un riñón y medio hígado, sí.

Le doy un beso. Lo vuelvo a besar. Oh, diablos, otro más. —Supongo que eso significa que me perdonas. Por no estar en tu cumpleaños.

Algo en mi interior me dice que aún hay algo extraño en él esta noche, algo que Rob podría haberme explicado. Pero, cuando Goodbye Yellow Brick Road empieza a sonar en mi mente, me muestro más que dispuesta a achacar esa sensación a mi habitual paranoia.

—Sí —le digo—, supongo que sí.



LA SEGUNDA ESTUPIDEZ

El día antes de mi cumpleaños, cuando James está sobrevolando el océano Atlántico en dirección a Los Ángeles, cometo una estupidez. De nuevo. Llamo a Rob.

Tras unos veinte tonos, lo coge.

—¿Sí? —dice.

—Hola, Rob. Soy yo.

—Ella...

—Quería saber cómo estabas... tenías un aspecto horrible cuando viniste la otra vez. —Puedo escuchar su respiración a través del teléfono. Quiere decir algo, pero no lo hace—. ¿Qué ibas a contarme? —le pregunto—. ¿Antes de desaparecer?

Escucho de nuevo su respiración pesada.

—¿Dónde está... James? —me pregunta.

—Está haciendo la ruta a Los Ángeles.

—Ah.

—¿Por?

—Solo... por curiosidad.

—¿Rob? ¿Hay algo que quieras contarme?

Una pausa.

Después:

—¿Lo quieres?

—¿Qué?

—¿Lo quieres?

—Rob, ¿por qué me preguntas eso?

—Solo... quería saberlo. Solo necesitaba... saberlo. Por un momento, y solo por un momento, me pregunto qué pasaría si contestara «no». ¿Qué diría Rob? ¿Qué haría?

—Sí —le contesto—. Por supuesto. Voy a casarme con él.

Suspira y en su pesada respiración hay todo un mundo de pesar.

—Ella, lo siento.

—¿Qué?

—No debería haber ido a verte... fue un error.

—No, Rob, no pasa nada, fue...

—No, escucha, Ella —dice con repentina firmeza en la voz—. No creo que vuelva a verte más... Estuvo bien cuando viniste a verme y hablamos... de lo de mi padre, pero... —Duda, cada palabra es una herida auto-infligida—. Pero no debes venir más a verme, ni llamarme...

—Rob...

—Por favor, Ella. Lo siento. Es... es lo mejor. ¿Vale?

—Vale —contesto—. Si es eso lo que quieres, entonces de acuerdo.

—Bien.



—Adiós, Ella.

—Adiós.

Estoy a punto de colgar el teléfono cuando escucho su voz:

—¿Ella?

—¿Qué?—le pregunto, volviendo a colocarme rápidamente el auricular en la oreja.

—Feliz cumpleaños. Mañana.



LA CUMPLEAÑERA

Maddie puede ser la mejor y la peor persona que tener a tu lado el día de tu cumpleaños.

Depende de cómo te siente que te despierten con Steve Wonder cantando *Happy Birthday To Ya!* en el equipo de música a las seis y media de la mañana.

Incluso imita a Steve en el teclado.

No tengo ni idea de dónde saca la energía. Debe de funcionar con combustibles fósiles o algo.

—¿Qué hora es? —le pregunto.

—La hora de tu cumpleaños —me contesta, colocándome una tarjeta en mi somnolienta cara.

Genial. Tiene una chapa. «¡30 hoy!»

Me la coloca en el pijama raído y me da el regalo: «*La guía ruda de Las Vegas*».

—Gracias, Mad —le digo.

—*Pa* ti.

—¡Correo! —dice Maddie—. ¡Correo de cumpleaños! Voy yo.

Regresa con dos sobres y un paquete.

El paquete resultan ser dos pijamas de parte de mis padres, completándolo con unos ositos de peluche con vestidos estampados. Leo su tarjeta:

*Para Ella,
¡Feliz cumpleaños!
Siempre serás nuestra niña.
Besos.
Mamá y papá.*

A continuación, abro el otro sobre.

Maddie le echa un vistazo.

—¿Qué es?

Lo abro y leo la tarjeta que hay dentro:

*Escuela de Música St. Anthony
Clases particulares
Confirmación de las clases semanales de Ella Holt bajo la tutela de la señora Eleanor Jeffries.
Hora de las clases: martes de las 18.30 a las 19.30, semanalmente.
Duración: doce meses.*

Debajo de las letras impresas hay algo garabateado en letras mayúsculas: «LOVER» Y recuerdo lo que le conté a James.

Lo de la cosa de la que más me había arrepentido en toda mi vida: haber dejado el piano.



—Es de James —le explico.

—Pero si ya te dio tu regalo —dice Maddie—. Las entradas para ver a Elton John.

—Lo sé. Pero debe de haberme preparado esto para darme una sorpresa.

Casi me echo a llorar. Parece una tontería, pero es el regalo más bonito que nadie me haya hecho jamás. James debe de haberlo enviado para darme otra sorpresa, así que cojo el móvil y lo llamo.

Suena durante una eternidad y, entonces, lo coge una mujer.

—¿Sí?

Por un instante, me entra la paranoia.

—Eh... hola. ¿Está... eh, James?

Se pone James.

—Hola.

—Soy yo.

—Oh, Ella, hola. —Me resulta extraño. Suena tan nítidamente, como si estuviera en la puerta de al lado y no en el otro extremo del planeta.

Aguardo, esperando un «feliz cumpleaños», pero no llega.

—¿Quién era esa mujer? —le pregunto. Mi voz delata la paranoia.

—¿La mujer? Oh... oh, es solo una compañera de trabajo. Estoy con toda la tripulación en el hotel. He ido al bufet y me he dejado el móvil en la chaqueta. En la silla. Por eso lo ha cogido.

—Ah —contesto, sintiéndome idiota—. Ah. Vale. Perdona.

—Bueno —dice—. ¿Estás bien? Debe de ser muy temprano...

—Eh, sí —contesto, calculando que debe de ser muy tarde para estar comiendo en Los Ángeles—. Lo es. Solo te llamaba por lo del regalo.

—¿El regalo?

—Sí, el regalo. No tendrías que haberte molestado. No puedo creerlo. Es lo más considerado que han hecho por mí. De verdad. Compensa completamente que no estés aquí.

Se queda callado un rato. Debe de ser el retardo.

—Bueno —exclama, finalmente—. Sí, claro, eres especial, Ella. Sabía que era lo que querías.

Suena extraño.

Extraño, no sé de qué manera, no estoy muy segura. Pero definitivamente extraño.

El teléfono empieza a oírse mal.

—Se está cortando —dice.

—Sí. Vale. Gracias. Te quiero.

—Yo también te quiero. Adiós.

Más tarde, en el colegio hay otro sobre esperando para darme una sorpresa.

Está sobre mi mesa, en el aula en la que doy clases a los alumnos de último curso de secundaria.



*Para la señorita Holt,
Las rosas son rojas
Las violetas, azul
El chocolate es dulce
Como lo eres tú.
Feliz cumpleaños para la profesora más guapa
Del mundo.
Con amor,
?*

Me entra la risa.

No por la tarjeta, sino por el signo de interrogación.

No es que sea Sherlock Holmes, pero después de haberle corregido unas setecientas redacciones, puedo reconocer la letra quinceañera de Mark Dobson a cien kilómetros.



JUSTO EN MEDIO

Al día siguiente, James regresa hecho polvo de Los Ángeles. Voy a verle a su piso y, durante la charla poscoital, le cuento lo de la tarjeta.

—¿Y qué hiciste? —me pregunta; puedo escuchar como se le acelera el corazón.

Levanto la cabeza que tengo apoyada en su pecho y digo:

—Nada. No quise hacer nada. Está un poco encaprichado conmigo, creo. Es inofensivo.

—¿Encaprichado? ¿Por qué no me lo habías contado?

—Porque no tiene importancia. Vamos, es normal ¿no? Si te pones delante de una clase de chicos con las hormonas revolucionadas y encima tienes pechos, pues eso. Vamos, a esa edad, con solo escuchar la palabra falda se les pone tiesa.

James no dice nada, pero por la forma en que se le tensa el cuerpo y por la manera en que se muerde el labio, me doy cuenta de que no le hace ninguna gracia.

—¿A que no sabes quién me ha llamado hoy cuando estaba entrando por la puerta? —me comenta, unos instantes después.

—No lo sé. ¿Quién?

—Lara Stein.

—¿Qué? ¿Te ha llamado a casa? —Me pregunto por qué siempre lo llama a él antes que a mí.

—Sí. Me ha preguntado cómo iba todo. Quería que la informara sobre nuestros progresos.

—Ah —exclamo—. Bueno, ¿y qué le has dicho?

—Le he contado lo de la boda. En Las Vegas.

Me entra un mal presentimiento. Como si James tuviera algo más que contarme.

Estoy en lo cierto.

Es así.

—Va a asistir.

No lo comprendo.

—¿Qué?

—Va a asistir a la boda.

Lo comprendo.

—¿Qué?

—Ella y la neoyorquina flacucha estirada esa. Jessica nosequé.

—No. ¿Por qué las has invitado?

—No lo he hecho. En cierto modo Lara... se auto-invité.

Se me cae el alma a los pies. Llamadme anticuada, pero de alguna forma quería que mi boda familiar estuviese realmente compuesta por mis amigas y mi familia, no por una megalómana forrada que apenas sí sabe cómo me llamo y su flacucha compinche.

—¿Y qué podía hacer? —me pregunta—.Vamos, si no fuera por ella y por la Agencia Ideal no nos habríamos conocido.

—Tampoco es que vaya a pagarnos la boda.



—No... lo sé. Soy yo. Soy yo el que la va a pagar.

Y, por la cara que pone, veo que piensa que va a pagar la boda en más de un sentido. Me sienta mal, pero lo dejo pasar. De la misma forma en que él lo ha dejado pasar hace un momento.

—Ah —dice, acariciándome el pelo—. Y dijo que vendrían algunos medios.

—¿Medios?

—Va a enviar un comunicado de prensa o algo de eso. Va a preguntarle al hotel si les importa, pero piensa que no pondrán ningún problema.

Tras haber decidido dejarlo pasar, ahora estoy decidida a retomarlo.

—¿Preguntarle al hotel? ¿Preguntarle al hotel? ¿Y qué hay de preguntarme a mí? ¿Qué lugar ocupo yo en todo esto?

—Ella, vamos —dice, añadiendo un beso en la frente a sus diplomáticas caricias capilares—. Ya sabes cuál es tu lugar. Tu lugar es justo en el centro. Míralo de esta forma: la mayoría de la gente tiene que contratar un fotógrafo. Nosotros tendremos los nuestros gratis. Vamos... probablemente te hará sentir más especial, no menos. Y solo porque no lo teníamos pensado no significa que vaya a ser necesariamente malo. Creía que te gustaban las sorpresas... Creía que esa era la razón por la que has acabado conmigo. Confía en mí, será genial.

Con su beso final en la frente me gana.

—Vale —digo—. Confío en ti.



LA CLASE DE PIANO

La Escuela de Música St. Anthony está ubicada en un antiguo edificio Victoriano de ladrillo con aspecto de iglesia metodista.

Me recuerda a la escuela de música a la que iba en Leeds cuando tenía doce años y al entrar siento como si estuviera adentrándome de nuevo en mi infancia.

—Hola —le digo a la mujer que hay tras el mostrador—. He venido para la clase de piano con la señora Jeffries.

La mujer de rubicundo rostro me mira y sonrío. Tiene un cálido aire de cocinera.

—Ah, sí —dice—. Está al fondo del pasillo, la segunda puerta a la izquierda.

Sigo sus instrucciones y llamo a la puerta en la que se lee «Señora Eleanor Jeffries».

—¡Pasa! —dice una estridente voz desde el interior.

Obedezco a la voz y de repente me encuentro en una sala mucho más grande de lo que la estrecha puerta sugería.

En mitad de la sala hay un piano. No es uno de esos elegantes pianos, ni ninguna cosa ostentosa de ese tipo. Se trata de un viejo piano recto marrón con aspecto de haber conocido tiempos mejores. Exactamente igual que la mujer que está sentada junto a él en la banqueta, con una chaqueta de punto de lana verde, con un pelo canoso que le sale disparado por todas partes y unas gafas colgando a modo de collar.

—¿Ella Holt? —dice, moviendo nerviosamente la cabeza como un pajarillo, mientras me invita a pasar.

—Sí. Soy yo.

—Espléndido —dice—. Espléndido. Ahora, aparca tu trasero junto a mí y veamos qué manos tienes.

Me acerco y me siento a su lado en la banqueta del piano, mostrándole las manos.

—Espléndido —afirma—. Manos de pianista. Unos largos dedos perfectos... —Se percata de mi anillo y se pone las gafas—. ¡Madre mía! Esto es una proposición seria y lo demás son tonterías. Debe de ser empresario al menos. ¡Debes de haber encontrado un buen partido!

—Sí, creo que sí.

Sus delgados labios dibujan una sonrisa.

—De los buenos hay pocos y escasos. Estoy de acuerdo con Balzac. La mayoría de los maridos me recuerdan a un orangután tratando de tocar el violín. Yo misma debería saberlo: he tenido tres. Maridos, no violines.

Me río. Tengo la sensación de que esta mujer va a gustarme.

—Me casé con alguien que valía menos que yo —me cuenta con una sonrisilla picara—. Como todas las mujeres.

Empieza a tocar algo al piano y tiene los dedos más ágiles de lo que las manchas de la mano hubieran sugerido.

—Tocar el piano se parece mucho al matrimonio —dice, mientras suena la música—. Si piensas que la mano izquierda es el marido y la derecha la mujer.

Comienza a tocar las mismas notas con ambas manos.



—Si las dos manos hacen exactamente lo mismo, entonces no tiene mucho sentido. Se puede tocar una bonita melodía, pero al rato resulta bastante aburrido.

Entonces empieza a tocar dos melodías a la vez, una con cada mano.

—Por supuesto, si ambas manos tocan melodías completamente diferentes y no saben lo que la otra mano está tocando, entonces no funciona bien tampoco. Así fue mi segundo matrimonio.

Sus dedos cambian de posición, y empieza a tocar la melodía más armoniosa y hermosa que jamás haya oído.

—El truco está en dejar que las dos manos hagan lo que les corresponde, pero que en conjunto el resultado sea armonioso. Algo que es mucho más fácil en el piano que en la vida.

Concluye la melodía.

—Ahora —dice—, empecemos contigo. ¿Sabes leer una partitura?

—Un poquito. Di clases cuando era pequeña.

—¡Espléndido! —dice la señora Jeffries, pasando las páginas del libreto que hay sobre el atril del piano—. Empecemos con algo sencillo. Ah, sí, ya lo tengo. ¡Perfecto!

Se abre una página con una pieza titulada Daisy Bell, de Harry Dacre.

Comienzo a tocarla; mis manos se esfuerzan por ir a la par. Pero, lentamente, se mueven al son, y la suave y triste voz de la señora Jeffries comienza a cantar la melodía que se escucha por encima de las notas.

*Daisy, Daisy, dame una respuesta, ¡vamos!
¡Estoy medio loco por culpa de mi amor por ti!
No será una boda elegante,
No me puedo permitir una calesa,
¡Pero estarás encantadora
Sobre el asiento
De una bicicleta para dos!*

La señora Jeffries da unas palmadas.

—¡Eso ha sido espléndido, querida! ¡Sencillamente espléndido!



LA NOVIA DEL MONSTRUO

Esta es mi peor pesadilla.

Esto es lo que llevo semanas temiéndome, exactamente desde que el señor Amor me dijo que tenía que hacerlo.

Estoy, en este preciso momento, en la tribuna del colegio frente a un mar de rostros adolescentes. Los profesores están alineados a ambos lados del pasillo. Algunos padres y algún periodista local están sentados en el pasillo, que normalmente no se usa. Y aquí estoy, explicando como la única manera de conocer a mi futuro esposo es a través del milagro de la ciencia tecnológica del siglo XXI.

—Hace un tiempo, mi buena amiga, la señorita Hatfield, que está ahí sentada, me la jugó sin que me enterara... envió un... un... un cuestionario sobre mi... mi... mi... —Maldita sea, ¿qué es lo que me pasa? Me sudan las manos. Tengo la boca como un desierto. El corazón parece una metralleta histérica.

Sé que suena extraño, siendo profesora y todo eso, pero no se me da bien hablar en público. Hablarle a veinticinco púberes de quince años de Shakespeare es duro, pero ponerme frente a un millar de personas y hablar sobre mi vida amorosa es el doble de embarazoso. No, el triple.

Y entonces lo veo, detrás del grupo de padres al final de la sala. Es James. Me sonrío y me saluda con la mano. ¡Ha venido! Anoche, cuando se lo pregunté, me dijo que no podía. Me contó que tenía que ir al aeropuerto y ocuparse de algunos preparativos para mañana. Pero ahora está aquí. Le devuelvo el saludo. Como una idiota.

Todo el colegio gira el cuello a la vez para ver a quién saludo.

Las adolescentes que hay entre el público exclaman «¡Uauuuu!» y «Ooooh».

Me he perdido completamente.

—Yo... eh... ¿dónde estaba? Mi buena amiga Mad... la señorita Hatfield... —No pienso hacer esto sola. Miro a James, mi mirada grita «ayúdame». Pero, aunque esté entrenado para mantener la calma durante un secuestro terrorista a treinta mil pies, no hay forma de que tenga las agallas que hacen falta para hablar sobre su vida amorosa delante de toda esta gente.

—...Mi buena amiga, la señorita Hatfield...

Maddie se levanta.

No se lo he pedido, pero se levanta y recorre el pasillo, sube los escalones y sube a la tarima, como si estuviera preparado. Como si formara parte de la reunión.

—Sí —afirma con absoluta confianza—. Todo fue culpa mía...

Continúa explicando cómo ocurrió todo y yo voy añadiendo cosas. Cuenta toda la historia: desde el cuestionario hasta el viaje a Las Vegas, y la gente parece no haberse dado cuenta de la improvisación.

—Gracias —le digo más tarde—. Me has salvado la vida.

—Ey, al fin y al cabo fui yo la que te metí en todo esto.

—Será mejor que vaya a ver a James antes de empezar la clase de primera hora —le digo, percatándome de que está solo al fondo de la sala.

—Gracias por haber venido —le digo, al llegar hasta él—. He hecho el ridículo ahí arriba.



—Has estado genial —me dice, con poca convicción.

—Tengo que ir a clase, pero si quieres puedes acompañarme, está justo al lado de la puerta principal.

—Claro —contesta.

Así que salimos del salón de actos, pasamos junto a la biblioteca, nos cruzamos con un grupito de adolescentes que empiezan a soltar risitas tapándose la boca con la mano, nos cruzamos con el señor Amor («Una buena reunión, señorita Holt», me dice), pasamos junto a la sala de profesores, pasamos junto a los baños, y nos cruzamos con un grupo de quinceañeros, entre los cuales, casualmente, se encuentra Mark Dobson.

Al vernos, uno de sus compañeros grita:

—¡Dobo se muere de celos, señorita!

—¡Cierra la boca! —le chilla Mark, dándole un puñetazo en el brazo. Le da tanta vergüenza que se pone colorado y se mete corriendo en el baño de los chicos.

—¿Quién es ese? —pregunta James con acritud.

—Mark Dobson, el chico ese que te conté que me dejó una tarjeta por mi cumpleaños.

—Ah —exclama—. Ese. —Entonces echa una mirada a la puerta de los baños y añade—: De hecho, antes de irme, creo que voy a ir un segundo al baño, no tardo nada.

—James, tengo que irme a clase...

Pero ya ha desaparecido. Me da la impresión de que, en realidad, no tiene ninguna necesidad de ir al baño y que la verdadera razón por la que quiere entrar en el baño de los chicos es para enfrentarse con su potencial rival, Mark Dobson. Me quito esa estúpida idea de la cabeza. James no es de los que se sienten amenazados por un chaval de quince años enamorado. ¿O sí?

Entonces lo recuerdo:

«Mi hombre ideal debe quererme para él solo».

Se lo dije a Maddie.

Es lo que ella envió a la Agencia Ideal.

No, me digo, quitándome la idea de la cabeza, eso es una estupidez. Y, como para constatarlo, se abre la puerta de los chicos y James sale con sonrisa despreocupada.

—Bien —dice—, así está mejor.

A la hora de la comida, Maddie y yo hablamos a solas en la sala de profesores.

—Gracias por echarme un cable —le digo—, en la reunión.

—¿Para qué estás las amigas?

Le sonrío.

—¿Cómo está Steve? —me intereso.

—Está bien, muy bien, hemos llegado a ese punto en el que todo parece encajar.

Le explico mi teoría sobre el hada madrina de las relaciones.

—¡Exactamente! —exclama—. Es eso exactamente. Una mañana, te despiertas y sientes que todo está como tiene que estar sin que te hayas dado cuenta.



Llega Pip y se une a nosotras.

—¿Estáis en el reservado para parejas de la sala de profesores? —pregunta.

Maddie le lanza una severa mirada de profesora.

—Efectivamente. Sin novio no hay acceso. Así son las cosas.

Pip se sienta, medio riéndose por la broma mientras mordisquea una zanahoria.

—Son unos cabrones —afirma.

Inmediatamente, inferimos que con «son» se refiere a la mitad de la población que posee pene.

—No todos —asegura Maddie.

—No —dice Pip—. Todos y cada uno. Son unos cabrones cuando tienen quince años y siguen siéndolo con cincuenta. Te camelan con toda esa mierda que te dicen y salen corriendo en cuanto se te pone el culo gordo.

—Pip —le digo—. De las tres, eres la que tiene el trasero más pequeño, firme y coqueto.

—Pero si podrías partir nueces con el culo —añade Maddie.

—Gracias —le responde Pip—. Pero eso no cambia mi tesis. Los hombres piensan con la polla y jamás dejarán de pensar con la polla, y como piensan con la polla, a nosotras nos toca retocarnos las tetas, ponernos Botox y machacarnos en el gimnasio, solo porque nos aterroriza acabar siendo unas solteras solitarias con veinte gatos. Y, la única razón por la que nos da miedo, es por la mierda de canciones de amor, la mierda de películas y esa mierda de libros intentando hacernos creer que el hombre ideal existe. Pero todo eso no es más que una gran mierda. Lo siento, Ella, pero así es. Lo ideal es un concepto abstracto. En el mundo real, solo existe en forma de ilusión. ¿Cuál es la palabra? Una farsa, justo eso. Los hombres fingen ser mejores de lo que realmente son para tendernos una trampa y hacer que nos enamoremos de ellos, porque saben que, si nos diéramos cuenta de cómo son en realidad desde el primer momento, a estas alturas, todas seríamos lesbianas. Pero, sin embargo, todo el mundo culpa a su última pareja. «Oh, mi último novio era un gilipollas, pero yo estoy segura de que no todos son unos completos imbéciles.» Porque a todas nos da miedo creer la verdad. Todos los hombres son unos completos imbéciles. Cada mentiroso, cada infiel, cada idólatra de culos.

Concluye su discurso y su ensalada de zanahoria. Maddie y yo nos quedamos en silencio, atónitas mientras sale de la sala.

—Bueno —dice Maddie—, si alguna vez Pip se cansa de dar clase siempre puede conseguir un puesto de consejera sentimental.

Esa tarde, les leo un extracto de Frankenstein, de Mary Shelley, a los rostros inexpresivos de mi clase de segundo.

—«El ser dejó de hablar y me miró aguardando una respuesta. Pero yo estaba atónito, perplejo, incapaz de ordenar mis ideas para poder comprender lo que aquella proposición realmente significaba. Asintió.»

«Debes crear a una hembra para mí, con quien pueda vivir y compartir las necesidades de mi ser. Solo tú lo puedes hacer y yo te lo exijo como un derecho que no puedes negarme.»

Dejo el libro y me dirijo a la clase.



—Al final, Víctor Frankenstein acepta crear una compañera para el monstruo porque piensa que, de esa manera, dejará de ser violento. Pero cambia de idea y destruye a la hembra antes de terminarla. ¿Por qué cambia de idea?

Los miro y Lizzie Sprightly alza la mano. Gracias a Dios que ha vuelto. Ha estado sin venir casi un mes a causa de una laringitis y es la única que pone algún interés en la clase.

—¿Sí, Lizzie?

—Cambia de idea, señorita, porque la primera vez le salió mal... cuando creó al primer monstruo... creyó que sería perfecto, pero resultó no serlo. Así que piensa que si crea una compañera para él, podría salir mal aun cuando lo hace por una buena razón.

—Muy bien, Lizzie. Muy bien. Es exactamente por eso. El doctor Frankenstein ya no confía en la ciencia, ni en sí mismo. Es consciente de que sus buenas intenciones no le han servido para nada, así que destruye a la novia del monstruo antes de terminarla. —Pillo a Mark Dobson, que me está mirando y desvía su hasta hace un momento anhelante mirada—. Y, cuando el doctor Frankenstein la destruye, ni él, ni el monstruo que ha creado pueden ser felices. Bien, vale, ¿a quién le toca leer el siguiente extracto de la novela? Christopher, ¿quieres leer la siguiente parte?

Christopher Thompson se queda blanco. Al fin y al cabo, este chico es a la lectura lo que Pope es al snowboard.

—Página ciento sesenta y seis, Christopher. Segundo párrafo. Desde «El informe de la pistola». Y empieza.

—El informe... informe... de la pistola —risitas—, que traje... —Atrajo —le corrijo.

—Que atrajo una mu... muchedumbre... una muchedumbre a la habitación...

Tarda veinte minutos y la misma cantidad de risas para terminar el Párrafo.

Nada más terminar suena la campana, con la subsiguiente estampida en dirección a la puerta.

Mark Dobson, concretamente, va directo hacia ahí. Y es entonces cuando me percató. El desgarrón en la camisa.

—Mark —digo—. ¿Mark? ¿Podemos hablar un momento?

Por supuesto, esto provoca el murmullo habitual por parte del resto de la clase, como si le acabara de pedir salir al pobre chaval.

Se acerca con desgana, cabizbajo, con un aspecto aun más torpe de lo habitual.

—¿Qué te ha pasado en la camisa?

—Nada, señorita —murmura.

—Tienes un roto en la camisa.

No responde.

Le levanto la corbata y veo que también le faltan dos botones, y que se le ve el pecho.

—¿Quién te ha hecho esto? —le pregunto.

—Por favor, señorita. No ha sido nadie.

Suspiro.

—Vale. No ha sido nadie. Trata de no meterte en problemas.

—Sí, señorita. ¿Puedo irme?



Me parece raro que me lo pregunte. Normalmente, Mark siempre busca alguna excusa para poder verme y ahora está desesperado por largarse. Oh, bueno, supongo que debe de haberse pasado el enamoramiento.

—Sí, Mark. Puedes irte. Que tengas un buen trimestre.

Más tarde, haciendo la guardia en el patio, veo a Mark junto a Darren Bentley.

Mark está cabizbajo otra vez, haciendo lo posible por no mirarme. Al pasar a mi lado, dirigiéndose al campo de fútbol, Darren me lanza una mirada furiosa.

—¡Es un psicópata! —me grita.

Luego se marcha corriendo. Los dos.

—¿Darren? —lo llamo, preguntándome qué ha querido decir— ¡Darren, ven aquí!

Pero ya se han ido, se han perdido entre los demás chicos, que están jugando al fútbol.



DENTRO DEL ESPEJO

Maddie me mira y tuerce el gesto con desagrado. —Pareces... pareces una nube. Una nube. Esa es nueva.

Los últimos ocho vestidos han sido descartados por ser o demasiado ochenteros, o demasiado cortos, o demasiado largos, o demasiado pastelosos, o demasiado merengues, demasiado recargados, con demasiados brillos y demasiado «de boda» (una crítica un poco absurda, tratándose de un vestido de novia, pero, eh, se trata de Maddie).

Ahora, por lo visto, parezco una nube.

Cómo es posible que un vestido pueda hacerte parecer agua evaporada a gran altitud, no lo sé, pero, por lo que parece, voy a tener que probarme otro.

—¿Tienes algo que no me haga parecer... una nube? —le pregunto a la dependienta que lleva una chapita con su nombre, donde pone: «Wendy» y que, como todo el personal de La novia ruborizada, se encuentra en un estado de efervescente excitación, como si llevaran un orgasmatrón conectado a las bragas o algo así.

—¿Algo menos nuboso? —resuella Wendy—. Déjeme ver, déjeme ver, déjeme ver...

—Algo más sencillo —le dice Maddie—. Más clásico.

—Me caso fuera —le explico—. Va a ser una boda sencilla. Sin damas de honor ni nada de eso. Así que estoy buscando algo discreto.

—Un momento, un momento —dice Wendy, incapaz al parecer de decir las cosas una sola vez.

Desaparece de los probadores y sale a la tienda con su sonrisa desquiciada y con la cinta métrica colgándole del bolsillo trasero a modo de cola.

Unos instantes después, vuelve Wendy.

—Aquí lo tengo, aquí lo tengo —dice, sujetando un prometedor y sencillo vestido blanco con un cuello muy mono.

Entro con él en el cubículo y me lo pruebo. Me miro en el espejo que hay frente a la puerta y se me pone la piel de gallina.

Es muy bonito.

Me siento como si fuera otra persona, alguien diferente. Esa persona a la que solo veo en sueños.

Este. Esto es lo que llevaré puesto cuando pronuncie mis votos.

En ese momento, de repente, me viene un pensamiento. La semana que viene, a esta hora, ya estaré casada. Seré la señora Ella Master. Yo perteneceré a James y él me pertenecerá a mí.

Hay toda una vida entera esperándome. Todo un futuro que ahora está en el interior del espejo, donde hay una mujer vestida de blanco devolviéndome la mirada, con temor y esperanza a partes iguales en los ojos.



LA AZAFATA

—Al habla el capitán —anuncia James por el sistema de megafonía—. Quiero darles la bienvenida a todos los pasajeros a bordo del vuelo dos cero uno cinco procedente de Londres Heathrow, con destino a Las Vegas. La hora estimada de llegada al aeropuerto internacional de McCarron serán las cero cuatro y treinta en el Reino Unido, o a las veintiuna treinta, hora local. Yo, y el resto de la tripulación quisiéramos desearles a todos los pasajeros a bordo un feliz y tranquilo vuelo. Gracias.

Mi madre, en la primera fila, le da un golpecito con el codo a la mujer que hay sentada a su lado.

—Es mi yerno —dice con orgullo—. Bueno, lo será en un par de días... Mientras mi padre conecta los auriculares al agujerito del asiento y se pone a escuchar Clásicos para todos, mi madre se tira las siguientes ocho horas contándole a su desdichada compañera de asiento (una anciana repipi que parece haberse equivocado de vuelo) su biografía completa.

En los lujosos asientos de primera que hay detrás de mí, Jessica Perk le está explicando a la doctora Lara Stein todo lo que ha preparado con los medios para mi gran día.

—Hemos contratado a una productora de Los Ángeles para que lo graben. Llegan mañana. Y ya hemos hecho el comunicado de prensa y el photocalla los medios más importantes...

En el aeropuerto, la doctora Lara ya me había dicho que la boda iba a ser un «acontecimiento» mediático, pero es ahora cuando empiezo a darme cuenta.

—Vas a ser famosa —me ha anunciado.

De repente, me doy cuenta de que no quiero ser famosa. Vamos, yo creía que la razón de hacer una boda en Las Vegas era, precisamente, porque son rápidas, divertidas y bastante íntimas. Vale que es de esperar que alguien grabe un vídeo, pero no me esperaba que fueran a venir un equipo de grabación y un montón de periodistas.

Pero entonces asumo que debe de ser el precio que hay que pagar por haber conseguido los servicios gratuitos de la Agencia Ideal. Al fin y al cabo, sin ellos sencillamente no habría habido boda.

Y aun así, me siento extraña. Es como si yo fuera un extra en mi propia boda. Como si tan solo fuera la bola de nieve que desencadena la avalancha.

Estoy sentada junto a la ventana.

Maddie está a mi izquierda. A su izquierda está Steve el Soporífero.

—Oh, todo esto es tan emocionante —dice Maddie, tan emocionada, que está a punto de salir disparada del asiento—. No me puedo creer que esto esté ocurriendo. ¡Vas a casarte! ¡En Las Vegas!

Steve el Soporífero, parece bastante menos emocionado. Está leyéndose la revista del avión como si fuera el Santo Grial.

—Gracias por venir —le digo.

Maddie me mira incrédula.

—¡Ey! ¡Billetes gratis para Las Vegas! ¡Es una oferta que no se puede rechazar!

Sonrío.

—Y yo pensando que venías por la boda.



—Oh, sí —contesta, burlona—. Por supuesto. Claro.

En el despegue, le coge la mano a Steve.

Steve deja la revista en la rejilla del asiento y se suelta de Maddie. Se me empiezan a taponar los oídos, así que empiezo a abrir y cerrar la boca como un pez de colores.

—Se me taponan los oídos —le explico a Steve.

—A mí también —contesta.

Se saca dos tapones del bolsillo y se los coloca en las orejas.

—Protectores para los oídos —me explica, inclinándose—. Compensan los cambios de presión... —Y me imparte una pormenorizada conferencia sobre el comportamiento de la presión atmosférica y el funcionamiento de los conductos auditivos, explicándome cómo las diferencias de presión las provoca nosequé...—. Tengo dos de sobra, si quieres.

—No —contesto—. Voy a seguir con mi método del pececillo.

Steve continúa divagando sobre la ciencia de los protectores para los oídos y, por Maddie más que nada, me esfuerzo en aparentar que me interesa. Maddie aplaude mi esfuerzo y dice:

—Ignóralo. Se va a tirar así horas. —¡Maddie! No digas eso.

—No te preocupes —dice—. No nos oye con esas cosas en los oídos. De verdad, ¡es que no me lo puedo llevar a ningún sitio!

—Bueno, por lo menos, es capaz de subirse a un avión. Rob hiperventilaba solo con cruzarse con alguna señal indicando el aeropuerto. Me acuerdo de una vez que creyó que podría aguantarlo, así que se fue a la agencia de viajes de Thomas Cook para reservar unos billetes a no sé dónde. En cuanto el de la agencia dijo: «¿Desde dónde quiere volar?», salió corriendo...

Mis palabras se van apagando.

¿Por qué me acuerdo de Rob? No debería estar pensando en él dos días antes de mi boda y por la madre que me parió que no debería estar hablando de él. Pero recuerdo su fortaleza cuando fui a verle, después de que su padre muriera, y me siento mal por reírme de su falta de fortaleza, cuando de aviones se trata.

Al dejar Inglaterra bajo las nubes, me prometo a mí misma dejar atrás también todos mis pensamientos sobre Rob. Incluso los negativos.

Maddie me da un golpecito con el codo.

—¿Es cosa mía —me pregunta Maddie— o la azafata te está mirando?

Alzo la vista y está claro que la azafata que lleva el carrito de las bebidas a cuatro filas de distancia me está mirando fijamente. Bueno, «fulminando con la mirada» sería una descripción más exacta.

—¿Qué es lo que le pasa? —musito, metiéndome un chicle de menta en la boca.

—No lo sé. Puede que le den envidia los dulces. Parece hambrienta. Maddie tiene razón.

La azafata (que, por cierto, sigue mirándome) es un esqueleto andante. Dios sabe de qué talla será el uniforme. Difícilmente le entraría a un salchichón.

Vale, es guapa, eso no se lo voy a negar. Morena, unos pómulos que mataría por tener, labios gruesos (lo único que tiene grueso).

—Apuesto a que sabe quién eres —dice Maddie.

—¿Por?



—Bueno, apuesto a que está celosa.

—¿Celosa? ¿Por qué iba a estar celosa de mí un palo de metro ochenta?

—Probablemente le guste James.

—¿Qué?

—Vi un documental en la tele. Sobre unas aerolíneas. A todas las azafatas les gusta su capitán. Ahora que James ha ascendido a capitán, le va a gustar a todas. Será por el uniforme o algo de eso.

Le devuelvo la mirada a la azafata, que la desvía y se concentra en servir las bebidas. Lo malo de enamorarte del hombre ideal es que a otras les puede parecer igual de ideal. Pero puedo asumirlo. Vamos, supongo que debería sentirme halagada. Todo esto es infinitésimamente mejor que las miradas compasivas que me lanzaban antes las demás mujeres, cuando salía con Rob.

¡Ups!

He pensado en Rob.

Bueno, ya está. A partir de ahora, nada de pensar en Rob. En lo que tengo que pensar es en lo bonito que es estar con alguien que hace que las demás mujeres se mueran de envidia por primera vez en mi vida.



EL INCIDENTE DEL ZUMO DE NARANJA

—¿Quiere tomar algo? —Es ella. El esqueleto, con el carrito de las bebidas, que está haciendo verdaderos esfuerzos por no fulminarnos con la mirada.

—Eh, un vodka y una Coca-Cola —dice Maddie—. No, dos vodkas.

Le da con el codo a Steve.

—¿Quieres tomar algo! —pregunta, haciéndole señas.

Señala la lata de cerveza. Muy de Las Vegas, he de añadir.

Entonces, la azafata me mira luciendo una sonrisa tan falsa como su reloj de Gucci.

—¿Quiere tomar algo? —me pregunta.

Miro el carrito buscando algo que esté sellado, no vaya a ser que haya echado arsénico. Hay una pequeña lata de zumo de naranja *Britvic*.

—Un zumo de naranja, por favor —digo, con mi mejor voz de *Enid Blyton*⁸.

Mantiene la sonrisa y se inclina para coger un cartón de zumo y un vaso de plástico.

—Gracias —digo, cuando me entrega la bebida.

—No hay de qué.

Otra vez esa falsa sonrisa, para desaparecer por el pasillo y preguntarles a la doctora Lara Stein y a Jessica Perk si quieren tomar algo.

—Solo voy a tomar agua —dice Jessica.

—Oh, yo champán —dice la doctora Lara—. Estamos de celebración. Me echo el zumo en el vaso de plástico y empiezo a beber. Poco después, me da dolor de cabeza, así que dejo el resto del zumo de naranja en el vaso y me pongo a mirar por la ventana las suaves nubes que se ven abajo. Parecen irreales, las nubes. Son de esas adorables nubes con forma de ovejas que salen en los dibujos animados. Esas que rodean a los castillos de los cuentos de hadas en las películas de Disney. Se despeja el cielo.

El océano Atlántico resplandece como una plancha gigante metálica, a nuestros pies, a millas de distancia. Vuelvo a mi asiento.

Maddie ha cogido a Steve de la mano. Se la está acariciando, con el pulgar. Tiene la cabeza apoyada sobre su hombro y empieza a adormilarse.

Últimamente la he visto muy feliz y ya sé la razón. Puede que, teóricamente, ella y Steve sean incompatibles, pero hacen una pareja perfecta.

Oh, no. Ha vuelto.

La azafata flaca de los ojos con rayos láser.

—¿Han terminado con las bebidas? —nos pregunta.

Miro los vasos vacíos de Maddie y Steve y mi vaso de zumo de naranja a medias. Aún me sigue doliendo la cabeza, así que le digo:

—Sí, ya está.

Recoge los vasos de Maddie y Steve y alarga el brazo para coger el mío. Aprieta el vaso de plástico transparente con sus dos dedos huesudos y...

⁸ N. de la T.: Prolífica escritora inglesa, autora entre otras obras de *Los Cinco*.



—Oh. Oh. Lo siento —exclama, y empieza a secarme el zumo de naranja que me acaba de tirar encima—. Qué patosa soy.

Maddie, que se ha despertado, dice:

—¿Cómo es posible que le hayan dado trabajo a una patosa sirviendo bebidas?

La agarro del brazo.

—Maddie, déjalo.

Entonces le digo a la azafata:

—No pasa nada. No te preocupes. Ya lo hago yo. —Cojo el trapo y empiezo a frotarme la mancha.

—Lo siento —dice con falso apuro y se marcha por el pasillo.

Cuando ya no está, mi madre se gira desde su asiento y me mira los pantalones. Empieza a reírse.

—Oh, ¡pero qué has hecho! ¡Pero qué niña más torpe!

—Ha sido la azafata —le dice Maddie, lanzando su propia mirada láser hacia donde está el esqueleto.

Escalo por encima de Maddie y Steve y me dirijo encorvada hacia el baño para lavarme la mancha de zumo. Ya allí, me mojo los vaqueros, los froto y trato de secarlos con la toalla. Pero la toalla está colgada demasiado alto, así que lo dejo y abro la puerta. Si soy rápida, nadie se fijará en la mancha oscura que tengo en los vaqueros.

Pero, en ese momento, se oye por los altavoces:

—Al habla el capitán, estamos volando a una altitud de treinta mil pies y, si me prestan atención unos segundos, me gustaría compartir algo con ustedes...

Oh, no.

Oh, no, no, no, no.

No lo va a hacer.

Se lo va a contar a todo el avión.

Ahora no.

No con esta mancha. No estando de pie, mirando a toda la primera clase.

—Dentro de dos días me voy a casar con mi prometida, Ella Holt, en Las Vegas.

Maddie inicia el aplauso, chillando de alegría y señalándome. Todo el avión me mira.

—Está tan emocionada —escucho a mi madre decir a su anciana compañera de viaje.

—Ya veo —dice la anciana, mirándome la mancha.

Me tapo la zona de la entrepierna y me voy corriendo a mi asiento, pero una mano esquelética me coge del brazo. Es la azafata que me ha tirado encima el zumo.

—No se puede correr —dice, cambiando la sonrisa falsa por un gesto ceñudo muy real.

Cuando consigo volver a mi asiento, me paso las siguientes siete horas mirando por la ventana, preguntándome qué le pasará a la azafata.



LOVING LAS VEGAS

El avión desciende.

Tras millas y millas de oscuro desierto diviso el resplandor de Las Vegas, como una colonia espacial de neón en el horizonte.

Cuando nos acercamos, veo un montón de edificios gigantescos iluminados. Pirámides, rascacielos, castillos. Edificios que podrían ser más propios de los sueños que de un lugar real.

Lo cual, en realidad, resulta más que apropiado, ya que mi cuerpo continúa con la hora local de Inglaterra y cree que son las cuatro y media de la mañana. Todo el mundo a mi alrededor está dormido, así que todo está muy tranquilo. Bueno, excepto Jessica Perk, que está murmurando en sueños algo sobre tartas de chocolate y nata.

Pienso en James, muy despierto en la cabina, deslizándonos por la pista del aeropuerto.

Media hora después, contemplo el sueño de Las Vegas en primer plano y observo con la mirada cansada y los ojos inyectados el Strip, de camino al Bellagio.

El Bellagio, según mi guía de Las Vegas, es el hotel de cinco estrellas más grande del mundo. De hecho, es el segundo hotel más grande del mundo. Punto. Dice que los diez hoteles más grandes del planeta están todos en Las Vegas.

Y, sentada en el asiento trasero del taxi con Maddie y Steve (he quedado más tarde con James, mis padres van en el taxi que viene detrás), supongo que de eso se trata. Al pasar por el Strip una se siente como Alicia en el País de las Maravillas, como si te hubieras bebido una poción mágica que te ha hecho encoger.

Pasamos junto a un gigantesco hotel llamado Luxor, que tiene pirámides a escala real y una esfinge en la puerta. Pasamos junto a uno con enormes castillos estilo rey Arturo. Luego está el Nueva York con su

Manhattan en miniatura. La torre Eiffel y el Arco del Triunfo están un poco más adelante y, frente a ellos, nuestro hotel. El Bellagio.

¡Uau!

Es precioso.

El taxi se detiene tras pasar por un lago estilo italiano y una enorme fuente. El edificio principal, que está apartado de la carretera, no se parece a ninguna otra cosa en Las Vegas. No parece nada sacado de Disneyland. Es elegante, con vistas al lago y a las fuentes.

Todos los taxis se detienen.

Unos hombres con bonitos uniformes recogen nuestro equipaje y lo llevan a la recepción. Nos registramos.

La habitación de Maddie y Steve está en otra planta, pero la de mis padres está en el mismo pasillo que la mía.

—Puedes esperar a James en nuestra habitación, si quieres —me ofrece mi padre, al llegar a la puerta.

—No, estoy bien, lo esperaré aquí.

—Bueno —dice mi madre, muy espabilada, después de haber dormido en el avión—. Pero si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde estamos. —Mira a su alrededor—. Ey, ¿a que es muy elegante? ¡Me siento como la reina!



La habitación es magnífica. Nada ostentosa. Tiene un precioso vestidor con puertas correderas. Una increíble vista del invernadero, con sus flores. Me tumbo en la cama. Suena el móvil.

—Hola, soy yo.

Es James.

—¿Dónde estás?

—Sigo en el aeropuerto. Ha habido algunos problemillas. —El teléfono se queda en silencio, como si hubiera tapado el auricular—. Parece que voy a necesitar otra hora.

—Ah —contesto, tratando de parecer despreocupada—. No te preocupes. Es inevitable. El hotel es maravilloso, por cierto. Jamás había visto nada semejante.

Se oye una voz al fondo. Trato de no ponerme paranoica. A continuación, dice:

—Vale, bien. Bueno, será mejor que te deje. Adiós. Te quiero. Nos vemos en una hora.

Pero se me hace un segundo, porque me quedo dormida.

—Venga —me dice, como si dormir fuera algo destinado solo para los mortales inferiores—, vamos a quemar la ciudad.

«Mi hombre ideal debe tener toneladas de energía.»

—¿Es que no estás cansado —le pregunto— después del vuelo?

—¿Cansado? ¡Qué va! Aún tengo la adrenalina a tope. Venga... que la noche es joven.



MOMENTOS SURREALISTAS

La primera noche en Las Vegas cada uno se lo monta a su manera.

Y nuestra manera viene a ser pasear fuera, rodeando el lago.

—Aquí es donde nos vamos a casar —me dice desde lo alto de las escaleras que hay junto a las fuentes en elevación—. Justo ahí.

Observo la imagen. Las escaleras. El lago. Las fuentes. Los hermosos árboles. Me da un escalofrío.

—No puedo esperar.

—Bueno, señora Master. Tendrás que esperar. Pero solo un día más.

Después, cogemos un tranvía de madera que va al Venetian, un hotel próximo en el que han construido una Venecia en miniatura. Comemos en un magnífico italiano llamado Zefferino's y nos sentamos en uno de los ornamentados balcones que miran hacia el Gran Canal.

—¿Te apetece un paseo? —me pregunta James.

—¿Un paseo dónde?

—En una de esas —dice, señalando una góndola que porta a dos enamorados y a su cantarín gondolero, mientras pasan bajo el balcón.

—Eh... no sé.

—Venga. Vamos.

Y lo cogemos.

Resulta un poco cursi, especialmente cuando el gondolero canta *Oh sole mio* por decimoséptima vez, pero también es romántico. Nos cogemos de la mano, escuchamos la ópera, y nos acurrucamos en la estrecha barcaza.

—Mira —me dice James, señalando a otra góndola que se aproxima—. Mira quién está ahí. Son Maddie y Steve.

—Eoooo —se ríe Maddie.

—*Arrivederci* —le respondo riéndome al cruzarme con ellos.

Es un momento surrealista.

De hecho, los próximos dos días no serán nada más que una sucesión de veinte mil momentos surrealistas, uno detrás de otro.

El día antes de la boda parece preparado por Salvador Dalí.

En el bufé del desayuno, una resacosa doctora Lara Stein y una dicharachera Jessica Perk, animadísima tras pasarse la noche soñando con tartas de chocolate y nata, se apoltronan en nuestra mesa.

—Todo esto es enorme —me comenta la doctora Stein, con su chillona voz de pija—. Ya ha llegado el equipo de grabación. Algunos tipos del *Los Angeles Times*, un par de periodistas británicos, fotógrafos, un equipo de grabación...

Continúa largo y tendido enumerándome un alud de asistentes que no han sido invitados. Estoy desesperada por decirle que no quiero que venga nadie, pero no puedo. Bueno, puedo, pero no puedo. Al fin y al cabo, le debo mucho a la Agencia Ideal. Para empezar, James. Y todo esto forma parte del trato.



Los servicios gratuitos no me los dieron por nada. Se trataba de hacerse publicidad, eso ya lo sabía. Y además, ¿qué otra cosa puedo hacer? Venga ya, ¿pero la habéis visto? La doctora Lara con resaca no resulta muy agradable de ver, ni siquiera con las perlas, el bronceado y la dentadura perfecta. Preferiría meterme en una pelea con un doberman hambriento.

—Ahora escúchame —me dice, masticando una galleta salada con salami—. Apreciamos de verdad todo lo que estás haciendo. Y solo quiero que sepas que tienes opciones después de la boda. Opciones para entrar en la Agencia Ideal. Después de todo, es mucho más fácil promocionar un sueño si tú misma ya lo has cumplido. Vamos, mira a Jessica...

Miro a Jessica, que ahora parece menos animada.

—.. cuando la conocí tenía el tamaño de una casa. Y de una casa bien grande. Con doble garaje. Demasiadas tartas de nata. Un año con la dieta de Adelgaza y Triunfa y mírala ahora. Así que ¿quién mejor para director comercial de Adelgaza y Triunfa que alguien que adelgazó y triunfó? ¿Qué mejor manera de integrar la parte comercial con los clientes? Y, por supuesto, es una publicidad fantástica...

—Tiene sentido —murmura James, masticando una tostada.

—Así que, lo que estábamos pensando en hacer es apartar a Jessica de la Agencia Ideal y dejarla específicamente para la rama de Adelgaza y Triunfa, mientras que tú podrías ocupar su lugar en la Agencia Ideal-

Miro a Jessica, a la que se le ha quedado la mandíbula mucho más abierta de lo que es necesario para meterse el trozo de torta de arroz que le queda en el plato. Está claro que, como yo, ella también se acaba de enterar.

—.. Jessica ha estado corriendo de un lado a otro demasiado últimamente, y no me refiero a en el gimnasio, si me permites la broma, ¿verdad, Jessica?

—Bueno, eh, yo no... yo...

—Exactamente —añade la doctora Lara—. Así que, Ella, ¿qué te parece? Directora de marketing y publicidad de la Agencia Ideal. ¿Cómo te pillo?

Por la garganta, a decir verdad.

—Eh... bueno, no sé. No tengo cualificación.

—¡Cualificación! Diablos, no te hace ninguna falta. Cuando conocí a Jessica, era una completa inútil. ¿A que sí, Jessica? Apenas sí sabías cómo atarte los cordones de los zapatos. Bueno, a decir verdad, apenas podías verte los zapatos. Eso es precisamente lo que yo busco. Quiero coger gente en bruto y moldearla para convertirla en algo especial. Formar a la gente desde abajo...

—Eso suena bien.

Eso no lo he dicho yo. Ha sido James, que está hablando por mí. Le doy un golpecito con el codo por debajo de la mesa y digo:

—Suena bien. Pero yo ya tengo trabajo, soy profesora.

La doctora Lara se ríe como si hubiera dicho algo gracioso. Algo muy gracioso, porque aún sigue riéndose con esa voz de pija arrogante.

—Lo siento, pero no lo entiendo. ¿Qué es lo que te parece tan divertido?

—Bueno, es solo que no creo que estés entendiendo lo que te estoy ofreciendo. La enseñanza es una profesión muy noble y humilde, pero hay que admitir que no está muy bien pagada.

La doctora Lara continúa hablando, mientras Jessica me analiza con meticulosidad.



—El salario base son sesenta mil libras. ¿Y eso qué es? Tres veces lo que ganas ahora.

—¡Uau! —dice James.

Lo miro. Me acuerdo de nuestra primera cita, cuando me dijo lo increíble que debía de ser la enseñanza.

—Más los incentivos —añade la doctora Lara.

—Suenan genial. Eres muy amable por ofrecérmelo... me lo pensaré.

A James casi se le atraganta la tostada.

Jessica parece aliviada, mientras que la doctora Lara me mira como si acabara de aterrizar directamente de otro planeta.

—Bien —dice, desconcertada—. Piénsatelo.

La doctora Lara y Jessica se marchan y James se vuelve hacia mí.

—¿Qué es lo que te tienes que pensar? Suenan genial.

—Creía que te gustaba que fuera profesora.

—Y me gusta —responde—, de verdad. Pero, vamos, Ella. Sesenta mil libras. Es casi lo que gano yo.

Miro a James y, por un instante, no veo al hombre que amo, al hombre que me valora por lo que soy.

Pero soy demasiado supersticiosa como para empezar una pelea el día antes de mi boda, así que digo:

—Sí, lo sé, es mucho dinero. Me lo pensaré.

Pero no lo deja pasar.

—Pero son sesenta mil libras.

—En la vida hay otras cosas aparte del dinero —le respondo y mientras lo digo me percató de que afirmar algo así en un opulento comedor en el hotel casino más extravagante de Las Vegas no es el mejor lugar del mundo para demostrarlo.

—Vamos, tú no pilotas aviones solo por dinero, ¿verdad? Lo haces porque te gusta.

—No lo haría por veinte mil libras al año —responde.

Tomamos aire despacio.

Cuento hasta diez.

No pienso pelearme.

—No —digo—, quizá no lo harías. —Observo cómo se traga la tostada y lo repito, casi para mí—: Quizá no lo harías.



ELTON JOHN

Y llegan más momentos surrealistas.

Para empezar, ha habido un ensayo de la boda. El tipo que va a officiar la ceremonia, el maestro de ceremonias, tartamudea de la manera más rara que he visto. Solo en las pes. Debió de evitar decir palabras con pe en la entrevista de trabajo. Y su nombre es Kirk Fangler.

Lo cual está bien.

No es que sea «tartamudofóbica» ni tampoco tengo miedo a los nombres raros setenteros. No es eso, es solo que esta es otra de las cosas que no incluía la idea que yo tenía en la infancia de la boda perfecta. Ah, y lleva un traje morado. No resulta muy bonito a la luz del día.

—Bien, después de hacer los votos y de que yo os haya declarado marido y mujer, os besáis— nos explica—. Y justo en el pppppppppppppppppreciso momento en que os besáis, la fuente del pppppppppppatio que hay atrás estará ppppppprogramada para activarse, así que el momento va a quedar pppppppppperfecto.

¿Pero qué...?

Una fuente que se activa cuando te besas. Muy de Las Vegas.

Tras el ensayo, nos reunimos con todos. Bueno, con todos menos con la doctora Lara y Jessica, y nos tomamos algo en el hotel. Luego, volvemos a nuestra habitación, nos cambiamos y salimos para ir a ver a Elton John en concierto en el MGM Grand.

En cuanto entramos en el sitio, me figuro que «MGM» debe significar «Madre mía, es Grandioso y Monumental». En serio, hace que el coliseo de Roma parezca un baño público.

Afortunadamente, James nos consiguió entradas cerca del escenario.

Hace una noche estupenda. La pantalla de cine que hay detrás del piano de Elton muestra más partes del cuerpo desnudas de las que mi madre cree «estrictamente necesario», pero creo que mi padre no se ha divertido tanto desde... vamos, nunca.

Maddie es la primera persona del auditorio en levantarse y empezar a cantar, entre un público compuesto por veinte mil personas. Aunque se pone totalmente en ridículo cuando solo se la oye a ella gritándole a Elton que toque «la de El rey león».

Y entonces es cuando ocurre lo más surrealista de todo.

—¿Hay alguna Ella Holt entre el público? ¿Dónde está? ¿Dónde está Ella?

Levanto la mano y veo mi brillante cara colorada en la pantalla gigante tamaño Imax.

Multiplicad dirigir el claustro por ir con una mancha húmeda en un avión y ni se acerca a la vergüenza que me ha dado ahora mismo.

—Oh, ahí está —dice Elton—. ¡Hola, Ella! Saludad todos a Ella.

—¡Hola, Ella! —dicen todos.

—Bueno, como bien sabéis, normalmente no hago dedicatorias, pero Ella va a ser una excepción muy especial. Según mi buena amiga Lara Stein, Ella es la primera persona que ha utilizado los servicios de la Agencia Ideal para encontrar a su pareja ideal. Que, supongo, es el que está sentado a su lado. —Mira a James, que sale en la pantalla gigante—. Mmmm... no está mal. David, querido, ¡ten cuidado! De todas formas, esta es para ti... «I know it sounds funny...»

Creo que pasó eso.



No estoy muy segura.

Puede que me desmayara cuando tocó Crocodile Rock.

Es lo que tienen Las Vegas. Nunca sabes dónde termina la realidad y dónde empieza la ficción.

Pero lo más surrealista de todo es que, en veinticuatro horas, voy a casarme. Ella Holt se convertirá en Ella Master. Ella Master, suena tan raro..., me resulta raro pronunciarlo. Es como la primera vez que pruebas el marmite. O te encanta o lo odias, y aún no sé por cuál de las dos decantarme.



EL GRAN DÍA

Ya está.

En diez minutos, todo habrá acabado. Estaré casada con el hombre de mis sueños.

Me vuelvo.

Miro a mis padres, que me sonríen.

Veo a Maddie y a Steve el Soporífero, que parecen extrañamente apesadumbrados.

Veo a Lara y a Jessica, a los fotógrafos, a los periodistas y al equipo de grabación.

El mundo entero está viéndome.

Me vuelvo.

Kirk Fangler continúa hablando.

—Si alguna de las pppppppersonas aquí pppppppresentes conoce algún impedimento legal para que se celebre esta unión, que hable ahora...

Hay una voz en mi interior.

No.

Eso es lo único que me dice.

No.

Es una voz débil, pero cada vez suena más alto.

¡No!

Me acuerdo de lo que me dijo James.

¡No!

Lo de la teoría del elefante.

¡No!

Eso de que nuestro subconsciente siempre trata de desobedecer a nuestra conciencia, como un adolescente rebelde.

¡No!

Y eso es justo lo que está ocurriendo dentro de mi cabeza.

¡No!

Mi subconsciente está iniciando un motín.

¡No!

No es que tenga posibilidades.

¡No!

En sesenta segundos, estaré casada con James y mi subconsciente tendrá que acostumbrarse a la idea. Puede decir «¡No!» todo lo que quiera, pero, con eso, no cambiará nada.

—¡No!

La voz no está en mi cabeza.

La voz surge de las escaleras que hay junto a las fuentes.

James me mira.

—¡No!



—¿Qué es lo que pasa? —murmura, con un destello de furia en la mirada.

—No lo sé.

A James le entra el pánico. Mira a Kirk Fangler y dice:

—¿Podemos seguir con la ceremonia?

Kirk Fangler se mete un dedo en la oreja, como para desatascársela. A lo mejor se cree que la voz está sonando dentro de su cabeza. Oh, vale, ya parece que no se oye. Se reanuda la ceremonia. Kirk Fangler dice:

—Ahora, ya ppppppodemos ppppppproceder con los votos.

Se gira hacia James.

—Repita detrás de mí...

—¡No! ¡Parad! ¡No!

La voz ha vuelto. Ahora más alta. Y la acompañan unas pisadas fuertes, que corren subiendo las escaleras.

Reconozco la voz. Pero al hacerlo sé que no puede ser cierto. Me vuelvo.

Todo el mundo se vuelve.

Mamá, papá, Maddie, Lara, Jessica, los fotógrafos, los periodistas, los dos cámaras, el hombre que sujeta en el aire el micrófono enorme, todo el mundo. Todo el mundo ve que surge una figura por el lateral de las escaleras.

Lleva pantalones y una camisa azul claro. Está muy elegante. Eso me despista por un momento. Pero entonces me mira y no hay duda de que es él.

Es Rob.



ROB EL MATÓN

Al llegar sin aliento a lo alto de las escaleras, de repente, no sabe qué hacer. Puedo sentir su vergüenza como si fuera mía.

—¿Rob? —exclamo.

—¿Conoce usted a esta pppppppersona? —pregunta Kirk Fangler.

—Sí —contesto.

—¿Es un testigo? ¿Un invitado?

—No —contesta James—, no es ninguna de esas putas cosas. Los fotógrafos y los cámaras se acercan a Rob para tomarle un primer plano sin prestar atención a la doctora Lara, que grita:

—¡Dejen de grabar! ¡Dejen de hacer fotos!

Rob avanza lentamente.

—Ella —me dice—. Ella, ¿puedo... hablar contigo un momento?

James se gira hacia Kirk Fangler y dice:

—¿Dónde están los de seguridad? ¡Llama a seguridad y que lo saquen de aquí!

Rob se acerca.

—Ella, necesito hablar contigo.

Me he quedado sin palabras. Literalmente.

Trato de hablar, pero no lo logro. Buscar las palabras es como buscar agua en el desierto de Nevada.

Me debe de estar afectando el calor. Todo esto no debe de ser más que una alucinación. No es posible que Rob esté aquí ahora mismo. No puede volar.

No puede poner un pie en un avión sin creer que va a morir. No hay forma alguna de que reúna el valor para hacer un viaje de ocho horas en avión.

Este es el hombre que ha tenido que alquilar un piso bajo porque cuando se fue a ver el apartamento de la primera planta y se asomó por la ventana del dormitorio, le dio vértigo. Para Rob, treinta mil pies es algo inviable.

—Rob —digo—, ¿eres tú?

—¿Dónde cojones están los de seguridad? —exclama James.

Kirk Fangler se saca un walkie talkie de la chaqueta morada.

—Seguridad... seguridad... tenemos un problema en la terraza de ceremonias... necesitamos refuerzos inmediatamente. Tenemos un intruso. Tenemos un potencial sospechoso de terrorismo. Repito: necesitamos refuerzos inmediatamente.

Rob dice:

—Ella, necesito hablar contigo.

—Rob, ¿qué estás haciendo? Me estoy casando. Me estoy casando en este preciso momento. Y, ¿cómo sabías que estaba aquí?

Miro a Maddie. Miro al suelo, como respondiendo a mi pregunta.

—Ella, lo siento. Siento no haberte tomado en serio.

—¿Has hecho dieciséis mil kilómetros para pedirme perdón por no haberme tomado en serio?



—Sí—contesta—. Ya sé que te dije que no debíamos volver a vernos, pero fue porque...

—Rob, estoy en mi boda. Me estoy casando ahora. Por favor, Rob, no me hagas esto.

—Ya la has oído —dice James—, lárgate de aquí echando leches.

Rob me mira como jamás me había mirado antes. Como si su vida entera estuviera contenida en su mirada. Todo su futuro.

—Cometí un error, Ella. Un gran error. Pero no hagas tú lo mismo, joder.

James se acerca a Rob, que está junto a la fuente.

Las cámaras los rodean.

—Tendría que haber acabado contigo la otra vez —dice James.

La otra vez.

¿La otra vez?

Me viene a la cabeza el ojo morado de Rob cuando apareció en la puerta de mi casa. Y el desgarrón en la camisa de Mark Dobson.

—No me das miedo —exclama Rob—. Puede que me asustaras la otra vez, pero ahora no.

James y el resto de la comitiva se vuelven y ven venir a tres gigantescos guardias de seguridad corriendo hacia nosotros.

—Vamos, entonces —dice James, dándole la espalda ahora a la fuente—. Demuéstramelo. Pégame.

Rob está mirando justo en la otra dirección. Así que él es el único que no se ha percatado de los tres guardias de seguridad del tamaño de Schwarzenegger en 1984 que vienen corriendo hacia nosotros.

Echa el brazo hacia atrás.

Cierra el puño.

James le provoca.

—Venga. Hazlo. Veamos lo que puedes hacer.

Solo me da tiempo para decir «¡Rob! ¡No!» antes de que su puño aterrice en la mandíbula de James.

La fuerza del golpe hace retroceder a James, que se cae en la fuente.

Al caer, James se agarra de la camisa de Rob y lo empuja con él al agua.

Justo en ese momento, la fuente, que estaba programada para activarse en el instante en que James y yo nos besáramos y selláramos nuestra unión, empieza a lanzar chorros de agua al aire, que caen sobre los dos cuando sacan la cabeza para coger aire.

En ese momento, los guardias de seguridad llegan a la fuente.

Caen seis manos sobre la camisa de Rob, sacándolo a rastras de la fuente, mientras él empieza a toser y escupir agua.

—Me ha atacado —le dice James a los Schwarzeneggers—. Creo que me ha roto la mandíbula.

Esto no puede estar pasando, me digo.

Esto no puede estar pasando.

Los guardias de seguridad empiezan a llevarse a Rob a rastras.

—¿Adonde os lo lleváis? —les pregunto.



—No se preocupe, señora—dice el más grande de todos, un tipo con una mandíbula que dejaría a la de Buzz Lightyear en mantillas. —Nos ocuparemos de él.

Rob forcejea, pero no puede con los guardias de seguridad.

—¡Ella!—grita, chorreando, mientras tiran de él—. ¡Ella! ¡Te quiero!

Esto es increíble.

Durante un año de mi vida, lo único que quería escucharle decir eran esas dos palabras. Jamás sucedió. Ni una sola vez. Aunque estuviéramos los dos solos, jamás fue capaz de reunir el valor.

Ah, excepto ahora.

Ahora, no solo delante de mis padres, de mi futuro marido, de mi mejor amiga, de un maestro de ceremonias, de la séptima mujer más rica del mundo, de una exitosa usuaria de la dieta de Adelgaza y Triunfa, de un equipo de grabación y de tres guardias de seguridad. Finalmente, ha decidido reunir el valor. Me quiere.

Bueno, ¿no es estupendo?

¿No es «fanvegastásico»?

Rob desaparece dentro del hotel.

—¿Qué le van a hacer? —le pregunto a Kirk Fangler.

—No se preocupe, señorita, está todo bajo control.

James me mira, sujetándose la mandíbula. Miro a mi madre que... oh, Dios mío, se ha desmayado.

Voy corriendo hacia ella, cruzándome con los cámaras, con Lara Stein y con Jessica Perk.

Mi padre está arrodillado junto a ella.

—¿Kathleen? ¿Kathleen? ¿Kathleen? ¿Me oyes?

—¿Mamá? ¿Mamá? ¿Mamá?

Mi madre vuelve en sí.

Dice:

—Oh, vaya por Dios.

—Mamá, ¿estás bien?

Kirk Fangler trae una botella de agua y mi madre se pone de pie.

James se vuelve hacia mí y dice:

—¿Qué hacemos?

—¿Qué hacemos con qué?

—Con la boda.

—¿A qué te refieres? —le pregunto, mientras uno de los operadores me pone la cámara en las narices.

—Solo vamos a quedarnos dos días. Y el Bellagio no va a poder arreglarlo para que podamos...

—Mira a Kirk Fangler, que dice:

—El único hueco que tenemos es para dentro de dos semanas.

Miro las caras a mi alrededor.

Maddie, bendita sea, me está mirando, siente mi dolor.



La doctora Lara Stein también parece estar sintiendo algún tipo de dolor. El dolor de que la primera boda conseguida por la Agencia Ideal haya resultado ser un fiasco. Tiene la cabeza entre las manos y la agita mientras Jessica Perk se le acerca y le susurra algo al oído.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto a James—. Mi madre se acaba de desmayar. A Rob le están haciendo Dios sabe qué tres gorilas vestidos de uniforme. Acabas de salir arrastrando de una fuente. ¿Y aún quieres seguir con la boda?

—Bueno... sí...

Miro a mi madre.

—Mamá, ¿estás bien? —le pregunto en voz baja.

—Ya me recuperaré. En cuanto des el «sí, quiero».

—¿Qué? ¿Aún quieres que siga adelante con todo esto?

—Sí, claro que sí.

—¿Y tú, papá?

Mi padre se encoge de hombros.

—James se ha gastado un dineral. Yo me ofrecí a poner algo, pero no me dejó. Sería una pena malgastarlo.

La doctora Lara Stein surge tras sus manos y dice:

—Necesitamos que haya boda. Tiene que ser hoy.

Miro a Kirk Fangler, que nos pregunta:

—¿Qué queréis hacer?

Miro a Maddie.

Quisiera poder hablar con ella.

En mi vida había necesitado más el consejo de una amiga que en este momento. Pero no hay tiempo.

—Vamos a seguir con la ceremonia —le asevera James a Kirk Fangler.

Me coge de la mano y volvemos a nuestro sitio, con James chorreando y poniéndolo todo perdido.

La ceremonia se reanuda.

Kirk Fangler empieza a mover los labios y a emitir sonidos que, supongo, deben de ser palabras, aunque no estoy segura. Podría estar diciendo «bla, bla, bla» porque tengo la cabeza en otro sitio.

No puedo dejar de pensar lo mismo una y otra vez.

Ha cogido un avión.

Ha venido a Las Vegas.

Me ha dicho que me quiere.

Resuena en mi cabeza.

«Te quiero.»

«Te quiero.»

«Te quiero.»

Alzo la vista y miro a James. Dispuesto a comprometerse a pasar vida entera a mi lado.

Es perfecto, me digo.



Es mi hombre ideal.

—Bla, bla, bla —dice Kirk Fangler.

James es mi media naranja. Es un hecho científico. No se puede rebatir a la ciencia. No cuando está de parte de la séptima mujer más rica del planeta. Y de un equipo de grabación. Y de mis padres.

No, Ella.

Tienes que calmarte.

Te vas a quedar donde estás.

Vas a hacer lo que todos quieren que hagas. Lo que tú quieres.

Te vas a casar con el hombre de tus sueños. De un momento a otro.

Lo amas.

No amas a Rob.

Rob es un vago.

James es un atractivo piloto que cumple todos tus parámetros. No puede ser que ames a Rob. No puede ser que ames a Rob.

Es científicamente imposible. El doctor nosequé me lo dijo. El doctor Fischer. En el laboratorio del amor.

Una voz interrumpe mis pensamientos.

—¿Ella? ¿Ella? ¿Ella?

Es James. Debe de tocarme hablar.

Miro a Kirk Fangler y luego a James, al que se le está empezando a secar la camisa con el sol. Me vuelvo. Vaya pesadilla, con todos esos rostros expectantes. Oh, no.

Sé que voy a hacerlo.

Y no me equivoco. Lo hago.

Antes de poder impedirlo, me alzo el vestido y empiezo a correr hacia el hotel, en busca de Rob.



EL ESPECTÁCULO GRATUITO

—¡Espera! ¡Ella! ¿Dónde vas?

Es James, que viene corriendo detrás de mí, hacia el hotel.

—Lo siento —le digo—. Dile a todos que lo siento. No puedo hacerlo. Hoy no.

Le cambia la expresión de la cara.

—Es por él, ¿verdad? Te vas con ese cerdo grasiento, ¿verdad?

—No —le digo—. No. No. Y no lo llames así.

—Ah, intenta partirme la puta cara y no pasa nada, pero si yo digo que es un puto cerdo grasiento, entonces soy un indeseable.

—¿Por qué dices palabrotas? Nunca lo haces.

—¿Ah, no? ¿Ah, no? Bueno, disculpe, Mary Poppins. Lo siento jodidamente mucho.

Y empieza a reírse. ¡A reírse!

—Y me ha dado un puñetazo en toda la cara. Ya estamos en paz. ¿Es por eso? ¿Te largas de nuestra boda por eso? Te llevo en un avión a Las Vegas. Os llevo a ti y a tu familia al concierto más caro de la faz de la Tierra. Pago la mejor boda. ¿Qué es lo máximo que te llegó a comprar él? ¿Una pizza? ¿Un kebab? ¿Un vodka con cola? ¡Me cago en la puta, Ella!

—Esto no es ninguna subasta. No estoy disponible para el mejor postor.

—No —contesta, mirando el vestíbulo, con los kilómetros de máquinas tragaperras y ruletas del casino—. Contigo, la cosa se parece más a todo esto. Te lo juegas todo y, al final, te largas sin nada.

La mitad de la boda está ahora aquí.

Mi madre. Mi padre. Maddie. Steve. Los periodistas.

Algunos de los clientes del hotel nos están mirando. Otro más de los espectáculos de Las Vegas.

—No voy a dejarte. Solo quiero ver cómo está Rob.

No espero a que James me responda. Me vuelvo y me voy corriendo por el vestíbulo hasta que veo a uno de los guardias de seguridad.

—¿Dónde está Rob?

—¿Disculpe, señora?

—El hombre. El que han sacado a rastras de la fuente.

—No se preocupe, señora. Se lo hemos entregado a la policía.

—¿A la policía? Oh, no. Tengo que encontrarlo. Tengo que hablar con él. ¿Dónde puede estar?

El guardia de seguridad me lanza una dura mirada. De hecho, todo en él es duro.

—En la comisaría de policía de Las Vegas. Me imagino que lo habrán encerrado.

Todo esto es una pesadilla. Es eso. Estoy teniendo una pesadilla. Y ni siquiera es mi pesadilla. Es la pesadilla de otra persona. Soy producto de la tortuosa imaginación de otra persona. ¡Despierta! ¡Despierta!

—¡Ella! ¡Ella! —Es Maddie. Viene corriendo por el vestíbulo hacia mí. James y todos los demás están parados más atrás, esperando a que vuelva.

—Tengo que encontrar a Rob —le digo a Maddie cuando me alcanza—. Está en el calabozo.



—¿Y qué pasa con tus padres? ¿Qué pasa con todos?

Los miro. Todos están furiosos conmigo. Están esperando que recupere la cordura. Pero tengo las mismas ganas de volver a cruzar ese vestíbulo como las que tendría un cristiano de entrar a un coliseo plagado de leones hambrientos.

—Pueden esperar —le digo—. Tengo que encontrar a Rob.

Maddie me mira como si yo estuviera loca. Qué demonios, vale, estoy loca.

—Voy contigo —me dice—. Si te encierran en un calabozo vestida de novia, puede que necesites algo de apoyo.

—Vale —le digo—. Vamos.

En cuanto comenzamos a caminar hacia la parada de taxis, empiezo a oír voces tras de mí. Mi padre, James, la doctora Lara.

—¿Ella?

—Vuelve.

—¡Necesitamos una boda!



LA COMISARÍA DE POLICÍA Y EL HOMBRE DE LA CUCARACHA

Las Vegas no está hecha para el día.

Por la noche, cuando está arropada tras un mundo de luces de neón resulta impresionante. Pero bajo el sol del desierto es como una drag queen a la que se le empieza a caer el maquillaje.

El taxi atraviesa el bulevar de Las Vegas. Vamos pasando por hoteles y casinos gigantescos. Falsas pirámides. Falsos castillos. El falso horizonte de Manhattan. El falso volcán y la falsa torre Eiffel. Dejamos atrás capillas, auditorios y turistas obesos.

—Lo siento —se disculpa Maddie—. Todo es culpa mía.

—No, no lo es —le digo. Aunque sí, sí lo es.

—Jamás debí haber hecho nada a tus espaldas. Ya sabes, contarle a Rob lo de la boda.

—No importa.

—¿Qué va a pasar?

—No voy a dejar a James —le digo.

Hace un gesto con la boca, incrédula.

—Que no. Solo tengo que asegurarme de que Rob está bien. Se lo debo.

—Le ha pegado un puñetazo al hombre con el que te vas a casar. No le debes nada.

—Se ha montado en un avión.

—¿Qué?

—Rob no puede volar. Pero ha cogido un avión y ha venido hasta aquí.

Maddie me mira como si estuviera hablando en gaélico.

—Vale, ha cogido un avión. Eso lo explica todo.

Llegamos a la comisaría de policía.

Tenemos que sentarnos y esperar.

El hombre que hay a mi lado, que tiene la cabeza entre las piernas, está borracho. Huele mal. Y me habla.

—Es una cucaracha —me dice. No tengo ni idea de quién es una cucaracha, pero insiste mucho en ello—. Es una vil cucaracha mentirosa. ¡Cucaracha! ¡Cucaracha! ¡Cucaracha!

—Gracias por haberme acompañado —le digo a Maddie—. No sé si habría podido arreglármelas sola con el hombre de la cucaracha.

—Eh —me dice—, ya me conoces. Haría cualquier cosa por un poquito de dramatismo.

—Sí.

Maddie, por un instante, me mira seria.

—¿Eres consciente de lo que has hecho allí? Lo de largarte de la boda. ¿Eso... eso ha sido solo hoy o es más, pues eso, más grave?

—No lo sé —le respondo—. No lo sé. Supongo que ha habido algunas cosillas. Detalles. Cosas mías.

—¿Qué tipo de cosas?

—¿Sabes quién es ese de cuarto? Mark Dobson. Ese tan tímido. Ese que es tan mono. Siempre va con Darren Bentley.



—Sí, ya sé quién dices. Le quedan muy bien los pantalones cortos.

—Maddie, que es menor de edad.

—Ya lo sé. Solo era un comentario. En el campo de rugby tiene buena... pinta.

—Bueno, pues resulta que le pasa algo conmigo.

—¿Algo?

—Sí. Me envió una tarjeta. Con un poema. No te lo conté en su momento porque no quería darle más importancia de la que tiene. Me dio un poco de pena, la verdad.

—¡Qué perra con suerte! Yo nunca les gusto a los alumnos, ni siquiera cuando me pongo la camiseta esa, ya sabes, esa que enseña... bueno, perdona, ¿qué me decías?

—Sí —le contesto—. Bueno, el caso es que se lo conté a James, que reaccionó de una forma un poco extraña y, ¿te acuerdas del día ese que me echaste un cable en el claustro?

—Sí.

—Bueno, pues James lo siguió hasta los baños. Y creo que... le hizo algo.

A Maddie se le ponen los ojos como platos.

—¿Qué quieres decir con que le hizo algo?

—Después vi que Mark tenía un desgarrón en la camisa. El mismo día. Y parecía acojonado. No le di importancia en ese momento, pero creo que James lo amenazó. Ya sabes... lo agarró de la camisa y lo empujó contra la pared o algo por el estilo.

—No —exclama Maddie—. No creo. Mark no es tan tímido como parece. Siempre se está metiendo en peleas. Podría haber sido cualquier

—Sí —digo, con la esperanza de que esté en lo cierto—. Estoy segura de que tienes...

Antes de que me dé tiempo a acabar la frase, un policía llamado Raymond se acerca y nos explica la situación.

La situación es esta: el único modo de poder hablar con Rob y la única forma que tiene Rob de salir del calabozo es pagando la fianza.

—¿De cuánto es? —le pregunta Maddie al agente Raymond.

—Diez.

—¿Diez dólares?

Raymond suelta una carcajada.

—¡Qué gracia!

La risa se desvanece.

—Diez mil dólares. En metálico.

Entre las dos, Maddie y yo, calculamos que tenemos acceso inmediato a ciento quince dólares.

—Lo cual significa que solo nos faltan nueve mil ochocientos ochenta y cinco dólares —calcula Maddie, ejerciendo de profesora de Matemáticas.

—¿Qué hago? —le pregunto.

—Pídeselo a tus padres.

—No.

—¿A James?

—Doble no. De ninguna manera.



Agranda los ojos y dice:

—Estamos en Las Vegas. ¿De qué forma podemos ganar diez mil dólares en Las Vegas?

Las palabras de James resuenan en mi cabeza.

«Te lo juegas todo y al final, te largas sin nada.»

Trato desesperadamente de dar con otra solución, pero no se me ocurre nada.

—¿Dónde está el casino más cercano? —le pregunta Maddie al agente Raymond.

—El Golden Nugget. A un kilómetro de aquí, bajando por la calle Fremont —dice, mirándonos con extrañeza.

—Vale —dice Maddie, volviéndose hacia mí—. Vamos



EL GOLDEN NUGGET

El casino no tiene nada que ver con el Bellagio.

El Bellagio es el tipo de casino al que va gente que no repara en el precio de las cosas que suele salir en las películas. Es el tipo de sitio en el que esperas ver a Robert De Niro paseando orgulloso mientras Sharon Stone tira los dados embutida en un vestido de lentejuelas de un millón de dólares. En el Bellagio, incluso las máquinas tragaperras son elegantes, empotradas en mostradores de mármol.

Pero el Golden Nugget está en el centro de la ciudad. Y el centro de Las Vegas está plagadito de gente con pinta de salir en los carteles de «Se busca».

Entrar en el casino es como adentrarte en un dolor de cabeza. Para empezar, el ruido.

Monedas vomitadas por máquinas, gruñidos y chillidos en torno a las mesas de juego, gente que ha perdido gimoteando en el bar junto a una copa, música folk distorsionada saliendo por los altavoces.

Luego está el aspecto del sitio.

Un laberinto de máquinas tragaperras horteras y mesas cutres de juego, bajo una densa nube acre de humo de cigarrillos.

La moqueta parece que la diseñó un ciego mareado al que empezaron a dar vueltas muy rápido y después le dieron una brocha. Además, está llena de colillas aplastadas, circulitos lisos de chicle, cerveza derramada y otras cosas que no quiero ni identificar, especialmente teniendo en cuenta que llevo puesto el vestido de novia.

—Viva Las Vegas —musito junto a Maddie, mientras observamos el dolor de cabeza tridimensional que tenemos ante nosotras.

—Bueno —contesta—. Las probabilidades son exactamente las mismas que en cualquier otro sitio.

Sonríe. Sonríe de verdad. No me puedo creer que esté disfrutando con esto.

—No te preocupes —me dice—. Mi segundo nombre es Rica.

—¿Ah, sí?

—Bueno, no. Es Rita. Pero solo se diferencia por la te.

—Bueno, vale, ¿qué hacemos?

—Vamos a por chips.

—No tengo hambre.

—No, chips. Son las fichas de plástico que se usan para apostar.

—Ah, vale.

Nos adentramos en la nube de humo, entregamos el dinero en una de las ventanillas y nos dan las fichas. Al tío que está cambiando al lado nuestro le dan una tonelada de fichas rojas y azules. A nosotras, apenas nos dan fichas suficientes para jugar decentemente al Conecta 4.

—Vale —dice Maddie—. Vamos a jugar a la ruleta.

Nos dirigimos a la mesa de juego más próxima. Una muchedumbre de hombres con sombreros de cowboy vestidos con diferentes tonos de ropa vaquera observan a Maddie mientras coloca las fichas en diferentes números. Luego empiezan a mirarme el traje de novia.



—¿Sabes lo que estás haciendo? —le pregunto a Maddie, tratando de ignorar las miradas.

—Una vez, me emborraché en el ferri de Ámsterdam y había un casino —me cuenta Maddie—. Me tiré toda la noche jugando.

—¿Ganaste algo?

—Nada. Pero me acabé tirando a un tipo que se llamaba... oh, no me acuerdo cómo se llamaba. Me lo tiré por tirármelo, en mi camarote. No sé por qué, pero no paraba de llamarme Stacey.

Por mucho que me guste el tema de las aventuras náuticas de Maddie, este no es el momento. La rueda se acaba de poner en movimiento.

—Queremos que salga el rojo —me informa Maddie—. Nosotras queremos que la bola caiga en el catorce o en el treinta. Bueno, en realidad... creo que tiene que caer en el catorce o en el treinta.

—Vale —digo, cerrando los ojos.

La rueda continúa girando y empiezo a rezar.

El catorce o el treinta...

El catorce o el treinta...

Venga, el catorce.

Venga, el treinta.

La rueda empieza a detenerse. Ahora puedo ver los números. La bola de plata empieza a corretear por fuera de la rueda, como un bailarín en un salón eligiendo a su compañera de baile.

Empieza a ir más despacio.

Pasa por el catorce.

Pasa por el treinta.

Vuelve a pasar por el catorce de nuevo. Pasa por el treinta. Pasa por el catorce.

Dieciséis... dieciocho... veinte... veintidós... veinticuatro... veintiséis.

Cae en el veintiocho.

No, no, me he confundido.

¡Ha caído en el treinta!

¡En el treinta!

Maddie, que está al lado mío, empieza a dar saltos. Los vaqueros la miran como si estuviera loca. Lo cual, por supuesto, es cierto.

—¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado!

Nos acercan un puñado de fichas negras.

—¿Cuánto es eso? —le pregunto a Maddie.

—Diez veces lo que apostamos.

—Unos mil dólares, entonces.

—Exacto. Nos hacen falta nueve mil más. ¿Qué? —Maddie guiña los ojos, pues el alboroto de la mesa de al lado no la deja oír bien.

—¿Y qué pasa con los nueve mil restantes?

—Ocho mil ochocientos cincuenta, para ser exactos. Los vamos a ganar.

—¿Qué?



—Estamos en racha.

Oh, oh.

Ha puesto esa mirada.

La misma que puso cuando me obligó a ir a lo de las citas rápidas. La mirada de loca.

—Las apuestas están hechas, Maddie.

—Hay que jugársela.

—Eres profesora de Matemáticas. Se supone que debes creer en la probabilidad.

—Bueno ¿qué opción vas a tomar? O tu ex novio se queda ahí o se lo llevan a la cárcel del condado y se lo comen vivo un montón de asesinos en serie de dos metros con bigotes gigantes...

El asesino en serie de dos metros con bigote gigante que hay junto a nosotras mira a Maddie como si estuviera preguntándose si cabrá en el maletero de su coche. Le sonreímos como dos niñas y él vuelve a centrarse en la ruleta.

—O eso, o nos arriesgamos. Es como cuando fuiste a la Agencia Ideal.

Arriesgarse.

Al escucharla pronunciar esas palabras, me doy cuenta de todo. La ciencia no importa.

Ni importan los test de compatibilidad que te obliguen a hacer. Ni importa que todo el mundo te diga que estáis hechos el uno para el otro.

El amor es siempre una apuesta.

El corazón es como una de esas bolas que giran alrededor de una ruleta y nunca sabes dónde va a acabar.

No hay forma de predecir lo que vas a sentir.

Ni siquiera cuando crees que va a ser algo real, aun así puede acabar siendo tan falso como un lago italiano en Las Vegas.

En este momento, lo único que quiero es ver a Rob. Necesito saber exactamente por qué está aquí.

Y, a su vez, sé que es un error.

Debería volver al hotel e intentar arreglar las cosas con James. Debería estar dando la cara delante de mis padres y darle al equipo de grabación lo que han venido a ver.

Maddie pone todas las fichas sobre la mesa.

Otra vez, necesitamos que salga el catorce o el treinta.

Hacen girar la ruleta.

Cierro los ojos y rezo porque algún dios esté de mi parte.

—¡Vamos, catorce! —grita Maddie—. ¡Vamos, treinta!

Me imagino a Rob en el calabozo. Me lo imagino rodeado de psicópatas, borrachos y Ángeles del Infierno haciendo flexiones. Siento el miedo en el estómago. Su miedo.

¡Vamos, catorce! ¡Vamos, treinta!

Abro los ojos.

La ruleta se va parando.

Todos los vaqueros se inclinan sobre la mesa, gritándole órdenes a la bola.

La bola cae en el treinta. ¡Hemos ganado! Oh, no.



Ha saltado fuera. No podía ser tan perfecto. Cae en el treinta y uno. Y se queda ahí.

Maddie me mira completamente desesperada.

—Lo siento... Lo siento... Lo siento...

El hombre de dos metros con el bigote empieza a soltar hurras y a recoger sus fichas de la mesa.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le pregunto.

Pero, al hacer la pregunta, sé que no tenemos opción. Vamos a tener que dejar a Rob, sea lo que sea lo que le espera tras los barrotes. Tenemos que volver al hotel. Afrontar la situación.

Empezamos a caminar entre la nube de humo y salimos del casino. A la luz del sol.

No tenemos dinero para un taxi. Ni para nada.

Me pongo las manos en la cabeza.

Soy consciente de lo tonta que debo de parecer, ahí parada en la cuneta de una carretera vestida de novia. Una novia fugada.

—Venga —le digo a Maddie y empiezo a caminar de nuevo hacia la carretera—. Vamos.



EN LA CASA DE EMPEÑOS

El viejo jorobado de la tienda de empeños se coloca el pequeño microscopio que usan los joyeros y observa la esmeralda.

—No me puedo creer que estés haciendo esto —dice Maddie.

No contesto. Yo tampoco me puedo creer que lo esté haciendo.

—¿Qué le vas a decir a James?

—Eh, ¿que se me ha caído? ¿Que... me han atracado?

Se me cae el alma a los pies. Sé que no hay nada que le pueda decir. Porque es lo que pasa con los anillos: son simbólicos. Cuando me lo dio, era un símbolo de su compromiso conmigo. De su deseo de pasar el resto de su vida a mi lado.

Y ahora estoy aquí, empeñándolo para salvar a mi ex novio, ¿y eso qué simboliza? ¿Me estoy deshaciendo de James al deshacerme del anillo?

—Debo confesar —dice el anciano— que es una buena pieza.

—¿Cuánto vale? —le pregunta Maddie.

—Yo diría que unos siete mil —contesta, haciendo un chasquido con la boca como si estuviera mascando tabaco. —No nos vamos de aquí con menos de diez.

El hombre se quita el microscopio del ojo y desvía su atención del anillo a Maddie. Al percatarse de que ella también es una buena pieza, se da cuenta de que no tiene sentido tratar de tirar por lo bajo.

—Esperad aquí.

El anciano se va cojeando a la trastienda. Desde su radio, que sintoniza una emisora de que no puede llamarse de otra manera que Ironía Trágica, se escucha una versión de *Can't Buy Me Love*⁹.

—James va a matarme.

—No lo hará.

—Podría.

—Bueno, pues no lo hagas. Dile al tipo este que quieres tu anillo. Si es eso lo que quieres. Tiene razón.

Es decir, ¿por qué estoy haciendo todo esto?

Yo no le pedí a Rob que viniera en avión hasta aquí. Ni le pedí que le pegara un puñetazo a James. No es culpa mía que lo hayan encerrado.

Y solo porque haya venido hasta aquí, eso tampoco cambia nada, ¿no? Eso no cambia el hecho de que ame a James. O que James me ame a mí. Eso no cambia que James sea el hombre más atractivo y sexi de la Tierra, a quien mis padres adoran completamente y que siempre se las arregla para darme exactamente lo que quiero en la vida. Es inteligente. Sofisticado. Ha viajado mucho. Está completamente entregado a mí. Vale que a veces se entregue excesivamente, pero eso es solo porque me ama.

⁹ N. de la T.: Literalmente «No se puede comprar el amor»



James está lleno de sorpresas. Y, excepto por lo del ojo morado de Rob, el resto de sorpresas son buenas. Sorpresas del tipo de un fin de semana en Roma. Sorpresas del tipo de un anillo de esmeraldas.

El anciano prestamista vuelve. Acaba de sacar diez mil dólares de su caja fuerte y los tiene en la mano.

—Bueno, ¿qué vas a hacer? —me pregunta Maddie.

Miro la cara del prestamista, arrugada como un mapa ilegible. Miro la esmeralda posada sobre el anillo de oro, ahora sobre el mostrador. Un ojo verde mirándome reluciente, provocándome para que haga lo impensable.

Miro a Maddie. Sus temerosos ojos ya saben lo que estoy a punto de hacer.

—Venga, señora —me dice el prestamista, que sigue haciendo chasquidos con la boca—. Que no me voy a volver más joven aquí parado.

—No —contesto—. Es verdad. Ni yo tampoco.

Y, tras eso, alargo la mano y me preparo para hacer lo que posiblemente será la peor de las equivocaciones que he cometido en mi vida.

—De hecho, necesitamos diez dólares más —afirma Maddie, cuando ya tengo el dinero en la mano—. Para el taxi.

Pestañea como si fuera la damisela de una película muda y el anciano lo capta.

—Va usted a ser mi ruina, señora —dice, entregándole otros diez dólares de la caja registradora—. Va a ser mi ruina.



LAS NOTICIAS DE MADDIE

En el taxi, Maddie se mantiene en silencio.

Al principio, lo interpreto como un silencio que viene a decir «no te voy a juzgar», pero la arruga de la frente sugiere que tiene algo que decirme.

—Ella —me dice, cinco minutos después—. Sé que es un pésimo momento para comentártelo...

—¿Comentarme qué?

Y entonces lo suelta:

—Steve me ha pedido que me case con él.

Lo dice muy rápido, como si todo fuera una única palabra.

—¿Qué?

—Steve. Anoche. Tras el concierto. Fuimos a cenar al Picasso. Uno de los restaurantes del hotel. Se arrodilló. El numerito completo.

—Oh, Dios mío, Maddie. ¡Eso es fantástico! ¿Qué contestaste?

Al ver que no lleva ningún anillo en el dedo, me doy cuenta de que, seguramente, es una mala pregunta.

—No contesté. Yo, bueno, pues, me reí.

—¿Te reíste?

Recuerdo la cara de abatimiento de Steve esta mañana, en la boda.

—No pude evitarlo. Parecía todo tan absurdo. Estábamos ahí, en medio de un restaurante, con todo el mundo mirándonos y se arrodilló.

Recuerdo a James en la terraza del hotel de Russie en Roma y me miro el dedo anular desnudo. Aquella petición no me pareció absurda en absoluto. Me pareció el gesto más sorprendente y maravilloso del mundo. Me da un retortijón, como si el estómago me estuviera diciendo que me he equivocado.

—Bueno, ¿y qué le dijiste cuando paraste de reír? —le pregunto a Maddie, tratando de pensar en otra cosa que no sea en el retortijón.

—Ah, bueno, me disculpé, obviamente. Y Steve se puso colorado, volvió a su asiento y empezó a hablar del vino y de los camareros haciendo rafting.

—¿Haciendo rafting?

—Bajaban del techo por unas cuerdas, al estilo del Circo del Sol, así que empezó a explicarme el sistema de poleas, cómo funciona, y continuó hablando y hablando y hablando, bueno, ya sabes cómo es, así que tenía que decir algo al final, así que le dije: «me lo pensaré». Me volví a disculpar por haberme reído y le dije que me había pillado desprevenida, nada más.

—Bueno, y... ¿vas a hacerlo?

—¿Voy a hacer qué?

—¿Vas a casarte con él?

—Bueno, no lo tenía claro —me contesta, con su sonrisa picara de Maddie Hatfield—. Ya sabes, todo eso de la boda. Pero, al ver que la tuya fue coser y cantar...

—Muy graciosa.



Se ríe con socarronería.

—Perdona, no me podía resistir.

—¿Lo quieres?

—Sí —contesta, poniéndose seria de repente—. Sí lo quiero.

—¿Y qué es lo que te echa para atrás? —Me doy cuenta de que se lo estoy preguntando a Maddie y a mí misma.

—No lo sé... somos tan diferentes, supongo. Él sabe cómo construir un ordenador con una caja de cerillas y yo no sé utilizar ni el mando a distancia de la tele. ¡Pero miráos! Somos como una jirafa y un pingüino andando por la calle. Me hace falta una carretilla elevadora solo para poder besarle. ¡Y además tiene un disco de Ronan Keating!

—Pero, ¿te imaginas envejeciendo a su lado?

—Eso es lo extraño.

—¿El qué?

—Que sí. Nos veo sentados el uno al lado del otro en el banco de un parque dentro de cincuenta años, comentando nuestros achaques.

—¿Y? ¿Te asusta?

—No —dice—. Eso es lo que me asusta. Me asusta que no me asuste. ¿Tiene algún sentido?

Asiento con la cabeza. Tiene todo el sentido.



EL GOLPE BAJO DE ROB

Rob sale tambaleándose a la sala de espera como si le acabaran de dictar cadena perpetua. Creo que está echándole un poco de teatro, andando como si fuera Nelson Mándela caminando hacia la libertad, pero me alegra verlo.

Maddie me da con el codo para que me levante.

—Hola —le digo, alisándome mi ahora bastante arrugado vestido de novia.

—Gracias —dice—. Había dos psicópatas ahí dentro. Me llamaban «caramelito». No creo que hubiera pasado de esta noche.

—De nada.

¿Qué hago?

¿Le doy un abrazo?

¿Le doy un beso?

No hago nada. Me quedo ahí parada.

—¿Cómo habéis conseguido el dinero?

—Oh... eh... —Escondo la mano tras la espalda—. Es una larga historia.

—¿Qué pasa con la boda? —pregunta—. ¿Te has casado con ese imbécil?

De repente, quisiera que me devolvieran el dinero. Esto no vale diez mil dólares.

—No digas eso de él.

—¿Lo has hecho?

Mantengo la mano izquierda fuera de la vista.

—¡Cucaracha!

Me giro y veo que el hombre de la cucaracha continúa ahí y que está tirándole los trastos a Maddie con su sofisticada conversación.

Como lugar romántico, la comisaría de Las Vegas no es precisamente la torre Eiffel. Ni siquiera se parece remotamente a una falsa torre Eiffel. Pero no puedo volver al Bellagio.

—¿Por qué cogiste ese avión?

—Maddie me contó que te ibas a casar.

—Ya, pero ¿por qué viniste?

Lo vuelve a decir.

—Te quiero, Ella. Siempre te he querido... es solo que no llegué a comprender lo que eso significaba... hasta que te perdí. Pero no volveré a cometer el mismo error.

—¡Una cucaracha! ¡Una cucaracha! ¡Eso es lo que es!

Lo miro a los ojos (a Rob, no al hombre cucaracha), y le creo. Ha cambiado. Y al darme cuenta, el corazón se me agita como un pájaro carpintero.

Pero entonces lo estropea.

En su estilo.

Así:



—Es un gilipollas, Ella. Un completo gilipollas. —Aguarda un segundo, decidiendo su siguiente movimiento. Entonces prueba con el golpe más bajo posible—. Tiene un lío, Ella. Se está viendo con otra persona a tus espaldas. Esa es la razón por la que he venido, para contártelo. Ya sabes, aquel día. Cuando fui a tu casa con el ojo morado. Eso era lo que quería decirte. Lo vi a través de la ventana de un restaurante en Clerkenwell. Era tarde... sobre las nueve. Estaba con una chica flaca y muy alta junto a la ventana. Tenían las manos entrelazadas sobre la mesa. Así que di unos golpecitos en el cristal y le pedí que saliera. Salió y le dije que te lo iba a contar y fue entonces cuando me puso el ojo morado. Sabía que habías ido a verme y me dijo que si volvía a verte acabaría conmigo. Ella... ¿Ella?... ¿Ella? ¿Adónde vas, Ella?...

Me estoy alejando de él. No quiero creerle. Si le creo, entonces el hada madrina de nuestra relación se ha convertido en un diablo, y ha echado una maldición sobre mi única oportunidad de ser feliz. Rob no puede estar en lo cierto. No puede ser. Tengo que creer que me está mintiendo. No hay otra opción.

—Venga, Maddie, nos vamos —le digo, esforzándome por no romper a llorar.

—¿Y qué pasa con Rob?

—¿Qué pasa con él?

—¡Ella!... Ella... ¡Espera!

Hay un taxi aparcado fuera. Subimos y Rob da un golpecito en la ventanilla, pero nos alejamos.

—¿Qué es lo que pasa? —me pregunta Maddie.

—Acabo de cometer un tremendo error —le digo—. Rob es un fracasado y un mentiroso.

Y no añado nada más, me limito a mirar por la ventana mientras Las Vegas pasa como una falsa promesa.



DANDO LA CARA

Entramos en el vestíbulo.

Esperaba encontrarme a James allí, esperándome. O a mis padres, o a Lara, o al equipo de grabación, pero no hay nadie.

Por un momento, es como si todo hubiera sido un sueño. La boda. La fuga. Hay demasiada calma. Como si acabáramos de llegar de otro tiempo. De dentro de diez años o algo así. O puede que, simplemente, esté delirando por agotamiento provocado por el calor, o por agotamiento provocado por las relaciones sentimentales.

—Y, ¿qué vas a hacer? —me pregunta Maddie—. Ya sabes que si quieres que te ayude a robar un coche, podríamos cruzar la frontera. Tú puedes ser Thelma. Yo seré Louise. Podríamos toparnos con Brad Pitt por el camino y tirárnoslo en la habitación de un motel barato.

Me sonrío. Le devuelvo la sonrisa.

James podría estar a punto de dejarme y no volver a dirigirme la palabra jamás, pero al menos tengo a Maddie, que trata de animarme.

—Suenan bien. Pero, por tentadora que me resulte la idea de tirarme por un barranco con el coche, será mejor que dé la cara. ¿Y tú? ¿Qué le vas a decir a Steve? Ya sé que mi caso no resulta muy alentador para prometerse. Pero que lo mío no te disuada.

—Bueno, podría aceptar para conseguir el anillo. Siempre puedo empeñarlo después.

—Qué graciosa —contesto—, ja, ja.

Vamos a los ascensores.

Rodeo a Maddie con el brazo y le doy un beso en la mejilla, a modo de agradecimiento.

El gordito que hay al lado nuestro le da con el codo a su mujer y señala mi vestido.

—Mira, Marge, es una de esas bodas gays.

—Oh, Dios mío —replica Marge, y se asegura de subirse al otro ascensor.

Maddie se baja en el quinto piso y se dirige a su habitación para ver a Steve.

—Buena suerte —me dice cruzando los dedos, y cierra la puerta.

El corazón empieza a golpearme la caja torácica. Es el examen de conducir, el examen oral de francés y mi primer día de trabajo todo en uno. Jamás en toda mi vida había estado tan nerviosa.

¿Qué voy a decirle?

¿Qué me va a decir James cuando se entere de lo del anillo?

El ascensor pita y se abre.

Salgo y me dirijo hacia el pasillo, mis pies se hunden en la lujosa moqueta. Las paredes parecen más estrechas que antes. El techo se me antoja más bajo.

Me da la sensación de que todo se estrecha a mi alrededor.

Continúo hablando. Me cruzo con cartelitos de «no molestar», bandejas de comida y periódicos en el suelo.

Y entonces pienso: *puede que ni siquiera esté.*

Puede que haya hecho las maletas y se haya largado. Llego a mi puerta.

El número 642.



Me quedo ahí, incapaz de llamar a la puerta. Como si tuviera el puño estreñado o algo así. Se queda ahí, en el aire, mientras yo trato de reunir el valor.

Me miro la otra mano.

La mano izquierda.

Mi vergonzoso dedo sin anillo.

Y mientras aguardo ahí, oigo algo. Algo dentro de la habitación. Una voz.

La voz de una mujer.

Ya no tengo el puño estreñado. Llamo, tres veces.

—¿James? ¿James? Soy yo.

Vuelvo a oír la voz. O eso me parece. Y entonces escucho a James murmurar algo que no logro captar.

Se oyen algunos ruidos dentro de la habitación. Como si estuviera dando vueltas. Aguardo un momento y pruebo otra vez.

—¿James? ¿James? Soy yo. Pruebo a abrir el pomo de la puerta. Está cerrada con llave.

Entonces empieza a moverse desde el otro lado. Se abre la puerta. James está aquí. Tiene puestos los pantalones. También la camisa. Desabotonada, pero puesta.

—¿Ella? ¿Dónde demonios has estado?

Paso junto a él y entro en la habitación, buscando la fuente de la voz femenina.

La encuentro al momento.

Rubia.

Guapa.

Y es la locutora de la CNN, que está en la tele de la esquina de la habitación.

De repente, me siento como una tonta.

—Pensaba que estabas...

—¿Que estaba qué? —me espeta, con enfado.

—Nada —contesto—. Nada.

—Tenemos que hablar.

—Lo sé. Ya lo sé. Por eso he vuelto.

Me mira la mano.

—¿Dónde está el anillo?

—¿Qué?

—¿Y el anillo?

Me miro la mano con falsa sorpresa.

—Oh... ¡Dios mío! El anillo... yo... yo... no lo sé. Lo llevaba hace un momento.

Creo que va a estallar, pero no lo hace. Simplemente se pone los zapatos.

—Necesito una copa —dice—. Vamos a hablar en el bar.

Abajo. Qué extraño.

James nunca necesita una copa.

Solo suele tomar vino, y siempre con la comida.



—Ah —digo.

Se ata los cordones, se abrocha la camisa y apaga a la locutora rubia con el mando a distancia.

—¿Te importa si... me quito el vestido primero? —le pregunto, señalando el armario.

—¡No! —exclama con brusquedad—. Sí que me importa.

—Es que me siento un poco estúpida con el traje de novia puesto.

Al instante, me doy cuenta de que he dicho la palabra equivocada.

—¿Qué? ¿Que te sientes un poco estúpida? ¿Que te sientes un poco estúpida? ¡Ja! ¡Esa sí que es buena! Es genial. Vamos, no querríamos que nadie se sintiera estúpido, ¿verdad? No el día de su boda. Sería terrible, ¿verdad? Hacer que alguien se sienta estúpido el día de su boda. No puedo imaginarme lo que debe de sentirse.

Literalmente, me escupe las palabras.

—¿Que te sientes un poco estúpida!

—Oye —contesto—, no ha sido todo culpa mía, tú lo sabes. Hace un gesto con la cabeza, señalando la puerta. —Vayámonos. Ya. No puedo hablar contigo aquí. No puedo. Vayámonos, tomémonos algo y hablemos.

¿Por qué no puede hablar en la habitación?

Me resulta muy extraño que un piloto prácticamente abstemio que es capaz de tirarse doce horas en un asiento metido en una minúscula cabina de vuelo, de repente, tenga la necesidad de tomarse una copa y que le dé tanta claustrofobia que tenga que salir de una espaciosa habitación de hotel e irse al bar.

Y es que me quiero quitar el vestido. Está muy sucio.

Pero, de nuevo, no me encuentro en situación de poder negociar.

—De acuerdo, de acuerdo —digo, dirigiéndome a James como si llevara en la frente tatuado «manejar con cuidado»—. Vamos.

Asiente y abre la puerta, sujetándola para que pase yo. En circunstancias normales, me parecería simplemente un gesto de caballerosidad. Pero no estamos en circunstancias normales, y me da la impresión de que es un intento desesperado por sacarme de la habitación lo antes posible.

Y, cuando estoy casi fuera de la habitación, lo oigo.

No estoy muy segura de qué es, pero sin duda he oído algo.

—Venga —dice James, haciéndome salir al pasillo—, vamos.

Y estoy a punto de hacerlo. Estoy a punto de poner el otro pie en el pasillo, sacándome de la cabeza ese misterioso ruido, como si fueran alucinaciones. Pero entonces vuelvo a oírlo. Desde el interior de la habitación.



EL MISTERIOSO RUIDO

—¿Qué ha sido eso? —le pregunto a James.

—¿Qué ha sido qué?

—Ese ruido.

—¿Qué ruido? No hay ningún ruido. Venga, vayámonos ya.

Miro detrás de mí, tratando de identificar cuál es la procedencia de ruido. ¿La cama?

¿El televisor apagado? ¿El prensa-pantalones?

—¿Sabes qué? De verdad que me quiero quitar el vestido.

Vuelvo a entrar en la habitación. James me agarra del brazo. Fuerte, amenaza de violencia ilumina su mirada.

—No —exclama—. Nos vamos. Ahora.

Me viene un recuerdo del cuestionario.

«Mi hombre ideal debe ser asertivo y saber cómo hacer las cosas a su manera.»

Miro la mano que me está apretando el brazo. La misma mano responsable del ojo morado de Rob.

—Me quiero quitar el vestido.

—No.

—¡Me quiero cambiar el vestido!

Pasa un hombre con una camiseta en la que pone «Elvis' 68», con una maleta de ruedas.

—¿Ocurre algo, señora? ¿Necesita que la ayude?

—No, no necesita ayuda de nadie —le espeta James—. No, a menos que sea usted psiquiatra.

—Estoy bien —le digo al hombre, preocupada por si James empieza otra pelea.

El hombre y su maleta se alejan por el pasillo.

James me suelta y trata de cerrar la puerta, pero yo me meto dentro de la habitación justo a tiempo.

—¡Ella! ¡Sal de la habitación ahora mismo!

James vuelve a entrar.

Me quito los zapatos y me dirijo al armario.

James arremete contra mí pero me desembarazo de él. Meto los dedos en el huequecito que hay para abrir el armario y corro la puerta para buscar algo más cómodo.

Y es entonces cuando la veo.

A ella.

De pie, completamente desnuda, donde debería estar mi ropa.



EL ESQUELETO EN EL ARMARIO¹⁰

—Aaaah —grito, como cuando Drew Barrymore encuentra a E. T. en el armario de los juguetes.

Tardo un segundo (el segundo que me tiro gritando como una posesa) en reconocer a la mujer desnuda que hay en el armario.

Pero lo entiendo.

La azafata limpia-sables. La que me tiró encima el zumo de naranja.

Tras el grito, se produce un momento extraño en el que nadie sabe qué hacer. Nos quedamos ahí parados, en nuestras distintas posiciones en la habitación, un triángulo amoroso, literalmente, todos tan quietos como en una foto.

Durante ese instante, observo el cuerpo de la mujer. Un esqueleto envuelto en piel. Debe de usar una menos treinta o algo así. Su caja torácica parece un xilófono, se podría tocar una canción en ella. Es tan angulosa y huesuda que no sé cómo puede habérsela follado James sin cortarse.

El extraño momento concluye cuando ella suelta una risilla.

Sí, exacto. Una risilla.

Si te encuentras una mujer desnuda en el armario de tu prometido, al menos, esperas que tenga la decencia de contener la risa.

—Uuups —dice, tapándose la boca con la mano.

Me vuelvo hacia James.

Miro a mi alrededor en busca de un arma que pueda provocar una muerte fulminante. ¿El prensa-pantalones? ¿El mando a distancia? ¿La carta del servicio de habitaciones?

—Mira, Ella. Esto no es lo que parece. No es... lo que estás pensando.

El pánico le invade la expresión del rostro con fuerza G. El temor y la vergüenza de su mirada me dicen más que toda la mierda que sale de su boca.

«Mi hombre ideal debe tener un apetito sexual sano.»

Pero una cosa es un apetito sano, y otra una avidez total y absoluta.

—¿Cuánto tiempo? —le pregunto—. ¿Cuánto tiempo llevas follándote al esqueleto del armario?

—¡Eh! —dice el esqueleto—. ¡Puta foca envidiosa!

Vuelvo a meter las manos en el huequecito del armario y cierro la puerta.

—Si en los próximos cinco minutos abres esa puerta, te mato, te juro por Dios que lo hago —le informo.

Se queda quieta y vuelvo a centrar mi atención en James, el hombre ideal.

¡Ja!

—Mira, Ella —me dice, mostrando las palmas de las manos—, tranquilízate.

—¿Cuánto tiempo llevas follándotela?

—Eres tú la que se largó corriendo a buscar a su ex novio en medio de nuestra boda.

—Pero no me estoy acostando con él.

¹⁰ N. de la T.: Juego de palabras intraducible. Un «esqueleto en el armario» (a skeleton in the closet) es una frase hecha en inglés para decir «u secreto oculto»



—¿No? ¿Y yo cómo lo sé?

—Bueno, hasta que no abras el puto armario y te lo encuentres en pelotas dentro, puedes estar seguro. ¡Maldito cabrón hijo de puta!

—Ella, por favor. No significa nada para mí.

—Muchas gracias —dice el armario.

—No es nadie. No ha significado... nada. Es solo que, cuando estoy fuera, lejos de ti... en los vuelos largos...

—¿Cuánto tiempo?

—Era como el porno... —me dice, pareciéndome menos ideal a cada segundo que pasa—. O como la masturbación, pero con una mujer de verdad. Eso es todo. Pensaba en ti, te lo prometo.

—Dos años —dice el armario.

—¿Dos años? ¡Dos años! ¿Llevas dos años follándotela?

—Ella, escucha, es solo la fulana de la empresa.

—Eso es desde antes de conocerme.

—No es nada. Ella también está prometida. Con otra persona. Era solo sexo, eso es todo. Solo sexo.

—¡Serás hijo de puta! Polla de espárrago —dice el armario—. ¡He fingido todos los orgasmos!

—Ella, vamos —dice, con ojos suplicantes. Somos la pareja ideal. Hemos sido unos estúpidos. Igual de estúpidos. Estoy dispuesto a no volver a hablar de lo que sea que hayas hecho con el anillo y olvidar que te largaste de la boda si eres capaz de perdonar esta tontería.

«Esta tontería.»

Es entonces cuando me doy cuenta de que tiene razón. Los dos hemos sido unos imbéciles. Pero mi error no ha sido empeñar el anillo, ni largarme de la boda antes de decir los votos.

El error fue creer que el amor y el romanticismo son la misma cosa. La revelación es como un puñetazo en el estómago: yo no amo a James. Ni siquiera lo amaba antes de descubrir a una anoréxica desnuda en mi armario. Siempre creí que debía amarlo porque siempre marcaba la casilla correcta.

Está buenísimo. Sí.

Es rico. Sí.

Dice lo adecuado. Sí.

Los mismos intereses. Sí.

Ha viajado mucho. Sí.

Es bueno en la cama. Sí (aunque el esqueleto del armario parece disentir al respecto).

Es una caja de sorpresas. Doble sí, con chocolate por encima.

Si amara a James, si de verdad lo amara, me habría quedado a su lado y me habría casado con él.

—Venga, Ella —dice—. Yo te quiero.

—No —lo corrijo—. No, tú no me quieres. Cuando uno ama a alguien no necesita hacer este tipo de cosas a sus espaldas.

—Estamos genial juntos... venga, Ella... si no te quisiera no os habría traído a ti y a tu familia a Las Vegas, ¿no? ¿No? No te habría llevado a Roma ni te habría alojado en el hotel más caro del



mundo, ¿no? ¿No? No te habría regalado las clases de piano. No habría hecho todas esas cosas. ¿No? ¿No? ¿No?

Las clases de piano.

Aquello significó para mí mucho más que ninguna otra cosa. Y, por un segundo, el recuerdo de ese regalo me sacude, me deja fuera de juego. Pero entonces miro el armario y vuelvo en mí.

No era real. Todo aquello que teníamos parecía perfecto, pero no lo era. Era todo una farsa, como esta ciudad.

Le miro la mandíbula. Le está saliendo un moratón. Me entran ganas de darle un puñetazo en el otro lado, solo por aquello de la simetría. Pero no lo hago. No quiero tocarlo. Y desde luego que no quiero que él me toque a mí.

Por eso, cuando alarga el brazo para tocarme, cuando me agarra del hombro, mi cuerpo entero se sacude para alejarse de él. —Aléjate de mí.

Me desembarazo de su brazo y ya está. Es ahí cuando le cambia la cara, para convertirse en la de un monstruo. Me siento como el doctor Frankenstein, lo que antes tanto me gustaba, ahora me asusta. Salgo airadamente de la habitación y empiezo a recorrer el pasillo.

—¡Ella! ¡Ella! ¡Ella! —ruge detrás de mí, pero entonces se detiene—. ¡Ell...

Cierra rápidamente la puerta y me deja fuera, en el pasillo.

Me extraño y entonces veo la razón, que viene andando hacia mí.

Son mis padres.



UN DRAMA MUY PÚBLICO

Me vuelvo, pensando que puede que no se hayan dado cuenta.

Pero me equivoco.

—¿Ella?

—¿Ella?

Me quedo inmóvil. Como un conejo asustado ante las luces del coche.

—Ella Holt, ¿qué demonios estás haciendo? —me pregunta mi madre.

Estoy tratando de volverme invisible, para que mis padres no puedan echarme un océano entero de sal en mi ya de por sí enorme herida.

—¿Ella? —Ahora es la voz de mi padre. Menos crispada que la de mi madre. Más suave, realmente confusa.

Me vuelvo. Estoy temblando. Estoy temblando visiblemente.

Mi madre corre hacia mí por el pasillo, pasa por delante de todas esas puertas cerradas y los dramas que hay tras ellas.

Mi padre la sigue, menos ansioso por alcanzar el drama público que le espera.

—¿Y tus zapatos? —me pregunta mi madre.

—¿Qué? —Estoy confundida, aún tengo el monstruoso rostro de James en la cabeza.

—Los zapatos, Ella. Estás aquí parada en el pasillo sin zapatos. Alguien podría verte.

Me miro los pies descalzos.

—Están... están en la habitación.

—¿Por qué no los llevas puestos?

—He tenido una pelea con James. Me he marchado.

—¡Ya lo hemos oído! —dice—. ¿Qué demonios te pasa? ¿Por qué lo hiciste, Ella? ¿Por qué no seguiste con la boda? ¿Por qué hiciste esa estupidez? ¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué? No tiene ningún sentido. ¿Por qué? ¿Por qué?

Oh, Dios. Está llorando. Me cago en todo, está llorando.

Mi padre le pone la mano en el hombro y me mira como si estuviera en un funeral. Su mirada me dice con la claridad con la que solo puede decírmelo la mirada de mi padre: «Me has decepcionado profundamente».

Y los por qué llorosos de mi madre continúan.

—¿Por qué? ¿Ella? ¿Por qué? Es perfecto para ti... ¿Por qué? No lo entiendo. Nos alegrábamos tanto por ti... tanto... Después de todos los errores que habías cometido en el pasado, finalmente creíamos que ibas a sentar la cabeza... Tu padre estaba tan contento... tan orgulloso... Ella... ¿Qué hemos hecho mal, Ella?... ¿Lo hiciste por eso, para castigarnos?

La miro incrédula.

—No, mamá. Por supuesto que no.

Una pareja feliz, posiblemente de luna de miel, con resplandecientes bronceados y resplandecientes sonrisas pasa por nuestro lado, tratando de ignorar a la mujer descalza vestida de novia y el ataque de nervios de su madre.



Mi padre se queda mirando a la pareja y me lanza una mirada a mí. Su mente es un libro abierto. El libro se titula: *¿Por qué mi hija no es capaz de hacer lo correcto?*

—¿Entonces por qué, Ella? —grita mi madre—. ¿Por qué?

Me veo tentada de contárselo.

Me veo tentada de sacar todos los esqueletos, o el esqueleto, del armario de James. Pero esa no es la verdad. Yo no me marché de la boda por ninguna azafata de vuelo. Ni siquiera sabía lo de la azafata.

Así que le cuento la verdad.

—No estábamos enamorados.

—¿Qué?

—James y yo no estábamos enamorados el uno del otro. Creíamos que sí, pero no era así. Era un espejismo. No había nada.

No me está escuchando. Me está mirando la mano.

—¿Dónde está tu anillo?

—Mamá, no quiero a James. Por eso no me voy a casar con él. Y no tiene ningún sentido llevar un anillo si no me voy a casar.

Convenientemente, olvido contarle lo de la casa de empeños, y lo del casino, y lo de la fianza de Rob.

—¿Enamorados? —exclama mi madre—. ¿Enamorados?

Es como si estuviera hablando en otro idioma.

Ha pasado de las lágrimas a un nivel total de desconcierto.

Miro a mi padre en busca de ayuda, pero es un muro de silencio.

—Oh, baja ya al mundo real, Ella, por una vez en tu vida —dice mi madre—. Tienes el cerebro lavado por culpa de todas esas novelas románticas que lees, y todas esas canciones pop tan tontas atascándote el cerebro. Ese es el problema que tiene ahora la gente. Por eso hay tantos divorcios y madres solteras. La gente va con la cabeza llena de ideas románticas y se meten en problemas. El amor no viene por arte de magia. Hay que trabajárselo.

No puedo creer lo que estoy oyendo.

—¿Entonces crees que debería haberme casado con él aunque no lo quiera? —le pregunto.

Mi padre chasquea la lengua.

Su única aportación a la discusión es un chasquido con la lengua. Típico de él.

Entonces mi madre asevera:

—Lo que creo es que deberías pensar bien en las opciones que tienes. Los hombres como él no crecen en los árboles. Te puede dar seguridad, Ella. Seguridad. ¿Es que no sabes lo importante que es eso?

Miro la mano que mi padre tiene puesta sobre el hombro de mi madre.

—¿Y vosotros dos? —digo—. Tú no te habrías casado con papá si no hubieras estado segura al cien por cien.

—Ella, nada es seguro al cien por cien. Y, de todas formas, no estamos hablando de nosotros. Estamos hablando de ti.

Sus palabras presionan de un agujonazo mi botón de la furia.



—¡Siempre estamos hablando de mí! —grito, olvidándome de dónde estoy, por un segundo—. De lo desastrosa que soy, de que nunca consigo hacer nada bien, de que tengo la cabeza llena de pájaros, del fracaso absoluto que soy... Bueno, pues lo siento. Lo siento. Siento ser una decepción para vosotros. Perdonadme por no estar casada y por no tener hijos con los que podáis jugar. Perdonadme por no haber nacido hombre. Perdonadme por haber sido vuestra mayor decepción en la vida. Porque de ahí viene todo, ¿no? De ahí viene todo. Nunca he sido lo bastante buena, ¿verdad? Solo porque no nací con un pito entre las piernas. Solo porque yo era vuestra última oportunidad. Bueno, es una carga bastante pesada de por sí, ¿sabéis? Ser hija única supone mucha presión. He sentido mucha presión, notando continuamente vuestro aliento en el cogote. Y nunca era suficientemente buena, ¿verdad? ¡Nunca! Saque ocho sobresalientes y un notable en los exámenes y ¿en qué os fijasteis? En el notable. ¡Siempre en el notable! ¡Me mudo a Londres y reaccionáis como si me hubiera ido a la puta luna! ¡Alquilo una casa con mis amigas y reaccionáis como si hubiera fundado mi propia comuna jipi! Venga, ¿qué es lo que queréis? ¿Quisierais tener un mando a distancia para dirigirme? ¿Es eso lo que queréis? Pulsáis el botón de casarse y me caso. Pulsáis el botón de hipoteca y me compro una casa. Pulsáis el botón de niños y tengo niños. Bueno, pues lo siento. No traía pilas. No hago exactamente lo que me decís exactamente cuando lo decís. Si eso significa que soy una mala persona, pues entonces soy una mala persona. Metedme en una mazmorra con todas las demás tontas que creen en el amor y que aspiran a ser felices en la vida. Vamos, ¿tan grave es querer ser feliz? ¿Lo es? ¿Lo es? ¿Lo es?

Casi hubiera esperado que mi cabeza hubiera empezado a girar sobre sí misma. Pero no lo hace.

Lo único que ocurre es que mis padres se me quedan mirando un buen rato, como si estuvieran pensándose si llamar a un exorcista para que se ocupara de su evidentemente poseída y demoníaca hija.

Echo un vistazo a las puertas que hay a lo largo del pasillo y me pregunto cuántos ojos estarán observándonos por la mirilla en este instante, viendo el espectáculo. Otro espectáculo excesivo más en una ciudad excesiva.

De verdad, Las Vegas tiene algo.

Te hace comportarte de un modo diferente. Con mayor intensidad. Como si te convirtieras en una versión exagerada de ti misma. Enciende un brillante foco de luz sobre la persona que realmente eres y no te queda otra que afrontar la incómoda verdad.

Creo que mi madre está a punto de desmayarse otra vez.

Tiene la boca abierta, pero no sale ni una palabra.

—Mamá —le digo, ahora en un tono más suave—. Mamá, lo siento. No quería decir eso. Lo siento. Es que, ya sabes, he tenido un día terrible y todo ha sido muy extraño, y me ha superado. Lo siento. No quería gritarte.

Mi padre aporta un segundo chasquido.

Un chasquido de decepción.

Un chasquido que contiene una vida llena de equivocaciones y autocompasión.

Niega con la cabeza, mirándome. Y es entonces cuando habla. ¡Habla!

—Supongo que te escaparás con el fracasado ese. El psicópata gordo ese.

—No me voy a escapar con nadie —le contesto.



—Oh —exclama mi madre, que ha decidido no desmayarse—. ¡Vas a esperar al hombre adecuado! ¡Tiene treinta años y se cree que tiene todo el tiempo del mundo! ¡Qué más da que pasen los años! ¡Qué más da el reloj biológico! Como sigas así, acabarás sola. Y nosotros no vamos a estar aquí para siempre. ¿Y quién va a cuidar de ti? Dinos. ¿Quién va a estar a tu lado? ¿La estúpida de Maddie o como se llame? Si ni siquiera parece ser capaz de cuidar de sí misma.

—Mamá, es mi amiga. No hables de ella así.

—Oh, crece, Ella Holt, por el amor de Dios, chica —dice mi madre, ceñuda.

—¿Crecer? Si quieres que crezca, ¿por qué siempre me hablas como si tuviera trece años? ¿Por qué me regalas una muñeca por mi cumpleaños? Oh, oh.

No debería haber dicho eso.

Arruga la cara y empieza a llorar de nuevo. Debe de tener un mar entero dentro.

—Mamá, lo siento...

Mi padre me dice:

—No podemos seguir hablando aquí. Estamos montando un espectáculo. Vamos a tu habitación.

—Pero...

Resulta extraño.

Aunque me irrita que sigan con lo de que James es perfecto, aún siento el deseo de protegerles de la verdad.

En algún lugar, en mi interior, aún quiero que sigan creyendo que es estupendo.

No quiero que la verdad les haga daño, incluso aunque eso les ayudara a comprender.

—Pero...

Pasan por mi lado y caminan por el pasillo dirigiéndose hacia la habitación.

—Mamá... papá... esperad...

Les sigo.

—¿Por qué no vamos abajo? —les sugiero, recordando lo que el propio James me ha dicho—. ¿Por qué no vamos a uno de los bares y nos tomamos algo?

—No llevas puestos los zapatos —me recuerda mi padre.

—Venga —dice mi madre, al llegar a la puerta—. Ya estamos aquí ¿Donde tienes la tarjeta de la puerta?

—Oh, eh... eh... eh... No la tengo. Se me olvidó cogerla. Me he quedado fuera.

—Bueno, James está dentro.

Está a punto de llamar a la puerta.

No es necesario.

Porque, en ese momento, en ese preciso momento, la puerta se abre en sus narices.



HARRY EL SUCIO

El esqueleto está parado en el umbral. Esta vez, va vestida. Bueno, si es que a un top palabra de honor y a una falda de la longitud de una goma elástica se le puede llamar «ir vestida».

El esqueleto suelta una risita.

Mi padre ata cabos.

—Es una prostituta, Kathleen.

Al esqueleto se le quita la risa y se muestra ofendida.

—En sus sueños, abuelo —le dice y se marcha airadamente.

Le tiro a mi padre de la manga.

—Es una azafata. Se estaba... viendo con él.

James está ahí, alza la vista y me ve. Ve a mis padres.

—Ella —dice—. Has vuelto. Has entrado en razón.

Les sonrío a mis padres como si no hubiera pasado nada.

—Sabía que hablarían contigo y te convencerían —dice, guiñándole un ojo a mi madre.

Mi madre se le queda mirando. Jamás la había visto tan furiosa. La prudente expresión que suele mostrar ante los que no son parientes desaparece.

—Tú, cabrón zalamero —le dice y le propina un tortazo en toda la cara. Le da en el mismo lado en el que le dio Rob. ¡Plas!

James se queda ahí, parado, sujetándose la mandíbula. Atónito.

—Señora Holt... yo no sé qué es lo que le ha contado Ella...

—No me ha contado nada. Ya he visto con mis propios ojos qué tipo de persona eres. Venga, vamos Ella... vámonos.

Y, cuando nos íbamos a marchar, mi padre se inclina hacia James. Invocando a sus películas favoritas de Clint Eastwood y Paul Newman, suelta casi sin respirar:

—Nosotros no nos vamos a ningún sitio. Se va él.

James está alucinando y mira desesperado a mi padre, en busca de algún rastro de la bondad que antes inundaba su ser.

—Señor Holt... lo siento... pero esta es mi habitación... la he pagado yo.

Le tiro de la manga a mi padre.

—Papá, venga, vamos, por favor. Déjalo.

Mi padre me ignora. No aparta la mirada de James.

—Mi hija tiene toda la ropa dentro. No tiene zapatos.

—Ya le traigo yo los zapatos...

—Vas a hacer más que eso —le espeta mi padre—. Vas a hacer la maleta y te vas a marchar.

—Señor Holt, lo siento, pero la habitación la he pagado yo.

—¿Con tu sueldo?

—Sí. Con mi sueldo. ¿Y?

—¿Con lo que te paga la aerolínea?



James no tiene ni idea de adonde quiere ir a parar mi padre.

Se limita a asentir y dice:

—¿Sí?

—¿La misma aerolínea que, según imagino, se muestra muy estricta con respecto a las relaciones entre sus trabajadores?

James lo capta.

—Sí —responde, reacio.

—¿La misma aerolínea a la que no le gusta un pelo que sus pilotos hagan chanchullos para conseguir billetes gratis?

James, al principio, no dice nada, pero su mirada lo dice todo.

—No se atreverá —logra decir, finalmente.

—Oh —dice mi padre, con una resuelta sonrisa en los labios—. Puede que esto sea Las Vegas, muchacho, pero yo no me la jugaría.

James cierra los ojos. Asiente con la cabeza.

—Dadme cinco minutos —dice, entre dientes—. Recogeré mis cosas y me marcharé. Solo cinco minutos.

—Cinco minutos —dice mi padre—. Y nos llevamos la tarjeta de la puerta. Y los zapatos de Ella.

James le entrega la tarjeta y mis zapatos. Ya no hay ningún Príncipe Azul ni nadie que me ponga un zapatito de cristal. Me mira una última vez y cierra la puerta.

Mi padre empieza a silbar la melodía de El bueno, el feo y el malo, a modo de serena victoria.

Me entran ganas de llorar.

Jamás en toda mi vida había tenido tantas ganas de llorar.

Pero ya me he humillado lo suficiente como para un año entero, así que guardo las lágrimas bajo llave y me calzo los zapatos.

—Vamos abajo y esperemos en el vestíbulo o en una de las cafeterías —sugiere mi madre—. No tenemos por qué esperar aquí.

Mi padre le toca el hombro.

—Tu madre tiene razón. Vamos, Ella, cariño. Vamos a pedirte una copa.

Mi madre me aprieta la mano mientras nos dirigimos hacia los ascensores por el pasillo.

—Todo va a ir bien, cariño —me dice—. Todo va a ir bien.



NOVIA A LA FUGA

Mi padre viene de la barra portando precariamente tres copas, que deja sobre la mesa.

—Bien, aquí está. Dos copas de vino blanco para las chicas. Cerveza para mí.

Le doy un sorbo al vino.

Mi madre aún me agarra de la mano, acariciándomela con el pulgar, como si tratara de calmar el dolor.

—Lo siento, cariño —me dice—. Lo sentimos mucho.

En treinta años, de verdad, creo que jamás había oído a mi madre disculparse. Conmigo desde luego que no.

Y no creo que sea porque esté convencida de que siempre tiene razón. Creo que su aversión por la expresión «lo siento» tiene que ver con una cuestión de control. Se ha pasado toda su vida tratando de guiarme en el curso de una vida repleta de enormes obstáculos, diciéndome qué camino tomar y qué atajos es mejor evitar. Admitir estar equivocada significaría admitir un error en su sistema de navegación. Y supongo que siempre ha creído que si yo me diera cuenta de que se ha equivocado en algo, ya no volvería a escuchar sus consejos nunca más.

Por supuesto, es justo al revés.

Ahora que está aquí, acariciándome la mano, disculpándose por haberse equivocado con James (y conmigo), deseo escucharla más que nunca.

—No te preocupes, Ella —me dice mi padre tras darle un sorbo a la cerveza—. Enseguida estarás en pie de nuevo. ¿A que sí, mamá?

—Claro que sí.

Mis padres se sonrían el uno al otro. Sus sonrisas, a pesar de lo que ha dicho antes mi madre, destilan amor.

—Resulta tan difícil... igualaros —les digo—. Estáis tan hechos el uno para el otro. Sois tan fuertes. —Las lágrimas que encerré bajo llave hace cinco minutos se me están escapando a la velocidad de dos prisioneros huidos.

El pulgar de mi padre mete quinta.

—Venga, vamos, cariño. No llores. No llores. Venga, toma un pañuelo. Toma. Aquí lo tienes.

Durante los siguientes dos minutos, me pierdo en el pañuelo de papel arrugado que mi madre me acaba de dar.

Entonces, escucho una voz que se oye por encima de las cálidas voces de apoyo de mis padres.

—¡Mira a quién tenemos aquí! ¡La novia fugada!

Alzo la vista y veo a una severa doctora Lara Stein de pie, con los brazos cruzados, junto a nuestra mesa. Tras ella está Jessica Perk, vestida con un traje negro, con aire de satisfacción, consciente de que ya no tiene a ninguna competidora por las atenciones profesionales de Lara.

Mi madre se vuelve.

—¿Quiere dejarnos solos? Es evidente que mi hija está mal. Ha tenido un día horrible y lo último que necesita es que venga una vaca pija venida a más a meter las narices.

La doctora Stein se queda boquiabierta.



Si a mi madre le hubiera salido una serpiente de la boca y le hubiera picado a Lara Stein en su culo cubierto de seda, creo que le habría sorprendido menos.

La mujer, que se pasa la vida rodeada de gente que solo sabe decir «sí, señora» y «no, señora» como Jessica Perk no sabe ni qué hacer cuando se topa con el «no» más grande que ha oído en toda su existencia.

—Oh —exclama, recuperando algo de compostura—. Ha tenido un día horrible. Oh, pobrecita Helen.

—Ella —le corrige mi madre.

—¿Qué?

—Ella. Mi hija se llama Ella, no Helen.

La doctora Lara agita su enjoyada mano.

—Como se llame, estoy segura de que no es ella quien ha tenido que lidiar con la retirada de sus tres principales accionistas. Estoy segura de que no es ella la que ha tenido que ver cómo se evapora su negocio delante de sus narices, porque la boda espectáculo terminó siendo la boda sin espectáculo.

Se vuelve directamente hacia mí, mientras que la sonrisa de Jessica Perk va incrementando el grado de petulancia.

—El hombre diez no era lo suficientemente bueno para ti, ¿verdad? —me dice la doctora Lara, con la condescendencia que les sale de manera natural a los que han recibido una educación privada en *Oxbridge*¹¹ y tienen un billón de libras en el banco—. ¿Es que tu pareja ideal no ha dado la talla? Toda una década de investigaciones científicas para nada, ¿no? La profesora puede aspirar a algo mejor que un piloto, ¿verdad?, ¿verdad?

Mi padre se vuelve desde su asiento.

—Mire, escuche. Deje de hablarle así a mi hija. Ella no tiene la culpa de que la emparejarais con un desgraciado que estaba jugando a dos bandas. ¡El hombre ideal! ¡No me haga reír!

—¿De qué está hablando? —La doctora Lara se queda aún más flipada que antes.

—Lo siento, les he decepcionado... —le digo a la doctora Lara, secándome los ojos.

—Tú no tienes que disculparte por nada —afirma mi madre.

—...Es que yo no creo que el amor sea algo que se puede fabricar por ordenador en un laboratorio científico.

A la doctora Lara le sube un tono color tomate, de pura furia.

—Tú, pequeña ingrata... —Se marcha airadamente, dejando la frase a medias. Jessica Perk se queda inmóvil unos segundos, para asegurarse de que todos somos testigos de su entrada triunfal en el concurso a la Sonrisa más engreída del año. A continuación, también sale del bar, demostrando tener tanta independencia mental como el loro de John Silver, el Largo, en La Isla del Tesoro.

—Supongo que por ahí se va mi carrera profesional en la Agencia Ideal —exclamo.

—Estás mejor sin ellas —responde mi padre.

—No es oro todo lo que reluce —añade mi madre.

—No—asevero, comprendiendo el alcance de esas palabras—. Supongo que no.

¹¹ N. de la T.: Apócope de Oxford y Cambridge.



LA ESCENA DEL BALCÓN. SEGUNDA PARTE

De nuevo, estoy en la habitación.

La misma habitación a la que llegué hace cuarenta y ocho horas, otorgándole a James el beneficio de la duda, cuando llegó tarde del aeropuerto.

De nuevo frente a la cama. Al armario. Las mentiras aún flotan en el aire.

—Debería echarme un rato —les digo a mis padres, ya sin el traje de novia, vestida con unos vaqueros y una camiseta—. Estoy muy cansada.

Mi madre asiente.

—Muy bien, cariño. Te dejamos un rato. Nos pasaremos dentro de media hora.

Se marchan. Me tumbo, pero aún tengo la mente corriendo la maratón.

Me pasan por la mente imágenes de James a toda velocidad. No, no imágenes. Sentimientos.

Todos esos sentimientos que me he ido inventado desde que lo conocí. Toda esa emoción que vertí sobre él. Todos esos planes. ¿Adónde irán ahora?

Me siento como si hubiera fracasado. Como si toda esa energía hubiera sido un desperdicio absoluto de tiempo. Tengo treinta años, y ¿qué he sacado en claro? ¿Qué sentido han tenido mis veintitantos? No he conseguido nada, excepto dos tallas más y unas cuantas patas de gallo prematuras.

Todas las mentiras que me dijo. Todas esas misteriosas llamadas que jamás cogía. Debían de ser de ella, del esqueleto.

Cierro los ojos, pero no sirve para nada. No puedo dormir. Me acerco y abro las puertas del balcón para que pase el aire; luego, me derrumbo sobre la cama.

Pienso en Rob.

Oh, Dios mío, ¡Rob!

Lo dejé en la comisaría. Debería tratar de encontrarlo, pero podría estar en cualquier sitio en estos momentos.

Me acuerdo del día que se presentó en mi puerta con un ojo morado.

Estaba tratando de contarme lo que me contó en la comisaría. Que había visto a James con otra persona. Que James tenía un lío a mis espaldas. Pero, ¿acaso le habría creído entonces, si ni siquiera hace dos horas le creí? Probablemente no. Probablemente, le habría puesto el otro ojo morado, para que fuera a juego con el que le había puesto James.

Y entonces, oigo algo.

Mi nombre.

—¡Ella!

Es la voz de Rob.

—¡Ella!

Salto de la cama.

—¡Ella!

Voy a la puerta y salgo al balcón.

—¡Ella!



Miro, pero no lo veo.

—¡Ella!

Hay mucha gente. Parejas paseando junto a los parterres, cogidas de la mano.

—¡Ella!

Y entonces lo veo, agitando los brazos.

—¡Rob!

—¡Ella!

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

Dice algo, pero sus palabras no llegan hasta el balcón.

—¿Qué?

—¡Siento lo que te dije!

—¡No importa! —le respondo, a gritos, y me doy cuenta de que medio hotel me está mirando—. ¡Tenías razón!

Rob grita algo más, pero de nuevo no lo oigo. Y, por mucho que quisiera que esta escena al más puro estilo de Romeo y Julieta durara para siempre, si los Schwarzeneggers de la seguridad del Bellagio pillan a Rob gritando a pleno pulmón, probablemente, lo volverán a encerrar.

—¡Rob! ¡Espérame ahí! ¡Bajo!

Así que me pongo los zapatos y atravieso el gigantesco laberinto que es el hotel, hasta que salgo a los jardines.

—Hola —le digo, sin aliento.

—Hola.

—Siento haberte dejado en la comisaría.

—No te preocupes —me contesta, con rostro inexpresivo—. Ha sido un bonito paseo. No ha sido tanto esfuerzo.

Me percató de la presencia de uno de los guardias de seguridad que echaron antes a Rob a patadas, patrullando por los jardines de flores.

—Será mejor que nos vayamos a otro sitio y hablemos. Fuera del hotel.

Así que nos escabullimos por el vestíbulo, pero por un espejo vemos que uno de los Schwarzeneggers está detrás nuestro.

Aceleramos el paso con la esperanza de que no vea a Rob. Oh, no. Lo acaba de ver.

Está hablando por el walkie talkie y corre hacia aquí.

—¡Corre! —le digo a Rob.

Salimos del hotel a toda velocidad, bajamos las escaleras, bordeamos las fuentes, y el lago, y nos metemos de un salto en el monorraíl que para frente al hotel. Empieza a moverse justo a tiempo.



EN EL MONORRAÍL

—¡Buff! —resoplo mientras nos sentamos en uno de los asientos—. Ha estado cerca. Y ni siquiera estás cansado.

—He estado intentando ponerme en forma. He estado yendo al gimnasio y eso. Haciendo ejercicio.

—¡Uau!, ¡desde luego, sí que has cambiado! Coges un vuelo. Haces ejercicio...

Nos quedamos callados, miramos por la ventana, vemos carteles anunciando a *Siegfried y Roy*¹² y a Elton John.

El muro invisible que había entre nosotros cuando fui a verle a su piso ha sido demolido.

—Lo pillé, ya sabes —le cuento—, con ella. Con la mujer. Dos horas después de la boda, ya estaba con otra.

—Lo siento—responde, y su expresión me dice que es sincero.

—Mejor enterarse ahora que dentro de cinco años.

Asiente.

—Hay gente que no sabe apreciar lo que tiene. No, hasta que ya es demasiado tarde.

Por la forma en que lo dice, intuyo que ya no estamos hablando de James. Me pregunto si estará pensando en su padre.

—No me puedo creer que te subieras a un avión —le digo y trato de levantarle el ánimo.

—Bueno, no fue fácil. En cuanto cerraron las puertas pensé que iba a morir. Me pasé seis horas metido en el baño, tratando de controlar la respiración. Antes de que comenzara el despegue, creía que acabaría corriendo hacia la azafata para suplicarle que me dejara salir del avión.

—¿Y qué te detuvo?

Me mira como si fuera la pregunta más estúpida del mundo.

—Tú —contesta—. Tú me detuviste. Empecé a darme cuenta, desde que me dejaste, y desde que... mi padre murió, que la opción más fácil no es siempre la mejor. Por eso he dejado el trabajo.

—¿Has dejado el trabajo? ¿Por qué? —Me vienen a la cabeza los libros sobre economía que sacó prestados de la biblioteca.

—Lo odiaba. No quería ser técnico de recursos humanos toda mi vida.

—Sabía que lo odiabas —digo—. Siempre lo odiaste. Pero jamás creí que fueras a dejarlo. Hombre, hablabas de dejarlo, pero una cosa es decirlo y otra muy diferente hacerlo... ¡Uau!, no me lo puedo creer. Bueno, ¿y qué vas a hacer ahora? Con lo del trabajo, digo.

—Lo que siempre he querido hacer pero nunca me he molestado en intentar. Fotografía. He montado un negocio, me compré una buena cámara y he alquilado un pequeño estudio en Clerkenwell.

Por eso vio allí a James con el esqueleto.

—¿Y de dónde has sacado el dinero?

¹² N. de la T.: Pareja de magos muy conocida en Las Vegas por sus números con tigres blancos.



—He pedido en el banco un préstamo mercantil. He redactado un plan de negocio. Y he estado ahorrando dinero. Dejé de ir al bar todas las noches. Vendí algunas cosas por eBay. La PlayStation. Todos los juegos.

Por un segundo, creo que estoy teniendo una alucinación. ¿Ha dicho que ha dejado de ir al bar todas las noches? ¿Ha dicho que ha vendido la PlayStation? No tiene sentido.

Siempre pensé que el bar y la PlayStation los llevaba inscritos en su ADN.

—Tenías razón —continúa—. Estaba desperdiciando mi vida.

—No... yo jamás dije eso... ¿lo dije?

—No importa —responde Rob, girándose para mirar las pirámides artificiales del hotel Luxor a lo lejos—. Era verdad. Estaba desperdiciando mi vida. Cuando te perdí a ti, y luego a mi padre, me di cuenta de que tenía que cambiar. Y también me di cuenta de que no era tan difícil. Hombre, cuesta trabajo montar un negocio. Pero está funcionando bien. Son casi todo cursilerías. Retratos de familia, bodas... pero es mucho mejor que los recursos humanos.

Lo miro y le sonrío. Estoy orgullosa de él, de verdad.

—¿Y ahora qué? ¿No estás perdiendo dinero por estar aquí?

—Sí —contesta, mientras pasamos junto a un cartel gigante que dice «Mirage»—. He perdido un poco de dinero. He tratado de reorganizar las citas en la medida de lo posible. Pero fui a verte, el otro día, para tratar de hablar contigo. Para tratar de contártelo todo. Y, en lugar de contigo, me encontré con Maddie, que me contó lo de Las Vegas. Lo de la boda. Y entonces supe que tenía que hacer algo más que contártelo: tenía que mostrártelo. Tenía que demostrarte que soy otra persona. Y vale, puede que haya perdido algunos clientes, pero hay cosas más importantes en la vida que el dinero, ¿no es así?

Recuerdo el desconcierto de James al decir que me lo pensaría cuando la doctora Lara me hizo la propuesta de trabajo.

—Sí, es cierto —contesto—. Muchas cosas.

Coloca su mano sobre la mía. La retiro.

—Lo siento —me dice.

—No pasa nada —le contesto—. No pasa nada. Es que... Me encuentro en una situación bastante extraña en estos momentos.

—Sé lo que quieres decir —me asegura, mientras nos cruzamos con una muchedumbre de turistas aplaudiendo al falso volcán, en mitad de una erupción.

—Por lo de James. No sé dónde tengo la cabeza.

Las palabras son como una bofetada para él. Supongo que él había pensado que podría aparecer en Las Vegas, demostrarme lo mucho que ha cambiado y conseguir que volviera con él.

Se esfuerza por ocultar el dolor y dice:

—No importa. No esperaba que volvieras conmigo ni nada de eso. Es que... quería... —Le fallan las palabras. Desiste.

El monorraíl llega a la última parada.

—Podríamos bajarnos —me dice.

—Podríamos quedarnos aquí todo el día. Viendo las mismas cosas una y otra vez.



—En cada vuelta, veríamos algo nuevo —le digo, y me doy cuenta de que puede que esté hablando de algo más que del monorraíl—. A veces, se puede ver algo que habías pasado por alto en la primera vuelta.



LOVER

Nos quedamos en el monorraíl y charlamos mientras las mismas imágenes de Las Vegas se van sucediendo.

Entonces, Rob me hace una pregunta que me deja fuera de juego.

—¿Qué tal van las clases?

—¿Las clases?

—Sí.

—¿Dónde? ¿En el colegio?

—No. Las clases de piano.

Me quedo mirándolo por un segundo, preguntándome cómo es posible que sepa lo de las clases. Maddie debe de habérselo contado. Desde luego, James no habrá sido. Es muy raro que haya sacado el tema. Vamos, es que probablemente es lo más bonito que hizo James por mí.

—Oh —contesto—. Genial. Solo he dado una. Pero fue muy bien.

—Bien, me alegro de que te gustara.

—Eh... ¿por qué?

Me vuelve a mirar como si hubiera vuelto a hacerle una pregunta estúpida.

—Porque no sabía qué profesor elegir ni qué escuela. Así que busqué en las páginas amarillas y fui a verlos a todos hasta que encontré a la señora Jeffries. Parecía muy amable... algo excéntrica... pero pensé que os llevaríais bien.

—¿Cómo sabes que la señora Jeffries es mi profesora de piano?

Continúa mirándome con cara extraña, como un doctor en busca de síntomas.

—Porque es la que elegí yo.

—¿Qué quieres decir con que la elegiste tú? Estás diciendo tonterías.

Se empieza a reír.

—¿Que yo estoy diciendo tonterías?

—No te entiendo.

—La señora Jeffries, de la escuela de música —me explica—. Es la que elegí. La llamé y contraté las clases. Sabía que era de lo que más te arrepentías en la vida, así que pensé que te...

—¿Tú? Pero si fue James.

—¿James? ¿De qué estás hablando?

Me pongo a pensar en la tarjeta que había dentro del sobre. La recreo mentalmente.

Estaba la hoja impresa de la escuela de música y unas letras mayúsculas abajo, «LOVER».

—Tú nunca me llamaste «lover». Creí que había sido James.

—¿«Lover»? ¿Qué quieres decir?

Se lo explico.

—En la tarjeta. Ponía «lover» y había un beso. Ese no es tu estilo que digamos.

Cierra los ojos y cae en la cuenta. Me lanza una sonrisa irónica.

—Yo no escribí «lover», escribí «love R.» Love Rob. Ya sabes, «te quiere, Rob».



LOVER.

LOVE R.

No sé qué decir.

De nuevo, tengo la boca en modo pez de colores, abriéndose y cerrándose, pero sin que nada salga de ella.

Recuerdo que me acosté con James después de aquello. Sexo del tipo «no me puedo creer que hayas sido tan amable». Debería ser «no me puedo creer que fueras tan cabrón y tan mentiroso».

—El hombre diez vuelve a atacar —musito.

—¿Qué?

—Rob, lo siento. He sido una estúpida. Creía que había sido James. Soy una imbécil. Si llego a saber que era de tu parte, te habría dado las gracias. Lo siento.

Rob sonrío.

—No te preocupes. Eh, después de un año, yo era la última persona sobre la Tierra que esperabas que se acordara de tu cumpleaños. De todas formas, me alegro de que te gustara el regalo.

—Me gustó, mucho, ha sido el mejor regalo que me han hecho.

Le doy un abrazo.

Es un abrazo extraño, más todavía a causa de la claustrofóbica forma del asiento en el que estamos. Pero al abrazarlo me doy cuenta de que no quiero dejarlo marchar.

Cierro los ojos, siento su corazón, siento como su pecho se alza y vuelve a bajar. Su áspera mejilla de lija me raspa la cara. Resulta familiar y distinto a la vez, y es una sensación agradable.

No.

No puedo.

No puedo estar enamorándome de Rob.

Sería algo hecho por despecho.

Sí, eso es. Es por despecho.

Era más agradable cuando todo era seguro.

Cuando Don Perfecto era Don Perfecto.

Cuando Rob el Vago era Rob el Vago.

Pero, al cerrar los ojos y sentir su tacto, me doy cuenta de que nada es seguro. Encontrar a la persona ideal no es cuestión de rellenar unos cuestionarios ni de someterse a unas pruebas científicas.

No se trata de buscar a alguien nuevo, alguien mejor, alguien que esté por encima de las expectativas, alguien que cumpla cada criterio. Alguien que se ajuste a todas tus preferencias.

A veces, tu hombre ideal está muchísimo más cerca de lo que crees. Es solo que, a veces, va muy bien disfrazado.



UN COMIENZO FELIZ

Dos meses después...

Es una perfecta boda campestre inglesa. Está todo el mundo. En la iglesia. Toda la familia. Todos los amigos.

El órgano empieza a sonar. La marcha nupcial comienza. La iglesia al completo se vuelve para mirar a la novia.

Y está hermosa, de verdad que lo está, disfrutando de sus últimos instantes como la señorita Maddie Hatfield.

Se gira y me ve, resplandece como un faro. No me lo puedo creer. Hace tan solo unos meses, la idea de que Maddie formara una relación monógama con un hombre resultaba ridícula. Y mucho menos con un analista de sistemas que puede estar hablando perfectamente durante siete horas sobre el interior de un microchip. Pero no se puede negar, él es ideal para ella.

Voy detrás, con Pip junto a mí.

Durante las últimas seis semanas, Pip ha sido la entrenadora personal de Maddie y mía, poniéndonos a base de patadas voladoras en forma para el día de la boda. Entre las dos, hemos perdido nueve kilos y dos macetas, pero es un pequeño sacrificio cuando tienes a un centenar de personas mirándote el trasero durante tres cuartos de hora.

De hecho, resulta durar más. El párroco es de los que disfrutan escuchando su propia voz, así que se pone a hablar del significado del matrimonio como pilar de una sociedad estable durante más de veinte minutos.

A Maddie casi le da una crisis nerviosa durante los votos.

—Yo, Madeleine Rita Hatfield, tomo a Steve... —risita—... Roberts como legítimo esposo.

Pip me mira y me guiña un ojo, ambas partícipes del gran día de Maddie.

Cuando Steve se agacha para besar a la novia, empiezo a sentir que se me doblan las rodillas por las siete mil patadas laterales que Pip nos hizo hacer ayer pero, de alguna manera, consigo mantenerme erguida.

Tras la misa, salimos para hacernos las fotos. El fotógrafo ha venido recomendado por mí, así que no puedo culpar a nadie más que a mí misma de que quiera hacernos tantas fotos a las damas de honor.

—Muy bien, ya está... un poco más cerca... qué bonito... bien... ahora, una con los padres —dice Rob, como un verdadero profesional.

Esta es la séptima boda en los últimos dos meses, así que se está acostumbrando a trabajar seis días por semana. Tampoco es que parezca importarle: jamás lo había visto tan centrado. Resulta bastante atractivo, a decir verdad.

—Te hacía falta perderme para encontrarte —le dije el otro día para calmarle.

Ya veis, le di dos meses. Le dije en Las Vegas:

—Primero, antes de nada, vamos a tratar de ser amigos.

—¿Dos meses?

—Sí—le contesté—. Dos meses.



Se me acerca en la recepción, entre instantánea e instantánea.

—Estás aquí —me dice—. Te he encontrado. Todavía no van a cortar la tarta.

—Hola, guapo —le digo, en serio.

Ahora que ha perdido los kilos provocados por la pizza en la cinta de correr, le queda muy bien la camisa.

—¿Cómo van las clases de piano?

—Bien —contesto—. La semana que viene me examino de tercer grado.

Silba.

—Vaya.

Entonces se queda en silencio, reuniendo el valor.

—¿Sabes?... Estaba pensado que... —Si le echáramos lana encima, no podría parecer más corderito—. Ya sabes, lo que me dijiste... ya sabes, lo de ser amigos durante un par de meses... para ver cómo iba... y sé que eso fue hace dos meses, solo quería decirte... que no quiero que, ya sabes pase nada raro entre nosotros... vamos, que prefiero tenerte como amiga a no tenerte de ninguna manera... porque me ha gustado... lo de ser amigos... así que si quieres dejarlo como está, genial... de verdad, en serio... está bien... es que... ya sabes... quería que supieras que me gusta que seamos amigos... si es lo que...

Me quedo ahí, observando cómo se ahoga en mitad de las frases. Podría ayudarlo. Vamos, resulta bastante cruel dejarlo seguir. Oh, qué demonios, es divertido.

—Ya ves... no me importa... porque ha estado bien... no quiero que te sientas... obligada... solo quiero que seas feliz... no quiero que... bueno, que nos la juguemos... no quiero retenerte....

—Bésame —le ordeno.

—¿Qué?

—Solo bésame... antes de que cambie de idea. Parece confuso.

—¿Un... beso... de amigos en la mejilla?

Le muestro los labios.

—Estaba pensando que me lo dieras ahí.

—Oh —exclama—, vale.

Cierro los ojos y siento que algo duro me presiona el abdomen.

—Rob.

—¿Sí?

—La cámara. El objetivo. Me lo estás... eh, clavando.

—Perdona —me dice, y se echa la cámara a la espalda—. Volveré a intentarlo.

Se inclina, sus labios rozan los míos. Luego se oye una voz. La de uno de los tíos pirados de Maddie, que llama a Rob.

—Están cortando la tarta.

Me río y dejamos de besarnos.



Rob se acerca y empieza a disparar la cámara mientras Maddie y Steve sujetan el cuchillo y sonríen como psicópatas. Lo observo, mientras él inmortaliza recuerdos de la felicidad de otras personas y pienso en lo que me ha dicho.

Quizá no deberíamos jugárnosla...

Tiene razón. Sería una apuesta. Pero si no lo intentas, nunca ganarás ¿no?

Ya han cortado la tarta. Ya se han hecho las fotos. Rob vuelve junto a mí.

—Bueno —digo, y lo atraigo hacia mí—. ¿Dónde estábamos?

Nos besamos y abrazo su cálido cuerpo, mientras escucho a Maddie chillar detrás de mí. Me siento bien, estando tan cerca de él; es como volver a casa.

—Ha sido perfecto —me dice cuando terminamos de besarnos.

—No —corrijo—. Ha sido mejor que perfecto. Ha sido... perfectamente imperfecto.

Parece desconcertado.

—¿Perfectamente imperfecto? Eso no tiene sentido.

—Confía en mí —le aseguro—. Sí que lo tiene.

—Vale —contesta, desplegando una amplia sonrisa—. Confío en ti.

Me abraza y yo cierro los ojos y, en la oscuridad, rezo por poder tener toda una vida de perfecta imperfección.

FIN